

La ideología argentina
Colección dirigida por Oscar Terán

Silvia Sigal

Intelectuales y poder en la década del sesenta



Indice

ADVERTENCIA	11
EL PROBLEMA	13
I. CAMPO INTELECTUAL Y CAMPO POLITICO	25
1. ACERCA DEL CAMPO CULTURAL EN LA ARGENTINA.....	25
2. VULNERABILIDAD INSTITUCIONAL: LAS UNIVERSIDADES.....	39
<i>Junio de 1943</i>	39
<i>Peronismo y universidad</i>	45
<i>Septiembre de 1955</i>	50
<i>Vulnerabilidad institucional: Estado y sociedad</i>	58
3. LA HERENCIA REFORMISTA	63
<i>La autogestión institucional</i>	63
<i>La identidad reformista</i>	69
4. INTELECTUALES Y POLITICA	75
II. LOS NUEVOS TIEMPOS	83
1. LA UNIVERSIDAD REFORMISTA: LA OLA MODERNIZADORA	84
<i>Fisuras en el cuerpo universitario</i>	89
2. EL ESPACIO INTELECTUAL	99
<i>Un tejido cultural independiente</i>	99
<i>Intelectuales después de 1955: profesión</i> <i>y autocrítica</i>	109
III. UNA NUEVA INTELECTUALIDAD	125
<i>Un punto de origen: Contorno</i>	134
<i>La Revolución Libertadora</i>	140

Portada: Oscar Díaz

© Silvia Sigal. 1991
© Puntosur S.R.L. 1991
Moreno 473, 2º, Buenos Aires, Argentina
ISBN: 950-9889-70-9
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

<i>La crisis del progresismo</i>	144
<i>La cuestión peronista</i>	150
<i>El 23 de febrero de 1958</i>	158
 IV. LOS DISCURSOS POLITICOS	 173
1. LA HERENCIA DE FRONDIZI	173
2. LA CUESTION OBRERA	180
3. UNIFICACION IDEOLOGICA DEL CAMPO CULTURAL.....	188
4. NACION Y CLASE	211
 V. LAS OPCIONES	 229
VI. EPILOGO	247
BIBLIOGRAFIA.....	255

A Papá

Advertencia

Una primera versión de este trabajo fue publicada, bajo forma mimeografiada, en 1986, por el Centre d'Etude des Mouvement Sociaux (EHESS) como parte de una investigación que cubría a la Argentina y el Brasil, en la cual participaron Daniel Pécaut y Luciano Martins. Ese trabajo inicial contó con el financiamiento del Ministerio de la Investigación y de la Tecnología Francés. La realización de entrevistas adicionales y el acceso al material bibliográfico aquí utilizado fueron posibles gracias al apoyo del Social Science Research Council.

Que se me permita aquí agradecer el esfuerzo realizado por los 140 entrevistados, y recordar también numerosas discusiones y las no menos numerosas observaciones que sustentan mi deuda con Carlos Altamirano, Jorge Balán, Elisabeth Jelín, Luciano Martins, Miguel Murmis, Daniel Pécaut, Jorge Rivera, Beatriz Sarlo, Ricardo Sidicaro, Juan Carlos Torre, y muchos otros. La generosidad de Horacio Tarcus, que me permitió acceder a su magnífica biblioteca de periódicos, fue esencial para mi trabajo. Este texto hubiera sido mucho menos legible y los equívocos más frecuentes sin la paciente y virtuosa lectura de Hugo Santiago.

Querría también explicitar algo obvio: a pesar de un constante intento de objetividad, el período cubierto por la narración coincide demasiado con mi propio itinerario como para pretender afirmar que este libro goza del desapasionamiento propio de un observador exterior.

El problema

La crisis del régimen militar y la perspectiva de un retorno al sufragio, como consecuencia de la guerra de las Malvinas, tuvieron, entre muchas otras, una consecuencia específica para la intelectualidad argentina. La apertura del espacio de la política democrática trajo consigo, después de tantos años de represión, la necesidad de reflexionar sobre el estado de la sociedad argentina y sobre las modalidades de instauración del sistema jurídico e institucional representativo. El tema democrático, por otra parte, se había erigido ya en columna dorsal del pensamiento socio-político en occidente. Los intelectuales argentinos, entonces, no asistían solamente al ocaso de una dictadura salvaje sino que tenían ante sí un nuevo espacio, el de la política democrática, que les ofrecía una relativamente inédita legitimidad de intervención. Aquellos que, de una manera u otra, habían querido influir en la política argentina durante las décadas anteriores, encontraban, en el debate sobre la democracia, la posibilidad de *hablar en nombre propio* y no ya, como en el pasado, como portavoz de otras entidades: Pueblo, Nación o Revolución. En los debates que fueron tomando forma a partir de 1982 o 1983, que tenían como referente la Ley y los valores de la conciencia, la intelectualidad podía asumir, y asumió, una intervención en primera persona, sea a partir de su saber, sea en nombre de su calidad de ciudadanos. En 1985, además, el gobierno radical había otorgado a intelectuales progresistas provenientes de las ciencias sociales palancas de decisión estatal, y el movimiento peronista emprendía una renovación abriendo puertas a intelectuales pertenecientes también a la Academia. No fue, entonces, casual que esos mismos intelectuales se reunieran para interrogarse sobre su historia:

Iniciemos esta conversación reflexionando alrededor de un hecho que parece irrefutable: en Argentina, a diferencia de lo que sucede en otros países, como Brasil y México por ejemplo, existe tradicionalmente una cierta desconfianza, tanto de la sociedad civil como del Estado, sobre la función de los intelectuales en la política. Una muestra de esa desconfianza se encuentra en la escasa absorción por parte de las distintas organizaciones de la sociedad civil (sindicales, empresariales, partidos políticos, etc.) y en la ausencia de espacios en el seno del Estado que permitan la formación y la incorporación de intelectuales que piensen e investiguen la realidad nacional.¹

Esta observación, formulada en el tono de las evidencias, resume bien un rasgo característico argentino: efectivamente, no es seguro que hayan existido relaciones verdaderamente directas sea entre intelectuales y el Estado o la política, sea entre la producción intelectual y el campo de debates políticos. Pero, ¿significa esto que las proposiciones que subrayan la importancia de los intelectuales en América Latina excluyen a la Argentina? ¿Debe concluirse de esa débil influencia directa sobre el Estado y los partidos que los intelectuales argentinos se mantuvieron al margen de lo político?

Una mirada retrospectiva es indispensable, ya que poco se entiende en la historia política argentina y su construcción como nación si se olvida la importancia excepcional que tuvieron grupos de intelectuales en la conformación de la sociedad y en el diseño institucional² del Estado. Pero es cierto también que a esa presencia directora le siguió un largo período, que cubre la mayor parte del siglo XX, durante el cual ni los grandes partidos nacionales, ni los sindicatos, ni el Estado ni, finalmente,

¹ Canitrot, A., Cavarozzi, M., Frenkel, R. y Landi, O., "Intelectuales y política en Argentina", en *Debates*, Buenos Aires, año II, núm. 4, octubre-noviembre de 1985, pp. 4-8.

² En esta perspectiva se coloca Oscar Landi, cuando dice que "en nuestro país puede hablarse por lo menos de la existencia histórica de cinco configuraciones. La primera la podemos asociar a una etapa liberal-conservadora (...) en una segunda configuración tenemos el modelo del intelectual nacionalista de derecha (...) el tercer modelo es el del intelectual popular-nacional, como el de FORJA (...) el cuarto modelo es el del intelectual orgánico marxista, el del partido (...) una quinta configuración es la del intelectual modernizador, ese modelo que en las décadas del 50 o 60 era la figura del planificador de la época...", *ibid.*

tampoco los militares, creyeron necesario dar un lugar a la intervención de los intelectuales en tanto tales, y, menos aún, a quienes se encontraban en la difusa zona cruzada por la herencia liberal y la expansión de las izquierdas. Históricamente, todo sucede como si, una vez acabada la primera fase de construcción de la nación según el modelo liberal del progreso indefinido, hubiera terminado la misión reconocida a la inteligencia. Aunque aquí tampoco la historia admita primeras páginas, no es totalmente arbitrario considerar las elecciones de 1916 como el punto de partida de ese ostracismo político —ciertamente interrumpido— de la intelectualidad argentina. Ni la terca oposición de la Causa frente al Régimen, con su legitimidad ajena al "orden común", ni el crecimiento industrial bajo signo oligárquico, ni la intervención de una espada que la fama del discurso de un poeta hace recordable, ni la bandera de la integración a través de la justicia social dieron suelo a esa intelectualización de la cultura política que, en el caso chileno, permite afirmar "que intelectualización y preponderancia de los intelectuales en política son casi sinónimos".³ Los intelectuales que tuvieron un papel histórico fueron aquellos que, como los pensadores iberoamericanos a los que se refiere Richard Morse, "asumieron la misión histórica tutelar de 'incorporar' a grupos desposeídos de etnicidad distinta a una cultura occidental de definición algo incierta".⁴

¿Cabe concluir, entonces, de ese largo período de débil influencia sobre el Estado y sobre los grandes partidos que los intelectuales argentinos se mantuvieron al margen de la política? Si tal fuera el caso, ¿cómo dar cuenta de la importancia del mo-

³ "En efecto, desde el momento en que la política se interpreta como la implantación en la sociedad de una verdad a la que se accede sólo a través de la posesión de determinadas competencias especializadas, la figura del intelectual pasa a ocupar una posición central en la política. Las relaciones entre éste y el político profesional pasan rápidamente a ser simétricas: lo que el intelectual contribuye a la política es por lo menos tan importante como la contribución que a ella hace el político profesional." Flisfish, A., "Algunas hipótesis sobre la relación entre intelectuales y partidos políticos en Chile", en *Os Intelectuais nos processos políticos da América Latina*, Arrosa Soares, M.S. (coord.), CNPq, Porto Alegre, 1985, p. 15.

⁴ Morse, R., *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del nuevo mundo*, México, Siglo XXI, 1982, p. 130.

vimiento de la Reforma Universitaria de Córdoba, ya en 1918, que bajo formas diferentes dejó una marca durable no sólo en la Argentina sino también en la orientación de capas intelectuales de la América Hispánica? ¿Cómo explicar la presencia, intermitente por cierto, de pensadores nacionalistas de derecha en gabinetes militares, y, más aun, la difusión de cierta visión de la historia argentina que fue, desde el inicio, programa político? Y, por último, ¿qué lugar debe darse a los intelectuales politizados que, en los '70, proporcionaron buena parte de los lemas que acompañaban la movilización de la juventud y la acción de los grupos armados?

Estos interrogantes sobre *el lugar de los intelectuales en la política* son inseparables de la pregunta sobre *el lugar de lo político para los intelectuales*. Es que nuestra crónica, que concierne a la historia de la intelectualidad progresista después de la caída del régimen peronista en 1955, está inevitablemente contaminada por los problemas que, retrospectivamente, plantea la ideologización de una vasta zona del espacio intelectual poco más de diez años más tarde. Ideologización que traduce limpiamente el esfuerzo de los intelectuales argentinos para encontrar un lugar y una identidad a través de simbiosis entre cultura y política en una coyuntura pensada en términos de ruptura del orden social.

Habiendo elegido como una vía de entrada el examen de los debates que, en torno de su papel en la sociedad y en la política, emprendieron grupos de intelectuales, ha sido, si no siempre más confortable, quizás más fructífero partir de una *doble mirada*, atenta, por una parte, a la relación entre *campo político y campo cultural* y, por la otra, a la figura específica de los *intelectuales*, dos maneras de enfocar la cuestión que comparan tanto nociones como referentes concretos pero suponen puntos de partida y objetivos diferentes. La primera perspectiva parte de la diferenciación entre política y cultura, la segunda de alguna combinación de ambas. La primera subraya las condiciones de coherencia de un campo cultural, la segunda la difícil gestión de una situación y de un proyecto, de una profesión y de una vocación.

Así delimitada, provisoriamente, el área de observación, el esquema teórico de Pierre Bourdieu nos proporciona instrumentos adecuados para la primera, ya que ayuda a comprender el funcionamiento de un *campo cultural* dado; asumiendo los riesgos que tal pretensión supone, ese enfoque será utilizado

aquí muy libremente. La metodología de Bourdieu, inicialmente desarrollada para dar cuenta de lo que se presenta como "proyecto creador", en términos de intereses y estrategias dentro de un espacio sometido a relaciones de poder cultural, ofrece explicaciones menos voluntaristas que las que los artistas dan de sus obras. De manera análoga, no pocos de los proyectos políticos generados por grupos letrados en la Argentina pueden ser analizados como estrategias en un espacio que responde más a reglas culturales que a objetivos de la política. Por otra parte, Pierre Bourdieu ofrece nociones ricas y coherentemente organizadas para observar las relaciones entre esfera cultural y esfera política en la medida precisa en que establece, de manera exigente, la distinción entre ambas; su indudable fecundidad para describir la historia de la autonomización de áreas de la cultura respecto de la política tiene como precio la fundación tanto diacrónica como sincrónica de la distinción neta entre cultura y política. Es cierto que nuestra narración comienza cuando las modalidades típicas de dependencia de la cultura respecto del poder político ya se han disuelto;⁵ bajo otras formas, sin embargo, diversos sistemas intelectuales nacen o recrean imbricaciones con lo político y lo ideológico. Para ponerlas de manifiesto es necesario observar comportamientos, obras, instituciones o actores en función de su pertenencia a un sistema autónomo con reglas de consagración y de poder que le son propias, considerando lo político como *exterior* al campo cultural. Sólo por aparente paradoja, entonces, son precisamente nociones que subrayan la fuerza de determinación de un campo cultural las

⁵ En la versión fuerte del término, por la cual las dictaduras argentinas no han llegado a subordinar sensiblemente las disciplinas culturales más castigadas, y que la cita siguiente sobre la reconstitución del campo artístico en Europa permite ilustrar. "Comienza en Florencia, en el siglo xv, con la afirmación de una legitimidad propiamente artística, es decir del derecho de los artistas a legislar absolutamente en su orden, el de la forma y del estilo, ignorando las exigencias externas de una demanda social subordinada a intereses religiosos o políticos, interrumpido durante cerca de dos siglos bajo la influencia de la monarquía absoluta y, con la Contrarreforma, de la Iglesia, preocupadas, tanto una como otra, por asignar una posición y una función social (es, por ejemplo, el rol de la Academia) a la fracción de los artistas(...)". Bourdieu, P., *Le Marché des biens symboliques*, mimeo, s/d, MSH., p. 3. (Traducción nuestra.)

que aclaran, en la Argentina, las relaciones, la imprecisión y las tensiones por definir fronteras entre cultura y política.

Ahora bien, considerar los bienes culturales como intrínsecamente ajenos a valores sociales y a la coyuntura política, si permite delimitar con nitidez el campo de una disciplina, borra, al mismo tiempo, la especificidad de lo ideológico y de lo político traduciéndolos como estrategias en la lucha por el poder cultural.⁶ La misma óptica que hace posible el examen de las relaciones entre la esfera política y la esfera cultural vela, precisamente, la singularidad del intelectual. Hay, entonces, un examen de la interacción entre cultura y política consideradas como esferas separadas. Hay también, pero desde otra óptica, la observación del itinerario de grupos intelectuales, que pueden ser considerados como tales en la medida en que, aunque sea en zonas periféricas del centro hegemónico del campo cultural, se coloquen en posiciones de competencia dentro de éste, situación que puede superponerse con posiciones en el campo de la política, centrales o periféricas ellas también. Los productos culturales, a su vez, tienen el mismo estatus virtualmente mixto, que depende no sólo de la posición o de la intención manifiesta de sus autores sino de las diferentes lecturas que los actores políticos pueden hacer de ellos.

El término 'intelectual', como el de 'intelligentsia', tiene el dudoso privilegio de haber sido objeto de una multiplicidad de definiciones; ni es nuestro propósito ni nos parece necesario para nuestro objetivo aquí elegir una de ellas ni, menos aún, proponer alguna novedosa, y está claro que reemplazar la pregunta: ¿qué es un bien cultural? por esta otra: ¿qué es un intelectual? poco aportaría a la busca de definiciones taxativas que, seductoras por su nitidez, no conducen a una respuesta unitaria satisfactoria. Pero como la variedad de definiciones refleja también una variedad de usos de sentido común conviene al menos delimitar la zona dentro de la que nos moveremos al referirnos a intelectuales en la Argentina.

Más que la naturaleza de las ideas argentinas y su historia

⁶ El conocido análisis de Pierre Bourdieu de la polémica entre Picard y Barthes en torno a Racine es arquetípica en este sentido. Si, por una parte, hay una elucidación de la trama del campo cultural que explica la controversia, por la otra se desdibuja, necesariamente, el contenido, el sentido de los argumentos esgrimidos en el debate, puesto que quedan reducidos a estrategias culturales específicas.

nos interesa explorar relaciones entre esfera intelectual y esfera política observando algunos grupos de intelectuales de la Argentina moderna. Enfocar precisamente esa relación convierte en engorroso y teóricamente estéril aplicar algunas de las numerosas definiciones que se proponen distinguir un intelectual de quien no lo es.⁷ Si la educación, naturalmente, determina la competencia indispensable para elaborar y difundir categorías simbólicas complejas, ni la producción creativa ni el reconocimiento en alguna de las disciplinas culturales son requisitos para elegir nuestros intelectuales. Y menos aún que se reconozcan como tales y asuman esa identidad en el espacio público: la Argentina no es un país donde el término haya gozado del buen nombre que tuvo en otros países latinoamericanos. Un rasgo singulariza las actividades que aquí interesan: *son discursos y prácticas que se apoyan en la posesión de un saber para legitimar pretensiones de intervención en la esfera social —ideológica o política—*. No nos interesan, entonces, los intelectuales en tanto creadores, educadores o profesionales, sino como *agentes de circulación de nociones comunes que concuerden el orden social*.⁸

Esto plantea dos dificultades simétricas y opuestas.

⁷ Repetir, citando a Gramsci, que todos los hombres son intelectuales pero todos los hombres no tienen la función de intelectuales, o volver sobre la cuestión de la hegemonía que le permite concluir: "Que todos los miembros de un partido político deban ser considerados como intelectuales, he ahí una afirmación que puede prestarse a la burla y a la caricatura: sin embargo, si se reflexiona, nada hay más exacto". Tampoco parece fructífero establecer tipos o categorías de intelectuales o de la intelligentsia; para esto, entre otros autores se puede recordar aquí a Shils, E., *The intellectuals and the powers, and other essays*, The University of Chicago Press, 1972; Coser, L., *Men of Ideas*, Nueva York, The Free Press, 1966; los artículos del 20 de Arguments, París, 1960; Mannheim, K., *Ensayos de sociología de la cultura*, Madrid, Aguilar, 1963; Debray, R., *Le Pouvoir Intellectuel en France*, París, Ramsay, 1979; Brunner, J.J. y Flisfisch, A., *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*, Santiago de Chile, FLACSO, 1983; Gouldner, A.W., *The future of intellectuals and the rise of the new class*, Londres, MacMillan, 1979.

⁸ Bourricaud, F., *Essai sur les intellectuels et les passions démocratiques*, París, PUF, 1980, p. 8. "El intelectual es un personaje que, bajo la forma que lo conocemos, hizo su entrada en la escena de la Historia en el tiempo de las Luces; (...) aun cuando se constituye en juez y acusador, es heredero de una tradición tanto como heraldo de un proyecto".

La primera: no es posible ignorar la lógica propia a ese 'saber' pero tampoco es posible traducir todo en sus términos. Si quienes se han integrado enteramente en una profesión (esto es, cuando las reglas internas pesan más que la responsabilidad respecto de valores sociales), pueden difícilmente ser considerados intelectuales en el sentido que aquí damos al término, eso no elimina el *tenor intelectual de la obra*, que un encuadramiento estricto por las reglas de una disciplina deja a menudo implícito y que otras lecturas, contemporáneas o no, pueden integrar en el área política. Existe siempre una *doble lectura* virtual por la cual un elemento de un campo cultural puede ser considerado en función de ese campo pero también, y de manera que no es ni exclusiva ni contradictoria, como elemento significativo del espacio ideológico o político.⁹ Esta afirmación, llevada a sus últimas consecuencias, supone que no puede concluirse jamás que un aspecto del terreno de la cultura es *por naturaleza* ajeno a lo político o ideológico. Y permite, además, evadir, en este texto, la polémica en torno del 'intelectual comprometido'. En dos sentidos: en primer lugar porque nuestros intelectuales no son solamente aquellos que se proponen conscientemente intervenir en la política sino también quienes imprimen, de hecho, su marca sobre las ideas que constituyen la cultura de una sociedad, y, en segundo lugar, porque el tenor ideológico de una obra es *indecidable* a partir de un análisis sincrónico. Es claro que lo dicho implica otorgar al observador un privilegio análogo al que se atribuye quien analiza las razones que la lógica cultural dicta a artistas convencidos de estar únicamente creando sentido: hay un significado ideológico potencial que ignoran quienes más firmemente separan su quehacer de la política, significado que no proviene de traición alguna, conviene aclararlo, sino del entramado mismo de cultura y sociedad, en el presente o en el futuro. Implica asimismo que la decisión acerca del carácter de 'agentes de circulación

⁹ (Lo dicho) "supone concebir el campo cultural no a la Bourdieu, esto es, como una estructura de posiciones que facilitan la reproducción, sino como eso pero unido al denso entramado de relaciones de poder y estrategias en curso en que esas posiciones se hallan envueltas. La necesidad de convertir el saber viene dada, precisamente, por el hecho de que todo saber ingresa, tan pronto es comunicado, en una red de esas relaciones, cuyos modos de funcionamiento y transformación no se agotan en el solo plano del saber." Brunner, J. J. y Flisfisch, A., *op.cit.*, p. 125.

de nociones comunes que conciernen al orden social', no puede ser atribuido de manera definitiva puesto que una mirada retrospectiva está siempre autorizada a identificarlo por sus consecuencias sobre el humor ideológico o la cultura política de una sociedad o de segmentos de ella.

La segunda dificultad se presenta en el caso opuesto: los textos o decisiones que, enunciados desde una posición que se quiere estrictamente política, parecen escapar a criterios culturales. Nuevamente, poco significativo sería incluir como intelectuales a quienes, más que elaborar su vocación colectiva, obedecen a reglas de militancia que son análogas, en realidad, a las que rigen la profesionalización del conocimiento. Para nuestro caso, sin embargo, el problema empírico es menos arduo, ya que la franja de producción que se presenta explícitamente como política pero que lo hace a partir de algún saber sobre lo social es singularmente extensa en la Argentina: las "armas de la crítica" que tan a menudo aspiraron a preceder a la "crítica de las armas" se apoyaron, casi sin excepción, sobre reflexiones cuya sofisticación nada tiene que envidiar a los más elaborados análisis profesionales.

Acaso se nos pudiera objetar, a esta altura, que hayamos insistido en utilizar ese término "intelectual", a secas, a costa de tanta aclaración, y se nos sugeriría el agregado de algún adjetivo que lo precisara —o la invención de otro término al que, como Humpty Dumpty, le pagáramos para decir lo que queremos. Sería una objeción justa y nuestra doble excusa sería la de respetar la familiaridad de una tradición, al tiempo de no querer abrumar los vocabularios con apelativos indigestos. Que se nos permita, entonces, decir que se han elegido aquí, como intelectuales, aquellos letrados que combinan conocimiento con una responsabilidad social explícita o bien con una relación con valores colectivos de una sociedad, identificable sea a través de los textos producidos sea a través de la clasificación que otros actores hacen de ellos: no se trata, como se ve, de una definición taxativa sino del balizamiento de un conjunto que no puede nunca ser definitivamente cerrado.¹⁰ La posición de intelectual —en el sentido genérico que le damos: agente de valores

¹⁰ Quisiéramos, con esta especificación, eludir las trampas implícitas en una definición universal y, con ello, los reproches que Raymond Williams dirige a las definiciones de 'intelectuales': constituyen, "...en primer lugar, una falsa especialización a partir de un cuerpo más general

comunes—, no depende entonces solamente de la decisión individual de asumir ese papel, sino también del *sentido* ideológico-político que adquiere el ejercicio estricto de las actividades culturales en la sociedad. El estatus de intelectual no es por lo tanto un atributo adjudicado exclusivamente a partir de las conductas queridas por ciertos letrados; un científico o un artista, ocupados exclusivamente en investigar o en crear, pueden ser, en un momento dado y gracias a otra lectura de sus actividades, incluidos por otros en la esfera ideológica o política. En tanto intelectuales importan más las ideas y su relación con el contexto político y social, y más sus comportamientos como actor colectivo, pero este enfoque no se confunde con el que pretende observar las relaciones entre esferas que debemos suponer teóricamente separadas.

Dijimos que no interesa aquí una definición que permita clasificar y evaluar cuantitativamente a los intelectuales argentinos. Interesa, en cambio, comprender sus relaciones con lo político. Para esto, conviene afirmar, como hipótesis de trabajo, la distinción entre esas esferas, esto es, que hay sistemas de regulación autónomos en ambas. A partir de allí es posible explorar en qué medida hay interacción o subordinación de unas a otras y, del mismo modo, en qué medida quienes se identifican exclusivamente con una disciplina de la cultura son insertados, por otros intelectuales, por la evolución de las corrientes ideológicas o por el contexto político, en áreas donde lo que está en juego son valores sociales colectivos.

Recortar el terreno que tienen en común quienes se identi-

can con una actividad cultural y quienes declaran una exclusiva intención política, sin embargo, no lleva a anular lo que tienen de específico unos y otros, ya que existen diferencias sustanciales entre el saber sobre la sociedad que sustenta una militancia política —la dimensión letrada de los militantes—, y las consecuencias ideológicas de una actividad organizada alrededor del conocimiento —la dimensión ideológica de los letrados—. Estas diferencias expresan la existencia de una esfera propiamente cultural y de una esfera ante todo política, dotadas de principios y de reglas de funcionamiento específicos; es el reconocimiento de esta distinción, precisamente, el que autoriza un examen de las relaciones entre ambas.

de productores culturales y, en segundo lugar, una extensión equivocada de un tipo de formación cultural a una categoría social general. Pues la categoría 'intelectuales', típicamente centrada en ciertos tipos de escritores, filósofos y pensadores sociales, que mantiene relaciones importantes pero inciertas con un orden social y sus clases principales, es de hecho una formación histórica muy específica(...). Excluye, por un lado, a los numerosos tipos de artistas, intérpretes y productores culturales que no pueden ser razonablemente definidos como intelectuales, pero que contribuyen de forma evidente a la cultura general. Excluye, por otro lado a los numerosos tipos de trabajadores intelectuales que están directamente instalados en las instituciones políticas, económicas, sociales y religiosas fundamentales..." *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte*, Barcelona-Buenos Aires, Paidós Comunicación, 1981, p. 201.

I. Campo intelectual y campo político

1. ACERCA DEL CAMPO CULTURAL EN LA ARGENTINA

Es posible, a pesar de la exigente conceptualización de campo cultural¹ de Pierre Bourdieu, identificar para ciertas disciplinas y profesiones en la Argentina "instancias de consagración" estables, "intereses específicos en juego" o "relaciones de fuerza entre agentes en competencia por la distribución del capital cultural", para retomar algunos de los rasgos que ese autor propone. La constitución del campo literario, admirablemente estudiada por C. Altamirano y B. Sarlo,² es un ejemplo. Identificable hacia 1910, su continuidad se manifiesta en el curso de las décadas siguientes. Su vitalidad es ilustrada tanto por los más clásicos conflictos de vanguardias —aquéllas, por ejemplo, empeñadas en "torcer el cuello del cisne"— como por quienes, más tarde, atacan ferozmente a *Sur* o al suplemento literario de *La Nación*, encarnación de la tendencia hegemónica en las ins-

¹ Basta una cita para mostrar esa exigencia : "...el sistema de las instancias de conservación y de consagración cultural cumple, en el sistema de producción y de circulación de bienes simbólicos, una función homóloga a la de la Iglesia (...). Así, es con naturalidad que Sainte Beuve, junto con Auger, a quien cita, recurren a la metáfora religiosa para expresar la lógica estructuralmente determinada de la institución de legitimación por excelencia, la Academia Francesa...". En Bourdieu, P., *Le Marché op. cit.*, p. 27.

² Altamirano, C. y Sarlo, B., "La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos", en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Centro Editor, 1983, pp. 69-105.

tuciones literarias. Negarse a publicar en *La Nación* devino signo de identidad de la generación de escritores consagrada por el boom de los '60 y, aún recientemente, ciertos intelectuales socialistas rechazaron una participación orgánica en la revista *Vuelta* (la ya fenecida versión argentina) debido menos a la presencia de Octavio Paz que a la del diario de los Mitre. Como tantas veces sucede, es a través de una actividad militantemente negativa que adquiere visibilidad el reconocimiento de las instancias de consagración, conflicto que suele ser, también, unilateralmente expresado en la reivindicación de una legitimidad alternativa. Las disputas en torno a ciertas figuras actúan como reveladores de los ejes de ruptura: los debates sobre la 'apropiación' de Roberto Arlt entre *Contorno* y el Partido Comunista³ y la actitud de *Sur* hacia el escritor, o, de manera harto más compleja, los avatares de la figura de Borges entre los intelectuales de izquierda y los nacionalistas, que fueron desde el desprecio por la 'nadita' hasta su reivindicación (e inclusive la lectura 'a la Balzac' de su obra), avatares alimentados por las posiciones políticas del autor.⁴

Hay, sin embargo, disciplinas e instituciones que escapan a una descripción en tales términos y que son cruciales para el estudio de nuestros intelectuales. Disciplinas como la sociología o la historia, instituciones como las universidades nacionales. Ahora bien, no nos interesa comprobar su distancia respecto a un espacio intelectual estrictamente definido; no se trata de establecer una suerte de defecto respecto a un modelo teórico de campo cultural sino utilizar elementos de ese modelo para analizar, precisamente, la tensión constante entre factores tendientes a la estructuración profesional unificada y aquellos que disuelven tanto su unidad interna como su autonomía. Es por

³ Cf. "Arlt y los comunistas", *Contorno*, núm. 2, mayo de 1954 (artículo de David Viñas); a este texto y al de Oscar Masotta en la revista *Centro*, núm. 13, responde Pedro Orgambide en "Izquierda y facilidad", *Gaceta Literaria*, noviembre-diciembre de 1959.

⁴ El complejo itinerario de la figura pública de Borges se refleja en algunas respuestas a una encuesta que realizamos en 1984. A la pregunta: ¿cuáles fueron los intelectuales o creadores que considera más influyentes en la vida pública argentina entre 1958 y 1972?, David Viñas, parafraseando la famosa réplica, contesta, "Borges hélas!"; Jorge Feinman, por su parte, relata que, a principios de los '70, "A mí me gustaba Borges, pero lo decía en voz baja".

ello que hablaremos más bien de fragilidad de espacios culturales, de vulnerabilidad de sus instituciones y del carácter tan frecuentemente mixto de esos intelectuales, implicados al mismo tiempo en los valores de su disciplina y en los de un campo ideológico-político más vasto.

En efecto, resulta difícil encontrar en lo que, retrospectivamente, pueden llamarse las ciencias sociales itinerarios análogos al seguido por la literatura. No lo han seguido con igual nitidez ni siquiera los estudios históricos, a pesar de haber contado con una Academia que gozara, durante largos periodos, de una legitimidad reconocible tanto en su capacidad de control institucional como en las ácidas críticas que le dirigieran tanto los partidarios de una heterodoxia nacionalista cuanto quienes, no sin razón, pretendían una disciplina más acorde con la seriedad científica, movidos por ambiciones interpretativas análogas a las que fundaron, con Mitre, la historiografía nacional. Existieron, naturalmente, tendencias diferenciadas y frecuentemente antagónicas en la literatura, pero la historiografía muestra, particularmente después de 1955, una fractura que resulta difícil —e inútil— dissociar de sus efectos sobre la lectura política del presente. Una historiografía que poco había transformado la herencia recibida y, ciertamente, en casi nada la había enriquecido, pasó a ser escarnecida por las interpretaciones del revisionismo histórico nacionalista que se había forjado a partir de aportes de calidad disímil, en un arco que va desde los Irazusta a José María Rosa. Si durante las décadas del '40 y del '50 se producen aportes innovadores, los dos cuerpos mayores de interpretación del pasado argentino no llegaron a integrarse en un campo historiográfico de reconocimiento mutuo; al contrario, tanto su fuerza como su incompatibilidad en el terreno de los discursos sociales más amplios se nutrieron de la simbiosis entre orientaciones políticas y lecturas de la historia. Aunque no la única, la cuestión nacional estaba en el origen del debate. Después de 1930 la pregunta de Sarmiento, "¿Somos una Nación?", vuelve, por razones diferentes pero no menos graves, a plantearse. Ahora bien, ya desde principios de siglo los debates en torno a la cuestión nacional —formas lingüísticas, estilos, temas—⁵ pudieron ser manejados casi siem-

⁵ Recordemos aquí solamente las transformaciones en el lugar otorgado a los extranjeros: civilizadores frente a criollos bárbaros o gringos destructores de los valores descubiertos en el gaucho.

pre en el interior del campo literario. El pasado argentino, en cambio, fue objeto directo de enfrentamientos políticos y hubo, entonces, otra cosa que revisiones historiográficas parciales o diferentes acerca de acontecimientos y personalidades. Se construyeron dos panteones paralelos y perfectamente opuestos, donde cada elemento se insertaba en una línea coherente: 'civilización liberal' o 'nacionalismo —popular o reaccionario—. El destino corrido por el término intelectuales, tan negativamente connotado en las clases populares y para segmentos significativos de quienes eran, precisamente, intelectuales, no es ajeno a la calificación primera de una civilización que habría atentado contra las raíces de la patria. En la Argentina el 'intelectual' o la 'intelligentsia' fueron durante mucho tiempo categorías sospechosas. Los grupos nacionalistas de derecha que tuvieron su auge a comienzos de los '30 reivindicaron, por cierto, el rol privilegiado de una intelligentsia capaz de dirigir los destinos del país, al igual que otros grupos en Europa o, más próximos geográficamente, en Brasil. La singularidad argentina residió, en cambio, en el durable estigma —"la dureza de corazón de los hombres cultos" citada por Jauretche— que pesó sobre la noción de intelectuales, gracias a la prédica del "nacionalismo popular" desde los años '40 y que el advenimiento del peronismo no hizo sino agravar. El término 'intelligentsia', en efecto, fue popularizado por esos nacionalistas para condenar a los intelectuales, desde Sarmiento hasta el movimiento universitario reformista, pasando por *Sur* y *La Nación*, cuyo encandilamiento con las luces de las metrópolis los habrían hecho traicionar friamente⁶ a la patria y a las masas que se expresaban, ellas, a través de jefes plebiscitados: Rosas, Irigoyen, Perón.⁷

⁶ "No creo, por cierto, que Frondizi pueda realizar la gran revolución que el pueblo argentino indudablemente hará... Es demasiado intelectual, demasiado frío", dice Scalabrini Ortiz de Arturo Frondizi. Galasso, N., *Scalabrini Ortiz*, Cuadernos de Crisis, Buenos Aires, 1975, p. 73.

⁷ En 1973 la publicación montonera *El Descamisado* edita una historia argentina bajo forma de historietas. En el núm. 20, del 2 de octubre de 1973, un lector critica la ubicación de Moreno entre los 'traidores'. La redacción responde "Sí, es cierto: con Moreno se nos fue la mano". "Pero Campana y los orilleros pueden ser vistos como los 'que no la ven', 'los enajenados de la historia'. (...) Moreno no vio la realidad. Trató de meterla dentro de una visión filosófica, económica y política que imperaba en una Europa en alza(...) Campana no, Campana venía desde el borde

El corte tajante entre las dos historiografías, alimentado por la sistemática voluntad del revisionismo de invertir cuanta significación hubiera sido atribuida por la historia convencional a eventos o actores del pasado, es incomprensible si se lo reduce al corte, que es por otra parte real, establecido por el campo profesional. Porque si la historia argentina fue transcrita según una retícula política, la política se legitimaba de acuerdo a un sentido histórico preconstituido. La Reforma de 1918 proclamó el retorno a Mayo de 1810. En septiembre de 1955, con su "Ni vencedores ni vencidos", el jefe conciliante que había derrocado a Perón citaba a quien había vencido a Rosas en Caseros, en 1852. Y fue en nombre de la 'línea Mayo-Caseros' que los nuevos gobernantes de noviembre de 1955 metaforizaron su política abiertamente antiperonista.

Las palancas más significativas de poder institucional siguieron en manos de quienes se identificaban con la historiografía convencional mientras que los historiadores que serán los ideólogos de mayor influencia sobre el masivo público universitario de los '60 ocupaban un lugar profesionalmente marginal. Dado el tipo de investigaciones que realizaban esto no es enteramente sorprendente, aunque quizás lo sea el modo en que esta marginalidad era vivida. Arturo Jauretche, polemista de talento,⁸ tuvo acceso a los medios de comunicación desde el comienzo de la década y era una notoria figura pública a fines de ella. Ello no le impide constatar, con amargura, que

...la uniforme política del aparato, de la prensa a la universidad y de la enseñanza elemental a las Academias, ha impedido el conocimiento, la divulgación y la permanencia en la memoria general de aquellos que

de la ciudad.(...) Pero esto que no se entienda como una fácil reivindicación de la barbarie. La barbarie como concepto no existe. Tampoco los cultos. Aquella se llama en realidad pueblo. Y los cultos, por cultos sin pueblo, sin otro remedio que ser oligarquía o despistados" (subrayado nuestro).

⁸ En la encuesta ya citada, a la cual respondieron 140 intelectuales pertenecientes a diversas disciplinas, su nombre fue el más frecuentemente mencionado en respuesta a la pregunta: ¿Cuáles fueron a su juicio los intelectuales más influyentes en la vida pública en la Argentina entre 1958 y 1972? A pesar del carácter no representativo de la muestra el hecho nos parece interesante, ya que así respondieron también quienes, por otra parte, se mostraban contrarios a las posiciones de Jauretche.

disintieron o la enfrentaron. Esto se logra por el simple sistema de repicar unos nombres y silenciar los otros(...) La técnica: ocultar el hombre para ocultar las ideas.⁹

El pasaje de Jauretche y de otros intelectuales con visiones análogas a posiciones de alta visibilidad pública no trajo aparejada, por cierto, alteración alguna en las reglas de funcionamiento de la disciplina.

A pesar de que la sociología tuvo repercusiones mucho menos visibles sobre la imagen que la sociedad fue teniendo de sí misma, su evolución como disciplina autónoma después de 1955 ilustra también la difícil constitución de un campo cultural con reglas profesionales legítimas. Si todo o casi todo parece diferenciar el punto de partida de la historiografía argentina del que declaró instaurada la sociología científica, un aspecto al menos los asemeja: la confianza en una evolución del país que dejaría atrás desgraciados episodios garantizando así la bondad de los métodos utilizados y la perspectiva de estudio elegida. Si en esos años, la politización de la cuestión de la identidad nacional ya era la piedra de toque de las luchas historiográficas, el perfil del sociólogo profesional sería pronto puesto en jaque cuando la cuestión del progreso se convirtiera en objeto de debates ideológico-políticos. La identificación inicial entre modernización social desarrollista y método científico abrió el camino para cuestionar a éste en nombre de vías alternativas de cambio social.

En efecto, cuando se puso en marcha el proyecto cultural modernizador en la universidad posperonista, sus dirigentes instalaron un dispositivo institucional tendiente a crear las bases de un nuevo sistema de valorización. Bajo el impulso de Gino Germani la carrera de sociología y un ambicioso programa de investigaciones fijaban con bastante rigor la identidad del sociólogo científico. Es claro que razones estrictamente profesionales llevaron a excluir a quienes controlaban en ese momento posiciones institucionales de la disciplina (cátedras, asociaciones, publicaciones) y cuyo aporte, en verdad, no tuvo una importancia decisiva para el conocimiento. Pero el nuevo proyecto fue más lejos: en el espíritu que presidió la creación del Departamento de Sociolo-

gía casi no hubo conexiones entre el nuevo sociólogo y los intelectuales —ensayistas o historiadores, marxistas, positivistas o nacionalistas— que habían reflexionado sobre la sociedad argentina en el pasado. La sociología científica emergió entonces, flamante, de una suerte de vacío que no contenía a sus ojos sino restos de conocimiento precientífico.

Para establecer criterios culturales en el nuevo campo, la sociología argentina recurrió, naturalmente, a los de la comunidad académica internacional en momentos en que esa misma sociología científica sentaba sus reales en los Estados Unidos y en Europa, proclamando el advenimiento de una nueva era en el conocimiento social. Tampoco es sorprendente el diseño de los programas de estudio a partir de autores extranjeros, pero un aspecto en la organización de los diplomas es, si, singular. La carrera fue organizada de manera tal que el título superior, la licenciatura, no exigía la presentación de un trabajo final o de una tesis. Esto a diferencia tanto de los programas en el exterior como de las antiguas disciplinas de la Facultad de Filosofía y Letras a la cual pertenecía la nueva carrera, que otorgaban el título habilitante para el profesorado y que, aunque de manera discontinua, habían ofrecido también la posibilidad de presentar tesis de doctorado. Los doctorados en el extranjero se convirtieron entonces en el capital cultural legítimo por excelencia, estableciéndose de hecho una distinción con otras carreras para las cuales esos doctorados eran una opción, sin duda deseable profesionalmente, respecto a sus equivalentes argentinos. Las becas de estudios en el exterior, ofrecidas desde 1959 por el Consejo Nacional de Investigaciones y por otros organismos, permitían aspirar a un doctorado a aquellos que no querían limitarse a la calificación o al prestigio otorgados por las 'horas de investigación'¹⁰ exigidas para la obtención de la licenciatura local.

Este dispositivo merece al menos tres comentarios. En primer lugar, la pasión por los datos que animaba a quienes dirigían la carrera explica en gran medida el sistema instaurado, que tendía a formar y fortalecer las aptitudes de los graduados para la investigación; este afán empírico, a su vez, era la marca de

⁹ Jauretche, A., "El colonialismo mental y la imagen del país", en *La Gaceta*. Tucumán, 20 de septiembre de 1970, citado en *Las polémicas de Jauretche*, Buenos Aires, Los Nacionales Editores, 1983, p. 61.

¹⁰ Los estudiantes debían participar, obligatoriamente, en investigaciones en curso. Las 'horas' se contabilizaban en función del tipo de trabajo realizado, desde las entrevistas hasta las tareas que implicaban cierta responsabilidad en el tratamiento de los datos.

distinción respecto a la sociología preexistente. En segundo lugar, el carácter consensualmente trunco de los estudios locales ilustra la debilidad de las jerarquías universitarias en humanidades. No era anormal en 1957 que resultara difícil afirmar la autonomía de la nueva disciplina, pero la ausencia de jurados de tesis no era tampoco una consecuencia inevitable, como lo muestran evoluciones menos bruscas no sólo en Europa sino, más cerca geográficamente, en Brasil: el contraste con la sociología contemporánea brasileña fue considerable. Apoyadas en el mantenimiento del sistema tradicional de Cátedra (vigente hasta la reforma de las universidades), las tesis de los sociólogos cuyos aportes fueron probablemente los más sustanciales e innovadores en la reflexión moderna sobre Brasil eran verdaderos acontecimientos en el medio cultural y, luego, productos regulares que fueron puntuando la evolución de los primeros años de la disciplina. Es cierto que sus universidades habían invitado tiempo atrás a docentes extranjeros para la organización de los estudios y la formación de los estudiantes; así, podría concluirse que hubo una 'exteriorización' similar de los criterios de excelencia en ambos casos. Pero, mientras que en Brasil la solución encontrada permitió la creación —cabría decir el mantenimiento— de jerarquías autocentradas y reconocidas, la sociología argentina engendró criterios ideológicamente connotados y de débil legitimidad. Entre 1968 y 1974 se produjo una segmentación tan radical que no resulta fácil referirse a una sociología, a un campo sociológico: en un contexto de intensa politización de las capas medias y, en particular, de los sectores cultos, los circuitos profesionales se organizaron en sistemas y sobre bases institucionales inconexas. La sociología 'nacional' batallaba contra una sociología 'marxista' en la Universidad, mientras que los herederos de la sociología 'científica' permanecían en centros de investigación privados y articulados a las redes de la comunidad internacional. Rara vez existieron debates. Lo usual fue la ignorancia recíproca a partir de la convicción, ella sí compartida, de que no existía nada en común entre la reflexión de unos y de otros. Francisco Delich ha presentado acertadamente esta situación:

La particularidad del panorama sociológico en Argentina reside en la coexistencia de los tres estilos sociológicos que antes se definieron como etapas sucesivas.(...) Cada una dispuso de un ámbito de poder institucional, un círculo de interlocutores interlegitimantes, de algu-

na forma de comunicación específica; cada una y todas en conjunto lograron evadir cualquier forma de confrontación, negándose recíprocamente el carácter de interlocutores válidos.¹¹

El origen al fin de cuentas político —esto es, la renovación universitaria posperonista— de las estructuras universitarias que acogieron a la nueva carrera, asociado a la debilidad de las jerarquías culturales en la Argentina, dio lugar a lo que bien puede considerarse un *reconocimiento administrativo de la incapacidad de producir legitimidad endógenamente*.

No es inútil sugerir, por último, que el dispositivo elegido tendió a reforzar, de hecho, esa debilidad: por una parte, al no proponer planes ni plazos para la formación de un doctorado en el país, sancionaba institucionalmente el carácter incompleto del plan de estudios; por la otra, y a través de un proceso por cierto imprevisible en ese momento, la legitimidad de los títulos de los sociólogos en el exterior quedó asociada a una determinada orientación sociológica —bautizada más tarde como científicista—, lo que permitió que esa legitimidad fuera ignorada o cuestionada por las corrientes nacionalistas que tomaron el control de la Facultad después de 1966. Así, de modo análogo aunque por caminos diferentes a los seguidos por la historiografía, *cierta noción de profesión y de legitimidad profesional quedó ideológicamente marcada*. Es posible que los concursos posteriores a 1983 hayan transformado esta situación; hasta ese momento, sin embargo, no fueron pocos los sociólogos argentinos obligados a presentarse más de una vez al mismo concurso —a veces hasta al mismo puesto— ya que los criterios de evaluación, explícitos o implícitos, sufrían sucesivas alteraciones como consecuencia de intervenciones políticas gubernamentales.

Altamirano y Sarlo han subrayado una limitación importante a la utilización de los conceptos de Bourdieu para el estudio de las sociedades latinoamericanas, ya que en éstas *es ostensible que un sector decisivo de sus sistemas de referencias está radicado en centros externos que tienen el papel de metrópolis o polos culturales*.¹² La observación es pertinente; significa que en la Argentina, como en otros países de la periferia, la activi-

¹¹ Delich, F., *Crítica y autocrítica de la razón extraviada*, Caracas, El Cid Editor, 1977, p. 28.

¹² Altamirano, C. y Sarlo, B., *Literatura y sociedad*, Buenos Aires, Hachette, 1983, pp. 85-89.

dad cultural se remite a instancias de consagración externas y, al mismo tiempo, interioriza criterios exteriores de valorización. Ello no impide, sin embargo, analizar con los conceptos de Bourdieu la formación y funcionamiento de campos culturales en los países periféricos, sino que indica que esa "radicación en centros externos" puede integrarse al análisis mismo: una de sus consecuencias, y no la menos importante, es el debilitamiento de las instituciones del campo cultural nacional. Sería abusivo, sin embargo, afirmar una relación directa de causalidad. La afirmación inversa, según la cual la fragilidad interna induciría una mayor sumisión a instancias exteriores, lo sería igualmente. Es una relación por la cual ambas dimensiones se determinan reciprocamente ya que *la importancia acordada a los centros culturales metropolitanos acentúa la labilidad de las jerarquías internas y esto, a su vez, lleva a la búsqueda de instancias exteriores incontestables*. En fin, si, en ciertos casos, éstas cumplen su papel específico —desde el premio Formentor para Borges hasta los de la Casa de las Américas para la pléyade de escritores de los '60— es frecuente encontrar que corrientes de pensamiento, autores, estilos, temas y hasta disciplinas enteras en boga en los países centrales son adoptadas, no sin cierto bovarismo, como instancias legitimadoras en los conflictos internos del campo intelectual. La introducción de nuevos temas y estilos producidos en otros ámbitos es difícilmente separable de la constitución de grupos cuya identidad se nutre de un puzzle de referencias exteriores, implícita o explícitamente seleccionadas. La cuestión de la dependencia cultural —desde el punto de vista de una diversificación de la creatividad— está sujeta a la gestión que del acceso a los espacios metropolitanos realizan los grupos del campo cultural nacional. *Esa gestión es siempre una combinación de la función de héroe modernizador y de la apropiación parcial de la modernización en la lucha por la distinción cultural*.

Un elemento más debe ser agregado para comprender la condición específica del espacio cultural argentino. Como lo ilustran las batallas del revisionismo histórico contra la historia convencional y las luchas entre las sociologías en los años '70, un examen del problema de la autonomía del campo intelectual no debe considerar como instancias *externas* únicamente a las que provienen de los centros culturales internacionales. Lo son también, e importantes desde una perspectiva que aplique rigurosamente las categorías de Bourdieu, *las que tienen origen en*

lo ideológico o en la representación de lo político construida por los intelectuales.¹³ No se trata solamente de interferencias que provienen de áreas de poder político o religioso sino de criterios político-ideológicos esgrimidos por los intelectuales mismos. No estamos, desde ya, ante un fenómeno singular, pero ha demostrado ser, en la Argentina, de magnitud considerable. *Mutatis mutandis*, se observan procesos que restringen la importancia de los principios que son, para Bourdieu, constitutivos de la autonomía de un campo intelectual:

A medida que un campo intelectual y artístico tiende a constituirse (al mismo tiempo que el cuerpo de agentes correspondiente, esto es el intelectual por oposición al letrado y el artista por oposición al artesano), definiéndose por oposición al campo económico, al campo político y al campo religioso, es decir respecto a todas las instancias que pueden pretender legislar en materia de cultura en nombre de un poder o de una autoridad que no es propiamente cultural, las funciones que incumben a los diferentes grupos de intelectuales o de artistas, en función de la posición que ocupan en el sistema relativamente autónomo de las relaciones de producción intelectuales o artísticas, tienden siempre a convertirse en el principio unificador y generador (y por lo tanto explicativo) de los diferentes sistemas de decisiones y actitudes culturales y, simultáneamente, en el principio de su transformación a lo largo del tiempo.¹⁴

Si la literatura ofrece ejemplos de "sistemas intelectuales precarios" —según Altamirano y Sarlo—, en las disciplinas interesadas en procesos sociales esa precariedad se exagera. La débil capacidad interna de producción de legitimidad tuvo una equivalencia simétrica: la actividad intelectual se encontró so-

¹³ Y, naturalmente, las diversas combinaciones de ambas: "Borges, asimismo, es un caso bastante interesante. Adolfo Prieto, basándose en Sartre, ha dicho que su poesía no era poesía, que sus ensayos no eran más que hojas o apuntes esporádicos. Todo basándose en Sartre y sugiriendo que el prestigio de Borges reenviaba a la mentalidad estéril de un grupo de exquisitos. Mientras todo esto ocurría dentro del libro de Prieto, Sartre conocía en Francia la obra de Borges y la hacía publicar en una revista que ha testimoniado lo suficiente sobre su modo de comprender el compromiso como para ser tachada de exquisita. En *Les Temps Modernes* la obra de Borges cobra entonces un sentido..." Masotta, O., en *Literatura y sociedad*, año I, núm. 1, octubre-diciembre de 1965, p. 47.

¹⁴ Bourdieu, P., *op.cit.*, p. 1 (traducción nuestra).

metida, sin mediaciones, tanto a los acontecimientos políticos como a los cambios de humor ideológico de las capas cultas. Todo sucede como si los conflictos intelectuales tuvieran la facultad de debilitar cualquier institucionalidad, facultad que es, a la vez, causa y producto de la escasa capacidad de los sistemas intelectuales para manejar diferendos. Así, las legitimidades resultan no sólo precarias sino segmentadas, debido a que están expuestas a una transcripción demasiado directa de lógicas ideológico-políticas no mediadas por criterios culturales consensuales.¹⁵ Pero si, desde el punto de vista de la coherencia y la autosuficiencia del campo cultural argentino, la relación con sistemas exteriores es fuente de distorsiones que afectan la pureza de la conceptualización de Bourdieu, desde el punto de vista de las funciones de los intelectuales dicha relación es crucial. Otra vez: aquello que visto desde el campo cultural como sistema resulta o bien una anomalía o bien una limitación a su funcionamiento autónomo, desde el punto de vista de un análisis de los intelectuales es, en cambio, un rasgo definitorio: la política o la ideología serán factores *externos* y *disruptivos* cuando el foco de interés está puesto en el campo cultural, y serán factores *internos* y *esenciales* para un examen de la actividad de los intelectuales.

La relación con instancias extranjeras se verifica, por cierto, para disciplinas específicas en las relaciones de las metrópolis entre sí: pero si durante largo tiempo Francia vivió con los ojos

¹⁵ En el sentido de una segmentación mucho más fuerte que la "multiplicación y diversificación de instancias de consagración colocadas en competencia por la legitimidad cultural", según la descripción que hace Bourdieu de un campo. No otra cosa está diciendo Ernesto Palacio en un debate del Parlamento de julio de 1947: "Cuando me hice cargo de la Comisión de Cultura tenía el propósito de levantar en todo lo posible el nivel artístico del Teatro Nacional de Comedia (pero) en aquella época había una circunstancia de hecho que imposibilitaba la consecución de cualquier alto propósito artístico: era la enconada división en que se encontraban los gremios teatrales. No había, por lo tanto, posibilidad de constituir un elenco de primera calidad, porque para ello era imprescindible una familia teatral unida.(...) Así como no se podía elegir actores, tampoco se podía elegir obras de teatro porque, dada la división interna de los gremios teatrales, los actores de un bando se negaban a representar las obras de los autores del otro campo". Cit. por Quatrochi-Woisson, D., *Combats historiographiques et idée nationale*, tesis no publicada, París, 1989 (subrayado nuestro).

puestos en la filosofía alemana, Alemania a la hora literaria francesa y, hoy, el inglés es el idioma de la ciencia, es indudable que la cultura y la ciencia argentinas mantienen —y mantuvieron siempre— relaciones más sistemáticamente unilaterales con uno u otro polo cultural del planeta. Cuando esto fue vivido explícitamente como humillación, y contrapuesto a un genio nacional oprimido, la cuestión nacional se tradujo en convocatorias militantes contra la dependencia cultural. La Argentina no innovó demasiado en la historia, larga, de tales convocatorias; pero, si a los eslavófilos rusos o a los indigenistas mexicanos no les era imposible dar un contenido más o menos preciso a la defensa de su identidad cultural, los argentinos de las últimas décadas se vieron obligados a centrar su lucha contra la dependencia cultural más en la descripción de las armas y estrategias del *adversario* que en la *afirmación positiva* de una identidad que difícilmente podía construirse en torno a un pasado originario:

Los intelectuales rusos podían concebir su nación como un pueblo unitario de antigua identidad histórica que *podía* acompañar la trayectoria evolutiva de Occidente o bien *podía* recuperar una tradición espiritual anterior a Pedro el Grande de comunismo campesino (...) los rusos tenían el sentimiento de poseer una cultura nacional propia y no europea y una forma no europea de cristianismo, mientras que las fragmentadas naciones iberoamericanas no sólo compartían la cultura y la religión de una parte "atrasada" de Europa sino que después de la independencia, y durante una generación en muchos casos, no pudieron establecer claramente sus límites geográficos.¹⁶

Ardua tarea, entonces, la de identificar los valores nacionales destruidos por la dependencia cultural, arduidad que aumentó cuando se quiso unificar lo nacional y lo popular, ya que la internacionalización de una cultura transmitida por los medios de comunicación volvía a plantear, en otros términos, la diferenciación entre una cultura docta y una cultura de masas. Pero es cierto que la actividad intelectual en la Argentina es prácticamente inseparable, en las diferentes disciplinas, de la inacabada cuestión de la identidad nacional a través del prisma de la

¹⁶ En este fragmento Morse presenta explicaciones de la tardía entrada del marxismo en Iberoamérica, comparada con la intelligentsia rusa que, como dice Berdyaev, dio "los primeros marxistas del mundo a fines de la década del '40". Morse, R., *op. cit.*, pp. 126-129.

cultura. La posición de mediador *entre* campos culturales¹⁷ fue y es un componente inevitable de la situación de los intelectuales. No es la única. Se ha puesto frecuentemente el énfasis en la función del intelectual como intermediario entre principios generales y situaciones específicas:

En algunos casos basta evocar los "grandes principios" para que veamos claramente lo que debemos hacer. En otros, sin embargo, aparece la necesidad de una revisión, de un cambio total o parcial en el orden de las normas y de los valores. En esos casos se hace sentir la necesidad de un mediador, de un intermediario entre los valores comunes y centrales y las paradojas de una actualidad ambigua; (...) para que se cumplan efectivamente las funciones de mediación y de movilización se requiere un conjunto de recursos y de atributos que están frecuentemente presentes en los intelectuales.¹⁸

A este tipo de mediación debe agregarse un tercero, la ya citada "misión histórica tutelar de 'incorporar' a grupos desposeídos de etnicidad distinta a una cultura occidental de definición algo incierta" mencionada por Morse, o por Touraine, en términos más aptos para describir la situación argentina:

...la producción intelectual se da en sistemas políticos muy reducidos, y esto es más nítido aún en América Latina. Y donde, por lo tanto, el "hors jeu" es muy importante; en un mundo donde las demandas sociales son muy superiores a la capacidad del sistema para articularlas, se acentúa el rol de los *go between*, que están en esa inmensa zona donde se va a tratar de hacer institucional, aunque más no sea por la palabra, la entrada al campo público de esas demandas.¹⁹

La historia de los intelectuales argentinos combinó siempre, con modalidades diversas, estas tres por cierto heterogéneas formas de mediación que, a su vez, se alimentaron recíprocamente.

¹⁷ Sin compartir los juicios de John Friedmann acerca del carácter necesariamente modernista de los valores importados, puede recordarse aquí el papel que ese autor otorga a los intelectuales de los países periféricos como mediadores entre sistemas de prescripción.

¹⁸ Bourricaud, F., *Le Bricolage idéologique*, op.cit., p. 24.

¹⁹ Touraine, A., "América Latina y sus intelectuales", *Crítica y Utopía*, núm. 13, 1985, p. 28-29.

Ahora bien, el vínculo general entre espacio intelectual y espacio político no es monopolio argentino. Que las universidades hayan sido durante décadas el objeto directo de conflictos políticos es, en cambio, más singular, y lo es también el efecto que sobre la reflexión social tuvieron los avatares universitarios.

2. VULNERABILIDAD INSTITUCIONAL: LAS UNIVERSIDADES

La importancia de las universidades argentinas, ligada al rol que tuvieron en la organización política y cultural de las clases medias, fue creciendo con el siglo. Pero, como afirma Marías, "ha habido épocas en que la universidad ha coincidido aproximadamente con la vida intelectual; en otras, por el contrario, ha sido sólo una componente parcial de ella, y lo más vivo y creador del pensamiento ha ocurrido a su margen";²⁰ en la Argentina esas épocas coinciden casi sin excepción con cambios de régimen político. La Reforma Universitaria de 1918 lo testimonia y las perturbaciones que sucedieron a los golpes de Estado de 1943, 1955, 1966 o 1976 lo prueban. Así, la historia de los regímenes políticos proporciona una periodización posible de la historia de los intelectuales en la Argentina. No es, naturalmente, la única, pero es incontestable. Corresponde entonces observar de cerca aquellos momentos en los que las universidades son sacudidas por cambios de régimen ya que es allí que se han convertido en actores de la escena pública. Actores políticos *sui generis*, ya que si los efectos de su acción han sido extremadamente variables, las mutaciones estatales, en cambio, los afectaron siempre profundamente.

Junio de 1943

La relativa calma que conoció el movimiento estudiantil durante la década del '20, debida en gran medida a una coexistencia pacífica con los gobiernos radicales —que no suponía en modo alguno una adhesión partidaria unánime— tenía sin embargo límites netos en las facultades más tradicionales, como la de Derecho en Buenos Aires o en la universidad cordobesa, cuyas

²⁰ "La Universidad, realidad problemática", en *La Universidad en el siglo XX*, Lima, Universidad Mayor de San Marcos, 1951, pp. 319-322.

direcciones eran francamente hostiles a don Hipólito Yrigoyen y a la legislación universitaria de cuño reformista. Pero los últimos dos años de administración radical fueron ya muy negativamente apreciados por numerosos estudiantes y no pocos maestros de la Reforma, que militaron activamente en la preparación del golpe de septiembre de 1930. La agitación que reinaba en los claustros —ya sea motivada por la aplicación de la siempre discutida ley universitaria o bien por la iniciativa de organizar cursos dictados y recibidos por miembros del Ejército— fue probablemente la razón por la cual entre los cuatro objetivos fundamentales anunciados por el jefe revolucionario, general Uriburu, figurara: "Poner en orden el país y las universidades".²¹ Su proyecto para la universidad es diáfano:

Las casas de estudio dejan de ser establecimientos destinados exclusivamente al cultivo de las disciplinas científicas cuando se da cabida en ellas a doctrinas filosóficas, ya sean el materialismo histórico, el romanticismo rusioniano o el comunismo ruso, que las apartan de la actividad intelectual en el sereno y ordenado examen de los fenómenos de la vida que constituye la ciencia para convertirlas en focos de proselitismo interesado y de pasiones violentas.²²

Persiguiendo ese objetivo se dictan nuevos estatutos, se intervienen universidades, se borra no poco de lo adquirido en 1918 y numerosos dirigentes estudiantiles son encarcelados. Paradójicamente, quienes habían combatido al gobierno caído quedaron de hecho solidarizados con él:

La Reforma y el movimiento estudiantil que con ella se identificaba, figuraban, entonces, entre los vencidos. Este veredicto era impuesto por el nuevo clima histórico en que entraba el país, bajo un gobierno que buscaba restaurar autoritariamente un orden jerárquico y tradicionalista.²³

Fueron sin embargo los acontecimientos posteriores al golpe de Estado de junio de 1943 los que mostraron con mayor clari-

²¹ Cit. por Ciria, A., *Partidos y poder en la Argentina moderna. 1930-1946*, Buenos Aires, Ed. Jorge Alvarez, 1964, p. 31 (2ª ed.).

²² Uriburu, Mensaje del 6 de septiembre de 1931, cit por Agosti, H.P., *Nación y Cultura*, Buenos Aires, Centro Editor, 1982, p. 217.

²³ Halperin Donghi, T., *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, EUDEBA, 1962, p. 148.

dad la vulnerabilidad de las instituciones universitarias, que fueron intervenidas para poner un freno a su activa y abierta oposición al nuevo régimen. Se renovaron entonces líneas de conflicto presentes ya a principios de siglo y activadas luego de 1930. En verdad, se puso en marcha en ese momento un mecanismo de determinación recíproca que selló las bases de la vulnerabilidad de la institución pero también las de su contrapartida, la constitución del cuerpo universitario como actor político. Mecanismo éste que se consolidará a lo largo de los cuarenta años siguientes.

En nombre de la democracia y de las instituciones republicanas y con los ojos clavados en la evolución de la guerra, profesores y autoridades universitarias liberales o progresistas así como buena parte del estudiantado se elevaron inmediatamente contra el nuevo sesgo de los acontecimientos; el gobierno, por su parte, decidió intervenir en la vida universitaria. Los revolucionarios de junio se proponían terminar con las voces altisonantes e imponer ideas fuertemente conservadoras, a menudo nacionalistas y, como en el caso de la Universidad del Litoral, francamente fascistas. Jordán Bruno Genta, nombrado interventor, señaló, al asumir, la necesidad

...de la salvación de la juventud de las frívolas ideas modernas(...). Aún estamos padeciendo el desorden de la revolución negadora cartesiana; y en el retorno a la filosofía perenne hemos de fincar los postulados de la nueva revolución que ha sido preciso realizar para afirmar los valores eternos.²⁴

El avance irresistible de la influencia católica desde fines de los '20 dejaba también su marca; parecía tratarse de seguir el consejo hobbesiano, obligando a las universidades a "bend and direct their studies to the settling of it, that is, to the teaching of absolute obedience to the laws of the king".

En un clima de revuelta todas las universidades, con excepción de la de La Plata, recibieron nuevas autoridades del gobierno, rápidamente reemplazadas ante su impotencia para restablecer el orden. En noviembre de 1943 la dirección universitaria decidió aceptar sin examen de ingreso a los egresados del Liceo

²⁴ Genta, Jordán B., *La función de la universidad argentina*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1943, p. 14.

Militar²⁵ pero el gesto simbólicamente más importante fue, sin duda, el decreto del 1º de enero de 1944, por el cual se restablecía, volviendo atrás respecto a las 'leyes laicas' de 1884²⁶ la enseñanza obligatoria de la religión católica. Lo que había sido sólo influencia de élites católicas y nacionalistas —que se habían fortalecido también en la Argentina desde fines de los '20 y durante los '30— se convierte entonces en política gubernamental. Halperin Donghi anota que el Dr. Alberto Baldrich decidió, poco después del decreto, reconocer como título habilitante para la enseñanza de la filosofía, de la psicología moral y del latín en la Universidad de Buenos Aires, el diploma de Doctor en Teología, y concluye:

En este período los que dominaron la universidad negaron sistemáticamente —por primera vez en su historia— principios que, como el de libertad de cátedra, habían logrado sobrevivir a lo largo de toda ella, aun en medio de la desatada intolerancia política. Afirmaron —también por primera vez— que la universidad debía ser puesta al servicio de un determinado ideal cultural, en el que se continuaba un ideal religioso y político.²⁷

En 1945, a pesar de cierto retorno a la normalidad —que reflejaba el cambio de orientación del gobierno como consecuencia del fin de la guerra—, estudiantes, profesores y autoridades universitarias se alzaron reclamando la restitución de las libertades democráticas en el país, y el retorno a los principios de la Reforma en la universidad. Inaugurando una suerte de ciclo que se repetirá cada diez años, 240 profesores

²⁵ Cf. Mangone, C. y Warley, J. A., *Universidad y peronismo*. (1946-1955), Buenos Aires, Centro Editor, 1984, p. 18.

²⁶ Conviene recordar la importancia de esta legislación. Buchrucker indica que las leyes de Roca relativas al registro civil y a la desaparición de las clases de religión de la escuela oficial "fueron la primera crisis ideológica que afectó el consenso de la Argentina contemporánea (...) En el paroxismo del conflicto suscitado por las reformas se produjo la ruptura de las relaciones diplomáticas con la Santa Sede. Los tradicionalistas organizaron la Unión Católica y condujeron una intensa polémica contra las nuevas leyes, que interpretaban como el programa masónico de la revolución anticristiana". Buchrucker, C., *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1987, p. 29.

²⁷ Halperin Donghi, T., *op. cit.*, pp. 174-175.

—que sería imposible clasificar de izquierda o de derecha— fueron expulsados por haber firmado un manifiesto antibernamental; Félix Luna evaluó en 1200 los docentes excluidos entre 1943 y 1946 (un tercio del cuerpo profesoral), 423 fueron echados y 823 renunciaron. Empeñados ya en la oposición al régimen de junio, los universitarios no cambiaron en absoluto su actitud frente a la candidatura del general Perón.²⁸ La agitación estudiantil prosiguió después de las elecciones de febrero de 1946.²⁹

Con un cuerpo docente renovado y con las organizaciones estudiantiles declaradas fuera de la ley, comienza un período de conformismo pasivo apoyado sobre una reorganización administrativa, la Ley Universitaria 13.031 sancionada el 9 de octubre de 1947. Por ella se suprimió gran parte de lo adquirido por la Reforma, en especial la participación de los estudiantes en la conducción de la institución y la elección de las autoridades por los profesores: los rectores fueron nombrados directamente por el Poder Ejecutivo y los decanos designados por los rectores.

Un eminente cirujano, el Dr. Ivanissevich, interventor promovido al puesto de ministro de la Educación, presentó la nueva Ley Universitaria en los siguientes términos:

La Reforma Universitaria agregó un veneno violento, el co-gobierno estudiantil, que malogró sus buenas iniciativas. El co-gobierno universitario no puede ser sino el resultado de una mentalidad perversa

²⁸ En Buenos Aires la participación en manifestaciones públicas dio lugar a innumerables detenciones, entre ellas la del propio rector, cuando la policía penetró en el recinto universitario. Finalmente, luego del triunfo electoral del general Perón, el gobierno tomó definitivamente en mano la gestión universitaria.

²⁹ Resume enfáticamente E. Goldar: "...los grecorromanos de corrosivo furor, que con Giordano Bruno Genta, un alucinado tomista, recalaban en la Universidad liberal acompañando las huestes triunfantes del 4 de junio, después de más de diez años de desencuentros, revivieron la edad dorada del uriburismo. El nacionalismo oligárquico, sectario y maníaco contribuía con la agresividad del estilo maurrasiano a arrojar a los estudiantes en brazos de las dignas capillas de los 'democráticos' profesores proimperialistas. (...) Tragedia del nacionalismo sin pueblo, perderá el control político en 1945, pero dirigirá desde las cátedras la orientación de la cultura castrándola de país". Goldar, E., en *El peronismo*, vol. col., Ed. CEPE, 1973, pp. 143-144.

e inconsciente. Sostengo que el co-gobierno estudiantil establece una promiscuidad perniciosa entre profesores y alumnos.³⁰

El vuelco en la política gubernamental no carecía de mentores en los medios nacionalistas; ya en 1928 *La Nueva República* sostenía como programa:

Instaurar la obligatoriedad de la enseñanza religiosa en la Escuela Primaria (...) necesidad fundamental para el enderezamiento moral del país. Es urgente soldar los cabos de la tradición lamentablemente rotos el día que se sacó al Cristo de las Escuelas (...). En cuanto a la enseñanza universitaria, se impone, en primer lugar, la supresión de la Ley de Reforma de 1918, que fue un verdadero acto de estupidez por el cual el gobierno de las Universidades Argentinas pasó a manos de los Comités Electorales.³¹

No cesó, sin embargo, la resistencia estudiantil, articulada por una Federación Universitaria Argentina que se había unificado en la oposición, y apoyada por aquellos estudiantes católicos que, alejados del integrismo de antaño, se organizaron en la Liga Humanista. La lucha contra el régimen peronista, particularmente durante la crisis entre la Iglesia y el gobierno, permitió olvidar lo que los separaba, esencialmente el rechazo de los humanistas hacia la politización del activismo estudiantil y el desacuerdo con el gobierno 'tripartito e igualitario' de profesores, egresados y estudiantes, corazón de la plataforma reformista. El gobierno recurrió, frente al continuo hostigamiento, a procedimientos nuevos para la época: exigencia de un certificado policial de 'buena conducta' para proseguir los estudios, o policías de civil omnipresentes en aulas y oficinas universitarias. Es que, como señala Halperin Donghi, si en 1944 la universidad era para el nuevo régimen un problema político antes que ideológico o cultural, el peronismo terminó por ver en ella sobre todo un problema policial.

Una nueva operación se puso en marcha a comienzos de los años '50 enderezada a debilitar la oposición estudiantil: el peronismo creó una organización propia, la CGU, que no logró concitar

³⁰ Cit. por Kleiner, B., *20 años de movimiento estudiantil reformista*, Buenos Aires, Ed. Platina, 1964, pp. 60-61.

³¹ En Barbero, M.I. y Devoto, F., *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Centro Editor, 1983, p. 118.

—a pesar de las ventajas materiales que ofrecía— más que un interés limitado.³² El cambio de actitud del Partido Comunista hacia el régimen, que obligaba a sus militantes a incorporarse a la organización gubernamental, no multiplicó considerablemente sus efectivos. Si, inmediatamente después de la caída del peronismo, esos militantes fueron marginados de los puestos de conducción de las organizaciones estudiantiles, aquel viraje se verificó rentable luego, menos frente a la clase que el Partido Comunista decía querer representar que entre los universitarios e intelectuales cuyo antiperonismo menguaba rápidamente gracias a los excesos restauradores de los revolucionarios de septiembre.

Peronismo y universidad

El advenimiento del peronismo constituyó, sin duda, una mutación cultural —en el sentido amplio del término— en la historia argentina. Sus huellas en la producción de bienes culturales según los criterios legítimos prevalecientes en las diversas actividades fueron, en cambio, mucho menos visibles. Es que en este plano —el de la cultura docta—, el peronismo carecía de una estrategia propia y no contaba ni siquiera con una ideología que permitiera decidir en un conflicto cultural, sea para acallar, sea para promover. Caracterizado por un antiintelectualismo más pronunciado aun que el de otros populismos, su política cultural se limitó, esencialmente, a una gestión autoritaria —directa o indirecta— que su decisión de no compartir el control de los medios masivos (radio, cine, prensa) puso rápidamente de manifiesto.

La alternativa entre libros y alpargatas no debió su éxito solamente a la convicción del dirigente socialista que la popularizara. Sus raíces remontaban a la pertenencia mayoritaria de los intelectuales a la tradición liberal, que los llevó a la oposición abierta frente a casi todo lo que el peronismo venía a encarnar. No faltaron ni profesores universitarios ni organizaciones estudiantiles en las manifestaciones antiperonistas o en la

³² En la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires una investigación efectuada en 1954 muestra que, mientras el Centro Reformista contaba con aproximadamente 4.000 afiliados, la CGU no llegaba a más de 200. En la Facultad de Arquitectura las cifras fueron de 1.600 y 400 estudiantes, respectivamente. En Walter, R., *Student Politics in Argentine*, Nueva York/Londres, Basic Books, 1968, p. 139.

Unión Democrática. El peronismo, por su parte, no creyó necesario colocar en puestos de decisión a aquellos intelectuales de cuño nacionalista que habían saludado, entusiastas, el movimiento de 1943: al Marcelo Sánchez Sorondo que consideraba, en junio, que "el signo de la Espada ejerce así un supremo fuero de atracción sobre todas las instituciones del Estado" o al Meinvielle para quien el movimiento sería "la contrarrevolución destinada a hacer entrar al hombre en la razón y en el orden". Después de octubre de 1943 no pocos de los principales hombres del nacionalismo más intransigente se desempeñaban en cargos públicos: Gustavo Martínez Zuviria, ministro de Justicia e Instrucción Pública, Héctor Llambías, subsecretario, Bonifacio del Carril, secretario en el Ministerio del Interior.³³ Sin duda había matices que los diferenciaban: elitistas, corporativistas, nacionalistas o católicos hispanizantes, pero lo cierto es que el peronismo frustró a no pocos entre los ideólogos más militantes que, desde 1930, invocaban a las fuerzas armadas esperando un "César popular y católico" y un "Yrigoyen mejor que el otro", convocando a algunos, conservadores tradicionales o próximos a la Iglesia, integrándolos a la universidad y al aparato judicial. Un grupo significativo, defraudado nuevamente en sus esperanzas: Meinvielle, R. Irazusta, Marcelo Etchecopar, F. Ibarguren, pasó a la oposición expresándose luego en *Presencia*, *Quincena* o *Dinámica Social*. El puñado de hombres de tendencia nacional-populista —en particular los miembros de FORJA, grupo yrigoyenista formado en 1935 que adhirió inmediatamente al peronismo en ascenso— quedó relegado a los márgenes del movimiento y del poder. Si Manuel Ugarte, venerado mentor del grupo, fue nombrado embajador en México, Arturo Jauretche resultó designado presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires, desde donde su influencia intelectual podía difícilmente ejercerse.³⁴

³³ Cabe agregar, entre los más significativos, los nombramientos de Jordán Bruno Genta y Tomás Casares como interventores en la Universidad del Litoral y en la de Buenos Aires, respectivamente, A. Baldrich, Federico Ibarguren, Ramón Doll y H. Bernardo en el gobierno de la provincia de Tucumán y Mario Aladei como jefe de la Sección Asuntos Políticos del Ministerio del Exterior. Muchos de ellos renunciaron luego del alejamiento del general Ramírez y del reconocimiento del gobierno de Farrell.

³⁴ Scalabrini Ortiz dirá: "Durante la época de Perón me tuvieron con la boca tapada. Ni un diario me abrió sus columnas. Ni una revista. Ni una tribuna. Sólo alcancé a dar tres conferencias en un centro obrero y

Los años peronistas no fueron ciertamente propicios para los intelectuales liberales o de izquierda. Alberto Ciria cita debates parlamentarios de 1950 que trasuntan la inquietud por el creciente avance del Poder Ejecutivo sobre terrenos tradicionalmente ocupados por asociaciones voluntarias. Aquél reglamentaría el funcionamiento de academias oficiales o nacionales y reorganizaría también las privadas de Letras, Bellas Artes e Historia. Se aprobó más tarde "la ley que establecía Premios al Mérito en el arte, la ciencia y la técnica: el presidente de la República entregaría medallas a quienes se destacaran en dichos campos, siempre en conformidad 'a los postulados de la doctrina nacional'".³⁵

Puede afirmarse, empero, que los intelectuales de oposición fueron considerados por el régimen más como disidentes que debían ser marginados del espacio público que como voces subversivas del *statu quo*. La universidad, foco de gran visibilidad, no podía gozar de una tolerancia análoga y corrió una suerte similar a la de los medios de difusión. Ello no significa que haya sido completamente sometida a un gobierno que, si excluía toda oposición política abierta,³⁶ se contentaba generalmente con

Borlenghi lo hizo clausurar... (...) Es claro que mi obra tenía un precio: el precio que siempre pongo, la absoluta libertad para escribir y el gobierno de Perón hubiera sido constantemente hostigado por mí, para bien de Perón y del país". Cit. por Galasso, N., *Scalabrini Ortiz*, Cuadernos de *Crisis*, Buenos Aires, 1975, p. 54. Y Jauretche: "Tampoco bajo el régimen que ahora llaman de la dictadura (...) porque estaban prohibidas las ideas y el pensamiento que profesaba, lo tuve prohibido bajo la vigencia de esas ideas porque la política pequeña del movimiento triunfante en el 45 no toleraba que llegasen hasta el pueblo los hombres que pudieran tener alguna independencia". *Qué*, 29 de abril de 1958, cit. por Galasso, N., *Jauretche. Barajar y dar de nuevo*, Buenos Aires, Los Nacionales Editores, 1983, p. 90.

³⁵ Ciria, A., *Política y cultura popular: la Argentina peronista. 1946-1955*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1983, p. 265.

³⁶ La Ley 13.031 de 1947 no dejaba duda alguna acerca del papel destinado a la enseñanza superior. "Las Universidades no deben desvirtuar en ningún caso y por ningún motivo sus funciones específicas. Los profesores y alumnos no deben actuar directa ni indirectamente en política, invocando su carácter de miembros de la corporación universitaria, ni formular declaraciones conjuntas que supongan militancia política o intervención en cuestiones ajenas a su función específica, siendo pasible quien incurra en trasgresión a ello de suspensión, cesantía, exoneración o expulsión, según el caso." Cit. por Ciria, A., *ibid.*, p. 233.

signos exteriores de lealtad: firma de iniciativas como el doctorado *Honoris Causa* para Perón, presencia en actos públicos u observación del duelo por la muerte de Eva Perón. Aunque no faltaban las cátedras de filosofía en las que el tomismo era de regla o de historia donde la benevolencia hacia Rosas era altamente conveniente, escasas eran las exigencias de conformidad en lo que concernía al contenido de la enseñanza, lo que se entiende por la ya mencionada ausencia de una política cultural. Si las manifestaciones de fidelidad al gobierno fueron exteriores ello no disminuyó su significación, como lo atestiguan los 'puntajes' que les fueron atribuidos, en los procesos realizados después de 1955, con el fin de evaluar el comportamiento de los docentes.

Conviene sin duda recordar algunos nombres poco conformes con una leyenda negra de la universidad peronista: Castagnino, Guerrero, Sánchez Albornoz o Astrada.³⁷ Pero en lo esencial es cierto que la docencia se abrió al pensamiento católico más reaccionario o bien a profesores sin otra legitimidad que su profesión de fe política, los 'flor de ceibo'. Dos trabajos permiten evaluar las tendencias dominantes en sociología. El primero es obra del profesor titular de Sociología de la Universidad de Cuyo, publicado en 1952:

Hay que descubrir aquellas leyes generales constitutivas de modos vitenciales a los que técnicamente designamos como "esquema estructural primario" que no son sino un desarrollo de la ley interna de lo humano, que llamamos ley moral o ley natural, como muy bien lo saben quienes ven en el universo la totalidad de lo real referida, como a su origen primero y a su destino definitivo, al Ser Perfectísimo, substancia sobrenatural increada, a Dios.³⁸

En el segundo, el profesor J. A. Villoldo de la Universidad de Buenos Aires revela la significación de las transformaciones que tienen lugar en la Argentina, afirmando

... la existencia de una sociología latinoamericana, en conexión directa con la civilización progenitora, greco-latino-cristiana, de origen ibérico(...) que a estas horas lucha con denuedo por acunarse, en supera-

ción sintética, la estructura de Tercera Edad que salve, reconcilie y transfigure los elementos más nobles del Coloniaje y la Emancipación, de la Edad Media y la Modernidad y ello mediante, la afirmación del racio-vitalismo grecorromano católico, manifiesto en las soluciones económicas, políticas y sociales que están a la vista.³⁹

Como no resulta del todo evidente, a pesar de la opinión del profesor J. A. Villoldo, la conexión entre esta manera de pensar la sociedad y la sociología y la orientación del peronismo, conviene volver a lo ya señalado para hacer algunas observaciones adicionales sobre ese control autoritario erigido en política cultural. Efectivamente, el gobierno no impuso en los círculos de la cultura 'docta' una verdadera sujeción ideológica, carente de alternativas a imponer, sino que requirió pasividad en el plano estrictamente político: las interdicciones pesaban ante todo sobre las manifestaciones de oposición, trazando una frontera de silencio en el espacio público, que algunos círculos restringidos podían transgredir recurriendo a *alusiones o a referencias codificadas*.⁴⁰ El hecho es que, a pesar de encontronazos, finalmente menores, con el régimen, Sur y el Suplemento Literario de *La Nación* aparecen regularmente; menos protegido, el *Colegio Libre de Estudios Superiores y la Sociedad Científica Argentina* logran mantener, durante un cierto lapso, sus puertas abiertas;⁴¹ revistas como *Realidad* o *Imago Mundi*, por fin, ofrecen las líneas de una política cultural alternativa que no es independiente de una tradición cuyos antecedentes pueden encontrarse en las épocas más productivas de *Cursos y conferencias*. ¿Shadow University? Oscar Terán ha discutido esta evaluación retrospectiva de José Luis Romero, figura notoria en las actividades culturales marginales al régimen. Si resultaría quizás exagerado interpretar la caracterización de Romero como la planificación estricta de una cultura paralela o de un programa para el posperonismo, Terán

³⁹ *Boletín del Instituto de Sociología*, núm. 6, cit., p. 200.

⁴⁰ Citemos el cuento de Bustos Domecq, *La fiesta del monstruo* —el general Perón, nunca nombrado—, que fuera publicado en *Marcha*, Montevideo, el 30 de septiembre de 1955. Fue críticamente analizado por *Contorno*, así como *Las puertas del cielo* donde Julio Cortázar describe con trazos negativos un baile popular del Palermo Palace. Un trabajo análogo de desciframiento fue llevado a cabo, con menor felicidad que *Contorno*, por E. Goldar, en *El Peronismo en la literatura argentina*, Buenos Aires, Ed. Freeland, 1973.

⁴¹ En 1953 la primera se encuentra en estado de liquidación y los cursos del Colegio fueron suspendidos, en Buenos Aires, en 1952.

³⁷ Y, en cuanto significaban posiciones ideológicas bien diferenciadas, no debe olvidarse a los docentes nacionalistas que, expulsados en 1955, volverán a la escena intelectual después de 1966: José María Rosa, en la Universidad del Litoral, o J. J. Hernández Arregui en la de La Plata.

³⁸ *Boletín del Instituto de Sociología*, núm. 6, Universidad de Buenos Aires, 1952, p. 185.

mismo sugiere que se había creado un campo cultural que se otorgaba reglas de legitimidad profesional propias frente a la marginación institucional y a la mediocridad de quienes controlaban las aulas.⁴² No otra cosa dice Gino Germani, historiando la sociología argentina:

La institución del Colegio Libre de Estudios Superiores adquirió un rol importante durante el régimen peronista. La mayoría de los intelectuales y profesores que habían dejado su cátedra en la universidad estatal continuó con sus enseñanzas en el "Colegio", que tenía su sede central en Buenos Aires y anexos en algunas ciudades de provincia. En Buenos Aires se dictaban cursos de sociología general y de metodología y técnica, que duraron hasta 1952, fecha en que fueron suprimidos por el gobierno. Un seminario sociológico creado en el Colegio de Rosario pudo proseguir, sin embargo, hasta 1955. Estas actividades constituyeron un canal para el reclutamiento de estudiantes y jóvenes graduados.

En ese espacio, cuyo volumen era ciertamente más limitado que el de la cultura popular, admirablemente servida por la radio, el cine y buena parte de la prensa, se insertaron revistas universitarias como *Verbum*, *Centro* o *Contorno*. Así, durante la década peronista, se mantiene y diversifica una vida intelectual extra estatal, a menudo sobre la base de instituciones preexistentes. Fuera del Estado y contra ese Estado que excluye a quienes lo rechazan, el campo cultural refuerza identidades surgidas en la sociedad. Desde entonces la relación entre valores culturales y orientaciones ideológico-políticas se hizo tan estrecha como durable.

Septiembre de 1955

Apenas había alcanzado la Revolución Libertadora a hacerse cargo del poder político y ya las universidades eran ocupadas por

grupos organizados de estudiantes en coordinación con egresados y profesores, siguiendo los lazos creados durante la clandestinidad. El 23 de septiembre la Federación Universitaria apareció en la escena pública con una declaración que traducía bastante bien el espíritu del movimiento estudiantil y, más en general, el de aquellos que se aprestaban a reestructurar las universidades:

Los estudiantes argentinos han saludado la caída de un régimen opresor y falaz que intentó conculcar todo vestigio de democracia, sumiendo al país en un caos que corrompió la enseñanza primaria y secundaria y destruyó la Universidad. Quienes arbitraron todos los medios para perpetuarse en el poder son los únicos responsables de que un sector del pueblo no haya encontrado otra alternativa que el alzamiento armado. La sublevación ha triunfado en nombre de la democracia y la libertad(...). Comienza una nueva etapa en la lucha del estudiantado argentino por la Universidad autónoma, la enseñanza laica y verdaderamente gratuita y la libertad de cátedra. Comienza una nueva etapa en la lucha del pueblo argentino por la democracia política y la justicia social.⁴³

Afirmando que "*La universidad somos nosotros*", los estudiantes se adueñaron de la institución. Su programa combinaba la creación de una universidad moderna y progresista con la eliminación de todo vestigio del régimen caído.

En el clima de confusión que reinó inmediatamente después del derrocamiento del gobierno peronista, los grupos estudiantiles tomaron muy rápidamente el control de las decisiones e inclusive de la gestión administrativa corriente de las siete universidades intervenidas por el Estado. La selección de nuevas autoridades, los enjuiciamientos a profesores que habían ocupado las cátedras, la elaboración de planes de estudio, la puesta en marcha de nuevos concursos, en fin, la definición de un proyecto de reconstrucción global de la universidad pasó a ser de su incumbencia. Y consiguieron rápidamente hacer aceptar buena parte de las reivindicaciones enunciadas por la Reforma, su credo de siempre. Después de una serie de 'exámenes ideológicos' a través de entrevistas personales, los estudiantes presentaron al gobierno tres candidatos a la dirección provisoria de la Universidad de Buenos Aires —procedimiento seguido en

⁴² Así, al analizar *Imago Mundi*: "...la voluntad de rigor a la que se apela en la Presentación del primer número luce asimismo como la marca distintiva entre una actividad *amateur* y/o mediocre y esta otra que se quiere fundadamente profesionalizada y en la cual es verosímil indicar el afán de un grupo intelectual marginado de las instituciones estatales por legitimarse a través del ejercicio estricto de su práctica específicamente teórica". Cf. Terán, O., "Imago Mundi. De la Universidad de las sombras a la Universidad del relevo", *Punto de Vista*, año XI, núm. 33, septiembre-diciembre de 1988, p. 4.

⁴³ Citado en Ciria, A., y Sanguinetti, H., *Los reformistas*, Buenos Aires, Ed. Jorge Alvarez, 1968, p. 139.

la mayoría de las facultades o universidades—: los tres eran antiguos reformistas aunque de orientaciones políticas diferentes; los tres, también, surgidos del círculo formado por el *Colegio Libre e Imago Mundi*. José Luis Romero, socialista, fue designado rector interventor. Habiendo impuesto el sistema de elección de autoridades por parte de los miembros del cuerpo universitario, estudiantes, egresados, profesores, los rectores fueron elegidos en 1957. Buenos Aires puso a su cabeza a Risieri Frondizi, hermano del futuro presidente; los acontecimientos no tardarían en colocarlos frente a frente.

Las universidades latinoamericanas fueron tratadas —a menudo con un curioso dejo acusador— de 'islas democráticas'; las argentinas, que no habían sido a menudo dignas de esa calificación, parecían ahora merecerlo, cuando las organizaciones sindicales no habían recuperado su plena autonomía y el peronismo seguía proscripto de las elecciones prometidas por los militares.

El enseñoramiento estudiantil se vio favorecido por las tensiones internas del gobierno de septiembre, que amalgamaba el ala liberal del antiperonismo más empecinado con representantes del nacionalismo tradicional y de la Iglesia triunfante. Sesenta días más tarde la renuncia del presidente Lonardi marcaba la derrota de los nacionalistas, abandonados por la Iglesia, y el fracaso de la corriente favorable a una reorganización sindical con participación de dirigentes peronistas. El general Aramburu recibía benévola el plan económico que el Dr. Prebisch había preparado y se ponía en marcha un programa restaurador encaminado a borrar los años peronistas. Es entonces que comienza a resquebrajarse la concordia paradójica entre gobierno y universitarios. Universitarios, ya que profesores, autoridades, egresados y estudiantes compartían la misma voluntad de instaurar los principios reformistas.

Conviene recordar ahora algunos aspectos que habían sustentado esa concordia. Es sabido que, diez años antes, la figura de Perón había reorganizado de manera original las fuerzas sociales y los significantes políticos y que su movimiento había constituido un nuevo protagonista, el pueblo/trabajador. Desgarrando los principios de la cultura política preexistente, el peronismo había levantado contra él un frente heterogéneo —desde el Partido Comunista hasta grupos conservadores. La consigna antifascista permitió el acercamiento de hombres e ideologías bien diferentes ante el ascenso del 'candidato imposible'. Izquierda/derecha, nacionalismo/liberalismo, laicismo/ca-

tolicismo, casi todos los códigos que regían la cultura política saltaron en pedazos en 1945; la Unión Democrática y el antiperonismo que le sucedió intentaban reunir las piezas de las configuraciones ideológicas anteriores. El resultado fue un puzzle cuya fuerza provenía, sea de la reacción frente al autoritarismo gubernamental, sea de la resistencia a la nueva ciudadanía popular, sea de la mezcla de ambas, y se cimentaba sobre bases análogas a las que mantenían unido al movimiento populista: el significado de la pareja Perón-Eva Perón. Allí se asemejaban y se enfrentaban el antiperonismo y el peronismo. Popular y autoritario, éste forzaba a sus adversarios a definirse en función suya. Si en sectores importantes de la oposición la defensa de la democracia y los reflejos antipopulares se armonizaban sin dificultad, muchos otros, provenientes de las izquierdas, se vieron obligados a considerar el apoyo de las masas a su líder como un equívoco transitorio, una suerte de hipnosis colectiva alimentada por un régimen opresor. Es representativa la afirmación de David Tieffenberg, dirigente socialista —y no precisamente del ala derecha del partido —, inmediatamente después de la revolución libertadora:

La Revolución Libertadora, que cumplió esa etapa gloriosa, fue popular en el momento en que se produjo y debe seguir siéndolo(...) La tarea no es fácil. La incisiva y apabullante propaganda totalitaria que día a día y minuto a minuto se suministró al pueblo por todas las formas de opresión del pensamiento, fue creando en el proletariado —víctima propiciatoria de todos los brotes fascistas— estructuras mentales y emociones, modos de pensar y de sentir que costará mucho esfuerzo poder quebrar, pero que habrá que quebrar, para que por las brechas abiertas penetre la verdad que disipe el terrible engaño hecho ex profeso para encadenar a los trabajadores a la producción capitalista.⁴⁴

Estaban, por lo tanto, convencidos de que con la partida de Perón y la destrucción de los aparatos peronistas desaparecerían el error y la alienación. Y esa fue precisamente la tarea que, disciplinados y entusiastas, emprendieron los dirigentes de 1955 ante la mirada complaciente de casi todo lo que se recla-

⁴⁴ En *Exigencias proletarias a la revolución y la legislación obrera*, Buenos Aires, Ed. Populares Argentinas, 1956, cit. por Vazeilles, J., *Los socialistas*, Buenos Aires, Ed. Jorge Alvarez, 1968, p. 281.

maba del progresismo. La intervención de las organizaciones sindicales fue acompañada por un decreto que prohibía nombrar lo sucedido, mientras el Partido Peronista, no habiendo existido jamás verdaderamente, se deshizo sin ruido. Heterogéneo desde siempre, el antiperonismo de septiembre también lo fue: restaurador para unos, liberador del pueblo para los otros.

El consenso no es, sin embargo, completo y, tres días después de que la Federación Universitaria hubiera saludado la caída de un régimen opresor y falaz, la Federación Juvenil Comunista difunde volantes alertando sobre los riesgos del momento:

Muchos estudiantes y otros sectores populares celebran la caída porque consideran que se termina así el negro proceso de degradación en todos los aspectos de la Universidad Argentina. De igual modo creen que la subversión de las libertades democráticas, la crisis económica, la declinación humillante de la soberanía mediante convenios como el de la California están superados.(...). Los estudiantes comunistas, teniendo presentes las experiencias argentinas de los golpes de estado de 1930 y de 1943, consideramos que éste no es el camino para la solución de los grandes problemas nacionales.

Y, naturalmente, fue por la universidad, y no por el pueblo, que se abrió la primera fisura en el acuerdo entre los universitarios y la revolución. El detonante fue el decreto-ley 6.403 del 23 de diciembre de 1955, que eliminaba las modificaciones aportadas por el gobierno peronista, restableciendo así la Ley Avellaneda, laica; pero introdujo al mismo tiempo un artículo que permitía la creación de universidades privadas, cuya cifra se hizo célebre: el artículo 28.⁴⁵ La FUBA (Federación Universitaria de Buenos Aires), que persistía en sus convicciones en noviembre de 1955, comienza a inquietarse poco después y se interroga públicamente en julio de 1956:

Si las cosas están desordenadas no es solamente porque el tirano las haya sacado de quicio (...) Cuando en la asamblea de estudiantes de Derecho alguien propuso, al mismo tiempo que el rechazo de la moción de censura al decreto-ley 6.403, un voto de pleno apoyo a la

Revolución Libertadora, no pudimos menos que alarmarnos, porque esa proposición estaba mostrando el punto hasta donde se puede llegar por el camino irrazonado.(...) Después de todo lo que hemos pasado, el riesgo es grande: la mayoría puede apartarse de la lucha o quedar desorientada si los dirigentes se equivocan.⁴⁶

Meses más tarde, la dirección firmemente antiperonista (y anticomunista) de la Federación fue desplazada y, en 1957, los nuevos dirigentes intentaban hacer triunfar la consigna reformista de 'alianza obrero-estudiantil'; pero los dirigentes sindicales tenían demasiado fresco el recuerdo del antiperonismo estudiantil y los estudiantes, en los hechos, debían hacer abstracción de la adhesión mayoritaria de la clase obrera al peronismo imaginando, como lo afirmaba la Federación Juvenil Comunista, "lo falso de la división entre peronistas y antiperonistas". Como puede suponerse, la tarea no era fácil y sus logros fueron magros. La Federación Universitaria Argentina, entonces, quedó en la poco confortable posición de no ser ni peronista ni antiperonista. Estaba ya, en cambio, enrolada en la oposición franca al antiperonismo gubernamental.

Después de un tiempo de intensa agitación la cuestión universitaria se zanjó, provisionalmente, con la renuncia del rector Romero y, luego, del ministro Dell'Oro Maini, hombre de la Iglesia.⁴⁷ El artículo 28 quedó en suspenso después de las decisiones de una comisión *ad-hoc* y de la Convención Constituyente de 1957. Ahora bien, en junio de ese año el Dr. Frondizi hizo saber, en un reportaje aparecido en el semanario *Qué*, que no era partidario del "monopolio oficial de la enseñanza", afirmando "el derecho de los padres a elegir la escuela de sus hijos y el de los ciudadanos a instituir los centros de enseñanza que les dicten sus convicciones o las exigencias técnicas". En los términos de un protagonista de la campaña electoral de la UCRI, "fue una explosión nuclear. Frondizi acababa de enterrar la Reforma Universitaria".⁴⁸ A los pedidos de explicación Frondizi repetía que

⁴⁶ En *Mar Dulce*, año II, núm. 4, julio de 1956, p. 1.

⁴⁷ Carlos Adrogué fue nombrado en reemplazo del ministro Dell'Oro Maini y Alejandro Ceballos, representante de la política universitaria vigente antes de 1945, ante todo profesionalista y académica, ocupó el cargo de interventor en la Universidad de Buenos Aires.

⁴⁸ Babini, N., *Frondizi, de la oposición al gobierno*, Buenos Aires, Ed. Celta, 1984, p. 179.

⁴⁵ El decreto-ley 477 de octubre de 1955 restablecía la Ley Avellaneda, pero ésta, promulgada en 1885, dejaba al gobierno la designación de los profesores. Fue corregida entonces por el decreto 6.403, que daba a la universidad el poder de selección de profesores y autoridades.

las concesiones a la Iglesia eran indispensables para llevar a cabo su programa, mucho más ambicioso que unas simples querrelas clericales; un grupo de APU (Acción Popular Universitaria), creado para apoyarlo, obtuvo como respuesta que no había allí más que promesas electorales; a los intelectuales organizados en ALEM (Movilización por Frondizi Presidente) les aseguraba que no existía ningún otro medio para asegurar la indispensable cohesión nacional. Hubo sin embargo reacciones críticas de grupos laicos y reformistas; no faltaron entonces, provenientes del amplísimo espectro ideológico reunido bajo la advocación de Frondizi, reacciones como la de la revista *Qué*, donde se lee “¡Otra vez aparece la izquierda de los doctores gritando traición!” o la de los nacionalistas de *Azul y Blanco* para quienes se trata de “un pequeño grupo de pseudo-intelectuales fuboides”. Quienes, en *Contorno*, apoyaban al candidato de la UCRI, se preguntan entonces: “Habría en nuestra posición un equivoco fundamental: ¿qué hacemos en el Partido Radical?”⁴⁹

Cabe subrayar la emoción provocada por el artículo 28 ya que las ciudades argentinas no habían sido muy a menudo el teatro de manifestaciones tan concurridas y apasionadas. Es que autorizar la creación de universidades privadas era sinónimo, en la época, de confiar a la Iglesia la formación de las mentalidades y de reforzar la desigualdad social en el acceso a la educación superior. Nuevamente se atentaba —como en 1943— contra la tradición laica de la élite liberal que había modelado las instituciones argentinas, punto de encuentro con las corrientes progresistas o de izquierda. El programa de la Reforma Universitaria descansaba por entero sobre el monopolio oficial de la enseñanza; todos sus postulados lo presuponían y, en 1918, el laicismo fue piedra angular del movimiento de Córdoba. De ahí en más la Reforma integró la cultura política progresista, de manera a veces retórica pero siempre explícita en los programas de casi todos los partidos nacionales.⁵⁰ Reforma Universitaria: “para los profesionales que militaban en la UCRI el tema de la enseñanza superior en la Argentina se agotaba en esas dos palabras mági-

cas”, recuerda Nicolás Babini, y agrega que “Gabriel del Mazo había convencido a los radicales que universidad reformista era sinónimo de universidad estatal”.⁵¹ En 1957, sin embargo, ese laicismo que hasta entonces iba de suyo en los medios progresistas, se convirtió en objeto de debates en cuanto a prioridades y a relación entre medios y fines. Y fue entonces que, favorecida por el estilo del Dr. Frondizi, aparece una nueva configuración: ‘la izquierda que está de vuelta de la izquierda’ —en los términos de la época—, esto es, quienes para defender los verdaderos objetivos de la izquierda en el largo plazo cuestionan los principios tradicionales de las doctrinas de izquierda y el encadenamiento histórico que preconizan. El laicismo, en este caso, perdía su calidad de fin en sí, encarnación de valores, para convertirse en una pieza más de eventuales alianzas políticas. Dada la carrera contra el tiempo que Frondizi aseguraba necesaria para transformar la sociedad argentina, los intelectuales se interrogaban sobre la importancia relativa de las universidades privadas y los altos hornos o de la Iglesia y el imperialismo. Si esas dudas no fueron aclaradas, se disiparon en cambio las que rodeaban las intenciones reales del presidente en cuanto a la enseñanza. En agosto de 1958, cinco meses después de las elecciones, el Dr. Frondizi decidió poner en aplicación el artículo 28. El traumatismo sufrido por las clases medias no fue sino el primero de la larga serie que Frondizi reservaba a los sectores progresistas —intelectuales y universitarios— que se habían movilizado para apoyar su candidatura.

La universidad entera se alzó contra la medida. Al día siguiente de la decisión el rector de la Universidad de Buenos Aires, Risieri Frondizi, se puso a la cabeza de un desfile: los rectores de las siete universidades nacionales hicieron públicas declaraciones contra la ley. La agitación llegó a su punto culminante el 19 de septiembre en concentraciones que, sólo en Buenos Aires, movilizaron entre 250.000 y 300.000 personas. Bajo una lluvia de monedas lanzadas por la barra, la batalla, conocida como “la laica o la libre”, fue finalmente perdida por los reformistas en el Senado. Es que más de un antiguo reformista había votado el artículo 28 y, entre ellos, quien había consagrado su vida al estudio y defensa de la Reforma, Gabriel del Mazo. Su actitud fue considerada traicionera y, más, sacrilega; así, la FUA le hace llegar un mensaje que terminaba diciendo:

⁴⁹ *Contorno*, Cuadernos, núm. 1, julio de 1957.

⁵⁰ En la Declaración de Avellaneda de 1945 el Partido Radical dice que “Sobre la base de la Reforma Universitaria, la Universidad debe gozar de plena autonomía espiritual y económica, de manera de cumplir su gran función de orientación”, y el programa electoral de 1951 inscribe, en su punto núm. 5: ‘Vigencia de la Reforma Universitaria’.

⁵¹ Babini, N., *op. cit.*, p. 179.

Posee Ud el original del Manifiesto Liminar; no lo manille más con sus manos. Devuélvalo a la juventud que no conoce de renunciaciones y continúa guiada por la Federación Universitaria Argentina con todas sus banderas enarboladas(...) Ex Maestro, cuarenta generaciones de estudiantes lo repudian.

Pero las preocupaciones de ese cuerpo reformista, que tanto se interesaba en la universidad y que poseía tal capacidad de movilización de las clases medias, eran más amplias: desde los consejos universitarios o desde las organizaciones estudiantiles dieron a conocer, a lo largo de los años siguientes, su opinión sobre los diversos temas que le ofrecía la actualidad internacional: Cuba, Puerto Rico, los problemas de la paz, etc. Por fin, los acontecimientos de 1966 demostrarán que, a pesar de sus conflictos internos, la Reforma conservaba un vigor que muchos consideraban perdido, y que el cuerpo universitario seguía siendo capaz de expresarse como actor autónomo frente al Estado: el día mismo del golpe militar del 28 de junio de 1966 la Universidad de Buenos Aires hace pública una declaración que afirma:

El movimiento militar que destituyó al Presidente de la Nación, separó los miembros de la Corte Suprema de Justicia y disolvió el Congreso de la Nación y los partidos políticos, haciendo tabula rasa de la Constitución y de las leyes, no hará sino retrasar en muchos años el progreso del país y frustrar a esta generación de argentinos en nombre de un pretendido providencialismo verticalista. La historia universal y las vecinas experiencias de países americanos arrojan lecciones lamentablemente muy claras con respecto a sus frutos.

Un mes más tarde las universidades eran intervenidas y la policía penetraba por la fuerza, hiriendo profesores y estudiantes en la Facultad de Ciencias Exactas. Se abre un nuevo ciclo, que no será el último. Y nuevamente se produce una sangría en las universidades estatales: son ahora 8.600, sólo en Buenos Aires, los docentes que presentan sus renunciaciones.

Vulnerabilidad institucional: Estado y sociedad

Los momentos de la vida universitaria que hemos evocado hasta aquí nos devuelven la imagen de una institución singular: animada por una lógica propia, ella está, al mismo tiempo, sometida a los avatares de la política nacional. La vulnerabilidad de las univer-

sidades, instituciones culturales dependientes del Estado, puede ser considerada como la manifestación de un fenómeno más general: la debilidad del Estado y, más precisamente, de sus estructuras burocráticas. Se hizo visible ya a comienzos del siglo la separación entre las dos vertientes del poder, el Estado y la sociedad, que el sistema político no supo conectar duraderamente. La acción directa de las fuerzas sociales sobre el Estado fue particularmente notoria a partir de 1955 bajo la forma de grupos de presión que el lenguaje contemporáneo denominaba, con acierto, 'los factores de poder'. Durante el período que nos interesa, 1955 a 1966, se hizo evidente una característica endémica del Estado argentino: invadido por la sociedad, no fue mucho más que la escena donde se enfrentaban los intereses de clase y de grupos sociales. Y, entre éstos, la Universidad no fue ni el menos importante ni el menos activo. Su fuerza era al mismo tiempo causa y consecuencia de un Estado debilitado y de un sistema de partidos incapaces de regir los conflictos en las condiciones creadas por la proscripción política del peronismo. Las universidades tuvieron, así, un destino similar al de otras instituciones de un Estado desprovisto de razón de Estado: fueron sucesivamente ocupadas y abandonadas —voluntariamente o no— por grupos de intelectuales según sus afinidades con el gobierno de turno cuya debilidad no fue siempre, lejos de ello, análoga a la de las estructuras de gestión estatales.

Existen sin duda múltiples razones que explican tan notable agitación y tanta falta de continuidad del mundo universitario: sería inútil buscar proposiciones generales susceptibles de esclarecer acontecimientos tan disímiles como el golpe de Estado de 1943 y el de 1976. Lo cierto, sin embargo, es que no debe verse allí solamente el mecanismo simple de decisiones impuestas a universitarios contestatarios o simplemente inflexibles frente a nuevas orientaciones gubernamentales. Las semejanzas entre los regímenes militares de los años '70 en Chile, Uruguay y la Argentina, que aplastaron la vida de las universidades nacionales, pueden hacer olvidar que, bajo formas mucho menos salvajes, la universidad argentina había sido desde antiguo un territorio ideológicamente marcado y que las universidades argentinas no fueron ese refugio protegido que se encuentra bajo diversas dictaduras.⁵² Que las fechas que puntúan su historia hayan corres-

⁵² Tünnerman Bernheim se pregunta, en un ensayo cuyo título es elocuente, "La autonomía universitaria en Nicaragua: una isla de liber-

pondido, siempre, a cambios sustanciales de dirección gubernamental muestra que las jerarquías universitarias han estado sometidas, en realidad, al mismo *spoils system* que caracteriza a la administración toda del Estado. Puede afirmarse, entonces, que la ausencia de valores culturales autónomos legítimos y razonablemente durables en la universidad responde a las mismas causas que han impedido la creación de una burocracia estatal —en el sentido weberiano del término— y la idea misma de funcionario al servicio del Estado.

El mecanismo específico que da cuenta de esa fragilidad es, probablemente, la notable solidaridad histórica entre orientaciones ideológico-políticas y valores culturales. Hemos recordado que el cuerpo reformista, nacido en 1918, toma su perfil más neto a partir de 1943. Al mismo tiempo, aunque siguiendo líneas menos claras, se dibuja el conjunto anti-reforma, donde militan desde los grupos más retrógrados hasta los miembros de un nacionalismo no integrista que serán los mentores del peronismo universitario en los '70. Ese cuerpo reformista se expresa en tanto tal en diferentes coyunturas políticas y es tratado por el régimen en el poder como un actor político al mismo título que los otros. En 1943, 1946, 1955, 1966 o 1976 la respuesta frente a los partidos de oposición fue la limitación, disolución o proscripción; tal actitud no era naturalmente la más adecuada para tratar a la institución universitaria, y es así que, con la obvia ex-

tad en medio de una férrea dictadura": "¿Cómo es posible que dentro de semejante régimen y con tales antecedentes (se refiere al régimen somocista) haya sido posible que floreciera en Nicaragua esa delicada flor de la cultura, de la democracia y del desarrollo institucional que es la autonomía universitaria?", en *Ensayos sobre la universidad Latinoamericana*, San José de Costa Rica, Ed. Universitaria Centroamericana, EDUCA, 1981, pp. 160 y ss. El profesor cubano J. A. Portuondo responde, a su manera: "No puede haber en términos generales y absolutos autonomía ni otros conceptos elaborados en la etapa reformista y válidos para quienes luchan aún en ella. En la etapa prerrevolucionaria la autonomía universitaria proporciona un bahuarte para denunciar y combatir el régimen imperante, pero una vez arrojada la burguesía del poder, o en trance de serlo, la autonomía puede convertirse en instrumento de esa misma burguesía en retirada que se atrinchera en ciertos recintos académicos para oponerse al proceso revolucionario, incluso elaborando consignas del más infantil izquierdismo". En *II Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria*, México, Unión de Universidades de América Latina, 1972.

cepción de 1955, los gobiernos eligieron expulsar al cuerpo reformista⁵³ abriendo las puertas de las aulas a sus simpatizantes o a aquellos que, al menos, garantizaban el silencio.

Se instaura entonces un proceso de condicionamiento recíproco: la vulnerabilidad institucional refuerza la identidad reformista y el comportamiento del cuerpo reformista aumenta la vulnerabilidad de la universidad ante los cambios políticos. Y, puesto que lo que otorga consistencia al campo reformista es una configuración de orientaciones liberal-progresistas, los criterios culturales resultan ideológicamente coloreados. Esta coloración, a su vez, fragiliza las jerarquías intelectuales, llegando a segmentarlas. Así, cuando el control del Estado cambia de manos, los intelectuales pertenecientes al bloque reformista son desplazados (o renuncian) y reemplazados por miembros de alguna de las corrientes anti-reforma, en nombre, a menudo, de algún valor cultural. Antes que la universidad, habrá entonces "la universidad peronista" de 1946 a 1955, "la universidad reformista" de 1955 a 1966, "la universidad peronista, segunda versión", después de 1973, "la universidad del Proceso" entre 1976 y 1983 y, luego, "la universidad democrática".

Dijimos que en la historia de la universidad argentina debía verse algo más que la simple acción gubernamental contra intelectuales disidentes. En efecto, en la Argentina esa diferencia reside esencialmente en que son los intelectuales mismos quienes contribuyen a la ideologización de los criterios culturales. Si es cierto que la autonomía del sistema cultural es precaria, como señalan Altamirano y Sarlo, debido "a la coerción abierta por parte de las autoridades del sistema político", los comportamientos de la universidad la muestran erigiéndose en actor colectivo cuasi político en un sistema caracterizado por la creciente fluidez de relaciones entre instituciones políticas e instituciones culturales. Si estos comportamientos hicieron de la universidad —y en particular de Humanidades— un blanco preferencial de las vicisitudes gubernamentales, la lógica interna del espacio intelectual no resultó indemne: para

⁵³ Ese estatus cuasi político del cuerpo reformista es paradójicamente reconocido: "El golpe de 1966 dirigido por el general Onganía puso fin a la autonomía universitaria y colocó a los universitarios reformistas entre las masas de los excluidos: los partidos políticos, los peronistas". Pérez Lindo, A., *Universidad, política y sociedad*, Buenos Aires, EUDEBA, 1985, p. 137.

los intelectuales mismos los valores culturales quedaron enlazados a valores ideológico-políticos, menguando así el reconocimiento de las jerarquías propias a cada disciplina. Dicho de otro modo, *las fracturas ideológicas dentro del sistema cultural impidieron en diversas disciplinas el reconocimiento de principios culturales o profesionales legítimos, y las perturbaciones universitarias fueron a la vez una manifestación de tales fracturas y un factor que las consolidó con el pasar de los años.*

De manera más simple, no decía otra cosa un universitario en 1958, cuando diagnosticaba con precisión pero con un optimismo que el tiempo desmentiría:

Hay otro aspecto que es también esencial y previo a cualquier planteo. ¿En manos de quién irá a parar la renaciente Universidad? Es evidente que se plantea, en muchos casos, un dramático *¿Quién juzga a quién?*, porque precisamente la falta de institución, ajena a toda crítica, y de valores universalmente aceptados, hacen que el problema sea prácticamente insoluble. Por "suerte" la terrible escasez de valores humanos permite no ser demasiado severos. Los hechos se encargarán de establecer una jerarquía.⁵⁴

Lógica propia, vulnerabilidad respecto de lo político, jerarquías culturales débiles: estos tres aspectos que hemos subrayado reenvían a los postulados y a las prácticas de la Reforma Universitaria, y particularmente a dos rasgos característicos de la tradición reformista, vivaces todavía en el umbral de los '60 y herederos de una historia de cuarenta años: la exigencia de autogestión institucional y la organización de una identidad universitaria.

Si una descripción del campo intelectual contemporáneo otorgaría probablemente un lugar poco prominente a la universidad y podría, sin perjuicio conceptual mayor, omitir los temas que la Reforma había propuesto, buena parte de la oposición de los intelectuales durante el peronismo así como los moldes donde la nueva generación ensambla orientaciones culturales y políticas a partir de 1955 resultarían difícilmente comprensibles fuera de ese singular puente entre saber y poder, entre cultura y política, que los universitarios progresistas habían inventado en 1918. Se justifica así una mirada re-

trospectiva, que no pretende rehacer una historia ya hecha sino evaluar aquello que constituye la herencia reformista en las postrimerías del gobierno peronista y en el período de reconstitución del espacio intelectual.

3. LA HERENCIA REFORMISTA

La autogestión institucional

La reivindicación de autonomía universitaria no tendría nada de sorprendente si no fuera por el hecho de que no llegó nunca a establecerse de manera razonablemente durable. Antes que base de creación de un sistema de valorización cultural propio,⁵⁵ el control de la universidad fue el objeto de conflictos directamente políticos. A pesar de ello o, más bien, precisamente por ello, esa reivindicación fue esencial en la estructuración de ese cuerpo universitario que se manifiesta públicamente desde 1918 hasta las renunciaciones masivas de 1966.

La autonomía, por cierto, caracteriza todo proceso de organización universitaria,⁵⁶ pero la Reforma la había soldado a la exigencia de representación igualitaria de profesores, egresados y estudiantes, y esto tuvo consecuencias específicas en la historia de los intelectuales argentinos. Si en Francia la República buscó separar la Universidad de la Iglesia, sometiéndola al Estado (pérdida de

⁵⁵ Algo análogo se ha observado para Chile: "La tradición de autonomía, cuyo portador principal es el movimiento estudiantil, no puede sino contribuir a poner condiciones favorables para la recepción de la ideología de la libertad académica. No obstante, esa equivalencia es sólo superficial. (...) Tiende a traducirse en una exigencia de pluralismo irrestricto, que puede llegar a ser contradictoria con los contenidos mucho más precisos y escasamente pluralistas que caracterizan al ethos profesional de cualquier comunidad académica. (...) Así, la pretensión tradicional de autonomía universitaria es también ambigua respecto de la ideología que es constitutiva de la profesión académica." Brunner, J. J. y Flisfisch, A., *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*, FLACSO, 1983, p. 192.

⁵⁶ Cf. Tünnerman Bernheim, C., *Ensayos sobre la Universidad Latinoamericana*, San José de Costa Rica, Ed. Universidad Centroamericana EDUCA, 1981, pp. 160 y ss.

⁵⁴ Levialdi, Andrea, en *Mar Dulce*, núm. 8, junio-julio de 1958, p. 5.

autonomía compensada por la existencia de instituciones autónomas como el Institut, el Collège o la Académie), Córdoba buscó separarla del Estado reivindicando el autogobierno, sin renunciar por ello, al contrario, a la idea de una enseñanza concebida como un servicio público y gratuito monopolizado por el Estado.

En la Argentina, la autonomía universitaria consistía esencialmente en que la corporación universitaria fuera la única habilitada para designar las autoridades, sin ingerencia de otras instancias estatales. En este sentido, podía ser defendida por tendencias muy diferentes en otros aspectos, puesto que era integrable en discursos de raíces opuestas. Así es que, después de 1955, es en su nombre que se defiende a las universidades privadas: "La palabra AUTONOMIA nos parece pobre. Preferimos hablar de LIBERTAD. Las universidades deben ser independientes de todo poder exterior a ellas..."⁵⁷ o, desde la derecha: "La autonomía universitaria es indispensable ya que se origina en las más puras tradiciones universitarias medievales",⁵⁸ afirmación que no es en absoluto inexacta. Pero la piedra de toque del programa reformista era la participación estudiantil en la conducción institucional, bajo la forma canónica del "gobierno tripartito e igualitario" de estudiantes, egresados y profesores.⁵⁹ Se entiende, entonces, la reacción de un importante dirigente de la nueva generación reformista quien, en 1957, explica "La autonomía que no queremos":

Antes, cuando los resortes del poder eran seguros, la autonomía universitaria fue la piedra del escándalo. Hoy, cuando nuestro ser nacional amenaza despertarse, la autonomía universitaria puede

⁵⁷ Agrupación Humanista de Ciencias Económicas, CECE, volante de octubre de 1955.

⁵⁸ Fernández Guizetti, G., jefe del Departamento de Antropología de la Universidad del Litoral, reportaje en *Esto Es*, 2 de febrero de 1956.

⁵⁹ Demandas análogas, en el Brasil por ejemplo, recién vieron la luz hacia los años 1960-1961, donde "los debates sobre la Universidad traducen la nueva forma de politización dentro del medio intelectual..." La 'declaración de Bahía', resultado del primer seminario sobre la reforma universitaria en 1961, y preludio a otras tomas de posición, hacia de la 'democratización universitaria' un jalón en un 'proceso más vasto que es el de la revolución brasileña'. En Pécaut, D., *Entre le Peuple et la Nation. Les intellectuels et la politique au Brésil*, París, Ed. de la Maison des Sciences de l'Homme, 1989, p. 229. (La expresión entrecomillada es de Lima, H. y Arante, A., *História da ação popular*, San Pablo, Editora Alfa-Omega, 1984.)

convertirse en adecuada trinchera de la reacción (...). Porque sucede que se ha puesto el acento en el problema de la autonomía, pero se ha dejado deliberadamente en penumbras la cuestión del gobierno igualitario de los tres claustros (...) Y ahora estamos igual que antes: con un decreto-ley (!) que asegura el gobierno de la Universidad al claustro de profesores. Así sí, así conviene la autonomía porque es un modo de desgajar el tronco potente de un país que se despereza.⁶⁰

Desde 1918, la exigencia de autonomía se hizo inseparable del proyecto de reproducir en el seno de la universidad el modelo político democrático.⁶¹ Remedando el sufragio obligatorio, la Reforma exige el voto de los estudiantes para designar sus delegados a la Asamblea Universitaria, y sueña con un centro único de estudiantes sujeto a elecciones regulares. La antigua exigencia de periodicidad de las cátedras completa esa voluntad de hacer de la universidad una metáfora de la sociedad.

El Manifiesto Liminar lo hace explícito en términos que son inseparables de la cultura política de su tiempo, de la posguerra, de la revolución de octubre y, naturalmente, de la democratización política argentina consagrada por la elección de Yrigoyen dos años antes, que contrasta con el orden universitario vigente en la vieja casa de Trejo y Sanabria:

La Federación Universitaria de Córdoba se alza para luchar contra este régimen y entiende que en ello le va la vida. Reclama un gobierno estrictamente democrático y sostiene que el *demos* universitario, la soberanía, el derecho a darse el gobierno propio radica principalmente en los estudiantes.

En este *demos* la articulación de democracia y saber no que-

⁶⁰ Nun, J., en *Plática*, núm. 23, mayo de 1957 (subrayado por el autor).

⁶¹ La imagen que tienen los dirigentes reformistas va lejos. En 1927, por ejemplo, se afirma: "Demostremos cumplidamente que la Universidad debe ser autónoma, no sólo en virtud de los principios abstractos que fundamentan la autonomía, sino, y principalmente, porque los universitarios son capaces de gobernarse a sí mismos, y tan bien, por lo menos, como el P.E. dentro del círculo en que se mueve, con todos los resortes materiales del poder en la mano". *La Reforma*, Discurso pronunciado por el presidente del Centro, Alfredo O'Connell, en el Acto de Afirmación Reformista, FUBA, *Publicaciones del Partido "Unión Reformista"*, Buenos Aires, PUR, 1928.

daba garantizada, lejos de ello: la legitimidad de los principios culturales permanecía bajo la amenaza virtual de contestación en nombre de una oposición a la autoridad. En 1918, sin embargo, la revuelta contra un poder tradicional y frecuentemente sometido a los dictámenes eclesiásticos podía unificar la exigencia de democracia universitaria con los objetivos de modernización, innovación y creatividad cultural. Volvamos a ese hermoso texto:

Las universidades han sido hasta aquí el refugio secular de los mediocres, y la renta de los ignorantes, la hospitalización segura de los inválidos(...) Las universidades han llegado a ser así fiel reflejo de estas sociedades decadentes, que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de una inmovilidad senil. Por eso es que la ciencia frente a estas casas mudas y cerradas, pasa silenciosa o entra mutilada y grotesca al servicio burocrático.(...) Los cuerpos universitarios, celosos guardianes de los dogmas, trataban de mantener en clausura a la juventud, creyendo que la conspiración del silencio puede ser ejercitada en contra de la ciencia.

Cuando reaparecen con fuerza las voces reformistas, desalojados ya los nombres más irritantes de la universidad peronista, esos dos temas, saber y autoridad, no armonizan, sin embargo, tan fácilmente. Quien fuera secretario de la intervención a la Universidad de Buenos Aires, Ismael Viñas, afirma en 1957 para defender la participación de egresados y estudiantes en la gestión universitaria:

Las únicas objeciones realmente serias, son aquellas que se hacen desde una clara manifestación de posiciones. Las de aquellos que sostienen que la Universidad constituye un *problema de saber*, una comunidad cuya *existencia está determinada por la ciencia*. Tal concepción de la Universidad exigiría, según quienes la proclaman en esos o parecidos términos, la reasunción del principio de autoridad, lo que traducido a términos concretos significa el gobierno de los profesores. (Subrayado por el autor.)⁶²

Pero, si la universidad no es un "problema de saber", ¿qué es lo que la define? Viñas, como la mayoría de los reformistas, responde: "Y lo cierto es que nosotros pretendemos objetivos mucho más amplios para nuestra Universidad. Queremos que ayu-

de a la transformación de la sociedad que sostiene su existencia". La legitimidad cultural queda entonces subordinada, en una ecuación donde la democracia intrauniversitaria es instituida como condición a la labor de los universitarios sobre la sociedad. Pero es cierto que el *saber* no es cuestionado; es reconocido con el objeto de negarle *autoridad* a dichos profesores. Algunos años más tarde estos mismos temas serán reorganizados: ni la autonomía ni la democracia universitaria serán cuestiones prioritarias para quienes otorgan el primado a un saber cuya legitimidad provendría de su eficacia política en el marco de una universidad concebida como actor militante. Diez años más tarde podrá afirmarse:

¿Queremos una Universidad de nivel académico como la logró el cientificismo de 1955 a 1966 o queremos una Universidad combativa en torno a los problemas nacionales y en torno a una salida socialista? Yo me pronuncio desde ya por una Universidad combativa aunque pierda el nivel.⁶³

La formulación puede ser novedosa pero no lo son los términos en juego, ya que a la primera tensión entre cultura y autoridad cabe agregar una segunda, cuyas raíces se encuentran también en 1918: la atribución a la universidad de un rol en la transformación de la sociedad, rol que supone una exterioridad primera respecto a lo social. Ahora bien, una vez que la universidad es declarada agente de cambio —y, a su manera, sin duda que lo ha sido—, esa pretensión implícita de exterioridad plantea inevitablemente la espinosa cuestión de la 'isla democrática'. Esto es, la de sus condiciones de existencia en una sociedad desigual donde las reglas del juego político eran tan a menudo violadas. Este problema había podido ser zanjado, en el discurso de la Reforma, introduciendo un elemento independiente de las relaciones sociales o políticas: la capacidad de creatividad inherente a la juventud. Dice el Manifiesto:

La juventud vive siempre en trance de heroísmo. Es desinteresada, es pura. No ha tenido tiempo aún de contaminarse. No se equivoca nunca en la elección de sus maestros.

⁶² "La participación de los graduados en el gobierno de la Universidad", *Mar Dulce*, núm. 7, noviembre de 1957, pp. 4-5.

⁶³ Colabella, S., Mesa Redonda organizada por *Panorama*, núm. 212, 18-24 de mayo de 1971.

Ahora bien, si en un momento de auge de la teoría de las generaciones esta equivalencia entre juventud y cambio era viable, dejó de serlo décadas después, cuando el campo intelectual estaba dominado por una reflexión en términos de clase o de nación. Al limitarse la posibilidad de identificar juventud e innovación cultural,⁶⁴ los estudiantes y jóvenes intelectuales veían reducirse también la posibilidad de tomar la palabra en nombre propio.⁶⁵ Reabierto la escena política en 1957 y rota la identidad que le otorgaba el régimen peronista, la joven generación debía, para legitimar su palabra, hablar en nombre de alguna entidad muda, nación, desarrollo o revolución o bien presentarse como portavoces de quienes 'no tenían voz'.

La tensión entre saber y poder, por una parte, y la capacidad transformadora otorgada a una universidad que no debía limitarse a la reproducción de las profesiones, era constitutiva de la identidad reformista. Y ella dibujó las posiciones que los universitarios progresistas se vieron obligados a recorrer, una tras otra: ninguna definía ni una identidad estable ni criterios legítimos. La producción del saber no estaba garantizada por jerarquías culturales ya que éstas eran cuestionadas por la exigencia de democracia interna; democracia, a su vez, considerada un privilegio exorbitante en un país como la Argentina. La voluntad de actuar sobre la sociedad planteaba, por último, la cuestión del derecho de los universitarios para atribuirse tal misión transformadora. Esos universitarios de la Reforma que reclamaban la autonomía a un Estado sobre el cual tenían fija-

⁶⁴ En 1953 J. J. Sebreli, por ejemplo, escribe: "Es que la juventud es ante todo la edad del resentimiento. Lo que se proponen los jóvenes que abrazan una revolución ya sea social o estética, más que cambiar la vida como quería Rimbaud o modificar el mundo como decía Marx, es sobre todo molestar a sus padres burgueses o a sus madres católicas". En "Los 'Martinfierristas': su tiempo y el nuestro", *Contorno*, núm. 1, Buenos Aires, noviembre de 1953.

⁶⁵ La atribución de un rol específico a la juventud resistió, sin embargo; apropiándose de una generación, los reformistas reprocharán al régimen peronista haberse alienado a la juventud, y, por la boca de David Viñas, admitirán que la 'generación del '45' se había equivocado; a lo que Jauretche responde, preguntándole: "¿desde cuándo los estudiantes son la generación del '45? También eran generación del '45 los jóvenes peones, los jóvenes empleados, los jóvenes seminaristas y los jóvenes cadetes. Y esa generación del '45 no se equivocó; estuvo en su posición. El que estuvo en la posición equivocada fue el fubismo de los universitarios".

do un ojo vigilante, tomaban la palabra, en primera persona, sobre la escena política, a partir de un lugar que estaba confusamente fundado en el conocimiento. Tales ambiciones no eran quizás desmesuradas, pero la Argentina no era seguramente el país donde podían ejercerse con tranquilidad.

Si el cuerpo reformista extrajo fuerzas del juego de sus posiciones ambiguas, al cual las intervenciones del Estado otorgaban una legitimidad perversa, y logró constituirse en actor colectivo, las jerarquías culturales resultaron, en cambio, perdidas.

La identidad reformista

La autonomía querida por la Reforma fue, en realidad, doble. Hubo una reivindicación explícita de independencia del Estado pero hubo también la voluntad de dar a la vida universitaria un estatus autónomo respecto de los partidos políticos.⁶⁶ Ni los partidos pudieron, o quisieron, hacer de la universidad un lugar de expresión —como lo ilustra tan bien la historia de las universidades chilenas—, ni la universidad fue un espacio protegido de expresión democrática. Vulnerables a los albrures del Estado, las universidades argentinas engendraron una suerte de comunidad, originada en la alianza entre estudiantes y profesores —o intelectuales progresistas— en 1918 y que se perfila como *cuerpo universitario* en 1943. Este cuerpo poseía un territorio, una articulación institucional y una doctrina.

Más quizás que en otros lados, los recintos fueron vividos siempre como santuarios (aun en épocas en que la policía, de civil o en uniforme, franqueaba regularmente los umbrales), santuarios que fueron en ocasiones convertidos en barricadas estudiantiles. Isla democrática que pretende una extraterritorialidad: esta crítica, frecuente, describe bien lo que era la base de la identidad uni-

⁶⁶ J. C. Portantiero cita a Julio V. González: "Por lo general no actuábamos en política los dirigentes del movimiento; ni Barros, ni Bordabere, ni el que os habla, ni muchos otros. Ninguno, desde el 18 al 30, nos hallábamos enrolados en los partidos. No dependíamos de ellos. Le teníamos asco a la política y tanto asco que yo por mi parte hasta intenté hacer de la Reforma Universitaria un partido ideal, una especie de República de Platón, desde luego irrealizable". Conferencia en la Facultad de Ciencias Médicas del Litoral, 15 de junio de 1941. En *Opinión Argentina*, año III, núm. 22, junio-julio de 1946, p. 16.

versitaria. La Federación Universitaria Argentina podrá en 1959, sin sorprender a nadie, otorgarse el papel de "garante de la calificación moral que representa un título universitario" y, en consecuencia, declarar a Arturo Frondizi "persona no grata" en las casas de estudio superior. Un fenómeno precoz, la creación de centros de estudiantes por facultades, jugó un papel no despreciable en la constitución de esta identidad; las organizaciones por universidades y la Federación Nacional —que gozó de una legitimidad no cuestionada hasta fines de los '50— trazaron un espacio institucional que fue teatro autárquico de conflictos y alianzas. Los centros —que admitían diferentes matices ideológicos o políticos y proporcionaban servicios a los estudiantes— se convirtieron tanto en lugares de sociabilidad como en agentes de socialización política y, colocados en la oposición a menudo violenta, no gozaron de una vida apacible durante el peronismo. Estas instancias generaron entre los reformistas una comunidad que seguía existiendo después de terminados los estudios ya que, en épocas normales, numerosos militantes permanecían en la familia universitaria a título de delegados de egresados en los consejos de facultad o de universidad y, una vez cortado el cordón umbilical, se integraban en un tejido de ex militantes, encabezado por los Maestros. Durante toda su historia el movimiento estudiantil estuvo ligado a los ex militantes y, antes de 1945, podría decirse, dependiente de ellos. Centros y federaciones fueron a menudo un *ersatz* de afiliación partidaria que los reforzaba como *instituciones sociales de pertenencia política* ya que la autonomía de la vida universitaria se manifestaba, sobre todo, en su capacidad para definir un terreno propio de conflictos legítimos.

En efecto, las cisiones en el interior de la universidad estuvieron organizadas exclusivamente en función de la Reforma, y con ella, de esa gran divisoria de aguas que fue el laicismo. Existían reglas y códigos específicos que quienes eran miembros de partidos políticos debían respetar; esto implicó que los conflictos atañían principalmente las maneras de concebir la institución universitaria aunque sin limitarse a la gestión de políticas administrativas o docentes. Paradójicamente, si la lucha estudiantil estaba organizada alrededor de los mismos grandes temas que fraccionaban el espacio ideológico nacional —laicismo o catolicismo, liberalismo o nacionalismo—, las identidades que entraban realmente en conflicto se mantuvieron, durante décadas, dentro del campo universitario. Pero no debe concluirse de ello que los dirigentes o militantes no estuvieran politizados; al con-

trario, lo que diferenciaba a socialistas, anarquistas, radicales o comunistas era evidente mucho antes de 1955. Sin embargo, esas diferencias correspondían al afuera que todos mantenían cuidadosamente separado del adentro reformista;⁶⁷ es una particularidad argentina que los bloques universitarios no hayan sido nunca, hasta comienzos de los '60, la reproducción de partidos políticos. Hasta fines de los '50 las corrientes en el seno del movimiento estudiantil mezclaban simpatizantes o afiliados de diversos partidos, pero fue sólo con la aparición de la Juventud Universitaria Peronista que una tendencia se referiría explícitamente a un partido. A favor o en contra de los postulados reformistas: éste fue el eje de los conflictos universitarios durante décadas. Aun después de la revolución de 1955, cuando las divisiones ideológicas se encarnaron en tendencias universitarias, hubo casi sin excepción una 'R' en sus siglas y la bandera morada cubrió generosamente grupos que casi todo separaba.

Lo que había otorgado su fuerza singular al movimiento estudiantil argentino fue, precisamente, enunciar una concepción de la sociedad exclusivamente desde el particularismo universitario. Durante los años de politización universitaria, desde mediados de los '60 hasta 1976, ni la institución ni la Reforma serán ya productoras de identidad, y los partidos se encargarán de canalizar los conflictos estudiantiles.

¿Qué es, entonces, lo que permitió a la Reforma mantenerse durante cuarenta años como único criterio legítimo de diferenciación explícita, ser programa de acción de uno de los movimientos estudiantiles más potentes del mundo y atravesar la distinción entre estudiantes, profesores y autoridades, conservando lazos con antiguos militantes?

⁶⁷ Los recuerdos que guardaron Miguel Murmis y Emilio Gibaja coinciden. Para el primero, "el grueso de las listas no era de partidos. Aunque en alguna tuviera preeminencia un partido, nunca se iban a definir como partidarias". Y agrega Gibaja: "Nos parecía un pecado absoluto embanderar ya no el centro, ni siquiera una lista con un partido político. Dentro del Centro de Estudiantes los había reformistas democráticos, o comunistas o algunos independientes. Fuera del Centro estaban los indiferentes o los reaccionarios. Los peronistas casi ni aparecían. Los reaccionarios eran de derecha, de Acción Católica, del Ateneo Universitario. Pero en la militancia, si bien muchos de nosotros teníamos actuación política, nunca la hacíamos valer dentro del Centro". *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín/1* (Mario Toer, coord.), op. cit.

Sabemos que era un programa para la universidad cuya sustancia eran la autonomía respecto al Estado, el monopolio estatal de la enseñanza —laica y gratuita— y el co-gobierno. Sabemos también que el Manifiesto de Córdoba, dirigido a los "hombres libres de América del Sud", pretendía renovar la sociedad a partir del saber. En los años '20 se encuentran ya los componentes fundamentales de la Reforma, cuya formulación e importancia relativa sufrieron luego transformaciones considerables: democráticos y antiimperialistas, insertados en el bloque del liberalismo argentino. Riñón de la doctrina reformista durante décadas, esos elementos conformaron también el perfil del ciudadano progresista, consolidado ya en los '30. Ese programa pudo reunir hombres por encima de los partidos ya que sus postulados eran al mismo tiempo limitados en número y susceptibles de las interpretaciones más divergentes: desde el centro hasta el Partido Comunista, diferentes corrientes políticas los integraron en configuraciones ideológicas que se oponían en casi todos sus enunciados. Afirmar el rol transformador de una universidad autónoma pudo enlazarse con un programa dirigido a la unión revolucionaria de obreros y estudiantes pero también con aquél, más moderado en sus ambiciones, del Partido Radical. Los Maestros de la Reforma podían considerar que "la Universidad aspira a ser el laboratorio donde se plasma la ideología social", ya que "la Universidad debe ser una escuela de acción social adaptada a su medio y a su tiempo", que la universidad debía "coordinar la ideología social en disciplinas científicas, conformes a los métodos más eficaces para cada una" o bien que "los estudiantes aprenderán que no se es defensor legítimo de la Reforma cuando no se ocupa al mismo tiempo un puesto de combate en las izquierdas de la política mundial" o, aun, que "hay que preparar, desde la cátedra, el advenimiento triunfante de la democracia proletaria". En este sentido puede considerarse a 1958 como otro avatar de la Reforma: la lucha contra la autorización de universidades privadas fue insertada en una cadena simbólica en la cual el control estatal de la enseñanza era equivalente al nacionalismo antiimperialista. Habiendo decidido —y no sólo ellos—⁶⁸ que el

⁶⁸ "No toque usted el petróleo, le había dicho Scalabrini Ortiz a Frigerio en una carta. Hay palabras, hechos, instituciones, simples cosas abstractas y a veces inimportantes que alcanzan el papel de símbolos y se vuelven intocables... El petróleo, la CADE y la ANSEC son tres asuntos

monopolio estatal sobre el petróleo era la encarnación de la Nación misma, los universitarios reformistas desfilaron enarbolando carteles donde podía leerse la ecuación siguiente: YPF=universidad nacional. Standard Oil=universidad privada. La Federación estudiantil, mientras tanto, se otorgaba el estatus privilegiado de empresa estatal colocando al frente de una manifestación un gigantesco retrato de Sarmiento con las siglas FUBA-DINIE-YPF.

La doctrina reformista poseyó algunos puntos netos y otros que lo eran mucho menos pero que, gracias a esa vaguedad semántica, pudieron ser un cimiento durable. En otros países latinoamericanos, donde las clases medias no tenían el espesor suficiente para darle un soporte específico, esa doctrina pudo convertirse en partido político: el APRA es un caso tan conocido como ejemplar. No faltaron por cierto los intentos de organizar un partido reformista en la Argentina pero todos fracasaron. Si bien sería excesivo concluir que tal partido era imposible, puede sugerirse que la existencia de la democracia progresista, el socialismo, el comunismo y el radicalismo eran otros tantos obstáculos, ya que esos partidos absorbían las aspiraciones liberales y progresistas de las clases medias. Así, la característica esencial de la Reforma fue carecer siempre de una organización propia poseyendo, en cambio, un referente institucional: la universidad. Era reformista quien había adherido, de una manera u otra, a esos principios, y había participado en un momento, por definición transitorio, en una corriente estudiantil reformista: la doctrina tenía como única organización un lugar de pasaje, compatible con otras afinidades político-ideológicas y podía entonces, en todo momento, ser reactivada.

Se ha dicho a menudo que la Reforma fue una ideología de clases medias, y Germán Rama ha subrayado que la exigencia de auto-gobierno universitario podía ser interpretada como una demanda de control —real o imaginario— de una de las manifestaciones del poder: la cultura. Estas afirmaciones no son incorrectas. En efecto: muy temprano en el siglo xx, las universidades argentinas fueron, más que un sistema de reproducción de las clases dominantes o de formación de las élites dirigentes, una expresión de las clases medias. Estas encontraban en la educación

que gozan de esa virtud letal. Los que se atrevieron a desafiar los sentimientos públicos fueron aniquilados o fueron reivindicados, según la actitud que adoptaron. Perón cayó...". Cit por Real, J. J., *Treinta años de historia argentina*, Buenos Aires, Ed. Crisol, 1976, p. 225.

superior un medio de movilidad social y un lugar de formación como actor político. Sin embargo, las universidades fueron algo más que enclaves ocupados por estratos medios. Constituían también, aunque resulte banal recordarlo, instituciones donde el saber estaba en juego; la Reforma era, también, un proyecto de gestión de esas instituciones y del conocimiento. Entonces, entre las dos proposiciones: programa para la universidad o ideología de las clases medias, sería erróneo elegir. La Reforma fue las dos cosas y fue, sobre todo, una doctrina. Naturalmente ella se transformó entre 1918 y 1966, aunque mucho más lentamente y de manera menos perceptible que las ideas y orientaciones políticas que agitaron la vida argentina durante esos cincuenta años. Lo que no cambió fue su naturaleza siempre mixta, al mismo tiempo cultural y política, proyecto para la universidad y voluntad de cambio para el país, aunque, en la Argentina, la "extensión universitaria" se ejerció menos frecuentemente hacia las clases populares que hacia las políticas estatales. La resistencia a regímenes políticos fue a veces más fuerte que los esfuerzos de cambio interno o los proyectos de transformación cultural. Pero siempre tuvo un pie en la universidad y un pie fuera de ella, en la sociedad. Al menos hasta el momento en que la sociedad invadió la universidad y ésta se convirtió en terreno de enfrentamientos político-ideológicos.

Puede decirse en conclusión que la Reforma fue la doctrina de los intelectuales liberales y progresistas, más acá o más allá de las clases medias a las que esos intelectuales pertenecían. Una suerte de partido de contornos borrosos que, no teniendo ni ficha de afiliación ni programa electoral podía, empero, contar sus partidarios e identificar a sus adversarios, nombrar a fieles y traidores. Su naturaleza doble le permitió, en fin, funcionar como identidad doctrinaria capaz de constituir un actor, el cuerpo universitario, organizado institucionalmente e inscripto directamente en el plano político aunque no partidario.

No se equivocaba Julio V. González —tenaz militante por un partido reformista— cuando argumentaba, en 1927:

Entonces yo os digo: estáis viviendo desde hace diez años una verdad que vanamente os empeñáis en no ver. Hace diez años que estáis haciendo política; que a título de Reforma Universitaria os venís mezclando en la discusión de los negocios públicos, no dejando pasar un solo acontecimiento sin abordarlo y pronunciaros sobre él (...) ¿Qué estáis esperando para proclamar a la faz del país la existencia del gran Partido Nacional Reformista?

La Reforma pudo recortar un bloque debido a la persistente continuidad entre las divisiones ideológicas nacionales y las divisiones universitarias, continuidad que las opciones políticas de los reformistas fueron reproduciendo. Al comienzo los adversarios de la Reforma se reclutaban sobre todo en las filas de los católicos integristas y entre los partidarios de un orden jerárquico en la universidad tanto como en el país, en 1958 las igualmente masivas demostraciones en favor de las universidades privadas, que no estuvieron por cierto presididas por representantes de compañías petroleras, si tenían a su cabeza tanto a la flor y nata del pensamiento católico tradicional como a los representantes de un cristianismo modernizado. Cuando llegue el turno a los portavoces del nacionalismo popular (algunos, como Jauretche, antiguos militantes reformistas), que demostrarán al "fubismo" tildado de "izquierda de los doctores", no habrá casi quien niegue el diagnóstico: la Reforma estaba en crisis, era necesario terminar con "el mito de la Reforma".

Es que la clásica "misión de la Universidad" había sido, en realidad, la manera como una amplia franja de intelectuales había traducido la intervención social de la inteligencia. El primer lustro posperonista, sin embargo, alteró las condiciones que habían favorecido esa forma de identificación, y abría, para algunos, la posibilidad de una profesionalización modernizadora intra-universitaria, mientras que otros veían en las urgencias políticas una razón para desconfiar, cuando no devaluar, el papel del saber y casi todos encontraban, entonces, irrisorio, identificar su lugar de enunciación con el de las instituciones de enseñanza superior.

4. INTELLECTUALES Y POLITICA

Volvamos ahora a nuestro interrogante inicial: ¿a qué se debe la escasa presencia de los intelectuales argentinos en organizaciones políticas y en el Estado? ¿Debe concluirse de esa relativa ausencia que permanecieron fuera de lo político?

En la Argentina, una ojeada retrospectiva permite identificar un momento histórico durante el cual círculos de pensadores, que nada impide llamar intelectuales, ejercieron exitosamente otras tareas. Porque durante las décadas anteriores a 1880, su papel fue indisociable de la creación misma del Estado nacional y del diseño de una sociedad nueva; para la segunda mitad del siglo XIX, dice Halperin Donghi:

La fama argentina radica en que sólo allí iba a parecer realizada una aspiración muy compartida y muy constantemente frustrada en el resto de Hispanoamérica: el progreso argentino es la encarnación en el cuerpo de la nación de lo que comenzó por ser un proyecto formulado en los escritos de algunos argentinos cuya única arma política era su superior clarividencia.⁶⁹

Por otra parte, y desde perspectivas muy diferentes, autores como Friedmann⁷⁰ o Touraine⁷¹ han subrayado, para los países en desarrollo, y para América Latina en particular, el rol que juegan los intelectuales en la construcción de mitos unificadores y en la elaboración de la identidad colectiva. En la Argentina, también, hubo grupos intelectuales que formularon, una y otra vez, y desde ángulos de visión diversos, su preocupación por la identidad colectiva. Aquí, al horror por la barbarie originaria pudo oponerse, ya desde la generación del '37, el proyecto romántico de diseño de un Estado y de una sociedad; la observación, no totalmente errónea, de un vacío, permitía preparar la génesis de una nación radicalmente nueva. A pesar de los reverses experimentados, hubo intelectuales que, como parte sustancial de la élite política, asumieron exitosamente la misión de dar forma a esa nación. La generación del '80, se sabe, fue su expresión más acabada. Pero también, en el momento en que, como consecuencia de aquel proyecto, la presencia multitudinaria de extranjeros parecía amenazar el orden y, más aún, la existencia de una identidad colectiva, quienes hablaban a partir de un saber científico sobre lo social, en nombre del positivismo, del darwinismo social o de la psicología de masas, encontrarían la posibilidad de proponer, desde la élite dominante de principios de siglo, medidas para ordenar y encauzar esas inquietantes masas urbanas.

En un proceso que prometía una expansión indefinida, el progreso cumplió la función de garante de la unidad social, esto es, de valor colectivo central sujeto a interpretaciones por parte de diferentes actores sociales. Colocadas ya las bases institu-

cionales y políticas, así como los reaseguros contra la amenaza obrera, el tiempo y la educación deberían cumplir las tareas de una integración cultural que garantizaba, *per se*, la integración social. Con ello pasaron a primer plano tanto la enseñanza y, en particular, la enseñanza de la historia, como la construcción de una cultura nacional que, naturalmente, exigía la selección, diferenciación y legitimación de una literatura argentina. La enseñanza obligatoria y laica había sido instaurada en 1884, y a comienzos de siglo el Consejo Nacional de Educación emprende evaluaciones que coinciden en la necesidad de otorgar a la educación primaria la función de "crear el sentimiento de la nacionalidad". El conocimiento de la historia argentina y, más, el minucioso culto patriótico, completarán la función de inculcar esa cultura nacional, que la creación de una cátedra de literatura argentina en 1913 está, por su parte, garantizando.

Antes que la inquietud acerca de la existencia de un ser argentino prima en esos años la decisión de completar la armadura económica e institucional a través de la argentinización de las masas inmigrantes. Paralelamente a la reacción de los intelectuales del nacionalismo elitista frente a la invasión de los nuevos bárbaros en el lenguaje, el espacio público o las costumbres, que harán eclosión hacia fines de los '20, se registra la voluntad de un nacionalismo integrador cuyo éxito, si no siguió exactamente las pautas previstas por sus autores, fue innegable. Después de los fastos del Centenario y, sobre todo, después de la Primera Guerra, se van consolidando corrientes de intelectuales que, desde diferentes posiciones sociales e institucionales, darán respuestas, en muchos aspectos opuestas, al interrogante que la crisis del consenso liberal fundado en la certeza del progreso indefinido había planteado. Entre ellas, la de una parte de ese cuerpo progresista al que nos hemos referido y que, si expresa su oposición al 'imperialismo yanqui' —cuyas intenciones expansionistas en el continente eran evidentes desde la guerra contra España—, lo hace en nombre de valores espirituales: ese antiimperialismo, las críticas a la 'ciudad fenicia' y el rechazo del modo de crecimiento simbolizado por la sociedad norteamericana están animados por ideas muy poco diferentes. Para la Reforma y para una generación imbuida de arielismo, la guerra europea es la evidencia del fin de lo viejo que deja paso al nuevo continente americano. Esta cesión de hegemonía histórica deberá, sin embargo, a sus ojos, estar acompañada por la generalización de valores que tienen un pie en la

⁶⁹ Halperin Donghi, T., *Una nación para el desierto argentino*, Capítulo, Buenos Aires, Centro Editor, 1982, pp. 7-8.

⁷⁰ Friedmann, J., "Intellectuals in Developing Countries", *Kyklos*, vol. XIII, 1960, pp. 540-541.

⁷¹ Touraine, A., *La parole et le sang*, París, Editions Odile Jacob, 1988, pp. 137-150.

modernización y en la democratización del saber y el otro en la unidad virtual de los "hombres libres de América del Sud". Poco tienen que ver con interrogantes sobre la identidad nacional sino más bien con la voluntad de apresurar el nacimiento de la nueva sociedad americana. La Revolución Rusa y la aparente caducidad de la viejas sociedades europeas después de la guerra proporcionan a los intelectuales progresistas y a las izquierdas un *modelo sustitutivo de progreso*. Tampoco caben en él las inquietudes por averiguar si "somos nación" o por escudriñar la entretela de la argentinidad.

Agotada ya, hacia los '20, la etapa de ese *nacionalismo cultural integrador* que tan notable lugar había otorgado a una generación de intelectuales en la construcción institucional, la Argentina se encontró ante una crisis, la del '30. No sólo resultó seriamente afectada la convicción sobre un progreso inacabable —agravando las dudas suscitadas por la Gran Guerra—; el exacerbado orgullo nacional, que había podido crecer gracias a una situación favorable en el comercio internacional, sufrió su primera herida narcisista. A partir de entonces la 'cuestión nacional' toma otros rumbos. Ante los interrogantes que la época suscitaba —década de crisis pero también de crecimiento capitalista, de fraude político y de transformaciones sociales—, intelectuales de la talla de Martínez Estrada expresaron inquietudes sobre la identidad colectiva, asumiendo una militancia de denuncia. En las antípodas del nacionalismo defensivo del elitismo aristocrático, Martínez Estrada se insertó en una tradición de pensadores latinoamericanos que indagan en la naturaleza misma del país el origen de los males que afectan a la nación.

Por otra parte, fenómeno de ninguna manera exclusivo de la Argentina, avanza en el espacio cultural de la época un *nacionalismo integrista*, ligado al resurgimiento de la fuerza política de la Iglesia que se manifestara en el Congreso Eucarístico; se afirman entonces, agresivamente, valores nacionales asociados a la herencia española, la religión y al mantenimiento de un orden social que la chusma yrigoyenista y los maximalistas extranjeros amenazaban. Aquí se encontrarán los intelectuales que, al reivindicar el cuasi monopolio sobre esos valores, se otorgan un lugar privilegiado en la conducción de una sociedad que, librada a sí misma, correría hacia la desagregación y el caos. Aquel nacionalismo integrador, que planificaba desde el Estado, permaneció, tanto como el nacionalismo hispanizante o elitista que miraba hacia una edad de oro perdida, dentro de los perímetros de la ló-

gica del orden. Quienes fueron integrando el partido del movimiento, confiando en un progreso ineluctable o proponiéndose poner su impronta sobre la dirección de ese progreso, poco se interesaron en las condiciones de existencia de la Nación. A diferencia de otras sociedades latinoamericanas, donde las raíces de la nacionalidad estaban visiblemente encarnadas por grupos dominados y donde, por ende, los temas de la nación y del progreso podían armonizarse más fácilmente, en la Argentina todo aquello que podía sustantivamente representar el suelo histórico-cultural quedaba irremediablemente *ligado al pasado político y disociado de los combates sociales*. Le cupo entonces a la cultura servir de continente casi exclusivo a las preocupaciones por la identidad nacional, y en el nivel simbólico más estricto —el del nombre de las cosas: de las ciudades, los pueblos o las calles—, se librarian (y se libran hasta hoy) las batallas más encarnizadas por el control de la identidad.

Hace su aparición, sin embargo, una corriente de reflexión sobre la cuestión nacional, que se consagra a identificar al adversario de esa identidad, más que a la defensa de un orden social amenazado, o a la descripción de trabas congénitas: los historiadores anti-británicos. La compleja inserción de la Argentina en el comercio internacional, que se tradujo en la implantación de un sistema de comercio triangular con los Estados Unidos y Gran Bretaña, tuvo su equivalente en la forma que revistió el nacionalismo antiimperialista. En efecto, es característica argentina la *triangulación ideológica* en la definición del adversario externo, que introduce otra brecha más entre el pensamiento progresista o de izquierda y las corrientes del nacionalismo: las primeras heredan la condena espiritualista a los Estados Unidos, mientras que son intelectuales nacionalistas —Irazusta el primero— quienes elaboran una denuncia documentada de la dominación económica y diplomática de los intereses ingleses en el Río de la Plata.

Pero hacia fines de la segunda década del siglo xx las tareas de construcción nacional parecían, si no acabadas, al menos no tan urgentes. Habrá entonces pocos intelectuales a quienes, desdibujando la frontera entre 'intelectuales' y 'políticos', se les otorgue con naturalidad la misión de organizar el Estado y los sistemas de inclusiones y exclusiones que permitieran compatibilizarlo con la sociedad en gestación. Si "esta noción básica, la de la soberanía de la clase letrada", con la que Halperin caracteriza a la generación del '37, no estaba destinada a perdurar,

si permanecerá la confianza en una racionalidad del progreso apoyada en el reconocimiento del saber como fuente de legitimidad de las decisiones. Aquel lugar que los intelectuales pertenecientes a la élite política habían legitimamente ocupado para crear el andamiaje institucional —e integrar a quienes habían llamado para ocuparlo— estaba ahora en manos de la clase política argentina. Con la apertura del sistema político termina, de algún modo, un ciclo —ciertamente heterogéneo—: aquel en el cual la intelectualidad liberal encuentra un campo casi ilimitado para influir en la creación institucional. Con la inevitable imprecisión de los intentos de fechar procesos sociales, puede afirmarse que, cuando la dirección del Estado pasa a los grandes partidos —y a la alternancia entre éstos y las direcciones militares—, los intelectuales entran en un relativo ostracismo político, entendido en los términos en que lo planteaba el interrogante de *Debates*: escasa presencia en organizaciones sociopolíticas complejas y en el Estado.

Las intelectuales de matriz nacionalista o católica, en cambio, vocearon su pretensión a la conducción de la sociedad y lograron, de manera intermitente, insertarse en la conducción del Estado. Pero no es probablemente en ellos que piensan los científicos sociales que se interrogan en 1985, sino en aquellos que pertenecían a corrientes progresistas y cuyos equivalentes se encontraban en posiciones de dirección política en ese momento. Son precisamente estos intelectuales progresistas los que nos han interesado hasta aquí y es sobre ellos que puede formularse una proposición sobre la relación entre intelectuales y política: a su ausencia en el Estado y los grandes partidos corresponde una presencia autónoma. Porque el fenómeno constatado por *Debates* tuvo como contrapartida la consolidación de un cuerpo universitario que, apoyado en una institución, se constituyó en actor político autónomo; unidad e institución que debían, por ello, ser celosamente protegidas tanto de los aparatos partidarios como del Estado. Si estos intelectuales no se integraron orgánicamente en las grandes fuerzas políticas, se dieron en cambio el lugar de un actor que tomó la palabra en nombre propio, actuando a partir de un territorio que era de su jurisdicción y replegándose en circuitos exteriores al Estado cuando la universidad les era negada. Esta capacidad de acción propia es indisociable de una universidad que quiso, supo y pudo colocarse en el mismo plano que los otros actores socio-políticos.

¿Hay que explicar esta autonomía como manifestación de

un fenómeno más general, a saber la autonomía de los intelectuales en las sociedades dependientes? Alain Touraine —y otros autores— ha insistido en esto, afirmando además que

Las sociedades dependientes son sociedades de la palabra, donde los intelectuales tienen el papel más importante. A veces hablan en nombre de las masas campesinas u obreras mantenidas al margen de la vida política, pero lo que es mucho más característico de esas sociedades es que los intelectuales, más precisamente el medio universitario, actúa para y por sí mismo, como un actor de masas, prosiguiendo su propia política. El movimiento de la reforma universitaria en Córdoba, Argentina, y sus efectos (...) inauguraron por medio siglo el papel de los intelectuales.⁷²

Esta afirmación permite comprender la lógica de acción del cuerpo universitario a condición, sin embargo, de separar los elementos que Touraine reúne.

En efecto, no es necesario argumentar sobre lo dicho: es un hecho conocido que, durante un lapso histórico extenso, los intelectuales argentinos y en particular los intelectuales que “hablaban en nombre de las masas campesinas u obreras” no jugaron “el rol más importante”. Pero hemos visto que actuaron “por y para sí mismos”, a la vez dentro y fuera de la universidad.

Porque la paradoja es ésta: los intelectuales argentinos progresistas estuvieron en condiciones de devenir ese “actor de masa” en la escena política precisamente porque no tenían el “rol más importante”. Su capacidad política autónoma provino de su débil influencia sobre las clases, sobre el Estado, sobre los aparatos, con la excepción de aquel que, no siendo enteramente estatal no era tampoco sólo societal: la universidad. Observar que perseguían “su propia política” es poner en evidencia su incapacidad para modelar la de los otros. Decir que fueron un actor de masa es decir que esos intelectuales no tuvieron, en la Argentina moderna, el papel de productores de “mitos unificadores”⁷³ que otros intelectuales han tenido, en la Argentina y en otros países.

⁷² Touraine, A., *Las sociedades dependientes. Ensayos sobre América Latina*, México, Siglo XXI, 1987.

⁷³ “Construcciones, ideas doctrinarias son constantemente arrojadas allí; se puede entonces hablar de producción mítica (...) Los mitos de las sociedades dependientes llenan la contradicción entre la situación nacional y la dominación extranjera.” *Ibid.*

latinoamericanos. Para el periodo que concluye a fines de los '60 distingamos entonces los intelectuales-universitarios de aquellos cuyo pensamiento se desarrolló particularmente a partir de 1930: los nacionalistas de diferentes matices o los defensores de un catolicismo más o menos integrista o fascistizante. Fuera de la Reforma y vigorosamente contra ella, produjeron cuerpos de ideas que jugaron como mitos unificadores. A diferencia de los universitarios que manifestaban en las calles o se organizaban dentro de la universidad, prefirieron, durante décadas, la influencia a partir del Estado.

Cuando, ya avanzado el siglo, desaparece lo que se ha llamado el consenso liberal sobre el progreso ilimitado, del cual los intelectuales habían extraído su legitimidad ideológica como arquitectos de la nación, se organizan por lo menos dos configuraciones que describen a quienes fundan en el conocimiento una pretensión de acción sobre lo social.

Por una parte, el cuerpo universitario reformista, a cuya autonomía de comportamiento contribuyeron tanto la voluntad de sus miembros como la ruta seguida por la sociedad y la política argentinas; a partir del enfrentamiento inicial contra las jerarquías tradicionales en la enseñanza y contra el peso del dogmatismo católico, ese cuerpo se articuló como un actor en el mismo plano que otros —partidos u organizaciones corporativas— manteniendo una relación de exterioridad *vis à vis* del Estado.

Por la otra, y a una distancia que perdurará, los círculos de ideólogos nacionalistas, productores de mitos unificadores —el revisionismo histórico será el más acabado y penetrante— frecuentemente dirigidos a las élites⁷⁴ sin desembocar jamás, ni pretenderlo, en un “actor de masa que persigue su propia política”.

II. Los nuevos tiempos

Es verosímil, como lo afirma E. Goldar,¹ que la sociedad porteña haya permanecido, hasta 1956, “culturalmente aferrada, en buena parte, a las viejas recurrencias” y que “desde 1956 comienza a palpase un clima mental más de acuerdo con los nuevos tiempos”. Los efectos de estos “nuevos tiempos”, sin embargo, fueron más rápidamente visibles en los enjuiciamientos ideológicos emprendidos por una estrecha capa de intelectuales —y en la renovación universitaria— que en el espacio cultural más amplio. Porque la intelectualidad progresista fue inmediatamente sacudida por los acontecimientos políticos y el proyecto modernizador de la universidad pudo desplegarse rápidamente en el marco institucional abierto por los jefes militares; la liberalización y la creatividad de los '60 posperonistas requirieron, en cambio, más tiempo. Aca-so el año 1962, fecha de aparición del semanario *Primera Plana*, pueda servir como hito inicial de la ola modernizadora del campo cultural; si es indudable que la publicación, con sus dos caras, política y cultural, venía a satisfacer una demanda preexistente, no menos indudable fue su rol en la creación y modelado de un nuevo público. Mostró en poco tiempo su eficacia para introducir la modernidad internacional de los *sixties* y devino una poderosísima instancia de consagración interna alternativa. A partir de entonces se multiplica un público que compra discos, libros o periódicos y se amplía y diferencia el conjunto de productores y de mediadores culturales. A lo largo de la década el país contendrá lo que era probablemente la segunda comunidad de psicoanalizados

⁷⁴ Así lo subraya Buchrucker, citando a Mario Amadeo: “Aproximadamente hasta el año 1930, la Argentina vivió firmemente ubicada en un sistema de ideas. En lo fundamental se trataba de las concepciones liberales heredadas del siglo XIX”. *Op. cit.*, p. 27.

¹ Goldar, E., *Vida cotidiana en la década del 50*, Buenos Aires, Ed. Plus Ultra, 1980, p. 16.

en el mundo y una muchedumbre atenta a experimentaciones teatrales y audiovisuales de avanzada: la Argentina o, en todo caso, Buenos Aires, entraba con decisión en la renovación de los *sixties*. Las mutaciones culturales en el seno de las clases medias —y sobre todo de ellas trata una reflexión sobre intelectuales—, fueron, al comienzo de los '60, seguramente menos radicales que las que seguirían al Cordobazo de 1969, pero su ritmo superaba, de lejos, aquel al cual la Argentina estaba habituada.

Mencionar el impulso modernizador para referirse a esos años es hoy trivial, y lo es también recordar la politización intelectual a fines de la década; quizás lo sea menos subrayar que, en la Argentina, la renovación cultural occidental coincidió con la ruptura política de 1955. Esto obliga a tener en cuenta, más allá de la atmósfera de la época, el *sentido político particular que cobró la modernización en los años posperonistas*.

Quince años separan la caída del régimen peronista del Cordobazo. Nos interesará recorrerlos en función de un interrogante que hará de esta crónica un relato no siempre fiel al tiempo histórico; en la implantación del proyecto modernizador universitario y en los tempranos debates de un mundo intelectual restringido queremos ver la relación entre cambios políticos y herencias ideológicas, con el objeto de encontrar indicios que permitan dar cuenta de la transformación político-cultural que hará eclosión en los '70. Porque, en pocos años, la universidad reformista producirá una parte considerable de las capas que se movilizarán, y ese mundo intelectual les habrá proporcionado nuevas alternativas ideológicas.²

1. LA UNIVERSIDAD REFORMISTA: LA OLA MODERNIZADORA

En 1955 tuvo lugar el encuentro más estrecho entre el cuerpo reformista y la universidad. La Reforma, que había conmovido

² Hacemos nuestra la definición de Hannah Arendt: "Una ideología es muy literalmente lo que su nombre indica: es la lógica de una idea. Su objeto es la historia, a la cual 'la idea' es aplicada; el resultado de esta aplicación no es un conjunto de enunciados sobre alguna cosa que es, sino el despliegue de un proceso perpetuamente cambiante. La ideología trata al encadenamiento de los acontecimientos como si obedecieran a la misma 'ley' que la exposición de su 'idea'." Arendt, H., *Le Système Totalitaire*, París, Seuil, 1972, pp. 216-217.

en 1918 el sistema elitista, al cuestionar el poder autocrático de profesores e Iglesia, había aportado una fuerza de modernización y de democratización. Pero la Reforma no pudo, no supo o no quiso construir una universidad capaz de crear criterios culturales legítimos, más allá del ámbito de las profesiones tradicionales. En 1955, a diferencia de otras coyunturas de cambio, las élites reformistas poseían un proyecto cultural global, contaban con recursos para ponerlo en práctica y se encontraron al abrigo de la inestabilidad política de la década. Durante un momento —diez años— las universidades argentinas parecieron constituir un campo propio, animadas por un proyecto que combinaba principios reformistas y planes innovadores. Es así que, en 1962, el Dr. Risieri Frondizi consideró pertinente declarar:

Con profunda satisfacción puedo hoy afirmar que, a pesar de las difíciles situaciones que hemos tenido que enfrentar durante estos cinco años, los factores de poder han carecido de poder en la Universidad de Buenos Aires (...) El magro presupuesto y las reiteradas amenazas de intervención dificultaron la labor. El quehacer educativo exige estabilidad real y psicológica. ¿Qué estabilidad podíamos esperar si en el período en que he ejercido el rectorado se sucedieron tres presidentes de la Nación, ciento veinte ministros y un número no menor de "golpes" reales o abortados?³

La satisfacción del rector habría sido probablemente menos profunda si, pocos años después, hubiera debido evaluar amenazas a la "estabilidad real y psicológica" que no provenían ya de los "factores de poder": es que se consolidaba una contestación estudiantil nutrida por las transformaciones ideológicas en círculos intelectuales extra o para-universitarios; la Reforma era cada vez menos el universo autocentrado y arraigado en la tradición que el proyecto modernizador posperonista había imaginado.

Durante el período de desfase entre el relativo inmovilismo del campo cultural y la modernización de la universidad, ésta pudo verse como la avanzada de una innovación que daba pruebas cotidianas, como la creación de centros de investiga-

³ Discurso en el Aula Magna del Colegio Nacional de Buenos Aires, 27 de diciembre de 1962, *Boletín de Informaciones UBA*, año VI, núm. 36, 1963, p. 2.

ción en ciencias, los nuevos programas de enseñanza y las nuevas disciplinas —Psicología y Sociología entre otras—, o el proyecto de construcción de la Ciudad Universitaria. Al tiempo que se renovaban los equipos para la universidad se generaban iniciativas que tocaban espacios más amplios: en 1958 se creó EUDEBA (Editorial Universitaria de Buenos Aires) bajo el impulso de Boris Spivacov, cuya idea básica consistía en la producción masiva de libros de calidad y a buen precio, accesibles en kioscos callejeros a un público poco acostumbrado a frecuentar librerías. El proyecto conoció un éxito inmediato que superó las evaluaciones más optimistas, y no fue ajeno a la expansión y a las modalidades de la nueva relación entre la industria editorial argentina y su público.⁴

Pero la universidad tuvo también otro papel: fue productora de una masa creciente de estudiantes y diplomados. La inserción en el aparato educativo, a todos sus niveles, había sido, históricamente, más importante que en los restantes países latinoamericanos, en términos de tasas brutas de escolarización y en volumen absoluto. Las universidades argentinas concentraron, hasta 1960, la masa estudiantil más numerosa de la región: más de 180.000 estudiantes.⁵

El crecimiento de la matrícula a comienzos de la década no fue homogéneo sino que respondió en gran medida a los estímulos renovadores; los censos de 1959 y de 1964 en la Universidad de Buenos Aires —que, en 1960, incluye a casi el 50% de los estudiantes del país—, muestran un crecimiento mucho más notorio en las facultades que albergaban los núcleos del nuevo proyecto universitario. Entre esos años, Ciencias Exactas aumenta su población en 60.5% y Filosofía y Letras, donde se habían instalado las nuevas carreras de Sociología, Ciencias de la Educación y Psicología, experimenta un incremento de 146%. En las facultades tradicionales —Ingeniería o Derecho—,

⁴ Las colecciones tendían tanto a la divulgación en diversas áreas científicas como a la reedición de la literatura clásica argentina. Entre 1959 y 1962, EUDEBA vendió alrededor de 3.000.000 de ejemplares: 200 títulos y 50 reimpresiones.

⁵ En 1960 los estudiantes universitarios brasileños eran 95.700 y los mexicanos 77.000. El aumento de los inscriptos entre 1950, 1960 y 1970 fue considerable en todos los países de la región. Las cifras respectivas son: para la Argentina, 82.500, 180.780 y 274.000; para Brasil, 51.000, 95.700 y 430.000; para México, 35.200, 76.900 y 247.600.

se observa en cambio una pausa y la antigua facultad de Medicina llegó a sufrir una reducción neta de 9.1% en esos años.⁶ La evolución de los inscriptos en la carrera de Sociología, en fin, da una idea del crecimiento de la masa total de efectivos; algunas decenas al comienzo y alrededor de 500 nuevas inscripciones anuales entre 1960 y 1969. A partir de allí las cifras se duplican y entre 1970 y 1973 la disciplina atrae, sólo en Buenos Aires, y sólo en la universidad estatal, más de 1.000 nuevos estudiantes por año.⁷

Ahora bien, fracciones importantes de las primeras generaciones de egresados en ciencias —'exactas' o 'del hombre'— pudieron encontrar una ubicación profesional, sea como docentes, sea como investigadores. El Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, creado en 1957, ofrecía tanto un programa de becas, internas y externas, como puestos de investigador. Inmediatamente después de su creación, el Consejo otorgó 118 becas internas y 60 becas al exterior. Los puestos de investigador, que fueron 214 en 1961, alcanzaron la cifra de 297 cinco años más tarde.⁸ Se modificó asimismo el propio mercado universitario. Hasta entonces la atracción que había ejercido la universidad sobre intelectuales y profesionales no provenía, cabe precisarlo, de las remuneraciones ofrecidas. La docencia con dedicación exclusiva fue reglamentada recién en 1947 y en 1955 no existían sino dos profesores en esa categoría en la Universidad de Buenos Aires. Para muchos —médicos o abogados— la cátedra era evidentemente una fuente de prestigio profesional o aun político. Para otros, reformistas o católicos, era también lu-

⁶ Cf. Slemenson, M., y colaboradores, *Emigración de científicos: organización de un éxodo a América Latina*. Buenos Aires, Ed. Instituto Di Tella, 1969.

⁷ La evolución de las cifras anuales de nuevos inscriptos en Sociología, en la Universidad de Buenos Aires, es la siguiente: 1960: 483; 1961: 487; 1962: 420; 1963: 349; 1964: 319; 1965: 483; 1966: 533; 1967: 365; 1968: 510; 1969: 419. En 1970: 1.032, en 1971: 943, en 1972: 1.075 y en 1973: 1.542. Rodríguez Bustamante, N., "La Sociologie dans l'Amérique Latine contemporaine: l'expérience de l'Argentine", en *Rev. Int. de Sc. Soc.*, vol. xxxi, núm. 1, 1979, p. 105.

⁸ Las cifras, hasta 1966, son las siguientes: becas internas otorgadas anualmente, 54, 63, 76, 93, 87, 87, 130, 118, 124; becas para estudios en el exterior, por año: 63, 76, 51, 44, 48, 80, 55, 63. La evolución de los puestos de investigador fue, entre 1961 y 1966, la siguiente: 214, 238, 261, 273, 293, 297. Fuente: *Informes del CONICET*, Buenos Aires.

gar de expresión y ocasión de formar las jóvenes generaciones. Si estas dos funciones no desaparecen, naturalmente, después de 1955, en los años sesenta la universidad comienza a ser una fuente de ingresos,⁹ y en 1962 hay ya alrededor de 200 profesores y 524 asistentes con dedicación exclusiva. Conviene apuntar que la distribución de estos puestos sigue la misma tendencia mencionada: en 1965, el 64% del cuerpo docente de la Facultad de Ciencias Exactas es remunerado a tiempo parcial o dedicación exclusiva (el porcentaje en Filosofía y Letras es de 24%) mientras que en las facultades más tradicionalmente profesionalizadas las cifras van de 2% en Derecho o Ciencias Económicas a 3% en Medicina o Ingeniería.¹⁰ La Universidad de Buenos Aires ofreció, entre 1958 y 1962, además de 2.570 becas a estudiantes, 220 becas a diplomados para estudios en el exterior.¹¹ Durante esos años de bonanza modernizadora, se agregan a este panorama los empleos generados por la nueva demanda de psicólogos o sociólogos en las empresas y en instituciones estatales como el INDEC o el CONADE (creado durante la administración Illia), por las flamantes instituciones de selección de personal (Executives, por ejemplo), de encuestas de mercado o de investigación de audiencia de la televisión (IPSA o IVA más tarde). Esta demanda, ya sea preexistente o generada por la oferta de las nuevas profesiones, fue sin embargo rápidamente satisfecha, arrojando al mercado una masa creciente de estudiantes y de egresados. La élite reformista no dejó de percibir el problema; Rolando García, por ejemplo, afirma:

Desde que lleva tantos años alcanzar la masa crítica de científicos necesaria para llevar a las ciencias básicas al nivel requerido para una investigación aplicada útil, se deduce que cada país deberá comenzar a marchar en esa dirección lo más pronto posible (...) Esto

⁹ Ya desde entonces, sin embargo, se establece una fuerte diferencia entre la enseñanza y la investigación en centros privados, que se acentuará con los años, en abierto contraste con la situación en otros medios culturales, en particular el brasileño. En Brasil, durante varios años, la investigación fue una suerte de lujo que podían costearse quienes obtenían el grueso de sus recursos como docentes; en la Argentina la situación fue exactamente la inversa.

¹⁰ Cálculos hechos a partir de las cifras de Kleiner, B., *op. cit.*, pp. 334 y ss.

¹¹ *Informe de la UBA*, 1962.

implica comenzar la "producción" de grandes cantidades de graduados en ciencias básicas para luego seleccionar entre los mejores a los investigadores. Una falta de equilibrio entre el número de graduados producido por la Universidad y la capacidad del país de absorberlos en trabajos adecuados es casi inevitable. (...) no veo cómo evitar algunas frustraciones y fracasos.¹²

El resultado de este proceso fue la integración de una generación —frecuentemente de manera contestataria— en la élite modernizadora mientras, por el otro lado, se multiplicaba exponencialmente la capa de profesionales que accedía a un mercado progresivamente saturado. Sería evidentemente simplista deducir de este proceso los conflictos intrauniversitarios que ocurrieron en los '60 y la radicalización que tuvo lugar durante la década siguiente, pero el estrangulamiento de las posibilidades profesionales fue, indudablemente, un factor no desdeñable. Y fue también un factor en la formación de un nuevo público, del que eran parte las fracciones de clases medias conmovidas por la sucesión de acontecimientos políticos o culturales, nacionales o internacionales, que los nuevos semanarios comentaban y difundían. Crecía el ámbito de lectura de los innumerables periódicos ideológicos, políticos o literarios posteriores a las primeras, y limitadas, publicaciones del posperonismo. Poco a poco se constituyó lo que Pierre Bourdieu llama una "nueva intelligentsia":

Dotados a menudo de una cultura casi autodidacta adquirida *ex auditu*, en el curso de una carrera escolar marginal, a través de discusiones de café y la frecuentación discontinua de reuniones y seminarios, están predispuestos a constituir una caja de resonancia para los temas de moda, transmitidos por los semanarios e inmediatamente transformados en vulgata disponible para la circulación anárquica de la copia a la fotocopia, del curso al discurso, de la disertación magistral a las "tesis" de manifiesto, del seminario de vanguardia al sermón del día.¹³

Fisuras en el cuerpo universitario

Pero hasta 1958, es cierto, el cuerpo universitario conservaba lo esencial de la fisonomía que, consolidada durante los años

¹² En Slemenson, M. y colaboradores, *op. cit.*, p. 30.

¹³ Bourdieu, P., *op. cit.*, p. 68. (Traducción nuestra.)

precedentes, se había puesto de manifiesto en septiembre de 1955. Se mantenía la relación ambivalente entre la modernización del conocimiento y el perfil laico y progresista expresado desde siempre por la Reforma, de manera a la vez ambigua y doctrinaria. En 1958, ante el cambio de la política frondizista frente a la Iglesia, el laicismo¹⁴ se restablece como línea de demarcación del movimiento estudiantil. Aun aquellos humanistas progresistas, de orientación social cristiana, que atribuían, también, a las universidades un papel importante en la ruta hacia una sociedad menos desigual, sostenían al mismo tiempo:

...ellas cumplen su misión cuando constituyen una fuente principal de la opinión pública, monopolizada actualmente por intereses de clase, de gobierno o de partido; (...) las instituciones de enseñanza superior deben ser independientes de todo poder exterior como el Estado, los intereses económicos y las cliques políticas.¹⁵

Así, después de la alianza con los reformistas en la oposición al peronismo, se alinean casi sin excepción a favor del proyecto gubernamental de enseñanza privada, abandonando las federaciones y los centros de estudiantes. La élite reformista no era menos sensible que los estudiantes a las nuevas políticas adoptadas, pero las diferencias tradicionales se atenuaban gracias a la capacidad unificadora del proyecto de modernización institucional. Así puede explicarse, en gran medida, la reorientación de un importante grupo reformista, permitiendo la elección, en 1962, del candidato humanista, el Dr. Olivera, al Rectorado. La voluntad de modernización universitaria, articulada al desarrollismo que, vertiginosamente, había invadido y reordenado el campo ideológico, debilitaba las habituales diferencias de posición. Rolando García, quien había sido decano de la Facultad de Ciencias Exactas desde 1957 (y había perdido, por escaso margen, esas elecciones), constata:

Tiempos difíciles éstos. Nos han dejado sin slogans, sin lemas, sin gritos de guerra. (...) Ya no podemos hablar de "desarrollo" sin deslin-

dar posiciones con Frondizi y con Kennedy. Y esto también nos pasa en la Universidad. Cuando en vísperas de la asamblea universitaria que habría de elegir rector (...) el Humanismo lanzó junto con su exitoso candidato, su plataforma de gobierno, nos quedamos explicando largo —muy largo— que era parecida a la nuestra...pero que no era lo mismo. Porque mientras el ala derecha del reformismo siguió en su paraíso liberal, muy satisfecha de su moderación conservadora, pero muy creída que era revolucionaria porque era laica, el ala progresista del Humanismo combinó la señal de la cruz con un agresivo programa de reformas.¹⁶

La vieja bandera del laicismo disoció corrientes estudiantiles que el antiperonismo había unificado, mientras tenía lugar una corriente inversa de fusión a nivel de la dirección universitaria. Estas tendencias, a su vez, formaron parte de un doble movimiento de envergadura cuyas consecuencias se harían sentir a lo largo de la década: si, por una parte, se unifica una dirección universitaria modernizadora que atraviesa los antiguos cortes, surgen, por la otra, nuevas fisuras en el seno del reformismo, suscitadas, precisamente, por los problemas que esa modernización planteaba.¹⁷ Los nuevos conflictos disgregarán la antigua unidad del cuerpo reformista y fracciones crecientes del movimiento estudiantil cuestionarán, en nombre de la Nación, decisiones tomadas por la dirección universitaria en nombre de nuevas eficacias. Las elecciones universitarias de 1962 permitieron alianzas originales que eran el síntoma institucional de la disolución del antiguo sistema de solidaridades. La Reforma no desaparecerá por ello de la universidad, pero será más bien una etiqueta retórica en enfrentamientos fuertemente politizados. Los acontecimientos de 1966, sin embargo, mostrarán que conservaba un vigor para muchos ya extinguido, y el cuerpo universitario se expresará, una vez más, como actor autónomo frente al Estado. Este cuerpo, empero, estará constituido sobre todo por autoridades y docentes, ya que el movimiento estudiantil, atraído por otros debates, permanecerá casi inmóvil ante la ingerencia estatal en la gestión universitaria.

¹⁶ Citado por Ciria, A. y Sanguinetti, H., *op. cit.*, p. 216.

¹⁷ Ernesto Laclau, al presentar el corte entre 'gorilas' e 'izquierdistas' por una parte, y 'cientificistas' y 'academicistas' por la otra, afirma que "las dos divisorias no coincidían, y muchas veces se superponían en forma bastante rara". Toer, M. (coord.), *op. cit.*, p. 66.

¹⁴ Los vaivenes de la política peronista hacia la Iglesia habían afectado a numerosos intelectuales católicos, llevando a algunos de ellos, en 1954, a abandonar su adhesión a Perón.

¹⁵ Volante de la Liga de Estudiantes Humanistas de octubre de 1955.

Las primeras fisuras del proyecto reformista aparecieron muy precozmente, con la discusión de los modelos de reorganización institucional en departamentos que debían reunir cursos comunes. Afloró allí, también, la tensión entre los dos temas, innovación y democratización, cuya armonía había dado fuerza a la Reforma del '18, ya que al argumento en favor de la racionalización de los estudios y de una mejor utilización de los equipos existentes se le oponía el del riesgo de creación de centros elitistas. Si la defensa de la departamentalización podía recurrir al argumento reformista originario, alegando que se evitaba así "el riesgo de caer en la cátedra feudal",¹⁸ dominaba ya en las polémicas la oposición entre docencia e investigación. Esta última, carril del progreso científico privilegiado por el proyecto de modernización, pasó a estar fuertemente identificada con una distribución no democrática del poder universitario. Las corrientes contestatarias subrayaron entonces el peligro de "pérdida del poder político universitario en la estructura departamentalista en la que el investigador jefe, merced a la jerarquía científica indiscutible, avasallaría las funciones del gobierno universitario y la ingerencia estudiantil".¹⁹ Debate éste que, reproducción de la tensión entre saber y poder, estuvo presente durante todo el período de la universidad reformista posperonista.

Tanto o más graves fueron las polémicas en cuanto a la ayuda económica extranjera. Desde el comienzo, la universidad reclamó una distribución más favorable del presupuesto nacional; había consenso sobre la insuficiencia de los medios existentes para contar con los necesarios *full time*, becas, equipos, recursos para la investigación, etc., de manera de no "confiar nuestro destino a la lluvia providencial o al empréstito extranjero", como señalara el rector de la Universidad de Buenos Aires en 1960.²⁰ La lucha por el presupuesto llegó a uno de sus puntos más altos en 1960 y podía reunir, una vez más, a todo el cuerpo universitario, los estudiantes en la calle con su rector a la cabeza:

Ese conglomerado heterogéneo que salió a la calle para defender las Universidades a fines de 1958, donde se encuentran desde los rec-

tores hasta los jóvenes estudiantes reformistas de 1960, pasando por los viejos profesores liberales, conservadores laicos, docentes, egresados (...) va a seguir luchando (...). Si no encontramos los recursos necesarios para adaptar la dinámica universitaria al ritmo que le corresponde, la Argentina no tendrá su lugar en el proceso científico y tecnológico moderno,

como se señala, todavía en 1960, en la publicación casi oficial de la izquierda procubana.²¹ Pero si había acuerdo acerca de la necesidad de recursos, el "empréstito extranjero" provocó encendidos debates que recorrieron la década y rebasaron el ámbito universitario.

Puede considerarse como primer acontecimiento significativo el viaje a los Estados Unidos del presidente Frondizi en 1959, ya que el célebre 'Punto iv' del acuerdo de asistencia técnica que allí había firmado permitía la creación de la CAFADE, cuyo objetivo era organizar la ayuda americana a la investigación y a la enseñanza superior. Estalló inmediatamente la oposición de militantes estudiantiles, miembros de los cuadros medios de la universidad y de no pocos intelectuales para-universitarios. Las críticas se articulaban cómodamente al modo de pensamiento del progresismo antiimperialista tradicional: el dinero americano acarrearía, a mediano o largo plazo, la sumisión de la ciencia, la tecnología y la enseñanza superior argentinas a los designios de los Estados Unidos o de grupos de poder americanos.

La evolución contemporánea de un medio intelectual que mantenía, a través de sus miembros y de sus debates, lazos estrechos con la universidad, no fue ajena a la amplificación de tales críticas. Estas, a su vez, sirvieron de alimento a la constitución de ese nuevo medio intelectual. Así, por ejemplo, *Soluciones*, uno de los primeros semanarios que intentara reunir nombres pertenecientes a diferentes corrientes ideológicas —marxismo, izquierda, nacionalistas— otorgó una importancia considerable a la cuestión universitaria y a la CAFADE, denunciando con violencia el "proyecto imperialista".

Las ciencias sociales iban a convertirse en el blanco preferido de la lucha contra los subsidios pero los primeros debates se centraron en el área de las ciencias exactas. El ejemplo más conocido fue el del Dr. De Robertis, quien obtuvo, a su regreso a la Argentina, fondos provenientes de la Fuerza Aérea americana.

¹⁸ Leviardi, A., en *Mar Dulce*, núm. 8, junio-julio de 1958, p. 4.

¹⁹ En Kleiner, B., *op. cit.*, p. 194.

²⁰ Discurso del rector del 7 de abril en la inauguración de los cursos en la Facultad de Ciencias Exactas.

²¹ Rodríguez, E., en *Che*, núm. 3, 18 de octubre de 1960.

De Robertis trabajaba ya sobre las reacciones de la retina en diferentes condiciones externas, pero no resultó difícil establecer una conexión entre sus investigaciones y los proyectos de la aviación americana. Numerosos otros casos, como el posgrado en Ingeniería, fueron objeto de encarnizadas discusiones en los consejos de facultad y en el Consejo Superior Universitario, ya que éste debía acordar la autorización final. De hecho, y a pesar del general acuerdo sobre la necesidad de un control global para orientar y coordinar la utilización de los fondos, éstos fueron casi sin excepción otorgados a individuos —profesores o investigadores— o a instituciones —facultades o centros de investigación— que habían establecido previamente los contactos necesarios con las instituciones donadoras. El monto de los subsidios no superaba el 2% del presupuesto total (cifra que hizo reflexionar al rector Olivera acerca del costo político pagado), según una estimación realizada en 1963 por el rectorado de la Universidad de Buenos Aires, pero en verdad, a pesar de su escaso peso relativo, su rol era estratégico en un presupuesto universitario consagrado en su casi totalidad a gastos de funcionamiento que excluían la posibilidad de nuevas inversiones.

La cuestión de los subsidios ilustra bien la dilución del corte entre reformistas y humanistas, ya que un número considerable de unos y otros era favorable a la aceptación de medios considerados indispensables para poner en marcha una renovación para la cual el presupuesto estatal parecía insuficiente. La nueva línea de partición del campo universitario no afectaba seriamente las convicciones de los dirigentes o de los estudiantes humanistas, pero las cosas no eran tan simples en las filas de los reformistas. El conflicto entre estudiantes, que veían en las condiciones del avance del saber una limitación al ejercicio de la democracia universitaria, y la dirección reformista modernizadora, que consideraba esas resistencias como simple ideología o resistencias al cambio, hizo emerger tensiones latentes en el espíritu originario de la reestructuración universitaria.

Existían en realidad analogías considerables entre este espíritu y el que había llevado a Arturo Frondizi al gobierno, puesto que ambos estaban imbricados en la gran ideología de la época: el desarrollismo. El pivote de la analogía era, en el fondo, una idea simple: el rol de la industria —de preferencia pesada— para el crecimiento económico del país tenía su equivalente en el rol de los equipos científicos para el avance del conocimiento y de la técnica. Al mito argentino de un país descansando sobre una ca-

verna de Ali Babá pero que se había desviado de la ruta trazada por la naturaleza, se superpuso, después de la caída del peronismo, el impulso para recuperar el tiempo perdido. Industrialización, progreso científico y modernización cultural quedaron asociados, de acuerdo a la promesa del desarrollismo, a la realización de una sociedad más democrática y más autónoma.

Ahora bien, tan fuerte era la coincidencia de los objetivos modernizadores, en lo económico y en lo cultural, que tenían en común, también, un problema. La clave de ambos proyectos residía en la capacidad de control del medio elegido: el financiamiento externo. El debate sobre los subsidios era homólogo a aquel, capital, que tuvo lugar en el seno de las fuerzas desarrollistas después de la segunda sorpresa reservada por el Dr. Frondizi a sus bases de izquierda y nacionalistas: los contratos petroleros. ¿Las inversiones extranjeras eran el medio adecuado para llegar a un desarrollo autónomo? ¿Los subsidios extranjeros eran capaces de asegurar la ciencia y la creación del cuerpo de científicos que la Argentina necesitaba? En ambos casos, economía y cultura, existía acuerdo en cuanto a la insuficiencia de los recursos, y tampoco había discordia sobre los objetivos a alcanzar. El problema estaba centrado en los medios a utilizar.

El paralelo no escapó a algunos observadores de la época:

Por otra parte, parecería que ha prendido en la Universidad la tesis de inspiración ucrista de que el enfrentamiento con el imperialismo es cosa que se resuelve con manejos maquiavélicos; como si sus representantes fueran realmente tontos y los argentinos realmente ingenuos.²²

Si para algunos, como recuerda O. Varsavsky, “...parecía incluso que aprovechar un subsidio extranjero para investigación científica era casi como arrebatar las armas al invasor ...”²³ los militantes estudiantiles veían las cosas de muy distinta manera:

El camino a recorrer es simple. Se comienza por cercar presupuestariamente a nuestras Universidades con el beneplácito de nuestros disciplinados gobiernos. Luego se les ofrecen “ayudas” por parte de

²² “El caso Cafade y la Universidad”, *Mar Dulce*, núm. 10, 1959-1960, p. 3.

²³ Varsavsky, O., *Ciencia, política y científicismo*, Buenos Aires, Centro Editor. 1975, p. 40.

cualquiera de las benéficas "foundations" de turno (...) Hoy tal técnica se ha utilizado para vencer los escrúpulos de los sectores quisquillosos. Se trata simplemente de otorgar subsidios, pero afectándolos a determinada investigación. Así, si en un país el principal problema es la erosión del suelo... la receta está en subvencionar el estudio de algún injerto novedoso e interesante para su investigación, como para que pueda engolosinar los devaneos científicos de cualquier estudioso sin recursos.²⁴

Es evidente que la élite universitaria podía difícilmente compartir tales razonamientos, por la simple razón de que se estaba poniendo en cuestión, directamente, su identidad intelectual. Porque a diferencia de las proposiciones gubernamentales sobre inversiones, se trataba aquí *de su propia capacidad para controlar autónomamente la utilización de los medios*, y no de la confianza en la eventual vocación revolucionaria del presidente. Nuevamente, la comparación muestra una analogía: en ambos casos, quienes rechazan la entrada de fondos exteriores se fundan sobre la desconfianza en los receptores, desconfianza que va desde considerarlos de mala fe hasta, simplemente, observar su debilidad inconsciente frente a los designios negativos y poderosos de quienes adjudican los capitales. En lo que aquí interesa, señalemos que el problema quedó abierto y que la discusión sobre los fondos americanos ²⁵ pasó luego al terreno de las instituciones no universitarias ²⁶ creadas o reanimadas gracias a ellos.

²⁴ Barbé, C., "La gran continuidad. Entre la universidad y el miedo" en *Che*, núm. 14, 17 de mayo de 1961.

²⁵ Durante esos años los subsidios provenían casi exclusivamente de los Estados Unidos; cuando no fue el caso, como en el proyecto dirigido por José Luis Romero en colaboración con Gino Germani, en el marco del Instituto de Historia Social financiado por la Fundación Marc Bloch, la protesta fue muy limitada. Eso a pesar del subsidio especial de 35.000 dólares otorgado por la Fundación Rockefeller al estudio.

²⁶ Las estrategias en cuanto al marco de utilización diferían según las orientaciones individuales. Bernardo Houssay quiso utilizar el financiamiento externo para la investigación en biología sobre todo dentro de la universidad, mientras que Gino Germani, aun habiendo creado la carrera y el Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, llevó a cabo esfuerzos sistemáticos para retirar una parte de la investigación de un medio universitario que presentaba, no sin razón, hostil y, a mediano plazo, frágil.

La alteración de los discursos tradicionales inducida por las nuevas relaciones entre medios y fines propuestas por Arturo Frondizi (sobre lo que volveremos más adelante), deshizo no pocos de los proyectos de cambio que habían visto la luz en 1955. Detengámonos en aquel que era propio a los intelectuales universitarios progresistas.

En primer lugar, entró en crisis, como dijimos, la unidad entre dirigentes y estudiantes, en la medida en que quienes tenían a su cargo la gestión de los recursos no dudaban de su competencia profesional para juzgar o elaborar proyectos. Esa competencia aparecía legitimada, además, por criterios pertenecientes a los sistemas de excelencia internacionales. Es por ello que la revuelta de las nuevas generaciones fuera vivida como resistencia a la modernización o, acaso también, como rechazo a un trabajo intelectual más intenso. La potencia del proyecto innovador había alejado a la élite universitaria de las elaboraciones ideológicas producidas por un ambiente de circulación intelectual en gestación, y las nuevas ideas ingresaron en la universidad a través de estudiantes y jóvenes egresados. De la distancia así creada proviene, seguramente, la sorpresa expresada por Varsavsky:

Quando algunos grupos minoritarios de estudiantes comenzaron a acusarnos de cientificismo, nuestra sorpresa fue grande y nuestra reacción negativa. Parecía una reacción general contra los profesores que exigían demasiado o se desinteresaban de los alumnos; contra la aceptación de subsidios y sobre todo contra el liderazgo paternalista ejercido por el grupo Reformista, intolerable para los grupos de izquierda.²⁷

La fragmentación de los proyectos iniciales tuvo consecuencias, en segundo lugar, sobre las orientaciones de la élite. Tanto en lo cultural como en lo económico, la voluntad desarrollista se caracterizaba por ser, al mismo tiempo, *nacionalista y modernizadora*. Ahora bien: nuestros intelectuales universitarios —buscando resolver el problema de la limitación de recursos—, no estaban dispuestos a dudar de sus criterios intelectuales, que los autorizaban a dar respuestas específicas en sus campos de acción; pero nada los obligaba, en cambio, a aceptar las redefiniciones que Frondizi y Frigerio aportaban a los esquemas

²⁷ Varsavsky, O., *op. cit.*, p. 68.

de desarrollo económico. Pueden escindir, por lo tanto, su comportamiento en el campo cultural de sus opciones en el plano político. Así, y a pesar de que la aceptación de subsidios no obedecía, en rigor, a una lógica muy diferente de la que presidía la firma de los contratos petroleros, un buen número de intelectuales universitarios respondió sí a los primeros y no a los segundos. La disyunción entre cultura y política durante esos años es vista, a su manera, desde la izquierda:

La intelectualidad progresista americana entroncada con el liberalismo tiene una tendencia, a veces bastante pronunciada, a desconocer al imperialismo como determinante decisivo de la situación en que se encuentran nuestros pueblos. (...) En la Universidad argentina de hoy esto se da claramente. Sus autoridades, que reaccionaron ante el embate clerical, se han prestado candorosamente a servir al plan CAFADE, que es uno de los instrumentos más formidables de la penetración imperialista en el país desde el ascenso del actual gobierno. (...) Se da entonces el caso de que quienes fustigan al gobierno por su política la sirvan al mismo tiempo.²⁸

Aunque más comprensivamente, lo mismo observa un militante comunista:

Los sectores que habían pasado a tener un peso casi decisivo en la dirección universitaria arrastraban una contradicción inherente a su carácter de clase. En lo político, rechazaban algunas de las teorías entreguistas del gobierno de Frondizi, cuando éste viajó a EEUU para saludar al imperialismo: la Universidad adoptó una posición contraria, progresista y antiimperialista (...). Pero los mismos que repudiaban en la caída de Batista el régimen opresor y proimperialista de Frondizi, eran atrapados en el engaño ideológico de creer en un de-

²⁸ Mar Dulce, núm. 10, 1959-1960. Hubo quienes dieron a la cuestión una segunda vuelta de tuerca: "Hoy, sin embargo, los estudiantes se debaten en una batalla artificial alrededor del problema CAFADE, que tiene una importancia real y otra artificial. En efecto, puede considerarse correctamente a CAFADE como el resultado secundario de una política de entrega general o bien erigirla, como lo hacen los fogosos revolucionarios de RUBA, en punta de lanza de la penetración yanqui y estrella polar de nuestra lucha de liberación. Esta última es una posición alienada de nuestros jóvenes que, hábilmente maniobrada, sirve admirablemente a los dos Frondizis, ya que Risieri es el mejor cónsul universitario de su hermano el presidente". Morazzani, A., *Política*, núm. 2, 7 de marzo de 1961.

sarrollo de la Universidad con el impulso de CAFADE y de las fundaciones norteamericanas.²⁹

Merced al lugar que ocupaban —institucionalmente definido—, los intelectuales que dirigieron la universidad reformista entre 1955 y 1962 lograron preservar la fusión inicial de su proyecto al precio de una diferenciación en el plano individual entre opciones políticas y opciones culturales, en un período en el que entraban en crisis los modelos de pensamiento y acción tradicionales. La disyunción así instaurada permitía, sin paradoja, rechazar el capital extranjero y aceptar los subsidios, conservando las convicciones nacionalistas o antiimperialistas fuera del espacio de la cultura. El mantenimiento de esta identidad bifronte, universitarios políticamente progresistas y culturalmente modernizadores, fue, probablemente, una condición para conservar, durante una década, la autonomía del campo universitario, pero ahondaba el foso que los iba separando de una capa creciente de intelectuales radicalizados.

La posibilidad de conservar esta doble identidad, al menos en esos términos, se hará más que tenue a fines de los '60, cuando la articulación entre política y cultura entronice una nueva versión de la obra comprometida en el lugar que había ocupado el intelectual comprometido.

2. EL ESPACIO INTELECTUAL

Un tejido cultural independiente

Páginas atrás hemos vinculado la vulnerabilidad institucional de las universidades con una característica argentina endémica: la debilidad del Estado como agente de gestión durable del país y, específicamente, la endeble legitimidad de servicio de sus aparatos burocráticos. La agitada vida universitaria sería entonces uno de los avatares de la escasa autonomía de la estructura estatal ante las contingencias políticas. Formularemos ahora una segunda analogía, pensando en el espacio intelectual y ya no sólo en la institución universitaria: en la Argentina, la de-

²⁹ Kleiner, B., *op. cit.*, p. 234.

bilidad del Estado tuvo como contraparte una fuerte articulación de grupos y fuerzas sociales que estuvieron en condiciones de contornear el sistema político, imponiendo decisiones de manera directa. También en el plano de la cultura la fragilidad de las instituciones oficiales estuvo asociada con la organización, fuera del Estado, de fuerzas y circuitos intelectuales. Tratemos de decir por qué.

Una primera razón es la interferencia político-estatal, brusca y reiterada, en esas instituciones, lo que obligó a muchos intelectuales a darse espacios de supervivencia propios, conservando, cuando era el caso, lazos con los que habían elegido emigrar. Se comprende así que los espasmos universitarios no se hayan caracterizado sólo por exclusiones sino también por renunciadas colectivas. Ya vimos que, si centenares de docentes habían dejado su puesto voluntariamente después de 1943, lo mismo hicieron en 1966 alrededor de 8.600, sólo en la Universidad de Buenos Aires. Si en algunos casos esas redes privadas presentan una vida autocentrada, en muchos se conserva una pretensión de retorno a la universidad. Esta posición doble explica un fenómeno que la historia de la institución refuerza: el desplazamiento de equipos casi intactos desde el área privada hacia el Estado, y su retorno a ella cuando la política gubernamental les es adversa. Algunos ejemplos muestran la diversidad de las disciplinas concernidas. Bernardo Houssay, expulsado en 1943, animó el Instituto de Medicina Experimental hasta 1955, cuando la reorganización universitaria le permitió llevar a sus investigadores con él a la Facultad de Medicina; así también el Colegio Libre, centro de actividad para intelectuales marginados durante el peronismo, decayó hacia 1957, en la medida en que una proporción considerable de sus miembros entraban en la universidad reformista.³⁰ En 1966, EUDEBA, poderoso motor del *boom* editorial de los años sesenta, fue intervenida contemporáneamente a la universidad, y quien era hasta entonces su director, Boris Spivacov, creó el Centro Editor acompañado por muchos de sus colaboradores.³¹ En fin,

³⁰ Regresaron entonces exiliados, como Rolando García o Sergio Bagú, y se reintegran quienes, como José Luis Romero, habían vivido de traducciones, docencia en el secundario o confección de manuales escolares, o Francisco Romero, que había estado obligado a permanecer en el país en su calidad de militar retirado.

³¹ Con el advenimiento del segundo peronismo, en 1973, EUDEBA cambió naturalmente de manos, y Arturo Jauretche fue nombrado director.

se ha mostrado hasta qué punto en la Facultad de Ciencias Exactas, los renunciados de 1966 (77.4% del cuerpo docente) siguieron una política organizada y predefinida: mantener los equipos de investigación y localizarlos en países latinoamericanos.³² Ese circuito, por supuesto, no está cerrado aún hoy, ya que si los cambios políticos produjeron en el pasado verdaderas hemorragias hacia el exterior —de dimensiones colosales en 1966 y 1976—, persiste el éxodo de artistas y profesionales, *brain drain* que es consecuencia de una incapacidad del Estado argentino de incorporar a sus intelectuales, sin igual en América Latina.

Una segunda razón que da cuenta de la vivacidad de los circuitos culturales privados es, por así decirlo, más directa: puesto que el Estado no fue, en el siglo xx, un generoso benefactor para las artes, las instituciones y grupos culturales más significativos exigieron siempre alguna forma de financiamiento privado. El abanico se extiende desde el mecenazgo aristocrático de la primera mitad del siglo ³³ hasta el patrocinio moderno de la Fundación Di Tella, promotora tanto de las vanguardias estéticas como de las ciencias sociales; la historia reciente de éstas, y no sólo de ellas, es incomprensible si no se tiene en cuenta el apoyo financiero externo ³⁴ que fue relativamente precoz en la Argentina, comparado a otros países latinoamericanos. Ahora bien, y como sucede de manera clásica en otras sociedades, el financiamiento privado quedó asociado a la figura de lo que puede llamarse *organizadores culturales*, movidos más por un proyecto cultural que por una lógica de mercado y que conviene distinguir, a pesar de que las fronteras no sean siempre nítidas, de las instancias típicas de circulación de bienes culturales. A la vulnerabilidad política manifiesta de las instituciones estata-

³² Cf. Slemenson, M. y colaboradores, *op. cit.*

³³ En particular *Amigos del Arte*: una de las más importantes organizaciones artísticas de la primera mitad de siglo "se transformó en principal promotor aristocrático de las innovaciones artísticas en la Argentina". Creada en 1924, fue animada por Bebe de Sansinena. Cf. King, J., *El Instituto Di Tella y el desarrollo cultural argentino en la década del sesenta*, dactilog., p. 7, 1984.

³⁴ Después de 1966 creció la importancia del apoyo de las fundaciones extranjeras a los centros de investigación en ciencias sociales. Los subsidios dejaron rápidamente de ser blanco de los ataques de la izquierda y, por el contrario, sostuvieron —y sostienen— a investigadores de muy diversas orientaciones ideológicas.

les se suma la relación —menos directa— entre las surgidas de la voluntad de individuos o grupos y los cambios en las políticas gubernamentales: escasos fueron los periodos durante los cuales ni los gobiernos consideraron de su incumbencia intervenir en el área cultural ni los intelectuales asociar su labor —o la de otros intelectuales— a la coyuntura política. Hay casos ejemplares, como el de Victoria Ocampo. Su proyecto, la creación en 1931 de la revista *Sur*, financiada personalmente por ella, fue de orden estrictamente cultural³⁵ pero se insertó luego en la oposición liberal al gobierno peronista, siguiendo las opciones de la directora y las inevitables afinidades en la selección de colaboradores. El teatro independiente proporciona un ejemplo análogo. Sus comienzos pueden fecharse en la década del '30, cuando Leónidas Barletta fundó el *Teatro del Pueblo*, buscando quebrar la hegemonía del teatro comercial. En las dos décadas siguientes el movimiento se hizo más importante, ganando en coherencia e influencia. El *Teatro La Máscara* se fundó en 1939 y a fines de los cuarenta Alejandra Boero y Pedro Asquini crean el *Nuevo Teatro*.³⁶ Alrededor de esta actividad teatral se tejó una vida cultural progresista o de izquierda que, durante los años peronistas, constituyó una suerte de lazo comunitario de reconocimiento mutuo. Había allí una subcultura de oposición cuyo periódico era el semanario *Propósitos* dirigido por el mismo Leónidas Barletta. El público era "...una clase media que veía en el teatro independiente una forma silenciosa de oposición a Perón", según Kive Staif,³⁷

ejemplo de la ya mencionada tolerancia del gobierno peronista hacia aquello que no significara una oposición política explícita en los medios culturales:

En un clima de oscurantismo cultural, estos teatros eran vistos como pequeños bolsones de resistencia y contaban con seguidores leales. Aunque Perón percibía esta oposición indirecta, no impuso una censura rigurosa y los teatros tuvieron mucha libertad.³⁸

No estamos sugiriendo aquí que se trata de fenómenos vernáculos sin precedentes. En aquellas sociedades, como Italia o Francia, donde los intelectuales asumieron la función de una *intelligentsia* con una misión de intervención en la cosa pública —mirada moral o presencia política—, las analogías abundan. Nos parece más singularmente argentina, en cambio, la combinación entre esa vocación y la relación de los intelectuales con el Estado y con la esfera política propiamente dicha: aunque rara vez participaron directamente en los grandes partidos, se vieron sucesivamente incluidas o marginadas por las políticas estatales. De esa relación deriva, en una medida poco despreciable, la poderosa imbricación de las identidades culturales y las ideológicas.

Luego de la caída del peronismo, el proyecto modernizador que se encarnó en *individuos* —Boris Spivacov, Enrique Oteiza o Jorge Romero Brest, entre otros— quedó teñido, voluntariamente o no, por sus circunstancias políticas, y las iniciativas de estos organizadores culturales en ámbitos no estatales engendraron *instituciones* marcadas por un mixto de objetivos culturales y orientaciones ideológico-políticas. En el seno de este tejido relativamente independiente del Estado emergen principios de legitimidad, pero que no llegan siempre a proyectarse más allá de círculos relativamente restringidos (próximos a 'sociedades de admiración mutua') debido a la diferenciación según concordancias ideológicas. La segmentación de los criterios de valorización de acuerdo a estas concordancias no afectó, por supuesto, a las áreas fuertemente profesionalizadas; en Ingeniería o Medicina la relación con la política, cuando la hubo, fue directa y visible en la distribución de puestos y recursos. Si en las Humanidades coexistieron sistemas de consagración, diferenciados en función de la adhesión a valores colectivos divergentes u opuestos, en las disciplinas interesadas en el estudio

³⁵ La acusación de ser una 'revista de izquierda' que le dirige la revista católica *Criterio* en 1937 (por cierto en su época de mayor endurecimiento ideológico) es testimonio indirecto de su inserción en el espacio laico y modernizador. En esa ocasión Victoria Ocampo consigna, por primera vez, su posición: "Parece establecerse aquí una distinción entre nuestra actitud política y nuestra naturaleza literaria. Tal distinción no existe. El sentido de nuestro pensamiento y la calidad de nuestra expresión son una sola y única cosa". Cf. Paz Leston, E., *El proyecto de la revista "Sur"*, Buenos Aires, Centro Editor, 1981, p. 297.

³⁶ Se agregan a ellos el *Instituto de Arte Moderno*, *Fray Mocho*, y *Los Interdependientes*. Sus repertorios incluían autores como Brecht, Camus, Ionesco, Tennessee Williams o Arthur Miller. Cabe mencionar la importancia de la puesta en escena de *El puente*, de Carlos Gorostiza, en 1949.

³⁷ Entrevista a Kive Staif, director del Teatro Municipal San Martín en 1980, por John King, *op. cit.*

³⁸ Entrevista a Kive Staif, *cit.*

de la sociedad hubo verdaderas segmentaciones que hicieron difícil la constitución de ese *enjeu* legítimo que Bourdieu considera esencial para la existencia de un campo cultural. Esto es, un objeto de conflictos reconocido por los diferentes grupos como legítima encarnación del poder cultural (agentes, instituciones, credenciales, etc.). La conducción de las universidades llegó a serlo, en algunos momentos, pero la historia de los últimos cuarenta años pone de manifiesto que esa conducción dio lugar a 'tomas de poder' asociadas a cambios políticos antes que a estrategias culturales en el interior de un sistema autónomo.

Pero la conexión entre cultura y política no se manifiesta solamente en la capacidad disruptiva del Estado sobre instituciones que, como la universidad, le están virtualmente sometidas. Fueron los intelectuales mismos quienes, por izquierda o por derecha, rechazaron, en los hechos, la distinción entre esfera política y esfera cultural.

Aunque las periodizaciones sean, en estas cuestiones, particularmente engañosas, puede observarse que, hacia el fin de los '20, los conflictos entre estrategias de conservación y de cambio cultural comienzan a teñirse políticamente. El alcance de este proceso es variable, pero su origen se encuentra en la crisis de lo que había sido el soporte consensual, y por lo tanto invisible, de la creación intelectual: la idea de una nación en progreso cuya identidad cultural se iría afirmando a pesar de las amenazas suscitadas por la prosperidad material. Poco visible había sido, entonces, la simbiosis entre política liberal e instituciones de la cultura. El ocaso de la confianza en un progreso indefinido acrecentó, por diversas vías, la puesta en evidencia de esa simbiosis, abriendo el camino a la noción de una diversidad de inteligencias.³⁹ Nos estamos refiriendo, naturalmente, al dinamismo de las corrientes elitistas, nacionalistas y católicas, que sientan sus reales en la política y las ideas argentinas, eco también de la notoriedad adquirida por el pensamiento de derecha en Europa. Sería exagerado concluir que la historia de la intelectualidad argentina no hizo sino reproducir ese momento clave; resulta posible, sin embargo, encontrar durante las décadas siguientes episodios que renuevan la relación entre los ejes ideológicos mayores (libe-

³⁹ Fenómeno este que, tanto por sus consecuencias cuanto por el contexto al cual pretendía responder, era análogo a la pluralidad de culturas afirmada originariamente por Herder, a fines del siglo XVIII.

ralismo y nacionalismo; derecha e izquierda)⁴⁰ y los conflictos intelectuales. Ahora bien, un *caveat* conviene aquí: lo político no fue nunca el falso ropaje de estrategias por el poder cultural, ni tampoco fueron las instituciones o valores hegemónicos en el espacio cultural simples avatares de corrientes ideológicas. Tanto el Estado como los intelectuales dieron a la cultura un carácter sistemáticamente mixto.

Una versión simplificadora de la noción de autonomía podría encontrar, tanto en la capacidad de intervención de los gobiernos en instituciones cuanto en la estrecha relación entre política y cultura, razones para decidir, sea que el espacio cultural argentino careció durante largos periodos de real autonomía, sea que el concepto es escasamente útil o simplemente inadecuado. En realidad, ni la dependencia respecto a las metrópolis intelectuales, ni la intervención gubernamental en las instituciones ni la constante imbricación de cultura y política parecen argumentos suficientes para desechar la noción de autonomía y, por el contrario, ella permite integrarlas más fructíferamente en un intento como el nuestro de echar una mirada a momentos de la historia intelectual argentina. La relación entre cultura y política en la Argentina plantea interrogantes específicos, y, sobre todo, exige una actitud que podríamos calificar de desconfianza interpretativa que se traduce en la formulación sistemática de dos interrogantes: ¿cuál es el tenor ideológico de las heterodoxias culturales? ¿cuánto hay de estrategia cultural detrás de las rupturas que hablan de política? Desconfianza que no pretende, por cierto, disolver la naturaleza mixta de vastos sectores de la intelectualidad argentina y de sus debates.

Hemos subrayado la vulnerabilidad de las universidades y otras instituciones análogas frente a cambios gubernamentales; esto no significa, sin embargo, que las políticas estatales tuvieran la capacidad de intervenir y modelar a su antojo los espacios intelectuales. Sus intervenciones no tuvieron nunca la capacidad de hacerles perder autonomía cultural, reemplazando

⁴⁰ No predominan ni el puro nacionalismo católico ni el estricto laicismo liberal. Hasta los años '60 la divisoria de aguas incluye esa fracción, considerable, organizada alrededor del perfil *progresista*, alejado sobre todo de la derecha católica y nacionalista pero también de la derecha liberal; producto de la confluencia del liberalismo y de la izquierda, la Reforma —y la masonería— habían sido tanto sus matrices como sus expresiones más nítidas.

criterios de consagración por otros o estableciendo nuevas instancias legítimas de poder; conseguían, en cambio, afectar las formas de control de instituciones existentes, las que se encontraban en la esfera estatal o cuasi estatal. Más que reorganizar la estructura del campo cultural, imponiendo criterios políticos, las intervenciones gubernamentales tuvieron un papel desestructurante en el plano institucional. Una de las características más fascinantes de la evolución intelectual argentina es precisamente la cascada de consecuencias no queridas de tales intervenciones en un campo cultural que comprendía tanto iniciativas privadas como estatales, núcleos centrales y marginales, actividades que se presentaban a sí mismas como culturales y otras con una pretensión ante todo política o ideológica. Sucede, sí, que en aquellas zonas donde la reflexión está más explícitamente próxima a las alternativas de la política o donde la relación con las instituciones estatales es más estrecha, la *homogeneidad* del campo cultural es menor y la posibilidad de identificar una estructura de poder legítimo más ardua. Las luchas entre quienes entran en ese campo y quienes intentan defender su monopolio y excluir la competencia estuvieron frecuentemente veladas, o simplemente suspendidas ante la necesidad de proteger valores e instituciones comunes frente a una violencia ya no cultural sino estrictamente policial.

La doble referencia a lo cultural y a lo político por parte de la intelectualidad argentina ha provocado que sus instituciones compartan con las políticas un tercer rasgo: *la débil capacidad de gestión de las diferencias y de control de los conflictos, debido a que sus formas de organización carecen de referencias culturales compartidas y estables*. Las convicciones ideológicas intervienen una y otra vez, reorganizando las relaciones entre grupos intelectuales y modificando la valorización de los temas y los estilos; la elección, implícita o explícita, de la producción de uno u otro polo cultural externo interviene poderosamente, como lo hemos señalado, en el diseño de las identidades culturales.⁴¹

⁴¹ Baste recordar la influencia de los pensadores de la derecha francesa o hispanizante en los '30, la lectura casi exclusiva de autores franceses y especialmente del existencialismo de la gente de *Contorno*, frente a la apertura a la literatura italiana y, por supuesto, a Lukács y a Gramsci, entre quienes se encontraban en el Partido Comunista o cerca de él, así como la curiosa relación entre intelectuales de la generación nacionalista más joven y la contemporánea ficción norteamericana.

Ahora bien, heterogeneidad del espacio intelectual y fragilidad de sus instituciones no describen solamente al sistema estatal o paraestatal sino también a la red autónoma; ésta, a su vez, es en gran medida consecuencia de la inestabilidad gubernamental. La trama engendrada en el seno de la sociedad aparece y se reproduce siguiendo a veces una lógica propia que alcanza a consolidar ciertos criterios culturales, pero es a menudo la opción elegida por intelectuales cuya identidad cultural es indisoluble de opciones ideológicas explícitas. Recordemos además lo ya dicho: el escaso peso del Estado como promotor de la cultura, la vulnerabilidad de las instancias estatales y la insuficiencia de los recursos acordados a la formación y a la docencia. En un país donde tanto pesan las capas medias cultivadas, estos rasgos permiten dar cuenta de esa tenaz vivacidad intelectual que se otorga a organizaciones voluntarias de difusión cultural. La dificultad de acceso a las universidades permite comprender casos como el del *Colegio Libre de Estudios Superiores* —magnífico ejemplo, a pesar de sus períodos de decadencia, de la función modernizadora y del carácter combinado, cultural y político, de una franja de intelectuales—, que, desde 1930, organizara conferencias y seminarios sobre temas tan dispares como filosofía, historia o matemáticas y publicara regularmente una revista, *Cursos y Conferencias*. También así puede comprenderse la actividad docente de los centros de estudiantes durante los años peronistas. Pero es difícil encontrar una única explicación que comprenda a un fenómeno cuya magnitud es, creemos, específicamente argentina: los *grupos de estudios*.⁴² ¿Fuente de ingresos? ¿red protegida de las vicisitudes políticas? ¿voluntad de difundir temas no previstos en los cursos universitarios? ¿búsqueda de un lugar en una jerarquía cultural que, carente de institucionalización, no era por ello menos nítida y reconocida en vastos círculos? Lo cierto es que, a fines de los '50, se desarrolla un tejido para-universitario que tiene sus orígenes en el estado de la universi-

⁴² Al referirse a la historia de la sociología, Gino Germani cita, además del Colegio Libre, a "grupos informales de estudio que constituyeron (durante el régimen autoritario nacional-popular) una especie de 'resistencia' cultural (y) se transformaron en un factor importante en la modernización de las universidades después de 1955, especialmente en Buenos Aires, porque buena parte de la élite académica reformadora provenía de esos grupos". *Op. cit.*, p. 404.

dad peronista. Poco a poco se instala una suerte de *star system* de oferta intelectual para un público en expansión: universitarios pero también profesionales —los psicoanalistas no estarán, por cierto, ausentes años más tarde— deseosos de actualizarse intelectualmente, lo cual significaba a menudo estar al tanto de las novedades europeas. Aunque de calidad naturalmente variable, tales grupos —que debieron probablemente mucho al cerramiento de las instancias públicas— tuvieron un papel importante, durante la década de los '60, en la conformación de la cultura argentina y, más tarde, bajo la dictadura militar, en su supervivencia misma. La novedad residía en su carácter estrictamente *individual*, esto es que, a diferencia de las formas más clásicas de difusión intelectual a través de instituciones organizadoras, se trataba de la combinación de un nombre (el de Oscar Masotta, gran intelectual y verdadero héroe modernizador, merece ser citado) y de un tema, que contaban con valor en el mercado. Por cierto, la creación de ese valor era a menudo el resultado de un proceso de retroalimentación entre prestigio personal y nuevos enfoques o problemas teóricos.⁴³ Se ha sugerido que la persistencia de esos grupos se debió a la imposibilidad de hacer aceptar, aun en la universidad abierta a la modernización, sea los temas, sea los individuos; la explicación sólo tiene, en el mejor de los casos, un alcance parcial, y también es cierto que el prestigio y los ingresos obtenidos a través de esos grupos pagos superaban considerablemente cuanto los claustreros podían ofrecer.

Después de 1966 esta capacidad asociativa se manifiesta en una vasta galaxia de grupos bautizada 'universidad de las catacumbas', término sin duda más pertinente aplicado a la red menos nutrida pero considerablemente más marginal que subsistió a partir de 1976. Gregorio Klimovsky pudo registrar, en ese año, sólo en Buenos Aires y sin contar los innumerables 'talleres literarios'

...más de dos mil grupos de estudios (...) con un promedio de asistentes de 8 a 10 personas, lo que significaría que unos dieciséis o veinte mil habitantes de nuestra capital intervenían en alguna de estas células culturales. Si se piensa que la universidad privada más populosa de

⁴³ Está aún por hacerse el estudio de esta particular forma de creación y dinámica de una esfera intelectual, donde la ausencia de institucionalidad visible exige una reconstrucción minuciosa.

Buenos Aires en estos momentos tiene alrededor de diez mil alumnos, ¡llegaríamos a la conclusión de que los grupos de estudio involucraron en su momento algo así como dos de tales universidades privadas!⁴⁴

No cerremos esta sección sin mencionar los centros de investigación en ciencias sociales, que, apoyados por fondos de instituciones internacionales o fundaciones extranjeras, lograron una notable estabilidad desde fines de los '50 hasta hoy; sus evidentes diferencias con los grupos de estudio no deben hacer perder de vista que se trata, allí también, de movimientos de creación institucional extra estatal.

Intelectuales después de 1955: profesión y autocritica

No todo fueron rosas para la cultura antiperonista después de septiembre: es que el tiempo cultural lento de los años peronistas no se vio sustancialmente alterado por el cambio de régimen.

En un aspecto tan importante como la edición, 1956 se encuentra en el punto más bajo de la curva descendente provocada por la recuperación de la producción española. Después de haber alcanzado más de 33 millones de ejemplares en 1946 (y más de 37 millones en 1952), el número de volúmenes editados en 1956 es inferior al de 1942; el tiraje medio anual cae igualmente y no se recuperará hasta 1959.⁴⁵ Puesto que la exporta-

⁴⁴ Klimovsky, G., "Grupos de estudio y universidad de catacumbas", en *Perspectiva Universitaria*, I-IECSE, Buenos Aires, núm. 11-12, diciembre de 1982-enero de 1983, p. 70.

⁴⁵ Véase la involución durante el primer trienio posperonista:

	Titulos	Total de ejemplares	Tiraje medio anual
1955	2.617	21.948.402	8.386
1956	2.435	18.290.173	7.551
1957	2.530	17.908.234	7.078
1958	2.623	14.350.999	5.471
1959	3.071	31.809.006	8.594
1960	4.063	34.825.152	8.571

Fuente: *Registro Nacional de la Propiedad Intelectual y Cámara Argentina del Libro, La Prensa*, 13 de junio de 1971, citado por Rivera, J., en *El auge de la industria cultural (1930-1955)*, "Capítulo", *La Historia de la literatura argentina*, Centro Editor, 1981, núm. 95, p. 582, y Rivera, J., *Apogeo y crisis de la industria del libro: 1955-1970*, "Capítulo", núm. 99, *Idem*, p. 637.

ción del libro había sido la razón principal del auge de la industria editorial,⁴⁶ ésta no volverá, salvo esporádicamente, a encontrar sus niveles históricos. El fenómeno conocido como el boom del libro de los años '60 descansará, por lo tanto, sobre la importancia creciente del consumo interno y sobre el interés por los autores argentinos. Durante los primeros años posperonistas, sin embargo, ni uno ni otro eran previsible y se constataba entonces, con amargura, la disminución del tiraje de libros y revistas argentinos en comparación con un pasado más esplendoroso. En verdad, después de la Revolución Libertadora, los círculos intelectuales, bien lo ha señalado Jorge Rivera, discuten más sobre la crisis del libro que sobre la orientación de la literatura, y los debates sobre ésta tienen como pivote argumentativo la deserción de los lectores:

No hay, seguramente, una respuesta exclusiva que oriente sobre las razones de esa deserción del público argentino frente a la literatura argentina (...). Estos últimos años tampoco han reeditado el caso, hoy día milagroso, de los miles de ejemplares que el *Martín Fierro* obligara en su hora o las novelas de Gálvez, vg., en la suya. (O aun la suntuosidad de los 20.000 que Alvaro Yunque vendió de sus *Versos de la calle*) (...). ¿Cómo explicaríamos que la revista *Martín Fierro* editara 18.000 ejemplares, habida cuenta de que no era su propósito central el contacto con anchas capas de lectores y que hoy tal cifra sea inalcanzada por cualquier revista de cultura? (...) El escritor y el público andan perdidos, como si recorrieran caminos paralelos inencontrables.⁴⁷

La crisis del libro es reconocida oficialmente: la Sociedad de Escritores se dirige a los candidatos a las elecciones presidenciales de 1958 pidiendo "una política del libro (...) con facilidades especiales para el libro argentino de autor argentino o residente en el país con el fin de sostener una industria que atraviesa por una crisis grave"; en 1961 se crearán la Junta Intergremial de Defensa del Libro Argentino y la Comisión de Promoción del Libro.⁴⁸

No es solamente el terreno editorial y literario el que suscita llamados de atención ante la súbita decadencia de las cifras. En

⁴⁶ En 1946 se exportan más de 24 millones, cifra que desciende a 16,5 millones en 1948.

⁴⁷ Portantiero, J.C., "Nuestra literatura y su público", *Gaceta Literaria*, año II, núm. 9, abril de 1957.

⁴⁸ Cf. Rivera, J., *op. cit.*

1956 y 1957 se advierte con alarma el cierre de salas, particularmente las de aquel teatro independiente que había cumplido la ya mencionada función de oposición simbólica al régimen peronista. Toda esa subcultura tradicional progresista que había cristalizado alrededor del teatro vocacional se ve ahora amenazada ya que "después de 1955 ese contrato político entre el teatro y su público se rompió".⁴⁹ Poco tiempo después el joven teatro, sobre bases muy distintas, recuperará un público cuantitativamente análogo, y se encuentran ya interpretaciones que, si poco explican la brusca desafección posterior a septiembre de 1955, anticipan en cambio los cauces que tomará la recuperación teatral:

Un repertorio que olvida los valores vernáculos y pretende alcanzarnos con una dramaturgia falsa y una visión inauténtica del hombre argentino.⁵⁰

...el teatro vocacional también arrastra un séquito confuso e interminable de falsas posiciones (...) Aúna a pseudo intelectuales y pseudo poetas, todo lo que hay de falsificado en las élites urbanas contemporáneas. Estas son su público.⁵¹

Como para el libro, se pide una Ley de Protección del Teatro Argentino.

Al reflujo de estos primeros años le sigue una recuperación que es en parte consecuencia de la fundación acelerada de una nueva armadura institucional. En efecto, entre 1955 y 1958 ven la luz el INTA (Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria), el INTI (Instituto Nacional de Tecnología Industrial), el Instituto Nacional de Cinematografía, el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, el Fondo Nacional de las Artes —que envía ya en 1959 becarios al exterior—. Estos y otros entes son el producto de la conjunción entre el afán de reorganización posperonista y el impulso desarrollista que contagió rápidamente las ideas argentinas.⁵² Bajo la influencia de organizadores culturales

⁴⁹ Kive Staif, en King, J., *op. cit.*

⁵⁰ Cossa, R., "Los teatros independientes y los espectadores", en *Gaceta Literaria*, núm. 9, abril de 1957.

⁵¹ Martelli, J.C., "La crisis del teatro en la República Argentina", *Revista del Mar Dulce*, núm. 6, agosto de 1957.

⁵² Si el teatro independiente se recupera hacia 1959, la industria cinematográfica no le va en zaga. En el filo de los '60 la producción local que no obedece a criterios estrictamente comerciales de gran público ex-

—profesionales, universitarios o artistas— estas instituciones permitieron obtener recursos para nuevos proyectos y para la formación de las jóvenes generaciones, creando un mercado de trabajo antes inexistente. No se puede, sin embargo, subrayar su dimensión innovadora sin señalar su inevitable reverso, esto es, el control de esas instituciones y de esos recursos por parte de una élite. Son grupos heterogéneos y con escasa relación entre sí pero que por lo menos dos propiedades unifican: el proyecto de modernización en sus respectivas disciplinas y la pertenencia casi exclusiva a esa corriente ideológica que se había interpuesto históricamente entre el ala católica nacionalista y la derecha liberal: la *identidad progresista*.

Al esfuerzo de institucionalización estatal se sumó el privado. El ejemplo más significativo fue probablemente, tanto por su proyecto como por su repercusión, el Instituto Di Tella, creado en 1958. Fondos provenientes de la empresa Siam Di Tella, a los que se sumaron luego subvenciones externas —especialmente de la Fundación Ford— permitieron constituir la *Fundación Di Tella*, que proporcionaba los recursos necesarios para el funcionamiento del *Instituto*.⁵³ Emplazado en la tradición filantrópica más que asociativa, este proyecto se distingue por su vocación, explícita, de *institución pública pero no estatal*. Dicho de otro modo, por la decisión de colocarse al mismo tiempo al abrigo de los cambios de orientación gubernamental y de las preferencias de quienes la financian. Volveremos más adelante sobre su importancia como base de una vanguardia estética y, sobre todo, como presumido foco de subversión de costumbres. Nos interesa ahora, de su ambición bicéfala, arte y ciencias, Florida y Belgrano,⁵⁴ detenernos en su novedoso aporte a las ciencias sociales.

En 1960 entra en funcionamiento el Centro de Investigaciones Económicas que en 1963 cuenta con once investigadores y seis becarios realizando posgrados en el exterior. Tres años más tarde se crea, impulsado por Gino Germani, el Centro de Sociología Comparada; rebautizado Centro de Investigaciones Sociales, tiene en 1966 once investigadores y siete asistentes. En 1965 se pone en marcha el Centro de Investigaciones en Administración Pública: seis becarios en 1965 y tres en 1966.⁵⁵ El Instituto se preocupó por la formación de sus investigadores y consideraba como tal la adquirida en el exterior, tanto es así que el Centro de Investigaciones Económicas fijó como cuasi requisito de ingreso un doctorado que, en la inmensa mayoría de los casos, consistió en un 'PH D' obtenido en universidades americanas.⁵⁶ En 1966 el Instituto puede afirmar con satisfacción haber logrado la primera meta:

Reunir y facilitar la formación en el más alto nivel académico de un grupo de economistas que, con dedicación exclusiva, se dedicasen a la investigación de problemas económicos, con el propósito de contribuir al mejor conocimiento de la realidad argentina.⁵⁷

Junto al Consejo de Investigaciones y a los más recientes Consejo Federal de Inversiones y Consejo Nacional de Desarrollo, los centros contribuyeron a definir las nuevas profesiones. Por cierto, en esos años, las condiciones de trabajo y los niveles de remuneración de los investigadores del Di Tella los colocaron en una situación de verdadero privilegio.

Parte de la novedad de los centros proviene de la noción misma de "ciencias sociales" propia de la evolución occidental del

perimenta un florecimiento notable; Martínez Suárez, Kohon, Manuel Antín, René Mujica, Fernando Birri, Simón Feldman, Lautaro Murúa, entre otros, y, por supuesto, Torre Nilsson, estrenan o filman.

⁵³ La *Fundación Di Tella* y el *Instituto* fueron creados en 1958. El *Instituto* tenía un ingreso de un millón de dólares que debía provenir esencialmente de las acciones que la empresa Di Tella había cedido a la Fundación. En 1963, año de gran expansión, la *Memory* anual publica gastos por 524.000 dólares. Hacia 1967, los gastos superaban esta suma y los ingresos provenían, en más de un 60%, de instituciones extranjeras.

⁵⁴ La parte artística consistía en el Centro de Artes Visuales, el Centro de Experimentación Audiovisual y el Centro Latinoamericano de Estudios Musicales. Sus actividades fueron dadas por terminadas en

1971. En el libro de J. King ya citado se encuentra abundante material sobre los centros de arte. El Instituto financiaba, además, el Centro de Investigaciones Neurológicas, dirigido por el Dr. Raúl Correa, cuyos investigadores estaban apoyados por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

⁵⁵ El Instituto albergó, después de 1966, al Centro de Estudios Urbanos y Regionales. El Instituto fundó una editorial, la *Editorial del Instituto*, y la *Revista Latinoamericana de Sociología*.

⁵⁶ En 1963, el informe sobre el Centro constata que "Today it can be said that the Center is solidly established and to continue the high level of competence, research workers are sent to the best schools of economics abroad to complete their training".

⁵⁷ Instituto Torcuato Di Tella, *Memoria y Balance, 1965-1966*.

pensamiento de la posguerra y concretada en la Argentina con la creación de nuevas carreras en el momento de reestructuración de la universidad posperonista. Se formó entonces un campo profesionalizado de estudios de la sociedad que utilizaba criterios de legitimación acordes con normas internacionales de producción intelectual. En él las ideologías del desarrollo y la modernización tomaban para sí, con la naturalidad de lo obvio, el lugar ocupado antes por las preocupaciones que, ostensiblemente, encadenaban reflexión y valores.

Los tiempos ideológicos permitían en ese entonces, como hemos visto páginas atrás, nuevas combinaciones. Así un buen número de los investigadores del Di Tella fueron también docentes universitarios, y tanto en las universidades nacionales como en la Universidad Católica. Es que, según lo expresara Guido Di Tella, se trataba de no hacer "discriminación ideológica alguna, tratando de superar la antinomia entre humanistas y reformistas".⁵⁸ En esos mismos momentos, recordemos, la élite modernizadora universitaria trastrocaba ella también esa "antinomia", tal como lo había constatado, apesadumbrado, Rolando García.

El Di Tella de Belgrano, integrante y cabal representante del flamante campo de las ciencias sociales, se apoyaba sobre una triple base: profesionalización, standards internacionales y, naturalmente, desarrollo. Pero la combinación de *Belgrano* y *Florida* permitía al Di Tella desplegar un proyecto más abarcador:

La tarea del Instituto está centrada en la modernización cultural del país, con la esperanza de contribuir así a desatar el nudo cultural que traba nuestro desarrollo.⁵⁹

Si los centros, especialmente el de Investigaciones Económicas, fueron un semillero de funcionarios, durante esos años el Instituto estuvo inscripto en el nuevo circuito de intelectuales modernizadores profesionalizados que él mismo contribuía a generar.

El flamante campo de los científicos sociales se expresó menos, sin embargo, en asociaciones profesionales (las afiliadas a la red internacional) que en una asociación pluridisciplinaria, integradora tanto de generaciones como de líneas ideológicas: el *Instituto de Desarrollo Económico y Social*. El IDES, que reconoció

⁵⁸ Entrevista a Guido Di Tella, en King, J., *op.cit.*, p. 37.

⁵⁹ *Memoria y Balance 1965-1966*, p. 5.

explícitamente como su antecedente al Colegio Libre de Estudios Superiores, es probablemente el ejemplo más acabado de la voluntad asociativa de los intelectuales argentinos en la esfera del pensamiento social.

La primera comisión directiva del IDES se reunió el 8 de noviembre de 1960 y estaba compuesta por Norberto González, Oscar Cornblit, Héctor Grupe, Federico Herschel y Aldo Ferrer: relaciones de amistad o comunidad de propósitos permitió reunir estos nombres⁶⁰ que habían seguido, hasta allí, itinerarios diversos. En *Actas* de ese día se lee la decisión de dar los pasos necesarios para retomar la revista *Desarrollo Económico*, que había sido fundada por la Junta de Planificación de la Provincia de Buenos Aires en 1958; la revista seguirá apareciendo regularmente hasta hoy, fenómeno relativamente raro en el país. Si la orientación inicial del IDES representaba cabalmente el ideario de cambio social de la época, no estuvo cerrado luego a consideraciones más críticas del orden y, después del golpe de Estado de 1976, la institución tuvo un papel capital en la supervivencia de la reflexión social y en su difusión.

El artículo 1º del *Estatuto* de fundación afirmaba como objetivo de la Asociación:

Promover el estudio, discusión y esclarecimiento de los problemas relacionados con el desenvolvimiento económico-social y cultural de los países poniendo especial énfasis en los problemas nacionales y latinoamericanos.

Observando la composición del IDES se vuelve a encontrar esa "superación de la antinomia entre humanistas y reformistas", no sólo gracias al ya mencionado poder integrador de las ideas desarrollistas sino también como consecuencia del progresivo aplacamiento del corte entre cristianos y laicos: grupos de unos y de otros dejaban de atribuir al catolicismo la virtud de definir cam-

⁶⁰ En el acta de constitución del IDES figuran, además de los que son elegidos como miembros de la comisión directiva, Torcuato Di Tella, Gino Germani, Guido Di Tella, Leopoldo Portnoy, Pedro A. Gortari, Jorge Graciarena y Sergio Bagü. El 17 de noviembre de ese año se acepta como nuevos miembros asociados a Daniel Fernández, Ezequiel Gallo, Mario S. Brodersohn, Adolfo Buscaglia, M.E. Jarma y Elena Rodríguez. El acta núm. 4 del 16 de diciembre aprobó las solicitudes presentadas por Juan Carlos Marín y Alfredo A. O'Connell.

pos de acción pública. En verdad, el pluralismo ideológico del IDES fue consistente y abarcó también fracciones de derechas e izquierdas; no fue irrelevante para ello el trazado cada vez más firme de la frontera entre profesionales de las nuevas ciencias y aquellos que no podían —o no querían— asumir esa calidad. Años más tarde la cuestión es explícitamente abordada bajo el título *El problema de las ciencias sociales en América Latina*:

La consolidación de las Ciencias Sociales en América Latina dadas las condiciones económicas y políticas de esta parte del mundo, constituye un serio problema. América Latina ha tenido una tradición de ensayistas en ciencias sociales que, aunque valiosos en su propia esfera, necesitaban una total renovación a fin de poder encarar con criterio actual la tarea de comprender nuestra sociedad.⁶¹

No pasan inadvertidas, sin embargo, las ambigüedades de ese proyecto ya que "se requiere el uso adecuado de los métodos y teorías existentes", pero

...esto es difícil de conseguir principalmente a raíz de la influencia que sufren los científicos sociales jóvenes que realizan estudios avanzados de perfeccionamiento en el extranjero. (...se produce...) un efecto de demostración negativo en los científicos sociales latinoamericanos de alto nivel con grados académicos obtenidos en el extranjero. Al regresar a su país tratan de imitar sin un propósito claro lo aprendido afuera (...) es fundamental la existencia de una profunda ligazón entre el científico social y la tradición cultural e histórica de su país.⁶²

El problema que se plantea aquí el IDES: la combinación de modernización y nacionalismo, no difiere del que recortaba la identidad ambigua de la élite universitaria, culturalmente modernizadora y políticamente progresista. Su autonomía institucional, y la variedad de orientaciones ideológicas en su seno, le permitieron una continuidad que fue tan infrecuente como lo fue su capacidad para dirimir conflictos internos sin rupturas mayores.⁶³ Pero la continuidad de esa empresa intelectual a

⁶¹ En IDES: *Programa de Consolidación y Expansión, 1967-1969*.

⁶² *Ibid.*

⁶³ Hubo, naturalmente, excepciones. Entre ellas cabe recordar el problema planteado ante el ofrecimiento de apoyo financiero externo o el suscitado por la nota necrológica consagrada a Oscar Braun.

pesar de las difíciles coyunturas se debió, ante todo, a la persistente voluntad de un grupo de mujeres y hombres, y la importancia de Getulio Steinbach puede difícilmente exagerarse.

Aun a riesgo de hacer una generalización abusiva, identificaremos en el umbral de los '60 dos modalidades principales en la relación de los intelectuales con su quehacer, que subtienden la reactivación institucional de los años siguientes.

La primera está marcada por una quizás excesiva seguridad, fundada en nuevas y nitidamente dibujadas identidades profesionales. Las ciencias sociales son su manifestación más notoria, pero también se la encuentra en la precoz organización del psicoanálisis, apoyada en el estricto aparato de formación y promoción profesional de la *Asociación Psicoanalítica Argentina*, que conseguirá atravesar incólume este primer periodo a pesar de la insuficiente oferta de servicios legítimos frente a una creciente demanda. Años más tarde, más efímeramente, y a su manera, no pocos grupos de innovación estética ditellianos se otorgarán la certeza de una vanguardia, poco preocupados por su curiosa manera de combinar una voluntad de subversión del orden cultural y un apoyo financiero e institucional sin restricciones.

En la segunda, cuyas formas de organización son menos visibles, cabe incluir aquella producción intelectual que está signada por la autocritica, por la problematización de los años peronistas, por las opciones que enfrentaron y enfrentan las clases medias cultas y por la búsqueda de un lugar que no sea el de los "jóvenes viejos" o el de una "generación ausente". Esta modalidad encuentra su locus en parte del cine de la llamada 'generación del sesenta', en el nuevo realismo del teatro independiente y en las publicaciones de universitarios y jóvenes intelectuales que establecen puentes entre literatura y política.

La distancia entre ambas es grande y nos interesará precisamente reconstruir, aunque parcialmente, los diferentes caminos que irán recorriendo durante los años subsiguientes. Pero, no debe olvidarse, el pensamiento social de unos y de otros tiene un terreno común: la voluntad de repensar el país,⁶⁴ abandonando el ensayismo sombrío que, desde los '30, buscaba las raíces del ser nacional y terminaba encontrando trabas natura-

⁶⁴ Como se lo propone el IDES: la "necesidad de una total renovación a fin de poder encarar con criterio actual la tarea de comprender nuestra sociedad".

les o datos metafísicos que no lo eran menos. Hacia fines de los '50, universitarios que se habían reconocido durante un momento en los ensayos de Martínez Estrada, Murena o Mallea, llevaron a cabo en poco tiempo una crítica radical al 'denuncialismo', a la búsqueda de las esencias argentinas y a esa 'conciencia americana' que habían compartido con la cultura liberal. Desde el costado de los jóvenes escritores muchos compartían lo que dirá David Viñas más tarde:

Después de esa culminación (el Centenario) vino el gobierno de la clase media, llegó Ortega, habló con socios de clubes, con jefes de redacción y desde entonces no hubo nada que hacer. Su germen pesimista, al sumarse a la crisis del 30, alcanzó al "hombre que está solo y espera", a los personajes de Arlt, al Martínez Estrada de *Radiografía de la Pampa* que acababa de descubrir a Spengler, y exacerbando su irracionalismo evolucionó hasta alcanzar nuestros "pecados originales", nuestros "demonios americanos" y nuestro más reciente "desarraigo".⁶⁵

También para la sociología, sustentada como lo estuvo en el impulso positivista y que, como afirmara Germani, debía "comenzar desde cero", el ser nacional con sus pecados o demonios era un objeto de estudio tan poco apropiado como la Santísima Trinidad.⁶⁶ Pero si tienen en común esa ruptura, su sentido difiere en unos y otros. Para los jóvenes escritores y artistas que emprenden la reflexión sobre la relación entre el intelectual, su obra y la política, se trata de un proceso de crisis y de búsqueda de una nueva identidad. Abordan el presente a través de una inacabable crítica del pasado que pone en cuestión y desplaza constantemente el lugar que desean ocupar. Pa-

ra los otros la ruptura es síntoma de una identidad ya adquirida y su lugar en el presente está garantizado por la clausura de un pasado que no es suyo sino de quienes se han convertido en su objeto de estudio.

Porque esas ciencias sociales que, según Halperin Donghi, son "invasoras de los antes somnolientos claustros de Humanidades", se apoyan, en su "avasallador avance", tanto en la legitimación internacional de los nuevos conocimientos como en la seguridad que les proveen su base profesional, sus ideas modernizadoras y sus convicciones *aufklärer*. El "partir desde cero", postulado por Germani, nos habla de la inutilidad de la sociología bautizada como "precientífica" ⁶⁷ pero también del conjunto del ensayismo argentino previo. Esta *scienza nuova* que, como la de Vico, se pretende "universale, certa e ragionata" ⁶⁸ aspira a una instauración fundadora. Pero no había, en la realidad institucional, tal vacío, ya que los precientíficos controlaban la asociación nacional adherida a la Asociación Internacional de Sociología y cátedras universitarias; el énfasis en subrayarlo con un acento empirista —que excedía al de no pocos de los sociólogos americanos de la época y sin duda a sus equivalentes europeos—, provenía más bien de las convicciones que animaban la nueva dirección de la disciplina, justificada por la exigua calidad de la producción sociológica oficial contemporánea. Pero si el corte es más abrupto que en países europeos o latinoamericanos, también bajo el influjo de la nueva sociología americana, el tono era análogo. Entre 1950 y 1955, el surgimiento de la sociología en Europa daba un nuevo papel a los intelectuales, que debían iluminar "no con ilusiones sino con utopías concretas y proyectos simples derivados de la necesidades cotidianas de la sociedad". ⁶⁹ La sociología se presentaba como garantía de un conocimiento y no como expresión subjetiva o ideológica; se alzaba contra la filosofía preexistente diferenciándose, simultáneamente, del periodismo y de la literatura y se proponía, en fin, "...mapas topográficos en lugar de

⁶⁵ Viñas, D., *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Centro Editor, 1982, pp. 295-296.

⁶⁶ Converge también el Partido Comunista a través de Agosti: "Los retóricos del ser nacional pueden entretenerse con sus interminables análisis histológicos, en los cuales la imagen del argentino medio se nos desvanece, pierde su realidad de carne y hueso, hunde en la nada casi abominable su humanidad social e histórica", *op.cit.*, pp. 100-101. O Héctor Schmucler: "Lo telúrico como base de interpretación del 'ser nacional' es una extraña teoría metafísica que sólo consigue disimular la realidad —la otra y auténtica realidad— del problema cultural". En "Consideraciones sobre cultura nacional y popular", *Revista de Cultura*, diciembre de 1959.

⁶⁷ La "*parasociología*", en el análisis de Marsal, J.F., *La sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Fabril Editora, 1963.

⁶⁸ Cf. Morse, R.M., *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del nuevo mundo*, México, Siglo XXI, 1982, p. 61.

⁶⁹ Orvieto Pinto, D., *Sociology as a cultural phenomenon in France and Italy: 1950-1972*, Massachussets, Harvard University Press, 1977, pp. 90 y ss.

hermosos paisajes de la realidad social".⁷⁰ En el pensamiento sociológico francés o italiano, sin embargo, el lugar de Croce, Gramsci, Durkheim o Sartre fue, en los hechos, considerablemente mayor que el que Gino Germani reservaba a reflexiones argentinas o latinoamericanas precedentes. (La sociología argentina difirió también, en este aspecto, de la actitud brasileña o mexicana respecto al ensayismo previo.) Había allí también una lógica cultural tendiente a obtener el control de un campo y de sus instituciones a través de la reivindicación de una nueva ortodoxia, la del verdadero conocimiento sociológico, cuya piedra angular fue un *nuevo estilo*. Ese estilo, académico, iba desde el requisito ineludible de "hablar con datos" hasta la nueva legitimidad que habían adquirido, ya en los Estados Unidos, los artículos, de preferencia los 'papers' de un volumen colectivo. Francisco Delich ha desarrollado este tema, distinguiendo en la historia de la sociología argentina "tres estilos sociológicos": los 'de frac', los 'white collars' y los 'descamisados'.⁷¹ Cada estilo, sin embargo, constituyó un cambio en el cual forma y contenido eran *indistinguibles*. (¿Es necesario aclarar que la sociología argentina de los '60 no tiene el monopolio de cifrar en un estilo diferente su voluntad de distinción ni su estrategia por el poder cultural? En otras disciplinas y en otras épocas —la actual no es de ningún modo una excepción— la manera de decir y la manera de justificar lo dicho son armas culturales apreciables. Exigen, sí, un mínimo de complicidad y son vulnerables a la crítica mortífera del ridículo.)

Ya en el enfrentamiento del revisionismo histórico con la historiografía convencional el *estilo* había demostrado no ser sólo un aspecto formal desechable; durante los '60 se podrán verificar dos estrategias diferentes de la heterodoxia histórica: el esfuerzo por ilustrar sus posiciones a través de trabajosas referencias a fuentes o bien el rechazo desenfadado de la investigación histórica de manera de marcar despreciativamente las distancias. Volveremos sobre este punto cuando abordemos la cuestión nacional a fines de la década. Por el momento, el nuevo modo de codificar la manera de discursar no sólo obligaba a un tono sino que, volens nolens, recortaba los temas.

⁷⁰ Orvieto Pinto, D., *op. cit.*

⁷¹ Y agrega que "todos los momentos hegemónicos de la sociología lo han sido a partir de las cátedras universitarias". *Op. cit.*, p. 78.

Dejaba en un afuera no científico no solamente el ensayismo previo sino también las reflexiones contemporáneas, polémicas o no, de tinte nacionalista o marxista. Esta frontera se hizo más neta gracias a la reacción, por cierto nada benevolente, de gran parte del marxismo local y de los principales voceros del nacionalismo popular, indignados ante las pretensiones de la nueva disciplina. Dice en 1961 Rodolfo Ghioldi, alto dirigente del Partido Comunista Argentino:

A las invasiones sucesivas de diversas manías burguesas, entre las cuales el psicoanálisis y el existencialismo, sigue actualmente y desde algunos años la moda sociológica: créanse por doquier institutos, escuelas especiales, se organizan encuentros y seminarios, se instalan bien provistos centros publicitarios y editoriales, y se contratan, como es de rigor, a los profesores universitarios de turno. ¿Qué tratan y difunden esas variadas y abundantes instituciones? Pues propagan la más degenerada de las corrientes actuales, la norteamericana. Desde la aparición del marxismo, la sociología burguesa quedó atrás. La única ciencia social es desde entonces el marxismo-leninismo.⁷²

En fin, las nuevas ciencias sociales instituían una relación con su objeto en la cual el observador no tenía razones para dudar de su mirada. (Por supuesto, y desde muy temprano, comienza en la Argentina la corrosiva e interminable polémica en torno a la "neutralidad valorativa", que era, también, una forma de contestación a la élite sociológica por parte de las nuevas generaciones.)⁷³ La certeza científica estaba garantizada por un método sustentado en el reconocimiento mutuo institucionalizado y en la identidad que éste deparaba.

Aquí residía uno de los contrastes principales entre esas dos maneras de relacionar al intelectual con su quehacer, que nos parecen singularizar esos años. Mientras los unos derivan su identidad de fuentes profesionales o institucionales, los otros, intelectuales progresistas sin partido —o crecientemente contestatarios en los suyos— la buscan inseguramente escrutando lo que fue, es o deberá ser su lugar en la sociedad. En efecto, si el inmediato

⁷² Ghioldi, R., "Cosas de la Sociología", en *Cuadernos de Cultura*, núm. 53, Buenos Aires, 1961.

⁷³ La cuestión estuvo ligada desde el vamos al análisis marxista, y así la aborda uno de los primeros trabajos sobre el tema: Verón, E., "Sociología, ideología y subdesarrollo", *Cuestiones de Filosofía*, año 1, núm. 2, 1962.

posperonismo fue para los primeros señal de una apertura promisoriosa, los segundos vieron en él sobre todo motivos de desasosiego. Dudas y críticas presentadas como autocríticas proporcionan una rara unanimidad temática a diferentes expresiones culturales. Se habla de la frustración de un sector social amalgamado al de una generación, de la dolorosa distancia del pueblo, de la dificultad para definir un sitio para esos intelectuales que se piensan —todavía— como mezcla de juventud y de clase media. Las mismas preguntas que evocara ya Carlos Gorostiza en *El puente* —el drama de la clase media y el peronismo— están presentes explícitamente en las revistas de jóvenes universitarios, en el nuevo realismo de los autores argentinos que impulsan el resurgimiento del teatro independiente —Ricardo Halac, Roberto Cossa o Germán Rozenmacher—, en literatura, y en parte de la cinematografía de la mencionada 'generación del sesenta', David Kohon o Ricardo Kuhn. Una referencia entre otras: en el film ejemplarmente titulado *Los jóvenes viejos* un personaje afirma, no menos ejemplarmente: "si en Europa le pueden echar la culpa a la guerra, nosotros podemos echarle la culpa a Perón".⁷⁴

Recapitulemos. El primer lustro posperonista fue simultáneamente, lo hemos subrayado, apertura a la modernización y crisis de la unidad forjada en el antiperonismo. Dos respuestas, por lo menos, se hicieron posibles, que materializaban con sus comportamientos una distancia entre esos componentes que no era, quizás, inevitable. En lo que había sido la tradición progresista del antiperonismo se fueron separando así dos zonas de actividad intelectual. En la primera, se encuentran —con raíces en los circuitos privados que habían crecido durante el peronismo—, las ciencias sociales que avanzaban *da capo* en los claustros universitarios; la abrupta ruptura con el pensamiento social anterior ofrecía a su flamante identidad un sello de fábrica profesional análogo al que proporcionaban las organizaciones psicoanalíticas y que no era, en última instancia, tan diferente de la identidad que, algunos años más tarde, otorgará la referencia al Di Tella a una vanguardia estética festejada por *Primera Plana* o *Confirmado*. En la segunda, en ámbitos no insti-

tucionalizados sino entramadas en obras, publicaciones periódicas y formas efímeras de organización, están las autocríticas —no pocas veces retóricas—, la duda y las revisiones acongojadas, que veremos explicitadas en *Contorno*; esos temas anuncian, en abierto contraste con la franja modernizadora, el proceso pertinaz y proteiforme de búsqueda de una identidad sobre los restos de la que fuera quebrada por los cambios en la escena política argentina.

⁷⁴ Los intelectuales de izquierda no vieron con agrado unánime este film; en la "Carta sobre los jóvenes viejos", Carlos Correas en *Ya*, año 1, marzo-abril de 1963, dice, en solfa, todo lo mal que piensan sobre un ejercicio subjetivo acerca de los problemas de una juventud desorientada.

III. Una nueva intelectualidad

Así pues, cuando algunos grupos minoritarios de estudiantes comenzaron a acusarnos de cientificismo, nuestra sorpresa fue grande y nuestra reacción negativa.¹

Gran parte de la élite universitaria hubiera podido afirmar, como el matemático Varsavsky lo hace refiriéndose a Ciencias Exactas, que "...en junio de 1966 el problema era una sorpresa para la Facultad, que no comprendía aún lo que era el cientificismo". (Junio de 1966, recordémoslo, fue la fecha de la Revolución Argentina del general Onganía y de las renunciadas docentes en cascada.) Ahora bien, ¿por qué esa sorpresa, sin duda genuina? Para comprenderla hay que poner de relieve que, durante los diez años de Universidad Reformista, se había creado un malentendido: los directores de la modernización estaban convencidos del apoyo consensual a sus iniciativas en los claustros. El equívoco provenía de haber supuesto que la caída del peronismo había abierto una era de cambio en la cual ellos eran, junto al tradicional bloque político progresista, protagonistas indiscutibles. No sin razón pensaban que sus enemigos se encontraban, como siempre, en las zonas ideológicas apegadas a los antiguos ritmos universitarios y a los partidarios de

¹ Escritas en 1969, estas líneas se acompañan por otras, donde el autor muestra haber comprendido que esos grupos minoritarios tenían razón, y afirma: "La misión del científico rebelde es estudiar con toda seriedad y usando todas las armas de la ciencia, los problemas del cambio de sistema social, en todas sus etapas y en todos sus aspectos, teóricos y prácticos. Esto es, hacer 'ciencia politizada'." Varsavsky, O., *op. cit.*, p. 12.

los viejos órdenes: no pocos representantes del pensamiento tradicional lo confirmaban y lo confirmarán luego. Identificaban entonces *obstáculos más que adversarios* capaces de rivalizar en torno al control de la modernización cultural.² Protegidos por la cápsula del propio impulso de innovación, "partiendo de cero", consideraban natural su posición de portadores de certidumbres científicas y de progreso, pero esas convicciones les impidieron advertir que se había ahondado la distancia con otros intelectuales, aquellos que, haciéndose cargo de un pasado que no siempre era el suyo propio, habían adquirido certezas distintas respecto de las alternativas abiertas a la actividad intelectual. Los estudiantes que los "acusaban de cientificismo" eran la manifestación, en los claustros, de las opciones elegidas por la aquí llamada, a falta de mejor término, una nueva intelectualidad crítica. Esta intelectualidad nace hacia fines de los '50 marcada por una *sospecha* que, seguramente deudora del clima reinante en medios intelectuales europeos,³ podía encontrar abundante crédito en el pasado argentino reciente. La descripción de algunos de sus orígenes nos ocupará en las páginas siguientes.

De la comparación con otras formas argentinas de la intelligentsia, queremos retener como principal sello distintivo —lo hemos señalado para el nuevo teatro realista o para el cine de los '60—, *la duda*: después de un periodo vivido como fracaso retrospectivo, ¿cuál era, si la había, la posibilidad de acción de los intelectuales comprometidos? Duda esta erigida en paradójica certidumbre al paso que reunía a aquéllos no satisfechos por las alternativas existentes. Sabían que, de maneras diversas, ese interrogante había sido respondido desde otras pers-

² Gino Germani une, no sin razón, como adversarios de la sociología científica: "las tradiciones intelectuales de un sector considerable de las instituciones académicas y de la élite literaria", "el miedo profundo y la desconfianza de ciertos grupos dirigentes, especialmente los militares y la alta jerarquía de la Iglesia Católica" y, por último, "la oposición de estudiantes e intelectuales de extrema izquierda". *La razón de esta coincidencia a pesar de los manifestos contrastes reside en "la expresión de actitudes y valores básicos comunes, orientados en sentido anti-moderno"*. (Subrayado nuestro.) Germani, *Revista Latinoamericana de Sociología*, 1968, loc. cit.

³ Daniel Pécaut señala la presencia de la "era de la sospecha" también entre los intelectuales brasileños.

pectivas, puesto que la intelectualidad progresista era, *todavía*, capaz de reconocerse como parte de la historia política y cultural de la Argentina.⁴ Allí estaba la respuesta de los nacionalistas afirmando el papel superior de la inteligencia (Lugones se pregunta "¿quién, se dirá, va a designar a los idóneos?" Y responde, "pues los idóneos"), o la de los universitarios sustituyendo la intervención del intelectual por la "misión de la universidad". Si hubo intelectuales que podían descansar en el marco de los partidos, en 1955 éstos están sujetos a una crítica acerbada, recordadora del pasado. El desencanto o la sospecha involucraban tanto las ideas como los comportamientos institucionalizados. De a poco esta intelectualidad se organizará como forma de intervención política autónoma, asemejándose al cuerpo universitario al establecer un horizonte de temas de debate sustentado en redes de comunicación propias que le dan consistencia, pero diferenciándose de aquél por la ausencia de una instancia institucional donde se verifiquen las relaciones de fuerza o las orientaciones dominantes.⁵

No habían sido por cierto numerosas, en las dos décadas precedentes, las publicaciones de envergadura con análisis y diagnósticos desde nuevas perspectivas. Entre 1956 y 1959, en cambio, se produjo una suerte de eclosión de libros políticos y de trabajos documentados sobre aspectos de la historia argentina que conllevaban interpretaciones ideológicamente orientadas. Entre estas últimas deben anotarse las obras de la Editorial Rial —de origen radical—, en particular las de la Biblioteca Manuel Belgrano a cargo de Ricardo M. Ortiz, que vieron la luz en las postrimerías del peronismo y tuvieron luego un eco impor-

⁴ Pocos años después el campo visual cambiará de forma; las referencias externas estarán siempre presentes —aunque Mao reemplace a Sartre—, pero la percepción amplia que abarcaba tanto la producción y decisiones intelectuales del pasado como aquéllas, heterogéneas, del presente, será reemplazada, hacia fines de la década siguiente, por querellas de izquierdas cerradas sobre sí mismas en un autismo que, naturalmente, abultará los matices a través de estrategias barrocas de diferenciación cultural.

⁵ La diferencia fue a veces vivida como oposición: en una entrevista a Ramón Alcalde en 1984, éste lamentaba la pérdida de intelectuales como Murmis, Verón o jóvenes socialistas para lo que fuera el proyecto iniciado en *Contorno* debido a la atracción de las ciencias sociales universitarias.

tante.⁶ Si los escritores nacionalistas no habían cesado de hacer conocer su opinión, como fuera el caso del incansable José María Rosa, un cierto número de autores publican ahora obras que renuevan considerablemente el ámbito de las polémicas. Sin pretender hacer una lista exhaustiva, son de recordar la aparición en 1957 de los dos volúmenes de *La realidad argentina*, de Silvio Frondizi, y de la *Historia crítica de los partidos políticos argentinos* de Rodolfo Puiggrós, dos marxistas que, nacidos con el siglo, habían producido ya una obra considerable. Jorge Abelardo Ramos, figura importante de la corriente de la llamada izquierda nacional, hace conocer en 1957 su *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, que se agrega a *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, de 1954. Del lado de un nacionalismo no católico deben recordarse dos libros de Arturo Jauretche, *El Plan Prebisch. Retorno al coloniaje* y *Los profetas del odio*, de 1955 y 1957, respectivamente. Casi simultáneamente J. J. Hernández Arregui hace imprimir su *Imperialismo y cultura*, Fermín Chávez *Civilización y barbarie* y, poco después, Ismael Viñas publica en *Orden y progreso* y *Análisis del Frondizismo* buena parte de las ideas que había avanzado en *Contorno*. Se suman pronto las editoriales y librerías que reemplazarán las lecturas a menudo caóticas, pero ciertamente más variadas, ofrecidas hasta entonces por las 'librerías de la calle Corrientes', medio de intercomunicación entre circuitos ideológicos separados tanto personal como institucionalmente. Tendrá lugar, en pocos años, un doble movimiento en la organización de las redes ideológico-culturales, característico de los procesos de cambio acelerado: de apertura, ya que la oferta de libros es inmensamente más nutrida, y de clausura, en la medida en que el arco cubierto por mercados segmentados se hace más estrecho y homogéneo.

Las publicaciones periódicas son la base de operaciones de los primeros reordenamientos de la época. La pertinencia de los periódicos para una crónica de los intelectuales de la época no es, sin duda, una singularidad argentina. Diana Pinto resume: "La cultura francesa e italiana en el período 1950-1955 estuvo definida

⁶ Para varios intelectuales la experiencia de sus pares brasileños era, si no un ejemplo, sí una referencia en lo que hace a la relación entre ideas y política. Gregorio Weinberg, personalidad importante en las ideas y en la edición (promotor de la colección *El pasado argentino*, en Solar, Hachette), recuerda sus contactos con el ISEB.

esencialmente por una serie de revistas político-culturales que actuaron como foro para todos los debates intelectuales".⁷ Al tiempo 'lento' de la expresión político-intelectual de los años peronistas le sigue un florecimiento de publicaciones, casi siempre efímeras, no fácilmente distinguibles de partidos o movimientos políticos, igualmente efímeros. Aparecen entonces nuevos periódicos donde alternan análisis de la cultura y de la situación política, con una audiencia nada despreciable en fracciones cultivadas de las clases medias.⁸ *Contorno*, *Centro* o *Cuestiones de Filosofía*, por su repercusión en círculos universitarios, *Situación*, *Soluciones*, *El Popular* o *Che* en el seno de un público más amplio; durante el segundo lustro de los '50 se hace visible la hegemonía del Partido Comunista en el espacio cultural de la izquierda y el progresismo; su portavoz oficial, *Cuadernos de Cultura*, se hace fuerte sobre todo a partir de 1958 y se le suman, en una zona no siempre bien discriminable del Partido, en el ámbito universitario, *Mar Dulce*, y publicaciones sobre todo literarias como *Gaceta Literaria*, *Plática*, *Nueva Expresión* y *Hoy en la Cultura*. *El Grillo de Papel* (reemplazado por *El Escarabajo de Oro*), o, años más tarde, *La Rosa Blindada*, fueron, entre tantas otras, expresiones de intelectuales de una izquierda más independiente. Una de las razones principales que explican el itinerario de no pocas de las publicaciones durante esos años y los comienzos de los '60 fue la disidencia o el alzamiento explícito contra la ortodoxia comunista que iban desde la reivindicación de la óptica sartreana hasta las posiciones frente a la URSS.⁹ Es que

La guerra intelectual está sometida a las mismas leyes de organización que la guerra social. Sin editores no hay revistas, pero sin revistas no hay escuelas. Sin partidos políticos no hay periódicos pero sin periódicos no hay movimiento revolucionario.¹⁰

⁷ Orvieto Pinto, D., op. cit., p. 54.

⁸ La revista *Qué* había alcanzado los 200.000 ejemplares en 1957 y 1958.

⁹ Lucas Rubinich en "Gaceta literaria: el ocaso del frente racionalista" y "Relaciones entre el campo literario y el campo político", CEDES, (mimeo) lleva a cabo un excelente análisis de *Gaceta Literaria* y de *Hoy en la Cultura*. Refiere allí la intervención directa del Partido Comunista en *Hoy en la Cultura*, en 1963. Hacia la misma época el Partido había intervenido también, con hombres y recursos, en la revista *Che*.

¹⁰ Debray, R., *Le pouvoir intellectuel en France*, Paris, Ed Ramsay, 1979, p. 68.

Más que los libros, estas revistas nos delimitan un ámbito de disputas ceñido a la coyuntura, permitiendo así un examen detallado del período que nos interesa. Ya que no nos proponemos, naturalmente, recorrer el vasto campo de la cultura de esos años, conviene explicitar los criterios que nos han llevado a elegir ciertas publicaciones más que otras y a seguir el itinerario de algunas personalidades y no de otras.

El primero y fundamental proviene de una pregunta, para la cual no existe seguramente una respuesta completa y satisfactoria: ¿cómo, por qué, siguiendo qué caminos, llegaron tantos intelectuales a participar —contribuyendo a su conformación— en el proceso de politización acelerada que culminó en la tragedia de los años '70? Esta pregunta restringe necesariamente el alcance de nuestra observación, dado que, quizás desafortunadamente, lleva a dejar de lado otras múltiples formas de expresión intelectual que no han tenido una influencia directa en ese proceso. Hemos tratado antes de mostrar hasta qué punto son íntimas las trabazones entre cultura y política; nuestro interrogante permite quizás comprender, ahora, por qué juzgamos inútil manejar definiciones de 'intelectuales' que recorten una esfera estrictamente cultural: puesto que trataremos de lecturas de lo social a través de un prisma político, no interesa trazar la frontera entre militantes que analizan la coyuntura y aquellos intelectuales considerados como "creativos".¹¹

Se encontrará sin embargo, en el texto, por lo menos otra limitación, carente de justificación teórica y que conviene explicitar aquí: es indudable que la evolución de las corrientes católicas, también en la Argentina, produjo versiones militantes de la teología de la liberación, movilizadoras de jóvenes cuyo destino tradicional los habría mantenido alejados de la actividad política tanto como de la suerte de las clases populares. Si estas corrientes desembocaron igualmente en la activación generalizada de los '70, y si comparten con la radicalización de las izquierdas y de franjas progresistas determinaciones provenientes de la política nacional e internacional, las combinaciones específicas de ideas, prácticas y situación en uno y otro caso merecen un examen particularizado. Los esfuerzos por explicar con hipótesis únicas la politización de lo que fue

un extenso arco ideológico están obligados a buscar, por definición, factores comunes —cambios en la morfología social o en las mentalidades, influencia de la coyuntura política, redefinición del lugar de la nueva generación—;¹² las eventuales ventajas de generalización son pagadas con una menor atención a las singularidades pertinentes para comprender procesos fuertemente ligados a coyunturas de cambio rápido. Las razones de orden ideológico y ético que movieron a las fracciones cristianas hundían sus raíces en la especificidad del catolicismo; su posterior convergencia con quienes partían de muy diferentes convicciones exige subrayar las limitaciones de un análisis que los excluye, pero no justificaría la unificación de fenómenos de diferente naturaleza.¹³ Se circunscribe de esta manera el interrogante: nuestra exploración queda limitada a la zona declaradamente progresista de los intelectuales argentinos y a su relación con la emergencia de la cuestión obrera durante el posperonismo. El rastreo de las fuentes de esa identidad en la Reforma respondió, precisamente, al convencimiento acerca de la diferencia capital entre el camino laico y el camino cristiano hacia la politización, así como de la necesidad de un tratamiento que sitúe en perspectiva histórica especifica el desenlace de una coyuntura.

Es evidente: identificar tal zona progresista no resulta en modo alguno más simple que especificar la noción de intelectuales; conviene entonces, al menos, darles nombre propio. ¿Quiénes son? Naturalmente, no se trata de los primeros intelectuales con vocación política y tampoco de los primeros —ni los únicos— decididos a volver a pensar la sociedad argentina. Ni siquiera tienen el monopolio de lo que serán sus preocupaciones casi obsesivas: la relación entre izquierda y peronismo,

¹² Cabe citar el interesante análisis durkheimiano de Peter Waldmann, "Anomia social y violencia", en Rouquié, A. (comp.), *Argentina, hoy*, México, Siglo XXI, 1982.

¹³ En el plano de las ideas no es difícil encontrar coincidencias con las que, en los años '30, hacían converger la furia de P. Nizan hacia los intelectuales cómplices del 'desorden establecido' y la de E. Mounier contra la utilización de la civilización cristiana para legitimar el reino del dinero. La evolución de estas posiciones, sin embargo, requiere algo más que una historia de las ideas para comprender las formas históricas concretas que tomaron, siguiendo una u otra línea, militancias de acción política revolucionaria.

¹¹ En el sentido utilizado por diversos autores, entre ellos S.M. Lipset.

entre intelectuales y pueblo, entre nacionalismo y marxismo. Si algo los singulariza, en el lustro posterior a 1955, es la problematización de su papel *qua* intelectuales en la sociedad y en la política. Intelectuales, de clase media, marginalmente integrados a partidos; esta intelectualidad se plantea las mismas dudas en 1958, en *Contorno*, en 1965 desde *Pasado y Presente* o en *Nuevos Aires* en 1972.

Durante los años inmediatamente posteriores a la caída del peronismo no se trata sino de un conjunto limitado: un puñado de grupúsculos, de universitarios, de intelectuales sin partido o frágilmente encuadrados por los partidos Comunista y Socialista, trotskistas o ex trotskistas, miembros contestatarios de la Reforma y, en fin, quienes desde posturas nacionalistas se abrían a las izquierdas tanto como quienes recorrían el camino exactamente inverso. No constituyen de modo alguno una iglesia sino un conjunto de capillas, a menudo rivales, federadas por un espíritu común. El ojo del Partido Comunista no se equivocaba tanto en 1960, cuando consagró un volumen¹⁴ a enfrentar a sus ya serios competidores en un mercado, creciente, de opositores al gobierno. Había denunciado anteriormente, por supuesto, a los traidores; en ese año, sin embargo, se vio obligado a efectuar el balance y la crítica de nuevos adversarios, para los cuales no alcanzaba el repertorio usual de etiquetas, y que bautizó entonces como "neoizquierda".¹⁵ La mesa redonda organizada por Carlos Strasser en 1959 sobre *Las izquierdas en el proce-*

¹⁴ *¿Qué es la izquierda?*, Buenos Aires, Ed. Documentos, 1961, que reproduce artículos aparecidos en el núm. 50 de *Cuadernos de Cultura*, noviembre-diciembre de 1960.

¹⁵ *Política. Semanario de economía, política, historia, artes y letras*, que había reaparecido en 1961 bajo la dirección de Abelardo Ramos, reacciona, naturalmente, reivindicando su papel en la forja de la 'izquierda nacional': "...explayan sus asombros ante la existencia de una 'izquierda' que se les antoja 'nueva' y que no lo es, aunque no lo dicen. (...) Porque si hay alguna tendencia ideológica argentina que desde 1945 ha formulado un análisis incontrovertible de la naturaleza de clase del peronismo, de su mecánica interna, del carácter de su régimen bonapartista, de las contradicciones del bloque de clases heterogéneo que lo formó, es precisamente esta llamada 'izquierda nacional'. Sus periódicos, libros y folletos están al alcance de todo el que quiera conocerlos". Año 1, núm. 2, 7 de marzo de 1961. *Política* había sido precedida por *Inicial*, *Frente Obrero*, *Octubre e Izquierda*.

*so político argentino*¹⁶ fue sin duda el detonante de la reacción del Partido Comunista.¹⁷

...en el mismo volumen se reproduce, al lado de la palabra del Partido Comunista, la de individuos que, evidentemente, no representan a nadie. Hay que observar que el título del libro presenta ya la tesis según la cual habría diferentes izquierdas, colocadas en pie de igualdad.¹⁸

En los cinco artículos donde el Partido condena, critica o bien salva parcialmente a estos intelectuales, se menciona un número al fin de cuentas limitado tanto de personas como de publicaciones.¹⁹ Ese conjunto recorta bien el núcleo originario de la intelectualidad crítica que nos interesa aquí, conjunto que Juan José Sebreli caracterizó, no sin razón, de "enumeración caótica":

...se encuentran quienes más han contribuido a la renovación del marxismo entre nosotros: Carlos Astrada (...) y una nueva generación de intelectuales —Masotta entre otros— que comienzan a escribir alrededor de las revistas *Contorno*, *Centro* o *El Grillo de Papel*, bajo el influjo del mejor pensamiento europeo contemporáneo. (...) dirige críticas generales y abstractas a grupos imprecisos y vagos: la nueva izquierda, la heterodoxia, la izquierda nacional, el marxismo abierto, el revisionismo, los escritores "comprometidos", los intelectuales sin partido, etc.²⁰

¹⁶ Fueron invitados Silvio Frondizi, Rodolfo Ghioldi, A. M. Hurtado de Mendoza, A. A. Latendorf, N. Moreno, R. Puiggrós, Quebracho (Liborio Justo), J. A. Ramos, E. Rey e I. Viñas. También estaban en la lista inicial, pero declinaron la invitación, V. Codovilla, José y María Liceaga, L. Sommi, J. J. Hernández Arregui y M. Wilkinson. Los artículos presentados formaron parte de un libro, con ese título.

¹⁷ Que coincidía, hay que recordarlo, con una análoga campaña ideológica encabezada en Francia por Roger Garaudy.

¹⁸ Giúdice, E., "Neocapitalismo, neosocialismo, neomarxismo", en *¿Qué es la izquierda?*, op. cit., p. 45.

¹⁹ La lista completa de publicaciones y de nombres citados en los cinco artículos del libro es la siguiente: PUBLICACIONES: *Contorno*, *El Popular*, *El Grillo de Papel*, *Situación*, *Soluciones*, *Estrategia*, *Gaceta Literaria*. INDIVIDUOS: S. Frondizi, J. A. Ramos, A. A. Latendorf, Cardoso, N. Jitrik, O. Masotta, J. R. Laforgue, F. Romero, R. Mondolfo, I. Viñas, E. Martínez Estrada, J. W. Cooke, O. Seiguerman, D. Tieffenberg, J. J. Hernández Arregui.

²⁰ En *El Escarabajo de Oro*, año 2, núm. 4, noviembre-diciembre de 1961, p. 31.

El grupo *Contorno*, aunque no el único, es un buen punto de partida. No por cierto a causa de su repercusión inmediata, escasísima, sino porque sus miembros animaron luego, a título individual o colectivo, la formación de un medio de intelectuales politizados, y porque en su revista fueron emergiendo, particularmente en los dos últimos números, no sólo temas esenciales de las polémicas de los años '60 sino también, y sobre todo, los síntomas de la busca de una identidad intelectual diferente. (Quizás esto explique que en los últimos años *Contorno* sea objeto de un interés que los intelectuales argentinos estuvieron lejos de manifestarle en las décadas anteriores.)

No es necesario rehacer aquí la historia de la revista;²¹ basta recordar que los antecedentes de *Contorno* se encuentran en un grupo de estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. El Centro de Estudiantes —y también egresados de las carreras— se expresó a través de la revista *Verbum* hasta 1948, a la cual sucedieron los cuatro números de la revista *Centro* (1951-1960) y, luego, el número 1 —y único— de *Las Ciento y Una*, dirigida por Murena.²² Creada por y para un círculo universitario, deudores de los debates y publicaciones franceses de posguerra, los seis primeros números de *Contorno* fueron sobre todo literarios. Sin entrar en un examen de su autodefinición como grupo literario se puede, sí, recordar que se separaron tanto de los escritores liberales —la generación del '25 y sus sucesores— como de quienes analizaban en tono profético las maldiciones que pesaban sobre el destino del país: la inmensidad de la pampa o el pecado origi-

²¹ El "Prólogo" de Mangone, C. y Warley, J.A. incluye una excelente reseña del origen de la revista, en *Contorno. Selección*, "Capítulo", Centro Editor, 1981, pp. 1-ix. Oscar Terán ha analizado brillantemente tanto su nacimiento como sus complejas relaciones con otros grupos y publicaciones contemporáneas. "Rasgos de la cultura argentina en la década de 1950", *op. cit.*, *pássim*.

²² Los primeros números de *Contorno* fueron dirigidos por los hermanos Viñas, David e Ismael; en septiembre de 1955 se incorporaron a la dirección Noé Jitrik, A. Gigli, R. Alcalde y L. Rozitchner. En los dos últimos números colaboraron también: O. Troiani, T. Halperín Donghi, R. Pandolfi, A. Prieto (quien entró en la redacción en julio de 1956), O. Masotta, J. J. Sebreli, E. Verón.

nal de América. Pero si en el primer caso la separación certificaba su nacimiento mismo como grupo, la crítica a Murena y, a fortiori, a Martínez Estrada, fue un proceso lento y matizado. *Contorno* denunció sobre todo la cultura liberal hegemonizada por la revista *Sur* y el suplemento literario de *La Nación*; si alguno de sus miembros, Sebreli o Solero, habían publicado previamente en *Sur*, el no escribir para *La Nación*, lugar de consagración de la cultura tradicional, fue convertido en signo de distinción militante. La razón de ser del grupo, los "parricidas" según el calificativo popularizado por E. Rodríguez Monegal,²³ responde sin duda en mucho a una lógica estrictamente cultural de revuelta literaria contra los agentes dominantes del campo. Pero esto sería insuficiente para dar cuenta de su itinerario político-ideológico. Los escritores de *Contorno* son, en más de un aspecto, ejemplares porque llevaron a cabo una doble ruptura sobre ejes simétricos. Con la primera, de orden literario, se oponían tanto a la generación dominante, "paseísta", como al realismo clásico. Con la segunda, de orden político, se separaban del liberalismo más firmemente antiperonista pero también de los partidos de la izquierda tradicional, particularmente de un Partido Comunista que seguía ejerciendo una influencia nada despreciable en los medios intelectuales. Al fin de cuentas, y como consecuencia de la ya anotada fuerte asociación entre valores culturales y orientaciones ideológicas, *Contorno* terminaba rechazando dos bloques intelectuales considerablemente homogéneos. No quiere decir esto que haya habido proyección de un eje sobre el otro; por el contrario, fue justamente la conjunción de ambos en la coyuntura del fin del peronismo lo que les otorgó armazón como grupo intelectual y les permitió elaborar un proyecto, aunque efímero, de intervención en la escena política.

Desde el primer número de la revista, en noviembre de 1953, hacen el proceso a sus "padres" intelectuales:

La mayoría de esos hombres pareció aceptar con sus personas la hora que vivimos. Sin embargo, a los hombres del espíritu es especialmente en sus obras donde los sentimos obligados. Y en esas obras los

²³ Originariamente en cuatro artículos publicados en *Marcha*, del 30 de diciembre de 1955, 13 de enero, 27 de enero y 10 de febrero de 1956, o sea inmediatamente después del derrocamiento de Perón.

veíamos permanecer alejados o silenciosos. Como siempre (...) No encontramos ejemplos: los que tenían inteligencia se han burlado, han fracasado, se han entregado o han huido. Los que tenían buena fe y coraje han carecido de inteligencia.²⁴

Y el mismo Ismael Viñas resume, en 1954: "Somos los herederos de la nada". Durante el primer período de la revista la insistencia en esta orfandad, en la necesidad de empezar todo desde cero, sólo encuentra un paralelo en la reiteración obsesiva de su culpabilidad:

Hoy la culpa es de todos. Y es necesario escribir y vivir como culpables. Sin ventajas, porque los otros son todos, que se repiten en los diarios, en las revistas, en el comité, en la tribuna, en las calles, en las reuniones secretas. Los otros somos nosotros mismos.²⁵

Esta culpa no era en modo alguno la que experimentaba la intelligentsia rusa "ante un pueblo que para ella representaba el núcleo de la nacionalidad".²⁶ No había tampoco en esto —culpa y mala fe— una transcripción de las innegables lecturas sartreanas sino su eco particular en un momento político que ponía en jaque la especificidad ideológica del intelectual progresista.²⁷ Esos "otros que somos nosotros mismos" colocaba en el mismo plano a los diarios y al comité, a las calles y a las reuniones secretas, enumeración que, en 1954, estaba nombrando en forma apenas velada al régimen y a la oposición, a los intelectuales y a las manifestaciones populares. En un registro análogo al que dijimos presente en el nuevo teatro, en li-

²⁴ Viñas, I., "La traición de los hombres honestos", núm. 1, noviembre de 1953.

²⁵ Viñas, D., "La historia excluida: ubicación de Martínez Estrada", núm. 4, diciembre de 1954.

²⁶ "En Iberoamérica no existía el *narodnichestvo*, la fe en los campesinos y peones agrícolas que compartían en Rusia *narodniki* religiosos (como Dostoiévski, Tolstói y los eslavófilos) o irreligiosos revolucionarios (como Hertzén, Bakunín y los *narodniki* socialistas de la década de 1870)". Morse, R., *op.cit.*, p. 129.

²⁷ La cuestión reaparecerá quince años después: un debate a propósito del 'caso Padilla' lleva por título "Intelectuales y revolución. ¿Conciencia crítica o conciencia culpable?" Organizado por la revista *Nuevos Aires*, participaban dos antiguos miembros de *Contorno*, N. Jitrik y L. Rozitchner así como O. Landi, J. Vazeilles, R. Piglia, M. Kaplan, M. Meinares y J. C. Portantiero.

teratura y en el cine de los '60, el sentimiento de culpabilidad se enlaza a la toma de conciencia dolorosa de la ineficacia y la marginalidad de esos jóvenes intelectuales bajo el régimen peronista, toma de conciencia cuya enunciación anunciaba la búsqueda de una alternativa. En 1956 era todavía aguda una conciencia de marginalidad que Osiris Troiani expone dramáticamente, con una fórmula que hará fortuna en la Argentina: ²⁸

No hablo en nombre de una generación. En todo caso, es una generación ausente. Somos los que: a) no pudimos aceptar la mistificación peronista; ni b) la restauración oligárquica, su única alternativa; y que, c) fuimos incapaces de organizar una oposición revolucionaria. Vivimos diez años suspendidos entre cielo y tierra. Hemos perdido nuestra juventud y somos un peso muerto sobre la de quienes vienen atrás.²⁹

Si vivieron diez años suspendidos "entre el cielo y la tierra" trataban ahora de echar raíces, combinando el cielo y la tierra y, obviamente, no serán un peso muerto sobre la nueva generación. Cuestión capital para los intelectuales en la Argentina, *Contorno* fue probablemente el primero en plantearla, a su manera. Así, en 1954, Rozitchner escribía, melancólicamente:

¿Acaso no sabemos que nuestra tranquilidad actual es el precio de nuestra marginalidad, de nuestra inoperancia e ineficacia, del miedo que se hace narraciones y cosas faltas de interés, que no se refieren claramente a nuestros problemas ni siquiera en el orden subjetivo en el cual el escritor se complace en permanecer, porque lo interesante conduce al peligro? ¿Acaso no vivimos soslayando el peligro por medio de una 'ineficacia buscada' por la huida en lo general, y en la creación de mitos que esbozan para la mala fe una salvación futura?³⁰

²⁸ "En Argentina, en 1965, los intelectuales de izquierda somos inofensivos. (...) Unidos al mundo burgués por nuestras costumbres y a la clase obrera por nuestra ideología, no pertenecemos verdaderamente ni a uno ni a otra. Nadie puede afirmar que nuestra situación es cómoda: suspendidos en el vacío, la Historia, indiferente y obstinada, parece continuar sin nosotros". Piglia, R., en "Literatura y sociedad", *Literatura y Sociedad*, año 1, octubre-diciembre de 1965, p. 1. Y, casi veinte años después de Piglia, Lucas Rubínich volverá a hablar de la suya como de una "generación ausente".

²⁹ "Examen de conciencia", *Contorno*, núm. 6-7, p. 9.

³⁰ Citado por Rodríguez Monegal, E., *El juicio de los parricidas. La generación argentina y sus maestros*, Buenos Aires, Ed. Deucalión, 1956, p. 26.

Ellos no son los únicos culpables pero son, en cambio, los únicos que tienen la capacidad de estimar que la responsabilidad es colectiva: cuando aseveran que "la culpa es de todos", régimen y oposición, se están extrayendo de las oposiciones dominantes para colocarse verticalmente sobre todos. Desde ese vértice emprenden la tarea de elaborar una nueva literatura y una nueva política, transitando de la culpabilidad a la responsabilidad de lo que "los hombres de espíritu" no habían realizado. Ahora bien, y allí reside el problema, la tarea habrá de realizarse recorriendo vías diferentes que no estaban en modo alguno claras:

Rebeldía, rechazo, desconcierto. Eso es lo que sentimos. El mundo, este mundo inmediato, nuestro país, nuestra ciudad, nos aprietan como algo de que somos responsables. No gozamos de una fórmula para syndicar males, ni para defender soluciones proféticamente satisfactorias. Ni disfrutamos de la fe suficiente ni somos tan felices como para no ver en qué terminan las promesas mesiánicas (...) No estamos seguros de nuestra verdad. Ni sabemos la solución, ni gozamos de una clave.³¹

Esta proclama de inseguridad puede ser leída, en realidad, en dos tiempos. En un primer nivel, literal, puesto que *Contorno* carecía en ese momento tanto de propuestas para redefinir la relación entre actividad intelectual y acción³² como de remozadas categorías para interpretar la situación argentina. Pero, en un segundo nivel, afirma, de hecho, que no poseer la verdad es precisamente el único modo de tener razón, la única certidumbre válida. En "ese mundo inmediato, nuestro país, nuestra ciudad", dividido por el enfrentamiento entre peronismo y antiperonismo, la realidad, decía *Contorno* alusivamente en 1954 y explícitamente en 1956, reside en que la Argentina es los dos. No hay que elegir, entonces "una parte —la más cómoda o la más pura— sino la totalidad". Si no aceptaba la "cómoda" verdad peronista ni alguna, "pura", del antiperonismo, ni comulgaba tampoco con la del Parti-

do Comunista o con la de un Jorge Abelardo Ramos promoviendo ya las singulares combinaciones entre marxismo y peronismo que illorearán al fin de los '60,³³ *Contorno*, en 1954, hace una flexión que concuerda, en los hechos, con los trabajos de reconstrucción histórica —mencionados páginas atrás— que habían emprendido en esos años desde los autores de la editorial Raigal hasta el más militante Silvio Frondizi. Descubre, viniendo mayoritariamente de la literatura, que conviene mirar hacia el otro campo intelectual y político argentino para salir de "la rebeldía, el rechazo y el desconcierto": los *nacionalistas*.

De ahí que no se pueda escribir de cualquier cosa, sino de esto, de todo esto, porque a nadie se le puede transferir esa tarea que hasta hace poco parecía privativa de los nacionalistas, que eran los únicos que sabían de la historia y del gran problema que aquejaba a todos, y que absurdamente detentaban el monopolio de nuestro proceso (subrayado en el original).³⁴

Dudas y reproches de mala fe encubren la convicción de estar en lo cierto. Porque si rechaza los principales sistemas de acción y de interpretación existentes y no se reconoce ni en unos ni en otros, planteados como lo estaban en forma excluyente, es que, dentro del abanico ideológico de los años '50, *tener respuestas llevaba, fatalmente, a persistir en el error*. A partir de esta paradójica certidumbre *Contorno* puede afirmar su voluntad de llegar a síntesis diferentes, pero la cuestión consistía en saber cómo definir positivamente lo que eran convicciones por la negativa. A ese proyecto ideológico y político puede aplicarse lo que Beatriz Sarlo afirma en cuanto a la literatura: "...lo importante para *Contorno* son los cruces, los encuentros, las tramas..."³⁵ La fuerza de las antinomias que caracterizaron tanto la vida política como las lecturas de la historia en la Argentina no hacía ciertamente sencilla la tarea.³⁶

Formulado antes de la caída del gobierno peronista, ese *pro-*

³¹ Viñas, I., *op. cit.*

³² La primera referencia a una manera de intervención intelectual distinta aparece en la crítica de Ramón Alcalde a Jorge Abelardo Ramos: "Consolidar nuestra conciencia nacional no es un problema de la literatura ni, en último término, del pensamiento sino de la acción", afirma Alcalde en "Imperialismo, cultura y literatura nacional", núm. 5/6, septiembre de 1955.

³³ *Ibid.*; Viñas, D., "Arlt y los comunistas", núm. 2, mayo de 1954.

³⁴ Viñas, D., "La historia excluida...", *op. cit.*

³⁵ Sarlo, B., "Los dos ojos de *Contorno*", en *Revista Iberoamericana*, núm. 125, octubre-diciembre de 1983, p. 805.

³⁶ Así, David Viñas: "El drama histórico absurdamente resuelto entre un supuesto celestial y otro réprobo. Pero la Argentina Angélica y la Argentina Demoníaca persisten inalterables, enfrentadas (...) Y llega 1945

yecto sin respuestas de Contorno era el síntoma de circunstancias determinantes para la naciente intelectualidad crítica: una crisis de principios de organización ideológica que fue a la par de la puesta en cuestión de las modalidades de acción precedentes.

La Revolución Libertadora

No es inútil, para comprender dichas circunstancias, detenerse en ciertos sabidos episodios de la política posterior a 1955. El derrocamiento del general Perón abrió, se ha dicho, un período de recomposición acelerada de las fuerzas sociales y políticas que se habían ligado en la oposición. Quienes se bautizaron como Gobierno Provisional estuvieron al comienzo más atentos a la identificación de sus posibles herederos políticos que a la toma de decisiones eventualmente irreversibles.³⁷ Recordemos que se hicieron muy rápido evidentes las obstrucciones a aquellas iniciativas del general Lonardi, presidente elegido por la revuelta militar triunfante, que pretendían trazar un corte menos abrupto con las instituciones políticas y sindicales del régimen anterior. Sólo dos días después de asumir la presidencia anunció, en una reunión con dirigentes obreros, que ni la CGT ni los sindicatos serían intervenidos —y es el propio secretario de la CGT quien hace el anuncio por la radio. Irritaban a la Marina y a la mayoría del Ejército tanto esta política conciliadora como la convocatoria para integrar el primer gabinete dirigida a representantes de las corrientes nacionalistas y de la derecha católica.³⁸ Una vez más, estos nacionalistas, desilusionados, encuentran que tampoco ésta era “la revolución que anunciamos”: el “fatídico” 13 de noviembre fueron marginados del gobierno, junto con el general Lonardi, y, con el Es-

para la nueva generación (...) y todos se aliaban contra El Candidato Imposible estableciendo por centésima vez el reino de los Santos frente al de los Abyectos, sin advertir que la Imposibilidad era parte de la realidad, era la Realidad misma ...”, *op. cit.*

³⁷ La cuestión ya vista del “artículo 28” es un ejemplo entre otros.

³⁸ Era asesor del Presidente su propio cuñado, Clemente Villada Achával; Mario Amadeo fue nombrado ministro de Relaciones Exteriores, Juan Carlos Goyeneche, secretario de Prensa de la Presidencia y, postreramente, Luis María de Pablo Pardo, ministro del Interior.

tatuto de los Partidos, se esfumaba la esperanza de un movimiento político que no se adecuara a los principios republicanos. Este primer episodio tendrá, entre otras consecuencias, una, primordial para la evolución de la intelectualidad, que Halperin Donghi resume certeramente:

Por una parte, significa el fin de nuestro nacionalismo como fuerza política independiente y por la otra revela que ciertas actitudes introducidas por los nacionalistas pasaban a ser patrimonio común de movimientos políticos de muy variado signo.³⁹

En efecto, ya en 1954 *Contorno* se proponía arrancar a los nacionalistas el “monopolio absurdo de nuestro proceso” fundado en que “eran los únicos que sabían de la historia” y, luego, apoyados en el antiimperialismo que las izquierdas vocearon históricamente, los intelectuales progresistas se abrieron muy rápidamente a los temas del nacionalismo; el foro ideológico se fue poblando con las nuevas alquimias aportadas por la intelectualidad crítica y, como señala Daniel Pécaut citando a Weffort, la ideología nacionalista se fue transformando en una suerte de lengua política dominante. Y, agrega Pécaut en una descripción del Brasil que no sería impropia para caracterizar también los años finales de la década en la Argentina:

Junto con los esfuerzos conscientes para inventar una “ideología”, se combinan significantes tomados de diversos léxicos —de la CEPAL y del marxismo, del nasserismo y otros tercer-mundismos, del existencialismo sartreano y del hegelianismo— y que, mezclándose, terminan por engendrar una lengua política inédita y autóctona, con sus neologismos y sus sintagmas específicos.⁴⁰

No es indiferente tampoco, para comprender el panorama ofrecido a los intelectuales por la política, que el reemplazo de Lonardi por el general Aramburu abriera, para los sectores antiperonistas más decididos, la posibilidad de una restauración liberal. Tanto la disolución formal del Partido Peronista y la intervención de la CGT como la ejecución de los militares y civiles que intentaron un golpe de Estado en junio de 1956 eran prueba de un radi-

³⁹ Halperin Donghi, T., *Argentina en el callejón*, Montevideo, Arca, 1964, p. 81.

⁴⁰ Pécaut, D., *op. cit.*, p. 92.

cal cambio de actitud gubernamental.⁴¹ El proyecto de continuidad con la legislación y la dirección obreras preexistentes se quiebra también en noviembre, pero los intentos de reorganización sobre bases no peronistas fracasan sucesivamente. Si los acontecimientos convencieron a los militares peronistas de la inviabilidad de un retorno violento, sirvieron sobre todo para trazar más claramente la frontera entre aquellos que consideraban al peronismo como un fenómeno agonizante y quienes, siguiendo uno u otro rumbo, reconocían que había transformado la sociedad argentina y formaba ya parte de ella. Ernesto Sábato, sin ceder en su impugnación intransigente al general Perón, denunció las torturas en 1956 y dirigió una carta abierta al presidente:

Debemos valientemente reconocer que no todo lo que sucedió durante esa década fue negativo y destructor, ya que las grandes multitudes trabajadoras advinieron a la vida política de la Nación y un fuerte e irresistible sentimiento de justicia social se elevó como un clamor que ya nadie puede desoír.

Dos acontecimientos, por lo menos, abonaban esta actitud. En el plano político, los resultados de la convocatoria a una Convención Constituyente, encargada de rever las normas modificadas por Perón en 1949 y definir el régimen electoral, bautizada no sin agudeza por Américo Ghioldi como un "recuento globular". Entre otras informaciones sobre la realidad electoral argentina, esas elecciones mostraron un caudal de votos en blanco cercano al 25% de los sufragios, que respondían a las consignas del movimiento proscripto. Con el "censo", como lo

⁴¹ Mario Amadeo, en *Ayer, hoy y mañana*, hace, en 1956, una aguda descripción: "Es opinión generalizada en los sectores socialmente conservadores que el peronismo no ha sido otra cosa que una pesadilla (...) Consideran que el pueblo argentino ha padecido una enfermedad y que es cuestión de someterlo a una enérgica cura... Otros del mismo sector, menos simplistas aunque no menos equivocados, consideran que el peronismo ha removido a fondo la opinión popular, pero que solamente ha logrado ese efecto por medio de la venalidad y la corrupción o apelando exclusivamente a los más bajos instintos de la plebe. Para ellos la cuestión sólo se arregla con una pequeña dosis de reeducación y una gran dosis de leña. En su mente desperonizar equivale a algo así como desrazar. Para los antiperonistas de nuestra izquierda liberal (...) desperonizar equivale a desnazificar".

aseguraba Barletta,⁴² "ahora sabemos cuántos somos y quiénes somos": se ponía de manifiesto la magnitud del electorado peronista proscripto, superando en votos a todos los partidos en lista. Las declaraciones de Frondizi a favor de la enseñanza privada de junio de ese año no tuvieron la eficacia suficiente para impedir que la UCR ocupara el tercer lugar, después de los votos en blanco y de la UCRP. A pesar de las insistentes exhortaciones de Frondizi —y de la revista *Qué*—, más de dos millones de votantes obedecieron a las consignas peronistas de voto en blanco. En el plano gremial, el fracaso de los esfuerzos gubernamentales por reorganizar el sindicalismo se hizo evidente en el Congreso Normalizador de la CGT de agosto y septiembre de 1957, donde las elecciones controladas por interventores militares no consiguieron torcer la evidente adhesión obrera al peronismo. No se produjo, por cierto, "normalización" alguna, pero el Congreso es recordable por cuanto culmina en la formación de las 62 Organizaciones peronistas, de larga vida.⁴³

La idea de una sumisión popular a la voluntad omnimoda de un jefe y de un aparato, que hasta entonces había sido escasamente discutida, comenzó a perder solidez en poco tiempo. Y menguaba al mismo ritmo la tranquilidad de aquellos a quienes su ideario les garantizaba que, desaparecido el jefe y el aparato, las clases populares retornarían a cauces políticos más clásicos. La formación de la intelectualidad crítica fue alimentada por interrogantes sucesivos inseparables de un contexto de cambio político, a veces más veloz que innovador, que en nada probaba las suposiciones previas sobre el aherrojamiento obrero por una dictadura. Si en las universidades los intelectuales pudieron emprender una minuciosa depuración interna y una modernización de la enseñanza sin verse seriamente afectados por el tortuoso proceso político, otros intelectuales estaban más atentos y eran más sensibles a los problemas que la coyuntura iba haciendo emerger. Fueron ellos quienes, buscando respuestas a través de revisiones autocríticas, desnudaron los elementos del malentendido en el que se instalaba confortablemente la élite modernizadora.

⁴² Barletta, L., *Propósitos*, año v, núm. 191, 31 de julio de 1957.

⁴³ Marcelo Cavarozzi subraya que ya allí "las 62 recogieron e impulsaron de manera cada vez más sistemática los mensajes que enfatizaban la identidad dual de los asalariados argentinos; es decir, doble condición de trabajadores y de peronistas". *Sindicatos y política en Argentina. 1955-1958*, Estudios CEDES, vol. 2, núm. 1, 1979, p. 76.

El itinerario de la intelectualidad crítica traduce lo que fue un proceso de mayor envergadura: la crisis ideológica en anchas franjas de las clases medias progresistas engendrada, lenta pero seguramente, por la caída del peronismo y por las decisiones de los vencedores. Esa crisis modeló los nuevos circuitos culturales, que anunciaban el fracaso de una generación, los errores de una clase y la culpabilidad de los escritores comprometidos.

La crisis del progresismo

Diversos factores condicionan esa crisis, que puede ser resumida, hasta aquí, como la desarticulación de la imagen unitaria de la oposición progresista al peronismo, oposición apoyada sobre pocas pero poderosas certidumbres. La primera hablaba de la relación entre clases populares y peronismo: otorgando al régimen una desmesurada capacidad de manipulación y represión, consideraba a las clases populares en una situación de sumisión y alienación. Se concluía en consecuencia que, así como las clases medias cultas iban a recuperar la libertad de expresión perdida desde 1946, la caída del régimen permitiría a las clases populares recobrar su autonomía, promisoría para las formaciones políticas progresistas. Una segunda certidumbre, menos nítida, hacía pie en los tan mentados contratos petroleros con la California de 1954 para ver en el fin del gobierno peronista la promesa de una política antimperialista.

Otro elemento, principalísimo, debe ser recordado: desapareció en 1955 lo que había sido soldadura política de las más diversas corrientes, un antiperonismo jugando como factor de unidad negativa.⁴⁴ El deshielo posperonista y la política de la

⁴⁴ Preocupado por encontrar los orígenes del rechazo al liberalismo en sectores intelectuales "contestatarios" Oscar Terán afirma: "...la desaparición del peronismo del Estado implicó una crisis de identidad de este sector, ya que al haberse definido hasta entonces en oposición a ese movimiento político y sus expresiones culturales en las instituciones, había encontrado en esa negación la fuente de un reconocimiento y al mismo tiempo una esfera de alianzas objetivas dentro de las cuales —como vimos— el encuentro con la élite liberal había resultado tan inevitable como ambiguo". *Op. cit.*, p. 215.

Revolución Libertadora fueron introduciendo grietas en esas convicciones que habían organizado tan coherentemente el antagonismo al régimen depuesto. No hubo, indudablemente, una crisis general de la intelectualidad argentina. Quienes habían sustentado su antiperonismo exclusivamente en los aspectos antiliberales del régimen, desde la SADE o, más homogéneamente, desde organizaciones como ASCUA, pudieron ver con satisfacción a las instituciones culturales liberadas de las antiguas restricciones; para los universitarios había sonado la hora de una restauración triunfadora o de una renovación modernizadora, no menos triunfal. Para el polo opuesto, el puñado que quiso con su apoyo dar un rumbo revolucionario al peronismo, no hubo sino confirmaciones y algunas previsiones certeras:

La Argentina no fue "peronizada" por la voluntad de nadie; y nadie podrá "desperonizarla" por su voluntad. El peronismo, como el roquismo o el yrigoyenismo, es una edad del proceso histórico argentino. ¡Vano intento será el de aquellos que quieran rehacer a su capricho las grandes corrientes históricas nacidas de factores objetivos! ¡Vano intento será el de los ingenuos o los perversos que quieran barrer la marea con una escoba!⁴⁵

Las izquierdas, el progresismo y las corrientes nacionalistas, en cambio, se encontraron con un presente sustancialmente distante del futuro imaginado. Un elemento, sin embargo, distinguía a los nacionalistas: como fue dicho, el nacionalismo tradicional o católico tenía el, en ese momento útil, privilegio de basar sus certezas en la acción voluntarista de unos pocos. 1955 pareció una nueva posibilidad de ejercer su influencia que, si acabó en derrota política, no afectó por ello sus creencias. En las filas progresistas o de las izquierdas, en cambio (y no era esto una particularidad argentina) las decisiones reenviaban a una validación externa: promotores de un cambio social que reconocía como actor principal a las clases populares, las convicciones dependían grandemente de sus opciones. Ya los festejos de la Revolución Libertadora ofrecieron a los intelectuales progresistas la desagradable sorpresa, recordada por

⁴⁵ Jorge Abelardo Ramos en *El Líder*, 2 de diciembre de 1955, cit. en *De octubre a diciembre. Los ensayos políticos de Víctor Almagro*, Buenos Aires, Peña Lillo Editor, 1959, p. 344.

tantos, de encontrarse con esos a quienes todo los oponía;⁴⁶ pero bastó que las clases populares mostraran su pertinaz adhesión al peronismo, desmintiendo lo que al fin de cuentas era la posibilidad de un futuro político sin escollos, para que desapareciera no ya solamente la coherencia de una unidad ideológica sino el lugar que vastos sectores de clases medias cultivadas se creían reservado. La íntima relación entre la imagen de la Argentina forjada por los intelectuales progresistas y el papel que, según ella, estaban llamados a tener, generó, a medida que la realidad se demostraba rebelde a sus esquemas, la crisis de la identidad misma del progresismo, visible en las controversias de esa intelectualidad.

Ahora bien, constatar tal crisis y algunas de sus manifestaciones no parece suficiente. La noción de movilización, según la definiera Karl Deutsch y la utilizara Gino Germani para analizar la adhesión obrera inicial al peronismo, permite comprender, en parte, las modalidades de solución a esa crisis. Deutsch considera a la movilización social como el proceso por el cual se quiebran los principales conjuntos de lealtades y "commitments" de un grupo social determinado, dejando una *disponibilidad* para la aceptación de nuevas formas de comportamiento.⁴⁷ Se establece de este modo la relación entre una crisis de ideas y creencias y una suerte de vacío creado por la desorganización normativa, que da lugar, a su vez, a una receptividad o a la creación de nuevas combinaciones, sin continuidad necesi-

⁴⁶ O, en un sentido análogo, el recuerdo de Ernesto Sábato en *El otro rostro del peronismo*, en gran medida una respuesta al libro de Mario Amadeo: "Aquella noche de setiembre de 1955, mientras los doctores, hacendados y escritores festejábamos ruidosamente en la sala la caída del tirano, en un rincón de la antecocina vi como las dos indias que allí trabajaban tenían los ojos empapados de lágrimas. (...) Grandes multitudes de compatriotas humildes estaban simbolizados en aquellas dos muchachas indígenas que lloraban en una cocina de Salta".

⁴⁷ Deutsch, K.W., *Nationalism and social communication*, Nueva York, Wiley, 1965, p. 233. "Denota un concepto que reúne, relacionándolos, a diversos y más específicos procesos de cambio, tales como cambios de residencia, de ocupación, de inserción, de asociaciones 'cara a cara', de instituciones, roles y maneras de actuar, de experiencias y expectativas, y finalmente de memorias, hábitos y necesidades personales, incluyendo la necesidad de nuevas pautas de afiliación de grupo y nuevas imágenes de identidad personal". *Ibid.*, p. 493.

ria con las anteriores. Germani se sirvió, con ligeras modificaciones, de este planteo para estudiar las situaciones de desintegración o pérdida de integración de un grupo social:

Según una imagen empleada a menudo, el grupo se halla ahora "desubicado" con respecto a la estructura preexistente, y esta desubicación puede traducirse, según los casos, en retraimiento, apatía, abandono de actividades o bien en una actitud de puesta en disponibilidad para un aumento de participación y/o cambios en la naturaleza e intensidad de éste. Y es precisamente este último el proceso que denominamos movilización.⁴⁸

Karl Deutsch había forjado la idea de movilización pensando sobre todo en los efectos de procesos de modernización rápida, —con la consiguiente extensión de los medios de comunicación—, sobre "partes sustanciales de la población"; Germani la utilizó para explicar la adhesión al peronismo de los migrantes internos, cuyos sistemas de normas y de pertenencia tradicionales ya no correspondían ni al contexto de las ciudades ni al trabajo industrial. La idea central seguía siendo, sin embargo, la misma: la desorganización de sistemas de creencias no lleva necesariamente a una anomia apática sino que puede inaugurar una receptividad activa a nuevas conformaciones de ideas y de comportamientos. *Mutatis mutandis*, ¿los intelectuales cuyas creencias y categorías de reflexión sobre lo social van perdiendo su coherencia, no constituyen acaso un caso análogo? ¿no puede considerarse en esos términos la relación entre la ya señalada crisis de identidad y el "aumento de participación y/o cambios en la naturaleza e intensidad de ésta"? Porque en modo alguno podrá verificarse "retraimiento, apatía, abandono de actividades" en nuestros intelectuales. La "desubicación" de un grupo que analiza Germani, ¿difiere realmente tanto de la situación pintada por Rozitchner?

Hemos hecho un papel marginal porque nuestra propia situación se desenvuelve en la ambigüedad: ni totalmente burgueses, menos aún proletarios, carecemos de ubicación en el país.⁴⁹

⁴⁸ Germani, G., *Sociología de la modernización*, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1969, p. 63.

⁴⁹ En "Experiencia proletaria y experiencia burguesa", *Contorno*, núm. 7-8, p. 8.

Probablemente tanto Deutsch como Germani pensaban a esos grupos "desubicados" carentes de una clara conciencia de su situación y, por otra parte, la hipótesis fue elaborada para estudiar procesos que implicaban cambios sociológicos en la posición de los individuos y no descubrimientos de incoherencias teóricas. Pero en ningún caso, y menos en el de conjuntos intelectuales, se justificaría un tal privilegio de la situación o de los comportamientos respecto a las ideas. Si había, sin duda, una nueva lógica de las ideas, originada en la crisis de una manera de pensar la sociedad, había al mismo tiempo una lógica de reformulación de identidades, cuyo punto de partida era el mismo: la desaparición, en 1955, de aquello que unificaba negativamente reflexión y creencia, proyecto e identidad. Esta es una interpretación posible del desencavamiento de la joven generación de clases medias posterior a la caída del gobierno peronista, que aumentan "en 'exceso' su participación en relación con el nivel definido como 'normal' sobre la base de la estructura pretérita",⁵⁰ y que ocuparán, tumultuosamente, la escena política quince años más tarde; las nuevas amalgamas entre cultura y política elaboradas por grupos de intelectuales proporcionarán los temas dominantes de su radicalización política y, más aún, serán determinantes en su movilización.

La producción de nuevas lecturas de lo social es, a su vez, indisociable de la definición del lugar que esas mismas lecturas instituyen para los intelectuales. A veces de forma explícita, como Abelardo Ramos en el prólogo de la primera edición de su libro *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*⁵¹:

En este libro me propongo narrar la historia de los argentinos.(...)Nuestro país vive aún envuelto en su ayer; las figuras centrales de su pasado no son espectros ilustres, sino seres vivos cuyas ideas gravitan en nuestras luchas actuales...

y termina afirmando:

No habrá victoria posible sin grandes batallas intelectuales. A la nueva generación le corresponde rearmarse ideológicamente, bajar a la arena y fundirse con el proletariado para la alta empresa. A esa unión consagro estas páginas.

⁵⁰ En "Experiencia proletaria y experiencia burguesa", cit.

⁵¹ *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. Nueva historia de los argentinos*, Buenos Aires, Ed. La Rija, julio de 1957, pp. 7 y 12.

De manera clásica, Ismael Viñas presenta en 1960 su libro *Orden y progreso*.⁵²

Mi intento de descripción no es desinteresado. Al contrario, lleva un objetivo absolutamente premeditado: aclarar y declarar lo que está ocurriendo para actuar sobre el proceso, para intervenir en él. Ya la misma descripción es un intento de actuar.

O, de manera típica, la *Advertencia* de Hernández Arregui a la segunda edición de *Imperialismo y cultura*.⁵³

Bien pesadas las cosas, para quienes vemos en la literatura un instrumento de la liberación nacional y no una vanidad personal, el honor reside en que mi generación intelectual se vea justificada históricamente, comprendida y asimilada por otra generación más joven, destinada a recoger la antorcha, siempre encendida, de la lucha de las masas por la emancipación argentina e hispanoamericana.

Para el periodo que nos interesa, puede sugerirse, resumiendo, que la intelectualidad crítica entra en un proceso de puesta en disponibilidad ideológica como consecuencia de la ruptura de sus "lealtades" y "commitments" anteriores. A la crisis de su identidad le sigue una "puesta en disponibilidad", una apertura, que induce una busca de nuevas combinaciones ideológicas capaces de proporcionarles un lugar, como intelectuales, en la sociedad y en la política. Sería abusivo inferir de la crisis ideológica abierta por el fin del gobierno peronista que la movilización política de los intelectuales y la aparente pérdida de autonomía cultural, años más tarde, eran ineluctables. A las luchas estudiantiles del fin de la década del '50, deberán sumarse los efectos de la Revolución Cubana, las transformaciones del campo intelectual, el desenvolvimiento de la crisis política argentina, el Cordobazo y el aumento vertiginoso de la masa universitaria. Si es cierto que, a principios de los '60, el escenario estaba instalado, su evolución, en cambio, era solamente una posibilidad.

⁵² *Orden y Progreso (La era del frondizismo). Claves de la política argentina*, Buenos Aires, Ed. Palestra, 1960, p. 40.

⁵³ Se trata de la presentación a la edición de 1964, Buenos Aires, Ed. Hachea, pp. II-III

La cuestión peronista

De las fisuras abiertas por la crisis una es primordial: la relación entre intelectuales y pueblo no parece cumplir las promesas implícitas en la visión progresista; en el discurso de la intelectualidad crítica, dicha relación pasa, casi invariablemente, por el problema del peronismo. No habían faltado quienes, desde posiciones diversas, dieron apoyos críticos al peronismo en los años previos: desde la izquierda, Jorge Abelardo Ramos —y el más bien modesto Partido Socialista de la Revolución Nacional—, Juan José Real, J. J. Hernández Arregui, Rodolfo Puiggrós; desde el nacionalismo, los radicales de FORJA se esforzaron por interpretar lo que tenía de singular el apoyo obrero al peronismo. Los escritores de *Contorno*, en este sentido, prolongaron una generación que puso en comunicación dos zonas tradicionalmente segmentadas de la producción intelectual argentina: la reflexión nacionalista y las corrientes de izquierda. Pero le tocó a *Contorno* abordar la cuestión específica de la posición de los intelectuales en la dicotomía peronismo-antiperonismo, abriendo de este modo el largo camino que organizaría las opciones políticas de éstos en las décadas por venir. Lo que otorga a *Contorno* una importancia capital es que allí se encuentra, casi en estado puro, el esfuerzo por definir un nuevo lugar para los intelectuales y una nueva relación con la política. Lo busca en un sitio que no es ni el peronismo ni el antiperonismo, proyecto que no parecía cosa fácil en 1956:

Y por eso, sin pretender la posesión de claves que las reemplacen ni de verdades necesarias e inmediatamente compartibles, nos hemos propuesto enfrentar el riesgo de decir: esto del peronismo, sí, esto del peronismo, no.⁵⁴

Juan José Real, bajo la seducción de Frigerio, comentaba así el proyecto político de la revista *Qué*, donde las intenciones de *Contorno* tomaban muy concretas formas políticas:

En una situación como la que atravesaba el país en 1956-7, esta prédica de la doctrina de la integración nacional suscitó las más enconadas reservas de parte de unos y las más agudas críticas de parte de otros. Unos exigían una adhesión incondicional a la revolución libertadora, otros la adhesión incondicional al peronismo. Elevarse

por encima de la contienda para hallar lo que había de común entre las fuerzas en lucha era, en aquel momento, algo más que una audacia, era un crimen.⁵⁵

Ese sitio para los intelectuales, que *Contorno* intenta dibujar precozmente —menos de un año después de la Revolución Libertadora—, es el mismo que buscaban, oblicuamente, numerosos universitarios; el “artículo 28”, lo hemos visto, había abierto el camino a la impugnación estudiantil, pero si los grupos decididamente antiperonistas en el seno de la Federación Universitaria habían sido derrotados, no por ello eran menos embarazosos los cambios de orientación de *Mar Dulce*, entre fines de 1955 y julio de 1956:

Posiblemente para los trabajadores y con toda razón, resulte un tanto difícil de entender que siendo nuestras posiciones antioligárquicas y antiimperialistas, no hayamos expresado o actuado en los últimos años en concordancia o por lo menos con la energía que dichas posiciones nos obligaban a hacerlo.⁵⁶

Denuncian, y era la posición oficial del Partido Comunista, la actitud “reaccionaria de dividir a la clase obrera en ‘peronistas’ y ‘antiperonistas’.” La coyuntura, por otra parte, parecía justificar esta posición, desde el punto de vista de izquierda que era el de *Mar Dulce*: en esos momentos, en noviembre de 1957, la reorganización de las centrales obreras —la primera fue la CGT de Córdoba, el 1º de julio de ese año, con una dirección frentista— se hacía todavía con peronistas y comunistas unidos en las 62 Organizaciones.⁵⁷ Desde muy temprano *El Líder*⁵⁸ sale de la oscu-

⁵⁵ Real, J. J., *Treinta años de historia argentina*, Buenos Aires, Ed. Crisol, 1962, p. 180.

⁵⁶ *Mar Dulce*, noviembre de 1957, p. 5.

⁵⁷ La unión no tardará en deshacerse, dando lugar al grupo de los 19 y luego al mucos de filiación comunista.

⁵⁸ Aunque las cifras parecen un tanto optimistas, anotemos que Jauretche afirmó: “tiró doscientos mil ejemplares que se convertían en dos millones porque había cola para comprarlo delante de los puestos de venta y cola para leerlo detrás de los compradores”, en Galasso, N., *Scalabrini Ortiz, op. cit.*, p. 68. Fue cerrado a fines de 1955. Entre el 10 de noviembre de 1955 y el 25 de enero de 1956, bajo la dirección de Esteban Rey se publica *Lucha Obrera*, que, según Norberto Galasso, llegó a tirar 140.000 ejemplares. En enero de 1956 el semanario fue clausurado y Rey detenido. Cf. Galasso, N., *La izquierda nacional y el FIP*, Centro Editor, 1983, p. 86.

⁵⁴ “Peronismo...¿y lo otro?”, Editorial del núm. 7-8, julio de 1956.

ridad denunciando al gobierno y al Plan Prebisch con la pluma de Arturo Jauretche y de Raúl Scalabrini Ortiz. El nacionalismo de derecha había sacado rápidamente sus conclusiones después del 13 de noviembre y, bajo la dirección de Sánchez Sorondo, pública, a partir del 6 de junio de 1956, *Azul y Blanco*: el estilo, la difusión de informaciones más o menos reservadas y, sobre todo, un tenaz enfrentamiento al gobierno le aseguraron una difusión que excedía en mucho la que acostumbraban las hojas nacionalistas. Por fin, en 1956 Rogelio Frigerio se hace cargo de la dirección de la revista *Qué*, donde brega por el "frente nacional"; la revista obtiene gracias a la colaboración de conocidas figuras un éxito que justifica el apodo "la Biblia" dado por círculos intelectuales universitarios.

Contorno sigue buscando una identidad para "escritores" comprometidos con la "realidad del país", pero las dudas y la culpabilidad casi ontológica presentes en los números anteriores a 1955 adquieren ahora un perfil diferente:

Tanto por el hecho de ser escritores como de no haber sido peronistas, no podemos dar testimonios específicos. Para testimonios están los de otros (...) Los de los antiperonistas llenan los diarios de todos los días, más o menos sinceros o hipócritas. Los de los peronistas de ayer llenaron los diarios de estos diez años. *Damos entonces el de un peronista de hoy.* (Subrayado nuestro.)⁵⁹

Buena parte de la intelectualidad progresista decidió, también, ubicarse en una oposición que el testimonio "de un peronista de hoy" diseña nítidamente como un hueco, el circunscrito por la doble negación.

La pérdida de la unidad ideológica soldada por el antiguo antiperonismo encuentra una primera resolución en la oposición, tan decidida como ambigua, a la política del Gobierno Provisional. Ambigüedad que no poco debe a que se busca resolver, mediante la crítica a un gobierno antipopular, la separación de intelectuales y pueblo, dramáticamente enunciada por Rozitchner en 1956:

Por eso la liberación del proletariado sigue otro camino —¡cuán distinto!— del que pregonamos los intelectuales burgueses, válido tal vez para nuestra situación concreta pero absolutamente incom-

preensible para ellos. Entre el proletariado y nosotros hay un abismo, abismo tan apasionante y tan profundo como aquel del cual hablaba Pascal.⁶⁰

El objetivo era crear "un puente de pasaje entre nosotros y ellos", de ubicarse para no quedar solos, como Martínez Estrada, cuya "locura" es la "dimensión que adquiere la impotencia cuando quiere ser escuchada". En verdad pasaron, y con ellos buena parte de la clase media progresista, *de una unidad negativa a otra, del antiperonismo al rechazo del antiperonismo gubernamental.*

En el mismo número, consagrado al peronismo, Ismael Viñas lleva a cabo un lúcido análisis de la situación y concluye:

El tiempo pasado desde el 16 de setiembre ha desvanecido muchas esperanzas. El tono general de la revolución y la mayoría de las medidas tomadas en materia económica, obrera y educacional parece responder a los intereses más reaccionarios (...) Esos hechos, junto con la evidencia de que las clases populares formaron la base —la parte sincera por lo demás— del peronismo y de que hoy son quienes más sufren realmente con el cambio político habido, hacen que todos los grupos progresistas vivan en una cada vez más aguda neurosis: obligados a mantener su apoyo al gobierno por un sentido de responsabilidad hacia el país y temerosos de que caiga en manos determinadamente reaccionarias y permanentemente insatisfechos con la mayoría de los actos de ese gobierno.⁶¹

Esta "neurosis" se refleja en la evolución de las bases universitarias y de conspicuos miembros de la izquierda. Puede citarse, porque había sido uno de los principales animadores de la coalición antiperonista de izquierda, a Leónidas Barletta, quien, en mayo de 1957, hace el proceso del gobierno:

Los libertadores de la víspera se han convertido en los dominadores del día siguiente (...) Antes se torturaba, ahora se confina; antes no se permitía hablar, ahora tampoco (...) Se dijo que no se daría ni un paso atrás en las ventajas obtenidas pero los tanques en

⁶⁰ Rozitchner, L., "Experiencia proletaria y experiencia burguesa", *Contorno*, núm. 7-8, p. 4.

⁶¹ Viñas, I., "Miedos, complejos y malos entendidos", *Contorno*, julio de 1956, p. 12.

⁵⁹ *Contorno*, julio de 1956.

la calle hicieron retroceder a los que peleaban por el pan de sus hijos (...) Los pocos que dimos la cara y alzamos la voz repudiando la dominación ilimitada, ¿podríamos hoy volver a señalar los crímenes de la tiranía?⁶²

Ahora bien, la crítica a un gobierno antipopular que hace “retroceder con tanques a los que peleaban por el pan de sus hijos” mantiene la ambigüedad, ignorando la doble cara de la cuestión: obreros y peronistas. Barletta, como la izquierda clásica, retiene la defensa de los intereses obreros sin interesarse en su condición de peronistas. Recordemos nuevamente la declaración, algo apresurada, de David Tieffenberg en 1956:

La observación superficial y ligera de los hechos objetivos hace suponer a no pocos que el proletariado argentino continúa aún peronizado (...) El conocimiento por parte de los trabajadores sinceramente engañados por la venenosa prédica peronista, de los asesinatos, masacres y torturas a sus hermanos de clase, de los robos, estafas, y manejo deshonesto de los fondos sindicales (...) las han desperonizado definitivamente. Es decir que no creen más en el dictador, ni en su mentida doctrina “justicialista”.⁶³

Pero, todavía a fines de 1959, se emitirán diagnósticos análogos sobre el pasado:

Las formas económico-sociales que demagógicamente implanta la “*dirección peronista*”, confunden y engañan a las masas obreras y rurales argentinas y atrae y absorbe a los sectores capitalistas medios de la industria y el comercio. Por esta razón, el dominio de la “*dirección peronista*” es acatado e inobjeto por las grandes masas populares que constituyen las *Fuerzas Internas*, en la medida y tiempo que duran la confusión y el engaño, 1943-1950.⁶⁴ (Subrayado en el original.)

Si se los pensaba alienados, embrujados por la dictadura del pan y del circo, ahora, en 1957, se verifica la aparición de esa misteriosa lealtad que nunca habría existido:

⁶² “Mártires o libres (La conferencia que no pudo darse)”, Boletín extra de *Propósitos*, 23 de mayo de 1957, p. 9.

⁶³ En Vazeilles, *op. cit.*, pp. 282-283.

⁶⁴ Hurtado de Mendoza, Angel M., “El 23 de febrero en la realidad argentina”, *Mar Dulce*, núm. 10, verano de 1959-1960, p. 13.

En tiempos de Perón no había peronismo; pero lo hay en la actualidad. Los desaciertos de los hombres que provisoriamente nos gobiernan han extraído de la entraña misma de un vasto sector la convicción peronista: le han dado lo que no tenía, estructura y razón de ser.⁶⁵

Estas interpretaciones provenían, se entiende, de la izquierda tradicional. Para un Mario Amadeo, escribiendo en 1956, en cambio:

Por de pronto, el pueblo sabe bien o intuye que tras los abusos del régimen anterior, se estaba plasmando una nueva realidad y que esa realidad respondía, en lo fundamental, a sus aspiraciones. Pero si oye decir que los últimos diez años sólo han traído miseria, deshonor y vergüenza, no lo creará, porque es afirmarle una cosa que, para él, está desmentida por los hechos. (...) El éxito o el fracaso del intento de unir al país depende en buena medida de cómo se interprete el hecho peronista (...).

La intelectualidad crítica de origen progresista mantenía separados ambos términos. Hubo, entonces, una respuesta para la cuestión obrera en todo acorde con el modelo clásico del pensamiento social de izquierda, y hubo otra para hacerse cargo del peronismo como fenómeno político. A través de reflexiones más o menos barrocas pudieron imaginar un papel para los intelectuales en el plano social o en el plano político, pero pasará mucho tiempo antes de que formulen —de manera tan contundente como fantasiosa— el lugar posible de los intelectuales ante una clase obrera y peronista.

En 1956 o 1957 la cuestión obrera fue el pivote de una primera solución, indirecta, a la crisis de identidad creada por el posperonismo: la oposición a un gobierno impopular. No todos los intelectuales argentinos pasaban en esos momentos por tal crisis, esto es obvio y ya fue subrayado. Quienes abordaban, entusiastas, la reconstrucción de campos del conocimiento, gozaban de una identidad apoyada simultáneamente sobre las seguridades del conocimiento y sobre la presunción no menos axiomática acerca de los beneficios sociales de ese conocimiento. Quienes se encontraban, mal o bien, insertados en partidos, encontraban todavía un lugar garantizado por el porvenir de sus formaciones.

⁶⁵ Hurtado de Mendoza, Angel M., *art. cit.*

Sólo aquellos que en esos momentos habían asumido abiertamente su papel como intelectuales estaban en esa situación que François Bourricaud piensa típica de los latinoamericanos: "Su interés se centró exclusivamente en problemas como la dependencia y la identidad nacional, llevándolos a poner en cuestión la *misión social del intelectual* antes que la *función crítica de la inteligencia*".⁶⁶ Como lo ha señalado Luciano Martins, si dicha misión preocupa a los intelectuales es porque "a través de ella buscan su propia identidad".⁶⁷ De esta suerte, quedaban por el momento indemnes los universitarios reformistas, que la buscaban a través de la "misión de la universidad", tanto como fracciones importantes del nacionalismo, convencidas de la misión de la inteligencia. *Contorno*, puente entre dos periodos históricos y entre dos generaciones, expone la desubicación, la busca de la "misión social del intelectual" y, finalmente, una salida.

Sucedio que, en poco tiempo, los cambios en la escena política ampliaron el abanico de alternativas para la intelectualidad: la candidatura de Arturo Frondizi a la presidencia de la Nación constituyó, en cierto modo, el acta de nacimiento del nuevo foro de debates intelectuales, puesto que abrió, desde la política, la convergencia de fracciones de la izquierda, del nacionalismo y del progresismo. Existe ahora la posibilidad de un compromiso gracias al cual lo que había sido identidad por la negativa —la oposición al gobierno provisional— deviene inserción positiva en un proyecto que les abría las puertas de la política. Bastó invertir el sentido de dos términos claves: la calidad de intelectuales y la situación de clase para liquidar las dudas.

Somos miembros de la clase media, escritores, y vivimos en la Argentina. Desde esos datos partimos. Pretendemos influir en el mun-

do, y hacerlo de un modo determinado, según creemos que será un mundo mejor. Correr el riesgo de aplastarse la cabeza con un ladrillo suelto pero tratar de poner esos ladrillos de cierto modo. Es decir, "ideólogos".⁶⁸

Y si el escritor es ahora ideólogo, las clases medias son salvadas por medio de una relación de "complementaridad" intrínseca con el proletariado; los intelectuales dirigen una mirada que, desde un vértice abarcando tanto su 'nosotros' como el proletariado, establece la equivalencia en la verdad y en el error:

El proletariado se equivocó a medias, como nosotros. Pero coincidimos con él en la reivindicación que los llevó a apoyar a Perón, aunque nosotros le negáramos este apoyo. En el acto positivo de la clase proletaria y en el acto de rechazo de quienes no pertenecemos a ella, había una actividad de complementaridad que recién ahora se nos evidencia: nosotros vivimos parte de la verdad objetiva —la que estuvo a nuestro alcance— del mismo modo que los obreros salvaron la parte de verdad que correspondía a esa perspectiva concreta. (...) Su frustración en el peronismo es tanto como nuestra frustración (...).⁶⁹

En realidad la "complementaridad" debía menos a esa redistribución ideal de verdades, apoyada en un saber superior, que a las perspectivas muy concretas de unidad, "recién ahora evidentes", ofrecidas tanto por la común resistencia al gobierno de la Revolución Libertadora como por el frente impulsado por Frondizi. Apoyados en esas flamantes certezas están en condiciones de servirse del término *ideólogos*, verdadero desafío en el lenguaje político progresista de la época, puesto que pertenecía al repertorio de las corrientes de derecha o nacionalistas. La elección no fue ni azarosa ni banal. En efecto, *Contorno* afirmaba de ese modo la legitimidad de una palabra tomada en nombre propio y ya no portavoz de nadie, buscando la influencia en el plano político a través del debate de ideas. Debate que ya en esos momentos superaba en mucho el limitado círculo universitario de cuatro años atrás. Los hombres de *Contorno* disputan el papel de ideólogos tanto a su enemigo jurado, el Frigerio de *Qué*, como a las derechas nacionalistas expulsadas del gobierno en noviembre de

⁶⁶ Bourricaud, F., "The Adventures of Ariel", *Daedalus*, verano del 72, p. 113. Dice Rodolfo Kusch: "El intelectual argentino es un desarraigado porque carece de misión. Esto lo torna hondamente trágico... ¿Quiere decir esto que como intelectuales estamos fatalmente divorciados con la vida, que somos unos desarraigados, y que nuestra intelectualidad es una paradoja? (...) El nuestro es nada más que un problema de existencia. Lo resolveremos con América y no con el intelecto, ya que para que una cultura surja es preciso vida". En "Inteligencia y barbarie", *Contorno*, núm. 3, septiembre de 1954.

⁶⁷ Martins, L., *La genèse d'une intelligentsia (Les intellectuels et le politique au Brésil, 1920-1940)*, París, EHESS, 1986, p. 55.

⁶⁸ Viñas, I., "Un prólogo sobre el país", *Contorno*, Cuaderno núm. 1, julio de 1957.

⁶⁹ Rozitchner, L., "Lucha de clases, verificación del laicismo", en *Contorno*, Cuaderno núm. 1. cit., p. 18.

1955. Mientras que éstas se habían consagrado, ante todo, a ejercer su capacidad de convicción sobre dirigentes militares, ellos se proponen, explícitamente, hacerlo en la UCR y, por qué no, desde el gobierno radical en caso de éxito en las elecciones de febrero de 1958. Contorno, o mejor dicho una parte de su grupo fundador, diseña una identidad situándose directamente en el plano político pero conservando simultánea y abiertamente su condición de intelectuales. No fueron indudablemente los únicos miembros de la naciente intelectualidad crítica lanzados en apoyo a Frondizi; la singularidad de su decisión como grupo, que mucho debió a la filiación yrigoyenista de los Viñas, se tradujo luego en cargos gubernamentales, no por efímeros menos numerosos en el panorama político argentino.

El 23 de febrero de 1958

Los militares se aprestaban, una vez más, a instalar las urnas que habrían de designar un gobierno civil. Ya a esta altura las adhesiones de intelectuales y universitarios progresistas a los revolucionarios de 1955 pertenecían a un pasado que la aceleración de los tiempos políticos hacía remoto. En 1957 sus opciones se encontraban todas en el campo de las fuerzas convencidas, o que decían estarlo, de la necesidad de convivir transitoriamente con el peronismo, y la emergencia de la UCR encubría cuanto de incierto y oscuro había en esa 'convivencia'. Compartían, sí, una convicción: el peronismo, como fuerza política autónoma, ya estaba muerto y, a fortiori, Perón había desaparecido en tanto líder político, conclusión esta última altamente plausible dado el comportamiento del general en el exilio. Menos convencido, al fin de cuentas, de la agonía del peronismo, el gobierno imponía un silencio simbólico que debía barrer con los restos de una dictadura; ni de la oposición ni de la intelectualidad se elevaron casi voces contra el decreto 4161 o reclamando el levantamiento de la proscripción política a los partidarios del régimen caído.⁷⁰ Es que nuestros intelectuales —y

⁷⁰ Las satisfechas declaraciones de Barletta después de las elecciones de Constituyentes muestran que la proscripción del peronismo era vista como un fenómeno normal. "El país se ha puesto, al fin, en movimiento y está en ruta. Las cosas han ocurrido tal como preveían los que

no sólo ellos— estaban persuadidos de que, si existían peronistas en la Argentina, el peronismo no era ya una unidad política viable. Desde esta perspectiva se ampliaba el abanico de posibilidades de recuperación de las masas peronistas, en nuevos o viejos marcos partidarios. Quedaba sin embargo planteado el interrogante de saber *quién debía transformarse: ¿las masas peronistas o los cuadros políticos e intelectuales? ¿Y cómo?*

De los reordenamientos en las fuerzas políticas provocados por el fin del gobierno peronista el más importante, sin duda, fue el que desgarró al Partido Radical, donde habían coexistido líneas de muy diferente coloración. Por una de ellas debía pasar la opción 'legalista' dentro de las fuerzas armadas, enfrentadas ya desde entonces a los sectores llamados 'quedantistas'; en otra se encontraba Arturo Frondizi, el candidato a vicepresidente derrotado en las elecciones de 1952. Fue él quien redactó una declaración en junio de 1955, afirmando que "no es posible seguir como ahora ni volver a la situación anterior al 4 de junio de 1943"⁷¹ y, en la reunión del Comité Nacional de la UCR, en octubre de 1955, hizo circular un proyecto en favor de una central obrera única. El 30 de noviembre, en un mensaje radial dirigido a criticar el *Informe preliminar sobre la situación económica* de Raúl Prebisch, insiste en que sólo debe haber un sindicato por rama de producción y una sola central de trabajadores.⁷² A estas manifestaciones de una actitud favorable al

creen en el pueblo. Cada cual votó por su partido. (...) Los votos en blanco siguieron en blanco. Este censo devuelve la confianza al país. El país está en orden y no subordinado. No estamos en manos de nadie. Si aplaudimos al gobierno es porque las elecciones del domingo son la virtual defensa de nuestro patrimonio material y moral". Barletta, L., *Pro-pósitos*, 31 de julio de 1957. Tampoco mencionan explícitamente la cuestión los miembros de APU, grupo universitario de apoyo a Frondizi, cuando enumeran lo que debe hacerse por las clases populares; los dos puntos que les son dedicados dicen: "d) un efectivo mejoramiento social, que garantice a las clases laboriosas condiciones dignas de vida y de trabajo; e) abolición de la legislación y de los organismos represivos, y la plena vigencia de los derechos del hombre y del ciudadano".

⁷¹ Babini, N., *Frondizi. De la oposición al gobierno*, Buenos Aires, Ed. Celtia, 1984, pp. 157 y ss.

⁷² Claro está que otras voces convergían en la crítica a la política económica preconizada por el "Plan Prebisch"; la de Scalabrini Ortiz contra el *Estatuto Legal del Coloniaje*, desde las columnas de *El Líder*, primero, y en *Qué* desde julio de 1956, no fue la menos importante.

movimiento obrero organizado peronista, se sumaban los gestos traduciendo las posiciones nacionalistas de Frondizi. En mayo de 1956 la mesa directiva del radicalismo —cuyo Comité Nacional él presidía— afirmó la necesidad de reactivar YPF y la negativa a firmar contratos con compañías extranjeras.⁷³ No había aquí, en verdad, sino la confirmación de las posiciones tradicionales del radicalismo y de la Declaración de Avellaneda, que lo habían llevado a criticar duramente las tratativas peronistas con la California en 1954. Se trataba, punto por punto, de la tesis desarrolladas por Frondizi en su única y famosa obra, *Petróleo y política*, parte integrante de su identidad política misma.

De este modo, Arturo Frondizi aparecía frente a la opinión pública como un decidido opositor incapacitado para cumplir el papel de heredero que la Revolución buscaba. Frondizi mismo se ocupó de dejarlo claro al designarse, el 24 de septiembre, alternativa de gobierno: cuando todavía los jefes militares no habían fijado fecha de elecciones, y cuando, a los tropiezos, el radicalismo se había puesto de acuerdo para citar la convención que elegiría la fórmula, la línea *Intransigencia y Renovación* anunció, sorpresivamente, su candidatura. La Convención de la UCR reunida en Tucumán alcanzó a proclamar el tándem Frondizi-Gómez pero, dos meses después, el radicalismo se dividía; en lo que será la Unión Cívica Radical del Pueblo había sin duda opciones políticas más ventajosas a los ojos del Gobierno Provisional. Retirándose, como lo había anunciado, de la Convención Constituyente, Frondizi dio el primer paso en su rápida marcha en busca del apoyo peronista.

Llega, entretanto, una fecha fatídica para no pocos radicales, considerada como inflexión decisiva en el pensamiento del futuro presidente de la República: una noche de febrero de 1956 encuentra por primera vez al señor Rogelio Frigerio. Empresario conectado con grupos industriales, había circulado en el pasado en ámbitos de la izquierda intelectual y conservaba una arraigada fe en la necesidad de desarrollar las fuerzas productivas, fomentando el crecimiento industrial, la oferta energética y el sistema de comunicaciones, con prioridades fijadas con precisión de acuer-

do a un plan. Este encontraría su soporte en un gran movimiento nacional reuniendo a la clase obrera con una burguesía tenida por dinámica, nacionalista y emprendedora. Un estado planificador, según este modo de ver las cosas, podría, sin encontrar obstáculos mayores, imponer condiciones a un capital extranjero juzgado necesario para completar el insuficiente ahorro interno. La medida de la influencia de Frigerio sobre las convicciones del Dr. Frondizi ha sido muy diversamente valorada, pero constituyó, indudablemente, una nueva inspiración intelectual en un partido caracterizado más por la fidelidad a su doctrina que por sus precisiones ideológicas. Si Frigerio fue mentor del candidato de la flamante UCR, otros intelectuales, sólo a medias seducidos por el pensamiento desarrollista en la versión frigeriana, militaron también en favor de la candidatura de Frondizi. Aunque su peso político distaba de ser considerable, la presencia de miembros de *Contorno* fue novedosa en un país que, desde hacía mucho tiempo, no integraba casi en puestos de decisión a intelectuales de origen progresista. La participación de hombres como Osiris Troiani, Ismael Viñas, Noé Jitrik o Ramón Alcalde en órganos oficiales de la campaña confirma la especificidad de *Contorno* en la nueva intelectualidad.

Por diversas razones la figura de Frondizi suturaba las disyunciones constitutivas de los intelectuales movilizados, y éstos le otorgaron un apoyo prácticamente unánime. Que hubo excepciones, una cita lo muestra; Esteban Rey, fundador del Partido Trotskista de Córdoba, y ex militante del PSRN, predecía en marzo de 1957:

Esta estrategia que la oligarquía y el imperialismo prepararon para asegurar su triunfo, fue servida con singular ceguera y con particular apasionamiento por la izquierda demo-liberal (...) Antes todo iba a arreglarse derribando a Perón; ahora, todo se arreglará cuando se elija a Frondizi. La primera afirmación resultó inexacta. La segunda tampoco es cierta.⁷⁴

⁷³ Se rechazaba "la conclusión de contratos de perforación con las filiales de las empresas monopolistas (...) por cuanto la experiencia ha demostrado su fracaso en la práctica y por encontrarse YPF en condiciones de desempeñarse con éxito a un costo menor y en menor tiempo". Babin, N., *ibid*.

⁷⁴ Rey, E., *¿Es Frondizi un nuevo Perón?*, Buenos Aires, 1957. La "izquierda demo-liberal", es cierto, apoyaba a Frondizi con "particular apasionamiento". Pero, ya desde 1957, llamaban también a votar por la UCR, desde las páginas de *Qué*, Scalabrini Ortiz: "Votar en blanco es votar por la oligarquía" y Arturo Jauretche: "Hay que votar contra el gobierno para evitar que el voto en blanco sea nuestra derrota definitiva: el triunfo de los gorilas".

Frondizi tenía a su favor una actitud de oposición al peronismo —sobre todo en las postrimerías del régimen—, menos cerrada que la de otros políticos opositores e, inversamente, había sabido tomar precozmente sus distancias respecto al gobierno provisorio. Explícita o implícitamente había criticado las medidas sociales y la política económica adoptadas después de noviembre de 1955. Anclado en la línea yrigoyenista del viejo Partido Radical, por otra parte, contaba, aun después de la división partidaria, con una red considerable del aparato electoral tradicional. Con la mirada puesta en los comicios de febrero de 1958, Arturo Frondizi tejió un harto heterogéneo sistema de alianzas —matizado con constantes llamados a los votos obreros—, cuyo soporte era, ante todo, la confianza que infundían sus dotes de político. Sin embargo, y la experiencia de 1957 lo probaba, eso no era suficiente para ganar una elección. Debía dar un paso más para asegurarse la totalidad de los votos peronistas y lo dio, secretamente, en Caracas. Es posible que Frondizi haya decidido ofrecer un pacto a Perón en julio de 1957, como aventuró Américo Ghioldi, o varios meses antes, como lo asegura Ramón Prieto,⁷⁵ o que nunca hubiera, materialmente, firmado el pacto, como no se cansaba el mismo Frondizi de repetir después de junio de 1959, cuando Perón consideró oportuno hacerlo público. Las cifras muestran, sin embargo, un fenómeno infrecuente en los escasos episodios electorales argentinos: una ratificación cuantitativa precisa de las proyecciones previas; la aritmética de la revista *Qué*⁷⁶ se demostró exacta: la UCRJ obtuvo en febrero de 1958 la adición de sus votos de la elección de constituyente más los sufragios en blanco.⁷⁷ El triunfo fue tal que el diario comunis-

⁷⁵ Prieto, R., *El Pacto*, Buenos Aires, Ed. En Marcha, 1963.

⁷⁶ Se leía en *Qué*, después de las elecciones de constituyentes: "En la medida en que los próximos encuentros se hagan sobre un frente menos confuso, estas conciencias ciudadanas serán clarificadas y se polarizarán de tal manera, que no sólo habrá una suma de votos, sino que se producirá un dinámico proceso de argentinización electoral (...) Entretanto el frente nacional tiene intactas sus mayores reservas. La multitud que se abstuvo de dar un voto significativo, cumplió lealmente con sus convicciones y sentimientos. Con la misma lealtad transformará su actitud pasiva en gesto positivo".

⁷⁷ En julio de 1957 hubo 2.115.860 votos en blanco y 1.847.600 para la UCRJ. En febrero ésta obtuvo 3.761.250. Los 800.000 votos en

ta *La Hora* tituló al día siguiente: "El 1º de Mayo el pueblo entró en la Casa Rosada".

Es que las órdenes de Perón habían convencido a las masas populares, las declaraciones del candidato a favor de la enseñanza libre y en contra del divorcio habían tranquilizado a la Iglesia, y las corrientes nacionalistas no fueron insensibles a las consignas de defensa del patrimonio nacional y de desarrollo del país connotadas por una mayor hostilidad hacia el Reino Unido. La intelectualidad no faltó a la cita. Confluía, en realidad, la casi totalidad de los que serán, pocos meses después, los puntales de una intelectualidad crítica. Los universitarios reformistas se organizaron rápidamente —conservando sin embargo su autonomía apolítica—,⁷⁸ en APU, Acción Política Universitaria, e hicieron público un Manifiesto a la Juventud Argentina en apoyo a la fórmula Frondizi-Gómez, considerando que era la única posibilidad para las "fuerzas progresistas" de "no permitir, con su dispersión, el continuismo oficialista y antipopular, en la entrega y la revancha". Sus objetivos: "La destrucción de las estructuras oligárquicas e imperialistas que impiden el desarrollo nacional" y la "realización de una auténtica Reforma Universitaria".

Frondizi consolidaba el perfil progresista con un programa que afirmaba la voluntad de edificar un país moderno y pujante, prometiendo libertad de acción y de representación a organizaciones sindicales autorizadas a conservar el modelo de agremiación peronista. Desde la promesa de una central obrera única hasta la condena imparcial de la invasión de Hungría y de la intervención franco-inglesa en Suez, pasando por el visto bueno a la nacionalización de los monopolios y la "gratuidad de la enseñanza en todos los ciclos", los distintos momentos —cambiantes— de su definición programática podían ser leídos como la enumeración del mejor programa progresista posible. Ciertamente es que mostró apreciar el aporte de capital extranjero para el desarrollo del país y de la enseñanza privada para la realización del estudiantado, pero

blanco que se registraron en 1958 respondían en su gran mayoría a las directivas de un Comando Nacional opuesto al Comando Táctico dirigido por John W. Cooke.

⁷⁸ "...nuestra decisión no es partidista ni adherimos incondicionalmente a hombres o banderías. Cualquiera sea el resultado electoral continuaremos nuestra lucha en procura de los objetivos señalados". APU, volante, s/d.

ya la frontera entre los herederos de septiembre y quienes deseaban cambiar la sociedad argentina era demasiado nítida, y esos matices no consiguieron reencauzar las corrientes de votantes. Los principios clásicos del progresismo se vieron, además, renovados. El tradicional "fomento al industrialismo" de las plataformas radicales se transformó en "desarrollismo": la integración económica del país y la prioridad de las industrias de base, energía y comunicaciones fueron, en 1958, eje principal de lo político merced a los esfuerzos desplegados por Rogelio Frigerio en sus contactos personales con el candidato y en sus intervenciones públicas a través del semanario *Qué* o del diario *El Nacional*. Esto no era, por supuesto, peculiar de la Argentina, ya que los trabajos de la CEPAL habían modificado profundamente el pensamiento económico en América Latina, pero vale la pena recordar, con todo,⁷⁹ que Frondizi fue el primer presidente argentino elegido primordialmente por su programa económico y que, por vez primera, lo económico ocupaba un lugar tan prominente en el terreno de lo políticamente legítimo. El vasto programa económico debía apoyarse sobre una base político-social no menos vasta: un movimiento nacional que, aunando peronistas y no peronistas, pueblo y burgueses, sería a la vez cemento y consecuencia del proceso de desarrollo. La empresa no se alejaba mucho de la que el Partido Comunista y buena parte de los escritores de izquierda propugnaban bajo el rótulo de revolución democrático-burguesa. En ambos casos se afirmaba la existencia de una burguesía nacional deseosa de extender sus industrias, la complementariidad entre esa industrialización y los intereses de las clases trabajadoras, y la resistencia de sectores rurales, sea bajo la etiqueta de anacrónicos o de oligárquicos. No faltaron, por supuesto, las reticencias a ese 'mejor programa progresista posible'. La existencia de tal burguesía nacional no era evidente para todos, y tanto desde la izquierda como desde dentro del Partido Radical surgieron serias resistencias a los rígidos principios frigeristas, la "línea tecnológica" como la llama Ismael Viñas. Rozitchner se pregunta:

¿No habrá otra solución y otra posibilidad de un agrupamiento fuera del que propone la revista *Qué*? Salvar a la industria nacional en un

frente único. Sea. Renunciar a la lucha de clases frente a los industriales. No. Aquí es donde empieza el problema.(...) La verdad de *Qué* es una verdad a medias..."⁸⁰

El *blue print* de Frigerio no estaba destinado, evidentemente, a complacer a estos intelectuales, precisamente cuando *Qué* apoyaba las declaraciones de Frondizi sobre la enseñanza, arguyendo la necesidad de dar "cohesión nacional" a un pueblo católico.

La adhesión de cada una de las fuerzas solicitadas durante los meses de campaña puede atribuirse a una razón relacionada con objetivos precisos. La que movió a los intelectuales no lo fue menos, pero la pasión que impregnaba su racionalidad específica se comprende mejor en el contexto de las ambigüedades implícitas en su 'puesta en disponibilidad': para los miembros de *Contorno*, el proyecto frondizista significaba algo más, algo diferente de un proyecto político gubernamental. Para justificar su militancia en la UCRJ habían pasado revista, y rechazado, las diferentes alternativas políticas del momento, incluyendo a las corrientes nacionalistas y a las "sectas" de izquierda. Concluyeron entonces en favor de un partido de base amplia capaz de darles la posibilidad de salir de la marginalidad de las "izquierdas abstractas", y de abrires un campo de influencia real sobre la política y sobre el Estado. En julio de 1957, el mes de elecciones de Constituyentes, afirman: "hemos llegado al convencimiento de que las cosas más urgentes, por lo menos, se resuelven en el plano político" y, "al pasar a la acción (...) es imprescindible entrar en un movimiento político efectivo y real, no levantar entelequias".

Al elegir, como lo hacen, ese "movimiento político efectivo", es claro que lo hacen tanto por convergencia de posiciones como por el lugar que ese movimiento les ofrecería:

Si el radicalismo no es la revolución, sino el pasaje hacia la posibilidad de estructurar las condiciones de una verdadera revolución, no debemos esperar entonces que sea el partido en glóbo quien tome forzosamente una posición revolucionaria frente a los acontecimientos: *es el ala izquierda del partido, somos nosotros* los que tenemos que poner en evidencia, dentro de la dirección partidaria, el sentido que adquiere el partido cuando se lo proyecta sobre la clase obrera.

⁸⁰ En *Contorno*, "Lucha de clases, verificación del laicismo", *op. cit.*, p. 16.

⁷⁹ Szusterman, C., *The ideology of developmentism*, Tesis, Oxford (dactil.), 1985, cap. v.

(...) Pero sobre todo, lo que nos parece claro, por sobre toda ambigüedad, es lo siguiente: estamos en el proceso mismo, en el centro mismo donde la acción está por decidirse, donde el sentido se elabora más próximo al acontecimiento. (Subrayado nuestro.)

La misión que se adjudican no puede ser más precisa. Ideólogos de izquierda, podrán elaborar significaciones que los hombres de la política, la "dirección partidaria", no perciben: el significado de las decisiones políticas. Gozan de un saber específico gracias al cual podrán "poner en evidencia el sentido que adquiere el partido cuando se lo proyecta sobre la clase obrera". La obligación asumida era considerable, pero no lo era menos la ocasión que se les presentaba: "estamos en el proceso mismo, en el centro mismo donde la acción está por decidirse". Había, sin duda, racionalidad en su apoyo al programa de la UCR, combinación política de los elementos de aquel 'proyecto sin respuestas', pero contaba, tanto o más, la posibilidad de insertarse *positivamente* en "el centro mismo de la acción", dejando atrás así la incertidumbre y la marginalidad de un grupo de escritores.

Las tensiones que había generado la 'puesta en disponibilidad' se resolvían con inesperada rapidez. Los numerosos intelectuales —y fracciones de las clases medias— que no lograban extraer un pleno sentido político del solo rechazo a la Revolución Libertadora, ni tampoco de la doble posición de no peronistas y no antiperonistas, encontraron entonces la solución final en un proyecto que prometía la integración popular en una empresa de desarrollo con acentos nacionalistas. Esta combinación de objetivos constituía por sí misma algo, para ellos, particularmente significativo: un comienzo, un nuevo punto de partida, augurando la abolición de las opciones anteriores y otorgando a los intelectuales un lugar, lejos de aquella crisis de valores y de comportamientos que había encontrado, en los meses anteriores, una frágil salida en la identidad por la negativa.

El significado de ese lugar no estaba dado exclusivamente por la inserción directa que buscaron —y encontraron— miembros de *Contorno*. Sucedió que Frondizi no parecía un político como los otros,⁸¹ y esto producía una modificación importante en la escena política, permitiendo a los intelectuales construir-

se, también, una presencia vicaria en ella. Diferentes entrevistas con intelectuales de la época nos confirman la idea según la cual Frondizi representaba no sólo un político con ideas afines sino también un interlocutor con quien compartir un interés por las ideas y por la reflexión, poco comunes en los partidos de masas argentinos.⁸² La presencia de Frigerio —a pesar del rechazo suscitado en algunos círculos— contribuyó poderosamente a la aparente —transitoria— suspensión de la marginalidad en la que vivió la intelligentsia argentina durante la mayor parte del siglo xx. Por vez primera el radicalismo podía referirse a un *plan*. Científico y detallado, se lo suponía en elaboración en las diferentes usinas ideológicas —Luis María Campos, el Centro de Estudios Nacionales—, instaladas por Frigerio, y prometía respuestas precisas a los diferentes problemas suscitados por el desarrollo económico. En *Qué* los intelectuales encontraban otra vía de acercamiento a lo político, donde convivían un lenguaje que era el suyo e ideas nuevas. En vísperas de las elecciones el candidato de la UCR era difícilmente disociable si no de las posiciones, al menos de la aureola intelectual característica de la revista.

El Partido Radical se había transformado súbitamente en un partido de ideas, orientado por un gran proyecto nacional que prometía una metamorfosis de la cultura política argentina, próxima a la intelectualización de la política discutida por Flisfisch:

...cuando en la cultura política predomina una interpretación de la política que le asigna el sentido primordial de ser una actividad orientada a implantar en la sociedad una verdad sobre la sociedad, verdad que es vista a su vez como conocimiento racional y que se obtiene racionalmente.⁸³

yecto, el país al día. Vinas, D., *Dar la cara*, Buenos Aires, Ed. Jancana, 1962, p. 55, cit. por Terán, O., *op. cit.*, p. 242.

⁸² "Fue pues un intelectual dentro del partido, para usar una expresión que en esa época solía distinguir a una persona que pese a concurrir a comités tenía muchos libros y no se contaminaba con recuentos de votos ni con servicios menores relativos a empleos o infracciones policiales de sus correligionarios". Babini, N., *op. cit.* pp. 20-21.

⁸³ Flisfisch, A., "Algunas hipótesis....", *op. cit.*, p. 13.

⁸¹ "Ciertamente ese departamento de la calle Rivadavia, al fin un político que entendía al país y tenía libros en su casa (...) Libros y realidad: la síntesis esperada durante años (...) Un Roosevelt que conocía a Lenin,

Ahora bien, en una cultura política en la cual esa intelectualización tiene lugar, la figura del intelectual "pasa a ocupar una posición central en la política. Las relaciones entre éste y el político profesional pasan rápidamente a ser simétricas: lo que el intelectual contribuye a la política es por lo menos tan importante como la contribución que a ella hace el político profesional".⁸⁴ Durante la efervescencia frondizista tuvo lugar, efímeramente, una situación análoga, y todo sucedía como si se abriera a los intelectuales un espacio nuevo donde tendrían un lugar, si no protagónico, al menos muy distinto de aquel al que la política argentina los había habituado. Real o imaginariamente, podían ubicarse, como pretendía *Contorno*, "en el proceso mismo, en el centro mismo donde la acción está por decidirse".

Frondizi parecía, entonces, capaz de cerrar las cisuras producidas por el peronismo y también otras, más antiguas. Abría el camino a un movimiento nacional unificador en el que la separación entre izquierda y nacionalismo, entre intelectuales y pueblo, se soldaba en un proyecto cuyo tramo final podía ser dibujado, al fin de cuentas, según la voluntad ideológica de cada uno. Para los intelectuales de la época, y sobre todo para aquellos que no estaban encuadrados partidariamente, Frondizi encarnaba la posibilidad de establecer una pasarela viable entre intelectuales y política de masas, clausurando al mismo tiempo su exterioridad *vis à vis* de los grandes partidos y el Estado, y resolviendo las ambigüedades que subtenían su identidad.

Páginas atrás dijimos que si el apoyo de la intelectualidad a Frondizi había sido una decisión racional de acuerdo a las propuestas del candidato, el apasionamiento de su racionalidad la hacía singular. Se comprende quizás ahora que esa pasión era la medida de la busca de identidad. Frondizi parecía satisfacer doblemente el vacío abierto por la puesta en disponibilidad: porque unificaba principios ideológicos que la caída del peronismo había separado y porque creaba un terreno político donde los intelectuales encontraban, real o vicariamente, un lugar perdido hacía mucho. Dos testimonios, ambos de 1959,⁸⁵ bas-

tan probablemente para reflejar todo lo que de mágico y repentino ensueño se había invertido emocionalmente en Frondizi:

Recordábamos con un amigo la noche de aquel que pensamos memorable 23 de febrero de 1958. Por el centro de la ciudad, por la calle Corrientes, frente a los comités y a las pizarras de los diarios, tenía lugar una formidable expresión de júbilo popular. Todos nosotros, los que votamos a Frondizi, los peronistas inclusive, vivíamos la euforia desconocida de lo que supusimos un acontecimiento memorable (...) Nos abrazamos, alborozados. Fue como tocar el cielo con las manos...⁸⁶

Creíamos en el pasaje instantáneo inmediato, a partir de esas elecciones formuladas en el voto, que nos habrían de transportar de golpe a una Arcadia soñada donde ni el imperialismo ni los militares ni la prensa traficada ni otras tantas muchas cosas existirían: queríamos una solución mágica que compensara nuestra ineficacia, que convirtiera nuestros sueños en realidad.⁸⁷

Y hubo entonces, después, para esa intelectualidad, más que la indignación ante un programa traicionado: hubo una redefinición sustancial del significado mismo de lo político. Es que, dicho en una frase, entre febrero y diciembre el presidente hizo exactamente lo contrario de lo esperado por esos intelectuales, aun en sus previsiones más pesimistas. Cumplió, sí, sus promesas a la Iglesia y gran parte de lo convenido con el general Perón, pero la sanción de la Ley de Amnistía, a pesar de sus ambigüedades, no contribuyó por cierto a mejorar sus relaciones con las fuerzas armadas. Las promesas eran muchas y las fuerzas convocadas demasiado heterogéneas, de suerte que, en poco tiempo, sus bases políticas se angostaron y las amenazas de golpe militar se convirtieron en componente casi cotidiano de la vida pública argentina.

La espina dorsal del programa de desarrollo, se recuerda, había sido la "batalla del petróleo": en los términos acuñados por Frigerio correspondía a la fórmula "Carne + Petróleo= Ace-

taba en febrero del '58. La euforia de las capas medias es contagiosa; el país era una fiesta". *Op. cit.*, p. 5.

⁸⁶ Strasser, C., *Las izquierdas en el proceso político argentino*, Buenos Aires, Ed. Palestra, 1959, p. 20.

⁸⁷ Rozitchner, L., "Un paso adelante, dos atrás", *Contorno*, núm. 9-10, abril de 1959, p. 3.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 15.

⁸⁵ En 1965, Ricardo Piglia resume, irónicamente: "Con el frondizismo los universitarios, los intelectuales han llegado al poder dirigiendo a la clase obrera. Parece el Despotismo Ilustrado pero es la ilusión de la Reforma Universitaria. 'Obreros y estudiantes, unidos adelante', se can-

ro".⁸⁸ Ahora bien, después de asumir personalmente la dirección de YPF, el presidente la declaró el 24 de julio de 1958, afirmando que "Será una batalla absolutamente frontal y por lo tanto difícil y de enorme desgaste ..." para la cual era indispensable el aporte de capital extranjero. El punto de vista gubernamental no fue recibido con general beneplácito. Se pronunciaron en contra los partidos de la oposición: conservadores, radicales, socialistas, demócratas cristianos, sin que la propia UCRJ hubiera sido convencida unánimemente de la bondad del giro político de Frondizi. Coincidieron en el rechazo los nacionalistas y la izquierda, y *Azul y Blanco*⁸⁹ pasó a ser lectura frecuente para la intelectualidad. El "auxilio del capital que ayer se llamaba imperialista y hoy no hay ningún motivo para llamar de otro modo" como decía Halperin Donghi en *Contorno*, levantaba un frente de contestación al gobierno; las manifestaciones en defensa de DINIE o YPF se sucedían cotidianamente.

Pocas semanas después Frondizi decide reglamentar el "artículo 28", suponiendo:

éste es el momento ideal, porque muchos de los que voccean por el problema de los contratos están clamando por la enseñanza libre. Cuando la tengan tendrán que apoyarnos. Los obligaremos a definirse en el doble debate petróleo-Universidad y romperemos esta operación de pinzas orquestada para ahogarnos.⁹⁰

Cuando, por fin, en junio de 1959 el Ingeniero Alsogaray accedió simultáneamente al Ministerio de Trabajo y al de Economía, en un país sacudido por los conflictos gremiales y por una crisis militar constante, ya nuestros intelectuales habían dejado de hacer la lista de las 'traiciones'. Y si habían confluído intelectuales nacionalistas e intelectuales progresistas en el apo-

⁸⁸ Casas, N., *Frondizi*, Buenos Aires, Ed. La Bastilla, p. 50, cit. por Nosiglia, J., *El desarrollismo*, op. cit., p. 89.

⁸⁹ La elección de Frondizi había producido una escisión del grupo nacionalista nucleado en torno del semanario: Mario Amadeo se pasó a las filas frondizistas y arrastró consigo a un grupo de sus antiguos amigos: Máximo Etchecopar, Mariano Montemayor, Alberto Tedin, Santiago de Estrada, Juan José Güiraldes, etc. Cf. Zuleta Alvarez, E., *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Ed. La Bastilla, 1975, p. 553.

⁹⁰ Nosiglia, J., op. cit.

yo a la candidatura de Frondizi, terminaron coincidiendo, por caminos diferentes, dos años más tarde, en la oposición.⁹¹

Todo eso, ¿hablaba de decisiones personales o bien de la influencia nefasta de Frigerio? ¿Era la prueba de una habilidad política que permitía equiparar esas medidas con la NEP de Lenin o, por el contrario, confirmaban el poder del imperialismo sobre un partido pequeño burgués? No faltó tampoco la referencia a la nacionalización del canal de Suez, comparando el nacionalismo de Nasser con la política de Frondizi. Estos y muchos otros interrogantes alimentaban las discusiones de la intelectualidad y de no pocos militantes radicales estupefactos. Los miembros de *Contorno* que habían accedido a posiciones de poder presentaron sus renunciaciones, quien después del anuncio de la política petrolera, quien después de la ley de enseñanza. "Ahí, entre ese principio memorable y este final desgraciado, está el nudo dramático de la cuestión", se dirá desde una universidad ya en el llano. No interesa aquí saber si ese viraje espectacular era inevitable en el contexto político argentino ni examinar las razones que podrían explicarlo. Interesa, en cambio, decir lo que produjo en el dominio político e ideológico; la 'traición' de Frondizi alteró hondamente la historia de los intelectuales que nos ocupan y la evolución de las izquierdas: fue, en verdad, una herida que marcó a esta generación y dejó huellas durables tanto en el plano ideológico como en los modos de organización de la intelectualidad crítica.

La tentativa de 'solución mágica' a las ambigüedades de los intelectuales 'en disponibilidad' se saldaba en un fracaso completo. Todo o casi todo quedaba por hacer: ¿se volvía entonces al punto de partida? ¿Diciembre de 1958 era simplemente la reproducción de diciembre de 1955? La respuesta debe ser matizada. Las ambivalencias propias a una intelectualidad cuya razón de ser ideológica reposaba sobre la articulación con las clases populares reaparecían, sin duda, en la superficie. Tanto más cuanto ella se encontraba confrontada a un *pueblo peronista pero sin partido*. Sin embargo, el contexto político era ya otro y Frondizi había dejado en él su marca.

⁹¹ Dice J. J. Real, refiriéndose a la caótica situación de 1959 "¿Quién faltaba allí, en ese conglomerado opositor, para que fuera reproducción exacta de aquél de septiembre de 1930 y del otro de agosto-octubre de 1945? Nadie. Lo que para la izquierda era 'entreguismo', para el nacionalismo aristocrático y colonial era 'comunismo' y para los herederos de la revolución libertadora era 'peronismo' ". Real, J. J., op. cit., p. 216.

IV. Los discursos políticos

I. LA HERENCIA DE FRONDIZI

Antes de 1955, en realidad, la relación entre “políticos” e “intelectuales” planteaba cuestiones menos espinosas conceptualmente, debido, precisamente, a la contracara del interrogante con el que comienzan estas páginas: si la influencia de los intelectuales en los partidos políticos había sido escasa, escaso era también el control ejercido por el sistema de partidos sobre los intelectuales. Estos conservaban, en lo esencial, una identidad propia. Pocos fueron, además, los intelectuales activos encuadrados partidariamente: un núcleo en el ala izquierda de la Intransigencia, otro en el Partido Socialista y en el Partido Comunista, pequeños núcleos de izquierda, extrema izquierda y sus combinaciones con el nacionalismo.

El Partido Socialista mantenía a sus intelectuales al margen, con sus “siempre aplastadas juventudes”. En vísperas de los años '60, sin embargo, la situación de esas “juventudes” experimentó transformaciones sustanciales, y la evolución, a partir de 1960, fue doble y representativa de los cambios de una intelectualidad de la cual eran ya una pieza importante: emprendieron un proceso de fuerte ideologización ceñido a la coyuntura que, bastante naturalmente, se tradujo en una espiral de sucesivas fragmentaciones.¹ La influencia de esos

¹ “Es la época de los grandes congresos del Partido Socialista, que eran realmente grandes, a los que íbamos a volver loca realmente a toda esa pobre gente. (...) Los congresos eran peleas homéricas, no dejarles pasar una cosa, los tipos se hartaban, hacían todo el tiempo mociones

fragmentos sobre las ideas y comportamientos de la intelectualidad fue, de hecho, inversamente proporcional a la envergadura cuantitativa de los sucesivos 'partidos socialistas'. Reclutaron en las capas intelectuales movilizadas gracias a la acción de un número reducido pero ideológicamente poderoso de intelectuales ligados a la vida universitaria; si José Luis Romero mantuvo su papel señero, los nombres de Torcuato Di Tella y de Juan Carlos Marín permiten evaluar la extensión ideológica del arco trazado por la estela del viejo partido.

El Partido Comunista, cuyo papel en la generación de una subcultura para las clases medias ilustradas no podría ser sobrestimado, estuvo en condiciones de emerger de su entumecimiento ideológico —donde sólo Héctor P. Agosti desentonaba—, gracias a la legalidad transitoria encontrada después de 1955, pero, sobre todo, como consecuencia de los tanteos de los intelectuales a la busca de un lugar político, de tal suerte que se asiste a un fenómeno sorprendente: el Partido comienza a contar con una activa joven generación intelectual, presente no solamente en las disciplinas artísticas sino también en las nuevas ciencias sociales.²

Los dos partidos de la izquierda clásica experimentaron mutaciones en la medida en que constituían la oferta política más accesible a la demanda de alternativas de una generación en disponibilidad política, pero, al mismo tiempo, en el torbellino de los reordenamientos ideológicos producidos por esa disponibilidad, fueron perdiendo el monopolio simbólico del marxismo. Hasta entonces la izquierda había tenido un peso importante en las clases medias pero el marxismo permaneció encerrado en polémicas donde el Partido Comunista legislaba, y muy pocos eran quienes tenían aunque fuera un conocimiento elemental de esa tradición. Como puede sospecharse, la captación de jóvenes intelectuales no dio lugar a procesos evolutivos de transforma-

ción; los nuevos reclutas del Partido Comunista lo abandonarán, individualmente o en verdaderos éxodos, en 1963 y 1967, y el Partido Socialista atravesará escisiones que lo reducirán a minorías ideológicamente activas.

Ahora bien, ¿cuál es la relación de todo esto con Frondizi?

En primer lugar, su 'traición' cerró la vía emprendida, orgánicamente por *Contorno*, individualmente por un gran número de intelectuales progresistas y nacionalistas: la inserción en un partido que había logrado darse bases amplias; con ello se cerró la posibilidad de influir orgánicamente sobre la escena política institucionalizada y sobre los aparatos del Estado. El proyecto simbolizado por *Contorno* estaba liquidado, y, con él, la posibilidad de derribar las antiguas barreras entre la esfera intelectual y la esfera de la política.

En segundo lugar, a favor de Frondizi y, luego, contra él, se tejieron lazos tanto individuales como políticos entre diversos sectores progresistas y los descendientes de tendencias nacionalistas no integristas. El espacio ideológico comenzó a poblarse con intentos de armonizar de otra forma los temas que Frondizi había parecido unificar en su persona.

Por último, tanto la movilización en favor de la UCRI cuanto el fracaso posterior dejaron como herencia una politización de los intelectuales y de las nuevas generaciones que, lejos de caer en la atonía —y, en esto, la Revolución Cubana fue providencial— buscaron otros puntos de anclaje. Los encontraron, de manera por demás provisoria, en los partidos de izquierda clásicos, pero sobre todo a través de la creación de agrupaciones políticas, minúsculas en relación con el cuerpo electoral pero capitales para la suerte de la intelectualidad. Los intelectuales accedieron a la actividad política sin servirse para ello de los partidos existentes sino consagrándose a la creación de entidades propias, cuya unidad reposaba en su consistencia ideológica. Se recreaba de este modo una marginalidad objetiva generando, simétricamente, la identidad positiva que toda comunidad de pertenencia provee. En un plano, al menos, se cerraba la fisura creada por el peronismo, y se generalizaba la solución encontrada, durante los años peronistas, por los grupos trotskistas o de izquierda nacionalista. Ahora bien, para dar un sentido al término 'marginalidad' conviene volver sobre la situación política después de las elecciones de 1958. ¿Puede hablarse, en efecto, de marginalidad respecto a los partidos políticos en una sociedad donde el frente electoral vencedor estallaba en pedazos, donde los votos obe-

de cierre del debate... Nunca había pasado eso, el Partido Socialista había sido un partido bastante monolítico que expulsaba a los que intentaban comenzar a oponerse. (...) En esa época se acuña el lema de que todo socialismo es divisible por dos". Murmis, M., en Tocr, M. (coord.), *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*/I, op. cit., p. 38.

² Razones personales permitirían nombrar a no pocos de sus miembros; razones de seguridad, nunca inútiles en la Argentina, aconsejan no hacerlo.

dientes al líder exiliado eran a la vez proscriptos y decisivos, donde los militares vigilaban atentamente la situación, listos a retomar el poder —como lo hicieron—, donde los “factores de poder” —según el lenguaje de la época— tenían la última palabra? El dominio del sistema político institucional menguaba día a día y la intelectualidad activada no era, por consiguiente, mucho más marginal que los grandes partidos, impotentes ante fuerzas sociales actuando directamente en el seno del Estado, en una situación de democracia ‘imposible’. Los votos peronistas y la tutela militar marginaban tanto a los políticos como a los intelectuales en movimiento; siendo así, éstos pudieron considerarse actores a la manera de las otras fracciones en una sociedad sin mediaciones institucionales seguras.

Conviene ahora detenerse sobre la “cacofonía política” mencionada alguna vez por Juan Carlos Torre. Decíamos que Arturo Frondizi encarnó, súbitamente, la posibilidad de resolver todos los problemas al mismo tiempo: desarrollo, nacionalismo, integración popular. Quizás ese programa fuera ilusorio, pero es imposible afirmarlo; puede observarse, en cambio, la combinación insólita de sus principios en un discurso tendiente a explicar la veloz metamorfosis y las nuevas decisiones. La coherencia interna de los discursos integrantes de la cultura política argentina resultó seriamente afectada. El primer golpe al perfil progresista, asestado por el desenvolvimiento de la Revolución Libertadora, fue seguido por este segundo, que no solamente reintrodujo el desconcierto sino que instaló un principio durable e irreductible a la alteración de las relaciones tradicionales entre contenidos ideológicos: *la subversión de las relaciones entre los fines y los medios como nueva regla de producción de discursos e identidades*.

Una fracción de los intelectuales y de las izquierdas, por razones diversas, no había apoyado la candidatura de Frondizi, y escapó a estas contingencias en la medida precisa en que sus convicciones eran inalterables: no hubo traición sino el comportamiento lógico y esperable de un partido pequeño burgués al servicio de la oligarquía, la burguesía y el imperialismo. Pero esta fracción no era mayoritaria. En 1960, Juan C. Portantiero, instalado en el atalaya segura del Partido Comunista, evalúa la extensión de los grupos afectados:

El frondizismo (no sólo como fracción interna de la UCR sino sobre todo como estado de conciencia extendido en las capas medias) absorbió,

después de setiembre del 55, a vastos sectores de la neoizquierda, salvo a aquéllos ubicados definitivamente en una posición trotskista...

Y prosigue:

...así, subió al poder, el 1º de mayo de 1958, un sector importante de la neoizquierda. Su rendición incondicional, la nueva religión de los conversos en el gobierno, vino a comprobar otra vez que la neoizquierda de extracción y de contenido pequeño burgués no puede ya, en la Argentina, conducir la revolución democrática. (...) En el fondo de la neoizquierda posterior al desastre frondizista, se concentra una evidente desesperación por la burla de que fuera objeto...³

Pero para esta “neoizquierda” había más que “la desesperación frente a la *débâcle*”: se estaba produciendo una modificación sustancial en la representación de la sociedad y la política. En 1959 el desconcierto se expresaba, entre otras maneras, así:

...siendo —como es— evidente que el frondifrigerismo ha introducido toda una serie de esquemas teóricos de presentación novedosa y de apariencia revolucionaria e izquierdista, que hacen más complejo el cuadro y que obligan a un análisis cuidadoso a fin de poner en claro las cosas. Porque si hay algo que no se les puede desconocer es que han trastornado los planes de todo el mundo, que han desorientado terriblemente, piénsese como se quiera de sus teorías y prácticas. Admitida la existencia de este barullo, bueno es pensar y ejercitar los mejores modos de volverlo comprensible.⁴

De “casi todo el mundo”, en efecto: Scalabrini Ortiz decidía abandonar la dirección de *Qué*, para no verse obligado a combatir al gobierno y prestarse a las fuerzas de oposición de la derecha; en la universidad, Rolando García resumía: “Tiempos difíciles éstos. Nos han dejado sin slogans, sin lemas, sin gritos de guerra. (...) Ya no podemos hablar de ‘desarrollo’ sin deslindar posiciones con Frondizi y con Kennedy”, y hasta en el periódico católico *Presencia* se lee: “No queremos atacarlo porque no queremos hacerle el juego a los gorilas. No queremos defenderlo porque no lo merece en lo más mínimo. Ante el gran fraude nacional que ha perpetrado, preferimos callar”.

³ Portantiero, J. C., “Algunas variantes de la neoizquierda argentina”, en *¿Qué es la izquierda?*, op. cit., pp. 68-69.

⁴ Strasser, C., op. cit., p. 20.

Entre los "esquemas teóricos de presentación novedosa" figuraba en buen lugar la senda aconsejada para llegar a poseer la trilogía sagrada: industria pesada, altos horno, energía. ¿El apoyo buscado en los medios de negocios, y especialmente entre los inversores extranjeros, podía justificarse como parte de una estrategia orientada a un crecimiento autónomo? ¿Qué debe creerse cuando se preconiza que es necesario acentuar los lazos de dependencia de manera de garantizar la independencia futura? Porque, a diferencia de otros, Frondizi pretendía, precisamente, jugar con las contradicciones internas del imperialismo. La cuestión se hacía aún más espinosa cuanto todo esto se refería al tótem del nacionalismo argentino, el petróleo, que Frondizi mismo había contribuido a erigir. Los nacionalistas y las nuevas corrientes de la izquierda aprobaban las críticas —la revista *Qué* las hacía públicas— dirigidas a la potencia británica, pero les resultaba más arduo aceptar la tesis según la cual era necesario abandonar un imperialismo decadente para asociarse al dinámico capitalismo americano.⁵

No por azar dos metáforas recorren los escritos de la época —aun en la gran prensa—: Maquiavelo y Lenin. Es decir, un político intelectual reteniendo para sí las claves últimas de sus movimientos, haciendo imposible conocer su verdadero sentido. Puesto que todo lo que había dicho se volvía lo contrario, este contrario podía ocultar la persistencia de las intenciones primeras. Las manifestaciones iniciales del desconcierto representaban, en realidad, el esfuerzo por preservar intactas las configuraciones ideológicas tradicionales al precio de alterar la concepción de la acción

⁵ Hay que recordar que en esos años no era excepcional encontrar, en las corrientes de izquierda, el convencimiento acerca de la crisis del capitalismo, frente a un socialismo en expansión. Ismael Viñas recuerda una "historia metafórica" de la época: "Un contrato con el imperialismo a veinte años, dicen, es el casamiento entre una chica de quince y un viejo de ochenta. Al cabo de unos años o se muere el viejo o tiene que tolerar un par de cuernos".

El mismo Scalabrini Ortiz consideraba que podía intentarse negociar con el imperialismo "siempre y cuando no se roce siquiera la integridad de nuestra soberanía (...) no creo que Frondizi pueda desfigurar su enfoque sobre el petróleo hasta el punto de hacerlo incurrir en una negación de su propia vida"; y cree, por otra parte, que "*Estados Unidos no es aún nuestro principal enemigo y sus capitales servirán para terminar con la preponderancia británica*". Cit. por Galasso, N., *Scalabrini Ortiz*, op. cit., p. 74 (subrayado nuestro).

política. Las políticas presidenciales exasperaban el ejercicio, siempre desgastante, del realismo político como práctica imaginaria y, en un universo de lenguaje común a intelectuales nacionalistas, izquierdistas o progresistas, el presidente y su consejero movían las mismas piezas ideológicas, amenazando al fin de cuentas más la relación entre principios y prácticas —las prioridades o relaciones de causa a efecto—, que los ejes doctrinarios.

La consecuencia es una "cierta pérdida de la inocencia":⁶

...en todo caso si una actitud nueva frente a lealtades políticas, cuyo sentido se descubre condicionado a ciertos datos de la realidad, no porque se hayan leído persuasivas descripciones de esa relación condicionante, si porque los cambios mismos de esa realidad se encargan de poner de relieve hasta qué punto son suficientes para tornar anticuados los sistemas ideológicos a los que solamente podemos ofrecer nuestra devoción. De allí un relativismo político, que puede ir desde las más autodestructoras búsquedas de una implacable lucidez hasta la mera pérdida de la vergüenza. El surgimiento de una actitud nueva...

Tal como lo manifiestan otros intelectuales, el realismo pretende legitimar, en nombre de la primacía de los hechos, combinaciones inéditas, subversivas de los conjuntos precedentes:

Sobre las situaciones de hecho proyectan una ilegibilidad de derecho: el imperialismo es negativo, pero a través de lo negativo alcanzaremos lo positivo; la enseñanza religiosa es negativa, pero a través de lo negativo alcanzaremos lo positivo (...) Este embrutecimiento de la significación de la realidad, esta defraudación al sentido de la situación, esta ilegibilidad de la historia y esta desconfianza fundamental en los hombres constituye el eje de toda política burguesa que pretende negar su propia orientación.⁷

Quienes defienden las nuevas opciones, especialmente desde el ala 'ortodoxa' de la UCRI, no pueden sino depositar su confianza en un hombre a quien piensan obligado a servirse de la astucia, arma política por excelencia para defender principios frente a una realidad tercamente adversa. Ahora bien, esta astucia implicaba *trastocar la estructura del discurso político: valores*

⁶ Escribe, en 1960, Halperin Donghi, a propósito de la campaña anticomunista lanzada por el gobierno, en *Argentina en el callejón*, Montevideo, Arca/Montevideo, 1964, pp. 102-103.

⁷ Rozitchner, L., 1959, op. cit., p. 5.

que habían sido fines devienen medios en las nuevas estrategias. De esto hablan tanto la "pérdida de la inocencia" del nuevo "relativismo político" como el "barullo (...) que ha desorientado terriblemente"; la pérdida de los "slogans", "lemas" y "gritos de guerra" como "el embrutecimiento de la significación de la realidad".

Para transformarlos en instrumento, los hasta entonces objetivos constitutivos de la identidad progresista debían ser despojados de su valor de creencia, sustraídos al conjunto ideológico que les otorgaba sentido e insertados en otras cadenas simbólicas. Por esta operación su estatus significativo, desarraigado, quedaba virtualmente libre para ser absorbido en otras combinatorias, al tiempo que se alteraban las reglas de producción ideológica. Procedimientos análogos de transformación de valores en medios estratégicos y de atribución a las estrategias de virtudes intrínsecas pasarán a ser métodos legítimos de relación entre ideas y comportamientos a medida que avance la década del '60. En el tránsito, cada vez más difícil, de la ideología a las opciones políticas, gran parte de la intelectualidad apeló, para resolver sus ambivalencias, a la misma astucia frondizista, modificando más que libremente la naturaleza de los medios y de los fines.

A partir de esos años, de crisis política permanente, toman cuerpo dos cuestiones que habían sido objeto de iniciativas minoritarias: la cuestión obrera y la cuestión nacional. Confluían allí la nueva relación entre marxismo y nacionalismo con el esfuerzo de los intelectuales por encontrar un lugar *vis à vis* del pueblo, lugar que habían creído alcanzar en febrero de 1958. Y, nuevamente, el peronismo ocupa un lugar singular. *Los intelectuales de oposición no están contra él pero tampoco están por él: se definen contra quienes proscriben políticamente a las clases populares.* Dejan de esta manera en suspenso los problemas planteados por la identidad política de esas clases populares. *Pero lo que queda 'en suspenso' es, en verdad, algo muy diferente y más grave: la identidad misma de esos intelectuales.*

2. LA CUESTION OBRERA

Interpretaciones posteriores permitieron poner en claro uno u otro aspecto del apoyo popular al peronismo, pero no podían responder, ni era su intención hacerlo, a los interrogantes más ingenuos: la persistencia de la obediencia del voto popular a las

indicaciones de Perón ¿manifestaba el deseo de volver al régimen depuesto o del retorno del general? ¿eran la continuidad de las lealtades anteriores o la respuesta a una política antipopular, soldando, en los hechos, identidad de clase e identidad política? No se trata, naturalmente, de intentar aquí una respuesta, pero sí de servirnos de esas preguntas para examinar cómo interpretaron la situación intelectuales que, progresistas o de izquierda, habían pasado a declarar credos abiertamente marxistas. Puesto que su identidad ideológica descansaba en la solidaridad con la clase obrera, las interpretaciones definían simultáneamente su propia ubicación en tanto intelectuales.

Este examen, que no puede pasar por alto la coyuntura política, nos devuelve al fenómeno frondizista: Frondizi tuvo el mérito de poner en evidencia que el voto peronista era decisivo en la vida política argentina, pero los medios utilizados para conquistarlo introdujeron una ambigüedad: el programa del 23 de febrero se presentaba como "nacional y popular" y el candidato se comprometía a devolver los sindicatos a los trabajadores, pero, simultánea y secretamente, había un pacto firmado con Perón. Esta ambigüedad entre lo privado y lo público, entre lo explícito y lo secreto, jugará un papel capital, más tarde, en la representación de las políticas posibles tal como será construida por las clases medias progresistas y los intelectuales críticos.

Sería naturalmente azaroso cifrar los votos peronistas atraídos directamente por la convocatoria del candidato de la UCR o por su programa. Todo lleva a pensar que no eran suficientes, y que lo mismo creyó el Dr. Frondizi. El pacto debía ser "mantenido en reserva y podría ser divulgado posteriormente de común acuerdo, salvo en caso de no cumplimiento por una de las dos partes". A cambio de los compromisos asumidos por Frondizi,⁸ el general Perón declaró a representantes de *France Press* que se debía "votar contra Balbin, que representa el continuismo; no votar en blanco, ni a los conservadores o reaccionarios, ni a los neoperonistas, porque no pertenecen al movimiento peronista"... dejando naturalmente a sus partidarios la libertad de elec-

⁸ Revisión de la política económica seguida, caducidad de todas las medidas de persecución política, restitución de los bienes a Perón y a su movimiento, normalización sindical en un plazo de 120 días, convocatoria, en un plazo no mayor de dos años, a una Asamblea Constituyente y a elecciones generales sin proscripción del Partido Peronista.

ción.⁹ Hubo sin duda 'emisarios' del líder exiliado transmitiendo consignas contradictorias y se contaban, entre los 800.000 votos en blanco, tanto quienes obedecían a la disidencia santafesina del Comando Nacional como peronistas desconcertados. Pero no existe razón alguna —las cifras electorales comparativas son elocuentes— para retirar a las órdenes de Perón la eficacia que siempre tuvieron. Los intelectuales de oposición —y no fueron sin duda los únicos—, no se notificaron, sin embargo, de la existencia de esas órdenes, a pesar de que circulaban profusamente por los canales internos del movimiento proscrito y cubrían más de una pared de las ciudades argentinas. La victoria electoral pudo, en esas condiciones, ser considerada resultado de una espontánea adhesión popular, reorientación de quienes habían adherido o adherían al peronismo pero estaban disponibles debido a la desintegración del movimiento, o, aun, producto de iniciativas sindicales. La ambigüedad instaurada por la existencia de un *programa público* y un *pacto secreto* permitió que el apoyo peronista fuera vivido como la manifestación de un arbitrio popular autónomo, movido por el entusiasmo, para unos, obligado a elegir el mal menor, para otros. Estas interpretaciones eran compartidas, con matices diferentes, por los intelectuales en la oposición y por el antiperonismo gubernamental, que aceptaba a regañadientes la canalización a través de la UCR del peso electoral del peronismo. En junio de 1959, sin embargo, cuando el general Perón consideró oportuno hacer público el pacto, las fuerzas armadas, conmovidas y escandalizadas, encontraron una nueva ocasión para provocar una crisis gubernamental y renovar las amenazas de golpe de Estado; la presencia material de un acuerdo electoral debidamente firmado revestía una doble significación: por una parte, mostraba al presidente de la Nación embarcado en tratativas con el Tirano Prófugo; por la otra, llevaba a reconocer que Perón era, todavía, un dirigente político argentino.

Ahora bien, el control de Perón sobre su electorado, *inadmisible* para el Ejército, era simple y sencillamente *ignorado* por la

intelectualidad de izquierda, y no sólo por ella; se trata de la misma "puerilidad" recordada por Nicolás Babini:

Es un hecho incontestable que Perón dio la orden de votar por Frondizi, realidad palpable en vísperas de las elecciones, ya que se discutía todos los días en la misma UCR. Resulta pueril explicar el vuelco masivo de las huestes de Perón por coincidencias doctrinarias con el programa de Frondizi. En 1954, en plena campaña electoral de abril, yo solía decir que si Perón ordenaba votar por Yatasto, famoso caballo de carrera de esa época, lo íbamos a tener de vicepresidente.¹⁰

Pero si el antiperonismo en el poder podía creer —o querer creer— que el peronismo estaba cambiando, se esforzaba, por las dudas, en *borrar las huellas de Perón*. Nuestros intelectuales, en cambio, ni peronistas ni antiperonistas, pensaban la transformación del peronismo a partir del *escamoteo puro y simple del papel del general*. Como lo había previsto agudamente Mario Amadeo en 1956:

Hay finalmente otra izquierda, la izquierda antiliberal y marxista que del peronismo sólo desaprueba la persona del jefe y que ve en ese movimiento una forma, forma cruda y primitiva pero eficaz, de la lucha contra el imperialismo. Esta tendencia está dispuesta a sobrepasar a Perón en sus reformas sociales porque entiende que su defecto no es haber sido demasiado radical en sus procedimientos sino haberlo sido demasiado poco. Este sector, en el que llevan la voz cantante los comunistas de signo trotskista, proclama implícitamente la fórmula "Perón + X" y pretende apoderarse del proletariado vacante por la ausencia del "leader".

El antiperonismo consecuente pudo atravesar más de una década sin alterar sus posiciones, los intelectuales debieron consagrarse a la ardua tarea de elaborar acontecimientos que ponían de manifiesto que el 'fenómeno peronista' no había sufrido el mismo destino que el régimen.

En 1959 es todavía posible diagnosticar, como lo hace Silvio Frondizi, del MIR-Praxis: "...la única falla que puede indicarse es cierta falta, aún sufrida, de plena y lúcida conciencia de clase y de capacidad organizativa de lucha (...) Una de sus principales causas está dada por la inexistencia de una dirección consciente" a ser asumida por "un partido marxista revolucionario". Y el

⁹ Más explícito, el Comando Táctico Peronista hizo circular la siguiente *Orden para el Movimiento Peronista*: "Este mensaje debe ser llevado al conocimiento de todos los dirigentes sindicales, políticos y de la Resistencia, para que orienten a los peronistas en el sentido de votar por el Dr. Arturo Frondizi (...) Quienes no sigan estas disposiciones deben ser denunciados como traidores al Movimiento Peronista".

¹⁰ Babini, N., *op. cit.*, p. 203.

Partido Comunista no ha alterado sustancialmente su posición cuando afirma: "...esas masas continuaban siendo un eslabón básico de la vida nacional; el problema consiste en separarlas de tutelajes extraños a la clase obrera".¹¹ Es difícil encontrar, en este ámbito, quien vaya más allá del interrogante de Jorge Abelardo Ramos, empecinado promotor de un socialismo nacional revolucionario quien se plantea, sin dar respuesta, la pregunta siguiente: "En definitiva, la clase obrera, confrontada a la ausencia de línea política del peronismo, ¿emprenderá la tarea de formar un partido político? Y, en otro orden de ideas, ¿Perón es ya un personaje histórico o es todavía un 'caudillo'?" Indiscutiblemente, las circunstancias favorecían la idea de que había terminado el papel activo de Perón como organizador político de las clases populares. Recorriendo en su periplo de exiliado la constatación de las dictaduras latinoamericanas, antes de instalarse definitivamente en la España franquista, y rodeado de diversos emisarios, Perón emitía indicaciones confusas o contradictorias, adaptadas en apariencia a la evolución de las corrientes internas al peronismo en la Argentina. Se generó entonces, tanto en el movimiento peronista como en los círculos atentos a su evolución, una imagen que será durable y que tendrá, quince años después, consecuencias gravísimas: si se acepta que Perón es el líder, su liderazgo es considerado, al mismo tiempo, perfectamente maleable, puesto que sus decisiones tenderán siempre a confirmar las posiciones de las fracciones que se han impuesto en el interior del movimiento. El general, por su parte, no parece decir otra cosa cuando repite que su función es conservar la unidad de un movimiento heterogéneo, jugando para ello el rol del Santo Padre "...encargado de dar la bendición apostólica 'in urbe et orbi'. No puedo nunca decir que no debido a esta infalibilidad que, como todas las infalibilidades reside precisamente en no decir ni hacer nada, único medio de asegurarla".¹²

La dirección política del peronismo en la Argentina estaba, por otra parte, deshecha, y los cuadros históricos de la 'rama políti-

¹¹ Rodolfo Ghioldi, en Strasser, C., *op. cit.*, p. 60. Dos años más tarde de la línea del Partido no ha variado: "Nosotros nos esforzamos por ayudar a los obreros peronistas a encontrar en su clase y en su partido —el Partido Comunista— el camino de la emancipación social y nacional", escribe Ernesto Giúdice en *¿Qué es la izquierda?*, *op. cit.*, p. 41.

¹² Perón-Cooke, *Correspondencia*, Ed. Cultural Argentina, 1972, vol. I, p. 39.

ca' de un partido que no había jamás existido verdaderamente se mostraban incapaces de organizarse; emergieron dirigentes de un 'peronismo sin Perón', pero no llegaron, fuera de algunos neoperonismos provinciales, a conquistar un electorado propio. Los esfuerzos 'integracionistas' de Frondizi y Frigerio, dirigidos a captar dirigentes obreros, no alcanzarán más que victorias limitadas o efímeras. Por fin, y éste es un fenómeno decisivo, el sindicalismo se reorganizó rápidamente: las 62 Organizaciones peronistas se convertían, poco a poco, en actores cabales de las relaciones políticas de poder. Su influencia era sobre todo, como es sabido, la consecuencia de la proscripción electoral del movimiento, convirtiéndolos en gestores de votos y de huelgas.

Por parte de las izquierdas, la interpretación de los resultados de febrero era en mucho tributaria de la evaluación del peronismo anterior a 1955. Nadie, o casi nadie, ponía en duda que la adhesión obrera al peronismo había sido genuina y, aun, que seguía siéndolo. Pero el peronismo de las clases populares era visto como defensa nostálgica o como reacción frente a la política gubernamental.¹³ Durante el primer lustro posterior a la Revolución Libertadora los voceros de la intelectualidad de izquierda ignoraron sistemáticamente la adhesión actual y viviente de los peronistas a la persona de Perón, la eficacia de sus órdenes y el complejo sistema de sus representantes. Prueba de ello es que no se encontrarán reclamos vigorosos contra la proscripción del peronismo antes de las elecciones del '58¹⁴ y, al fin de cuentas, la potencia de dirección política de Perón no les resultaba menos "pornográfica" ¹⁵

¹³ "Porque si el peronismo en el poder no había sido la clase obrera en el poder, el peronismo proscripto, vaciado de sus edecanes, de sus frailes, de sus 'nacionalistas', era la clase obrera proscripta. Proscripta como clase, definida como clase en su proscripción, y sin otra real alternativa de lucha que la lucha de clases. El movimiento obrero había llegado, objetivamente, a su hora roja." Giussani, P., en *Situación*, núm. I, p. 29.

¹⁴ Y, aún en diciembre de 1960, el Partido Socialista Argentino rechaza "una crítica 'oportunist' de las proscripciones", ofreciéndose como la "única expresión legal del proletariado". Afirmando ser "el Partido Político de la clase obrera" decidieron ser su 'voz legal' esperando llegar a ser su 'voz real'.

¹⁵ El anuncio de la existencia de un pacto fue considerado "como si fuera un acto vergonzoso o pornográfico. De inmediato en todos los sectores se abrió un gigantesco debate alrededor del pacto, que obligó al General Solanas Pacheco a reafirmar la posición legalista del Ejército". Prieto, R., *El Pacto*, Buenos Aires, Ed. En Marcha, 1963, p. 178.

que al Ejército: dice en 1960 Pablo Giussani, dirigente del Partido Socialista Argentino, pergeñando la línea del nuevo partido,

Y si, como líder de los trabajadores, Perón en el poder era un hombre peligrosamente expuesto a ser determinado por la clase obrera en una política de temibles contornos revolucionarios, Perón en el exilio no era más, ni menos, que el Perón de siempre, el abortivo del movimiento obrero. (...) los personeros más avizores de la burguesía local se dieron a la meticulosa tarea de aderezar la figura de Perón. (...) ¹⁶

Reconocida ya la realidad política del peronismo, la intelectualidad marxista se lanzó a una segunda operación ideológica: *escotomizar el papel de Perón, separando al peronismo de su jefe*. Por consiguiente, la masa peronista se encuentra, vista por los intelectuales marxistas, *políticamente disponible*.

Los militares no lo entendían de esa manera y mantenían al peronismo proscrito; las elecciones de 1962 les darán la razón, y todas las posteriores, hasta 1983. Ni los intelectuales que más avanzaron en la reconsideración del rol jugado por el peronismo, ni aquellos que se sentían próximos al movimiento, contemplaron por un instante la posibilidad real de una restauración del peronismo. No deseaban el retorno de un régimen que había dejado incumplidas las tareas consideradas indispensables en un programa de transformación y, menos aún, el retorno del general, que no había todavía dado pruebas de un cambio de orientación.¹⁷ Firmes en la decisión de asociar su destino al de la clase obrera, verificaban la persistencia de la identidad peronista pero, al eliminar su objeto real, vaciaban las lealtades populares. Aunque impugnaban la proscripción del peronismo, esto es, la decapitación real efectuada por las fuerzas armadas, procedían a una operación análoga a través de su discurso: Perón no era ni podría ser jefe del peronismo.

¹⁶ En "El Socialismo: Alternativa Nacional", *Situación*, núm. 1. Buenos Aires, marzo de 1960, p. 30.

¹⁷ El jefe de corresponsales de Prensa Latina en la Argentina, L. E. González O'Donnell, evalúa: "Juan Perón, el militar que pudo mantener durante más de diez años una dictadura popular en la Argentina parece ahora estar girando rápida pero silenciosamente hacia la derecha. Aunque la verdadera posición ideológica de Perón fue siempre un enigma, muchos de sus allegados creían que la adversidad y el destierro servirán para transformar al ex dictador en un líder izquierdista más o menos frenético". *Tarea*, año 1, núm. 6, 16 de noviembre de 1959, p. 2.

Comenzó a partir de allí el esfuerzo por ocupar el lugar de esa cabeza imaginariamente ausente, lugar que sus lecturas de la sociedad argentina parecían reservarles.

En realidad, la situación argentina podía ser interpretada con optimismo por las izquierdas; a la realidad de unas masas populares resistiendo, acorazadas en su identidad peronista, se agregaba otra, ideológica, cuyo estatus de realidad no le iba en zaga: esas masas estaban dotadas de una voluntad revolucionaria. Se recortaba también con nitidez la única pieza faltante: el "partido marxista revolucionario" de Silvio Frondizi, el Partido Socialista Argentino —"el Partido Político de la clase obrera"—, el previsto por Ramos: "ha emergido un programa para todos los argentinos y latinoamericanos, popular, proletario y socialista. Bajo su influencia surgirá el gran partido de la juventud y de los trabajadores" o el frente nacional y popular impulsado por Ismael Viñas, dirigente ahora del MLN (Movimiento de Liberación Nacional).¹⁸ Hay entonces una cierta euforia ante ese panorama; contrasta con la apesadumbrada conclusión de Silvio Frondizi, en 1946, pero comparte en todo sus presupuestos:

El resultado inmediato fue la ruptura entre las fuerzas peronistas y las izquierdas, hecho que produjo dos graves males (...) Piénsese en todo lo que se hubiera podido realizar con un entendimiento entre las fuerzas revolucionarias y los núcleos progresistas. *Es decir, si las primeras se hubieran puesto al servicio de los segundos.* (...) No se puede pensar sin profunda pena en esta oportunidad perdida.¹⁹

La "oportunidad perdida" vuelve a presentarse, de acuerdo a un balance de la situación, veinte años más tarde:

Pues ¿podríamos negar el papel esencial que juega el peronismo en la homogeneización "clasista" del proletariado argentino, entendida como un proceso "objetivo" que se ha cumplido históricamente? ¿Podríamos cerrar los ojos a esta realidad que nos ofrece la dinámica política argentina de una identificación casi absoluta entre proletariado industrial e ideología peronista (...) que muestra una solidez incommovible y una resistencia considerable a los intentos políticos

¹⁸ A través, entre otras, de sus contribuciones en *El Popular*: "168 horas. Traducen de 20 a 22", núm. 1, 14 de septiembre de 1959; "168 horas", núm. 3, 28 de septiembre de 1960; "Del Congo al Río de la Plata", núm. 4, octubre de 1960.

¹⁹ Frondizi, S., *La crisis política argentina*, Buenos Aires, s/l, 1946, pp. 22-23. (Subrayado nuestro.)

de integración encarados por las clases dominantes argentinas? Es preciso reconocer que *es esta resistencia la que crea un amplio campo a una política de izquierda en el país.*²⁰

Durante los años posteriores a la decepción frondizista, buena parte de la intelectualidad de oposición que había perdido un lugar, real o vicario, en la dirección del país, lee con lentes marxistas la situación argentina. Y ese "amplio campo" que la tenaz lealtad peronista crearía a una política de izquierda conlleva una nueva ubicación a quienes su *saber del marxismo* les confiere las claves de la conciencia obrera.

Nadie niega la importancia de un Partido Obrero que exprese, en los hechos, la conciencia revolucionaria de la masa; pero —y éste es el nódulo de la realidad argentina— ahora y aquí, esa conciencia todavía no existe. (...) *Crear en la masa una verdadera conciencia de clases: ésta es, en principio la tarea común a todo intelectual revolucionario. No asustarse de la palabra "intelectual". Viene de inteligencia. (...) Debemos comprender esto para comprender cuál es la razón de ser de los intelectuales en un proceso revolucionario.*²¹

Cuando los intelectuales concluyen que Perón ha dejado de existir políticamente están construyendo un peronismo ciego, cuyo único y absorbente objetivo consiste en afirmar, defensivamente, su especificidad política: a este peronismo sólo le queda entrar en lenta disolución. Y, puesto que de clase obrera se trata, el punto de llegada está garantizado por la Teoría: a los intelectuales de oposición sólo les queda organizarse, esperando a estas clases populares consideradas, de hecho, políticamente disponibles. Las vicisitudes de los intelectuales de oposición provendrán de algo evidente para nuestra mirada retrospectiva: *eran ellos quienes estaban políticamente disponibles, no las clases populares.*

3. LA UNIFICACION IDEOLOGICA DEL CAMPO CULTURAL

Una y otra vez, después de 1955, medidas gubernamentales habían contribuido a forjar la unificación imaginaria de los in-

²⁰ Aricó, J., "La condición obrera. Algunas consideraciones preliminares sobre la condición obrera", *Pasado y Presente*, año III, núm. 9, abril-septiembre de 1965, p. 54. (Subrayado nuestro.)

²¹ Castillo, A., *op. cit.*, p. 10. (Subrayado nuestro.)

telectuales progresistas con el pueblo, ofreciéndoles un adversario común. Los años terminales de Frondizi no fueron una excepción. Después de una corta tregua política entre gobierno y sindicatos —como consecuencia de los acuerdos electorales y de las tentativas 'integracionistas' del equipo presidencial—, en enero de 1959 estallan huelgas en los sectores de la carne y del petróleo, severamente reprimidas. Sigue una ola de atentados y uno de los años más ricos en conflictos laborales de la historia argentina. El gobierno promulgó, en marzo de 1960, el Plan CONINTES (Conmoción Interna del Estado) en virtud del cual más de 3.000 militantes (en su mayor parte peronistas) fueron detenidos y, por centenas, confinados en el sur del país. El vuelco al marxismo-leninismo de la Revolución Cubana parecía justificar la urgencia de una "Ley de Defensa de la Democracia", en nombre de la cual se pudo clasificar y perseguir a diferentes categorías de comunistas ("criptocomunistas", "filocomunistas", etc.), prohibir publicaciones²² y clausurar imprentas; el Comisario Margaride se consagró a moralizar la ciudad, tomando como blanco los hoteles alojamiento, bares y salas de baile, mientras De la Riestra tuvo potestad para decidir en materia artística: cine, teatro o literatura. Los intelectuales no tuvieron, en esas condiciones, ninguna dificultad para considerar que el país estaba dividido en dos y verse a sí mismos del lado del pueblo:

La proyectada Ley de Defensa de la Democracia une hoy, en idéntico repudio, por encima de cualquier ideología, a todo hombre honesto que aún tenga capacidad de indignación o vergüenza. Los obreros, a través de su legítimo y reconocido medio de expresión; los estudiantes a través de sus organizaciones federativas; los profesores por medio del Consejo Universitario; los intelectuales, representados por la Sociedad Argentina de Escritores, en asamblea de la que participaron ambas listas; los partidos políticos.²³

Fueron años de oposición pero también de aplazamiento de la resolución de la 'cuestión obrera': la política gubernamental y

²² Estaba fresco todavía el recuerdo del secuestro y proceso a la revista *Centro*, a raíz de un cuento de Carlos Correas sobre un homosexual; ahora se había procedido al secuestro de *La Razón* y a la clausura de la Editorial e Imprenta Stilcograf, afectando así a *El Grillo de Papel*, *Gaceta Literaria* y *Atrón*.

²³ *El Escarabajo de Oro*, año I, núm. 3, septiembre-octubre de 1961, p. 18.

las intervenciones de las fuerzas armadas parecían unir peronistas e intelectuales, golpeando a unos y otros, en una unidad ante todo negativa. Las disposiciones gubernamentales sobre las elecciones proporcionarán a la intelectualidad y, más en general, a capas medias progresistas, la oportunidad de confirmar esta supuesta comunidad. En efecto, el levantamiento de la proscripción al peronismo no formó parte de los compromisos cumplidos por el presidente, salvo en 1962, y eso le costó el puesto; el peronismo y, con él, la mayor parte de la izquierda y de la intelectualidad de oposición votó en blanco. La consigna había reunido casi 25% de los sufragios en 1957, 9,5% en la elección de Frondizi y, nuevamente, más del 25% en las elecciones parciales de 1960, con los candidatos peronistas marginados. El voto en blanco vuelve, ahora, a caer a 3,8%, cuando la Unión Popular (peronista) es admitida y triunfa en varias circunscripciones.²⁴

Incontestablemente el voto peronista se expresaba a través del voto en blanco cuando sus candidatos estaban proscriptos. Pero no lo es tanto que los votos en blanco provinieran exclusivamente de electores peronistas; en las condiciones de democracia restringida, es decir las de la mayor parte de las elecciones posteriores a 1955, manifestaban, también, la oposición al gobierno de electores no peronistas. Entre ellos, una buena parte de nuestros intelectuales. La proscripción del peronismo y la ilegalidad del Partido Comunista, sin mencionar las medidas de persecución política, introducían un fraude evidente en la frágil democracia argentina y parecían justificar el desprecio hacia toda democracia 'formal' que se extendía en el espacio ideológico de las izquierdas desde principios de la década. En la Argentina, ese desprecio adquirió características específicas dictadas por la naturaleza de la crisis política, en la medida en que tales consultas electorales legitimaban, sin mayor dificultad, no sólo el voto en blanco sino el carácter militante de ese voto. Pero se en-

²⁴ Recordemos lo sabido: la tendencia continúa con más de 20% en ocasión de las elecciones presidenciales de 1963, con el peronismo proscripto y 0,9% en la elección parcial de 1965, dado que el presidente Illia había respetado su promesa de un sufragio libre y democrático. Las cifras provienen de Cantón, D., *Elecciones y partidos políticos en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973, así como los datos sobre dirigentes políticos en 1890, 1916 y 1946 que, por una imperdonable omisión, hemos utilizado sin citarlo hace ya varios años.

treveraban también, por así decirlo, las opciones políticas, debido a la irremediable ambigüedad del voto en blanco: la expresión de condena al gobierno fundía, sin mayores precisiones, a peronistas y no peronistas, comunistas y no comunistas. En una coyuntura donde el peronismo no disponía de una conducción política coherente y donde los partidos de oposición no llegaban a atraer al electorado peronista, la intelectualidad encontró en el voto en blanco la expresión *de un rechazo que dejaba 'en blanco', precisamente, cualquier decisión política positiva*. Situación finalmente confortable, no para los peronistas indudablemente, sino para quienes buscaban a través de una identidad con el pueblo su propia identidad. Era una unificación negativa crucial en más de un sentido:

Es necesario demostrar que el movimiento está intacto, concentrado, que es amplia mayoría (...) que, por el contrario, *su base política se ha ensanchado con el aporte de hombres que —a pesar de estar ligados por su relación material y/o emocional al pueblo— permanecieron históricamente equivocados hasta 1955*, fecha en la cual, gracias a la contrarrevolución, comprendieron su trágico error y retomaron sus puestos en el proceso de la Liberación Nacional.²⁵

Este comportamiento electoral: no elegir pero participar en el sufragio, correspondía perfectamente a la 'identidad en suspenso' de los intelectuales, ni peronistas ni antiperonistas. No aportaban su apoyo a Perón o a un dirigente político peronista, sino que *hacían lo mismo* que los obreros peronistas y *mezclaban sus votos con los de las clases populares: "votar en blanco es un deber, que diferencia al pueblo de sus enemigos"*.²⁶ Por más de un camino, entonces, el gobierno proporcionaba un lazo negativo a quienes no conseguían encontrar el lazo positivo con las masas peronistas. Razones diferentes llevaban tanto a las clases dirigentes como a los intelectuales a rehusar al general Perón la dirección política del peronismo. Las primeras por el sincero horror que les producía el régimen depuesto, los segundos por la convicción acerca del papel contrarrevolucionario del exiliado. Para la intelectualidad la disociación entre Perón y el peronismo era ideológicamente rentable, al tiempo que las ambivalencias de

²⁵ Strasser, C., en vísperas de las elecciones parciales de 1961, *Voz Popular*, 27 de enero de 1961. (Subrayado nuestro.)

²⁶ *Voz Popular*, loc. cit.

su identidad eran alimentadas, *de hecho*, por las proscripciones dictadas por las fuerzas armadas.

Los términos constitutivos de esa ambivalencia no habían experimentado, en realidad, cambios apreciables. Pero, en *Contorno* los interrogantes se desplegaban en un terreno que comprendía un arco extenso de las alternativas ideológicas en la Argentina. En 1960 el marxismo comienza a convertirse en la *lingua franca* de anchas franjas de la intelectualidad progresista que, a poco, comunican con quienes, como Ramos o Puiggrós, venían proclamando la posibilidad de unificar revolucionariamente marxismo y nacionalismo. Al mismo tiempo el país entra en esa aceleración del tiempo histórico de los *sixties*, ampliando el foco de mirada tanto cultural como política. Ese cambio de angular, que va a incluir tanto las experiencias del Living Theater como a Patrice Lumumba, tenía sin embargo, como contraparte, un progresivo estrechamiento ideológico de los debates: la nueva generación se embarcó, tanto en lo cultural como en lo político, en una sofisticada exacerbación de los matices que separaban a marxistas de marxistas, expulsando de su área visual muchas de las controversias contemporáneas del nacionalismo o del cristianismo. En poco tiempo lo que habían sido preocupaciones de un estrato limitado de intelectuales pasaron a ser certidumbres en un espacio cultural ampliado, y sus conflictos suministraron lemas a la juventud movilizada y a fracciones importantes de las capas educadas. Todo esto no es, sin duda, exclusivamente argentino, pero la articulación de la expansión de los '60 con el deseo de los intelectuales de encontrar su lugar junto a un pueblo peronista tuvo, en cambio, un sentido y consecuencias específicas.

Los *sixties* habían comenzado bastante puntualmente en la Argentina. Recordemos lo dicho: durante los primeros años posperonistas las controversias sobre la sociedad o sobre las orientaciones artísticas carecían de mayor resonancia pública. Se mantenía, poco más o menos, el anterior, despacioso ritmo. Si en 1955 la modernización se manifestó en la universidad y en la proliferación de instituciones estatales de promoción cultural y técnica, hasta 1958 no se había producido una activación análoga en la industria editorial privada o en las revistas literarias; en los periódicos políticos o en las exposiciones de pintura. El teatro mantenía, en lo esencial, la forma adquirida durante el peronismo. Hubo naturalmente cambios, pero no alcanzaron para que los intelectuales vieran en ellos los signos de

una mutación cultural: vieron, sobre todo, síntomas de crisis. Después de ese momento de desaliento, la movilización política alrededor de Frondizi, la modernización económica y el horizonte abierto por la Revolución Cubana modificaron radicalmente el clima moral de las clases medias. La aparición de *Primera Plana* es un cómodo, y probablemente no totalmente equivocado, mojón para fechar, en 1962, la instalación de los 'nuevos tiempos' en el espacio cultural argentino. *Primera Plana* y, luego, *Confirmado*, inauguraron una época en los medios de comunicación de masas en la Argentina; inventaron un estilo de comunicar noticias políticas creando una lectura y una relación con la política diferentes: un *ersatz* de presencia en los pasillos del poder. Las secciones culturales, dotadas de considerable autonomía de redacción, fueron una de las correas de transmisión más importantes de los cambios culturales en Europa o en los Estados Unidos y se hicieron, al mismo tiempo, el eco de las innovaciones locales. En sus páginas, una nota, un comentario, una entrevista, atestaban y, simultáneamente, producían valor cultural para un mercado de clases medias cultivadas que la revista contribuía a dilatar.

A la existencia bastante marginal de publicaciones de vanguardia y de puentes con la producción de las metrópolis culturales le sigue una ampliación inédita de semanarios, debates, publicaciones, acontecimientos artísticos, editoriales; una acelerada actualización intelectual de la mano con una también inédita apertura al mundo exterior.²⁷ No es necesario recordar aquí la ola de 'tercer mundismo': el Congo, Bolivia, Egipto, Indonesia, Argelia, ocuparon un sitio de honor en las publicaciones intelectuales. El progresismo argentino no había estado nunca cerrado al exterior pero, antes de 1960, su interés era atraído particularmente por episodios ligados a la dominación norteamericana en América Latina. Ahora, en cambio, están atentos a movimientos nacionalistas o revolucionarios en países del planeta que habían sido, hasta esos tiempos, prácticamente desconocidos para los argentinos.

La intelectualidad de oposición que se iba gestando contem-

²⁷ *El Grillo de Papel*, anotando la calidad de los suplementos culturales de *Crítica*, *La Gaceta Tucumana*, la aparición de *Che*, la presencia en la televisión del "Grupo de los Diez" o el vigor de EUDEBA, titula entonces: "Algo pasa: ¿Estaremos volviéndonos cultos?"

poráneamente a las mutaciones culturales no las recibió, lejos de ello, de manera unánimemente favorable. No faltaron los rechazos, desde las críticas a la televisión naciente hasta las reacciones frente a los cambios de costumbres de una clase media beneficiaria de la transitoria expansión de una economía modernizada. Partiendo de registros diferentes, Landrú y Jaurétche echaban una ácida mirada sobre las nuevas aspiraciones de ubicación social de las clases medias y sobre las nuevas formas de consumo, desde posiciones de saber autorizando la distinción entre lo verdaderamente noble y lo adventicio. El Partido Comunista y algunos grupos de izquierda —no, por cierto, el MLN— prohibían el psicoanálisis a sus militantes, como lo apunta Marie Langer, un psicoanálisis encerrado aún en su tradicional “agorafobia ideológica”.²⁸ El *Popular* dejaba pasar en sus columnas un virulento artículo contra la homosexualidad supuestamente dominante en el teatro y, más tarde, Adolfo Prieto lo rememora, grupos de intelectuales se comprometían colectivamente, sin éxito por supuesto, a no comprar *Primera Plana*; aún a fines de los '60, las experiencias de la ‘manzana loca’ del Di Tella, subversivas a los ojos de la policía, fueron ignoradas o despreciadas por buen número de intelectuales marxistas. La mezcla de apoliticismo y de innovación característica del ‘Di Tella de Florida’ escandalizaba a intelectuales ocupados en arreglar cuentas con el pasado y en busca de su identidad política. El propio Agosti, aunque no representativo de ellos, sí representativo del Partido Comunista, denostaba a sus competidores en el uso del marxismo, llevando al paroxismo la reacción frente a las novedades:

Una parte del neomarxismo se alimenta de una sopa ecléctica: un marxismo mezclado de psicoanálisis o un marxismo mezclado con ese pragmatismo sociológico reforzado por los aportes generosos de la Fundación Ford.²⁹

Por su parte, fervorosos partidarios de la obra comprometida podían formular, gracias a la mucho más larga historia de la tensión entre cultura y política en las expresiones artísticas,

²⁸ Langer, M, con Jaime del Palacio y Enrique Guinsberg, *Memoria, historia, y diálogo psicoanalítico*, Buenos Aires, Folios Ediciones, 1981, pp. 95 y 97.

²⁹ “La ‘crisis del marxismo’”, *¿Qué es la izquierda?*, op. cit., p. 57.

reproches a los ‘estetizantes’, en todo análogos a los de ‘científicistas’, que se manifestarán con plenitud poco después. Pero la izquierda había dejado de estar unánimemente trabajada por la noción de la obra comprometida. La cuestión del muralismo mexicano, significativa en esa época, proporciona un ejemplo. El *Grupo Espartaco* (dirigido por Ricardo Carpani) publicó³⁰ un manifiesto *Por un arte revolucionario* que terminaba afirmando:

El arte revolucionario latinoamericano debe surgir, en síntesis, como expresión monumental y pública. El pueblo que lo nutre deberá verlo en su vida cotidiana. De la pintura de caballete, como lujoso vicio solitario, hay que pasar resueltamente al arte de masas, es decir, al arte.

Luis Felipe Noé, en cambio, señalaba, en una entrevista, que “sus fallas principales fueron un dogmatismo temático limitativo de la libertad de expresión, necesaria para el aporte de una voz nueva”.³¹ *Nueva Expresión* en 1959,³² *Hoy en la Cultura*, en 1961, aunque efímeramente, son ejemplos de esta nueva actitud:

No nos uné un credo o una concepción estética determinados, sino una coincidencia de actitud y sensibilidad ante los problemas que, en estrecha relación con los factores políticos, plantea casi a diario la política de la cultura. (...) el repudio al proyecto de la mal llamada “ley de defensa de la democracia”, el sostén del laicismo y la enseñanza estatal, la salvaguardia de la libertad de expresión y la adhesión apasionada a la Revolución Cubana.³³

³⁰ *Política*, en abril de 1961. El caso de Carpani es, con todo, extremo; pero ya los escritos del nacionalismo de izquierda comenzaban a ejercer su influencia. Raúl Mogliani toma de Hernández Arregui la definición del arte: “no se puede concebir exclusivamente como una forma autónoma y exquisita del espíritu, pues el arte no está en el tras mundo sino en la cabeza histórica de los hombres”. En “Teatro, contenido y significación”, *Síntesis*, núm. 1, noviembre-diciembre de 1961.

³¹ *Hoy en la Cultura*, noviembre de 1961.

³² La revista, fundada en 1959 por Roberto Cossa, Juan Gelman, Roberto Hosne, J. C. Portantiero y Andrés Rivera durará poco, dos números.

³³ “Esto queremos”, *Hoy en la cultura*, núm. 1, noviembre de 1961. La revista fue dirigida inicialmente por Pedro Orgambide, Raúl Larra y David Viñas.

Lo político está, naturalmente, presente pero como santo y seña de una *comunidad*, como *signo de reconocimiento público de los artistas y no como criterio clasificatorio de las obras*. Hacia 1960 comienza esta primera fase de la modernización cultural, que conviene distinguir de la segunda, posterior al Cordobazo, caracterizada por el predominio del *'todo es política'*. Estrictamente hablando, esta primera fase de expansión del espacio cultural de los años '60 no estuvo dominada por la idea de la *obra comprometida* o sea por la impugnación, desde la ideología, de principios culturalmente centrados. Las transformaciones esbozadas a comienzos de la década manifestaban, en realidad, las mismas modalidades descriptas a propósito de la élite universitaria: la *escisión entre comportamientos en el campo cultural y opciones en el plano político*. La disyunción entre cultura y política tuvo como resultado el predominio de un perfil: un intelectual comprometido políticamente (denominación que en la acepción sartreana, en cambio, exigía, como se sabe, el compromiso de la obra), e insertado, simultáneamente, en un sistema de criterios culturales específicos, sistema que no reenviaba directamente al terreno ideológico-político. Cobra importancia en ese contexto la figura del militante cultural, cuya actividad típica en esos años era la publicación de revistas. Ese perfil fue a menudo explicitado, obligado a aflorar en las continuas querellas con partidarios de versiones más clásicas del realismo socialista o sus variantes³⁴ que, por supuesto, seguían presentes en la escena cultural; y no faltaron en las discusiones referencias legitimadoras provenientes de las polémicas sobre la existencia de una estética marxista que tenían lugar en las metrópolis culturales.

La separación entre prácticas culturales y prácticas políticas es una constante del período —la reconocida separación entre las páginas políticas y las culturales de *Primera Plana* no fue tampoco un fenómeno sin consecuencias—: se verifica tanto en las posiciones de los nuevos sociólogos críticos como en la convergencia de las vanguardias, estética y política, simbolizada por la publicación de *Rayuela* en 1963, (y el arco descripto por Cortázar desde *Rayuela* hasta el *Libro de Manuel* resume adecuadamente el pasaje

³⁴ Cfr. entre otras las notas de Pedro Orgambide y Juan José Sebreli a propósito del libro de Juan Carlos Portantiero *Realismo y realidad en la narrativa argentina*, en *El Escarabajo de Oro*, año 2, núm. 4, pp. 12, 13 y 32, o la de F. J. Herrera, "Resultados y no intenciones", en *Hoy en la Cultura*, núm. 1, noviembre de 1961.

del primer tiempo de los *sixties* al segundo;³⁵ la ruptura fue marcada de manera ejemplar, en 1971, por el cambio de subtítulo de la revista *Los Libros*: de "Un mes de publicaciones en América Latina" a "Para una crítica política de la cultura". Dice el editorial de agosto de 1971: "Hoy *Los Libros* apetece constituir un espacio adecuado para una crítica política de la cultura (...) se trata ahora de leer con lucidez no sólo los textos que ofrece la escritura (...) sino también esos otros textos que constituyen los hechos históricos sociales. (...) Se trata, en última instancia, de contribuir al cambio de las condiciones en que se produce la cultura y que incluye la posibilidad de una lectura radicalmente distinta de los libros".

El complejo problema de la relación entre una vanguardia estética y una vanguardia política parecía resuelto por medio de la conjunción de ambas en la *persona* del intelectual: la innovación literaria de Cortázar (o de *Tucumán arde*, poniendo los medios audiovisuales más sofisticados al servicio de propósitos políticos) tomaba, a título de garantía de la autonomía cultural de la obra, las posiciones revolucionarias del autor. Estas, al informar sobre su pertenencia a una comunidad ideológica —'campo popular' o 'campo de la revolución'—, otorgaban a la obra la autonomía indispensable para inquirir, luego, sobre su calidad o, eventualmente, sobre su valor subversivo propiamente cultural.³⁶

³⁵ En 1970 Cortázar, escribiendo para *Panorama*, declara: "Cuando escribía mis primeros cuentos era el joven liberal antiperonista, bastante exquisito, totalmente alejado del destino de América latina e incluso de mi propio pueblo. Sin embargo, el lenguaje de mis primeros cuentos es un lenguaje de búsqueda de contacto en el plano estrictamente literario. Un cuento al que le guardo algún cariño, 'Las puertas del cielo' es un cuento reaccionario" y dos años después, en *Gente*: "los libros que yo escribía por entonces tenían una intención literaria. Eran pura ficción. Paralelamente, hace ya unos diez años, fui escribiendo otro tipo de cosas: cartas abiertas, manifiestos, polémicas (...) constituyen un trabajo de militancia ideológica. Cuando me nació el deseo de escribir mi último libro vi que tenía que hacer una tentativa. Una convergencia. Esas líneas que desarrollé paralelamente debían juntarse." Cit. por Galasso, N., *Tercera parte de las polémicas Jauretche*, Buenos Aires, Los Nacionales Editores, 1983, pp. 184-185.

³⁶ Irritado, Viñas denuncia: "¿Hasta cuándo se podía prolongar el juego a dos paños cuyo privilegiado descubrimiento me permitió producir *Rayuela* en 1963? ¿Adherir a Cuba y que *La Nación* me aplaudiera? (...) O bien entregarme en *Atlántida* para rescatarme a través de *Marcha*? (...) Porque no es síntesis ni paradoja, Cortázar: no 'dos cosas a la

De manera más modesta y quizás con menos éxito, los científicos de las universidades, políticamente progresistas y culturalmente modernizadores, no habían dicho otra cosa.

En las nuevas ciencias humanas, sin embargo, era más arduo, en esos tiempos, tomar posición frente a una *sociología marxista* como era posible hacerlo ya respecto a una *estética marxista*, o colocarse en la más cómoda posición de los investigadores en ciencias exactas. ¿Cómo establecer, en el ámbito de la historia, de la sociología o aun del psicoanálisis, una posición que tuviera en cuenta, al mismo tiempo, política y cultura? Las respuestas fueron variadas, y no es el caso detallarlas aquí; los psicoanalistas podían todavía mantener celosamente resguardado su dominio profesional, discriminando, a lo sumo, como lo hace Blejer, alienación individual y alienación colectiva como terrenos diferenciados de intervención profesional y de intervención política; si numerosas monografías históricas o sociológicas podían también defender, coherentemente, la validez autónoma de sus análisis, no eran sin embargo representativas del conjunto de las nuevas generaciones.

Richard Morse señaló la “aparente paradoja consistente en que la norteamericanización de las universidades (...) ocurrió precisamente cuando amplios sectores del nuevo *establishment* académico era empujados hacia uno u otro tipo de marxismo, activista o intelectual, o simplemente hacia la idea del marxismo”.³⁷ Si la paradoja fue “aparente” en Chile, Brasil o México, en la Argentina, donde la entrada del marxismo había sido aun más tardía, y donde, además, los sectores del *establishment* de las nuevas ciencias sociales atraídos por el marxismo no eran de ningún modo tan “amplios”, la paradoja tuvo manifestaciones muy reales. Durante los años de instalación de las nuevas carreras, en efecto, no existían prácticamente desarrollos alterna-

vez, sino ‘ni chicha ni limonada’. (...) La escisión se filtra por todos lados: por el doble público al que apela (deslumbrar e ironizar) hacia la derecha y mitificarse-sentirse culpable (hacia la izquierda) por la ambivalencia inocua del producto y por el productor escindido como nunca”. Viñas, D., *De Sarmiento a Cortázar*, Buenos Aires, Ed. Siglo Veinte, 1974, pp. 122-123.

³⁷ “Notes toward...”, *op. cit.*, p. 30. Morse agrega: “La hegemonía conjunta de los métodos norteamericanos y las interpretaciones marxistas en las ciencias sociales era paradójico pero no ilógico” porque compartían una representación análoga de la realidad social.

tivos de análisis social de la Argentina desde una perspectiva marxista —salvo los del Partido Comunista, escasamente competitivos por cierto—, y el marxismo estuvo casi por entero ausente de los programas de enseñanza. Esto dio lugar a una situación peculiar. Siguiendo la lógica del conjunto del espacio intelectual de izquierda, los sociólogos también se afirmaron, simultáneamente, culturalmente modernistas y políticamente revolucionarios. Pero si la disyunción entre cultura y política permitió, en otras disciplinas, un despliegue más autónomo de la producción cultural, produjo aquí un fenómeno visto como una “esquizofrenia” intelectual por Torcuato Di Tella —en su estudio sobre “25 años de sociología argentina”— y que no escapó tampoco a observadores de la época. Eliseo Verón, contemporáneamente a la primera promoción de sociólogos, anotaba:

Una combinación inestable de elementos en el fondo contradictorios: a la vez una voluntad política marxista y una cierta complicidad —explicada a veces “tácticamente”— con los planteos de la “ciencia pura”. (...) Se podrá vivir afirmando ser “sociólogo puro” o “sociólogo profesional y nada más” y a la vez “marxista en política” pero ello no impide que se trate, pura y simplemente, de esquizofrenia intelectual.³⁸

Fueron, por lo tanto —análogamente a la izquierda artística y a los científicos progresistas—, políticamente críticos y culturalmente modernos, doble identidad que planteaba no pocos problemas, dadas las conocidas y nada absurdas pretensiones del marxismo como teoría de conocimiento social. De lo dicho hasta aquí no debe inferirse una separación radical entre el espacio cultural y el espacio de la política. Las revistas que daban expresión pública a grupos de intelectuales con vocación militante coexistían con otras, donde se elaboraba la relación entre modernidad y marxismo, y los mismos nombres aparecían en unas y otras, discurriendo sobre cultura o sobre política. *Pasado y Presente* constituyó, en 1963, si no el único, un laboratorio privilegiado del *aggiornamento* de los intelectuales marxistas,³⁹ así co-

³⁸ Verón, E., “Sociología, ideología y subdesarrollo”, *Cuestiones de Filosofía*, año 1, núm. 2-3, 1962, pp. 15-16.

³⁹ El artículo de Oscar Masotta “Jacques Lacan o el inconsciente en los fundamentos de la filosofía”, en el núm. 9 de 1965 fue, si no el primero, uno de los primeros trabajos sobre Lacan en la Argentina.

mo, diez años antes, *Contorno* había sido puente entre tradiciones intelectuales y matriz de una manera distinta de pensar la ubicación de una nueva generación.

Bajo la legislación represiva de los años terminales de Frondizi la intelectualidad de izquierda tenía, paradójicamente, motivos de optimismo: el cierre de publicaciones, casi siempre reemplazadas en poco tiempo, no podía limitar las certezas sobre un futuro doblemente garantizado: por una teoría que daba la victoria a la clase obrera y por la manifiesta incapacidad del gobierno y los partidos para desviarla de sus lealtades políticas. Por otra parte, los movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo parecían probar que se había puesto en movimiento una fuerza inquebrantable destinada a cambiar las relaciones de fuerza en el mundo; los Estados Unidos mismos, por fin, gracias a Wright Mills, Paul Baran o *Monthly Review* en español, no mostraban más el rostro monolítico del pasado: corrientes contestatarias e intelectuales críticos eran la prueba de sus grietas, aun antes de la euforia de los movimientos pacifistas o de los Black Panthers. Se abrían en consecuencia nuevas perspectivas para la aprehensión del peronismo y para la elaboración de proyectos político-culturales. La Revolución Cubana, la "primera revolución en castellano", abrió otra. Es inútil recordar aquí el papel jugado por Cuba en la reorganización del pensamiento político en gran parte del planeta. Lo es menos, quizás, observar la diversidad de lecturas suscitadas por ella en la Argentina, merced a sus particulares configuraciones ideológicas. Como es sabido, la entrada de Fidel Castro en La Habana fue saludada por la derecha liberal con un entusiasmo análogo al de la prensa americana, pero, aquí, no solamente caía una vieja dictadura sino que el derrocamiento de Batista fue puesto en equivalencia con el derrocamiento de Perón. No sorprende, por consiguiente, la reticencia inicial de parte de peronistas y de un buen número de intelectuales de origen nacionalista que necesitó tiempo para disiparse; los emisarios cubanos habían contado, en cambio, con el apoyo precoz de grupos de izquierda y de universitarios reformistas.

No pueden ignorarse, por supuesto, sus ecos, más notorios, en el diseño de proyectos de acción inéditos en la Argentina. Pero, de las múltiples consecuencias de la Revolución Cubana y, particularmente, de su pasaje al marxismo-leninismo, nos interesa detenernos en las transformaciones producidas sobre la intelectualidad argentina considerada como *cuerpo*: creación de nuevos núcleos de intercomunicación y redefinición de identi-

dades. O, mejor dicho, interesa la manera cómo, a través de las alteraciones producidas por ella en la interpretación de la situación argentina, Cuba devino puente entre izquierda, nacionalismo y peronismo, transformando tanto a la izquierda, a la que 'nacionalizó' demostrando que el socialismo no lo hacían los partidos comunistas sino los movimientos nacionales, como al peronismo, creando en él un ala izquierda, que compensaría con el fervor de la juventud el menos visible entusiasmo de las bases obreras por el fenómeno cubano. Los peronistas de orientación marxista podían consolidar su posición a través de la identificación de Perón y Castro, puesto que ambos eran líderes de las masas populares; y cabía, por lo tanto, interpretar al peronismo como un socialismo nacional, a la manera argentina, apostando a una transformación de Perón análoga a la del gobierno castrista. En la posición del general de 1961 podían vislumbrarse señales de un cambio de posición⁴⁰ que requerían, con todo, algunos esfuerzos interpretativos: Cooke, en una entrevista contemporánea en *Che*,⁴¹ anuncia el necesario porvenir revolucionario del peronismo dibujado por La Habana:

¿Cómo cree usted que Perón podía desentenderse de un problema fundamental? Cuando dijo que la Revolución Cubana "tiene nuestro mismo signo" enunció una fórmula exacta que indica la común raíz antiimperialista y de justicia social. Si Cuba ha elegido formas más radicales, ése es un derecho que ningún antiimperialista le puede negar; por otra parte, los procedimientos de 1945 tampoco sirven ahora para nosotros, y nuestro programa, según lo ha dicho repetidamente el propio Perón es de "revolución social", que salvo para los que viven en el limbo sólo se puede cumplir socializando grandes porciones de la economía y buscando las formas de transformación profunda y total que corresponden a nuestra realidad nacional.

No hay allí solamente el vaticinio de un giro revolucionario en el peronismo sino una reinterpretación del régimen peronis-

⁴⁰ *Voz Popular* incluye unas pocas líneas, en noviembre: "La inocultable simpatía del ex presidente por la Revolución Cubana y especialmente sus consideraciones sobre la situación política internacional lo colocan, curiosamente, a la izquierda de su propio movimiento".

⁴¹ La nota del reportaje está ilustrada por dos fotos de Cooke, instalado desde 1960 en Cuba con Alicia Eguren: una, de traje, años antes, quizás de la época cuando era diputado por el peronismo, la otra, con boina, barba y camisa miliciana. *Che*, año 1, núm. 22, 8 de septiembre de 1961.

ta: se descubre su potencial revolucionario inmanente y siempre virtual en la medida en que se le atribuyen rasgos revolucionarios para su tiempo. Cuba autoriza una relectura del gobierno peronista, transformándolo en su equivalente, en el contexto argentino quince años atrás. Adquiriría de este modo propiedades que nunca había tenido pero que iban a convertirse en una alternativa real precisamente gracias a quienes estaban forjando la metáfora: el socialismo nacional y el peronismo revolucionario. Hacer de Castro y sus guajiros una metáfora del peronismo permitía, por otra parte, una doble operación: otorgar a la década peronista el contenido revolucionario de la Habana y afirmar que la Revolución Cubana pertenece al peronismo de 1960; si Cuba verifica la verdad revolucionaria pasada del peronismo, el peronismo puede apropiarse el sentido presente de Cuba en la Argentina:

¿Quién puede estar mejor colocado para comprender el fenómeno que nosotros, los peronistas que hemos sido las víctimas del imperialismo y de sus calumnias durante doce años? (...) Y era el muy humilde campesino cubano, con su machete (...) y, en su sombrero, la bandera cubana y el retrato de Fidel. Y era una multitud que avanzaba y que tomaba posesión de la ciudad y que escuchaba a su líder con devoción y con amor. Era nuestro cabecita negra que se convertía en el protagonista y en el destinatario de nuestra revolución.⁴²

¿Es que los intelectuales de izquierda estaban recorriendo el mismo camino, yendo, ellos, de Fidel a Perón? La respuesta, para ese momento, es negativa; a pesar del giro del general, éste no era, a sus ojos, el equivalente de Castro, ni siquiera en las filas de quienes estaban abocados a la tarea de comunicar corrientes nacionalistas con la izquierda. *El Popular* y su sucesor, *Voz Popular*, siempre bajo la dirección de Carlos Strasser, había sido desde 1959 un lugar privilegiado de esos encuentros, asumiendo un papel pionero de comunicación entre tradiciones ideológicas, que tenía en *Soluciones* un efímero antecedente.⁴³ Franjas cre-

⁴² Alicia Eguren en *El Popular*, noviembre de 1960.

⁴³ Empresas en algo similares la habían precedido. En 1956, en la *Revista de Derecho y Ciencias Sociales*, dirigida por J. Nun, colaboraron G. Selser, David Viñas, Ismael Viñas o R. Rojo. *Soluciones*, en 1959, reunió fragmentos de la ucrí (entre ellos I. Viñas) peronistas co-

cientes de la izquierda habían reconsiderado, hasta cierto punto, el papel del peronismo, y, con ello, la importancia de la cuestión nacional en la Argentina; el acuerdo con intelectuales nacionalistas sobre el significado antiimperialista de la Revolución Cubana proporcionaba, ahora, el empalme necesario para consolidar un espacio de comunicación.

En 1961, en vísperas de las elecciones para senador en la Capital, *El Popular* propulsa el voto en blanco, en disidencia con la orden que Perón habría dado indicando como candidato a Damonte Taborda, y afirma:⁴⁴

...que desde Madrid se transfiera, como bienes mostrencos, la voluntad cívica de medio millón de argentinos es un problema que a todos nos atañe (...) ⁴⁵

Bastaba con saber y explicar para qué sirve, qué sentido tiene el voto en blanco. Bastaba con saber que un caudillo no ordena a su gente, sino que su función consiste en dirigirla interpretándola. No es un jefe el que hace la Historia. Es el pueblo. Y el jefe hace Historia en la medida que cumple con lo que el pueblo manda; en la medida en que representa y vela por sus intereses.⁴⁶

En Política, Abelardo Ramos no está diciendo algo muy diferente:

...el peronismo encarnó en su momento, y encarna en cierto sentido aún, la voluntad del pueblo argentino. (...) Lo único potente que permanece en el peronismo es la clase obrera, que no cree en milagros, que ya no espera el "avión negro", que no apoya conjuraciones y que, ahora, se mueve por sí misma, sin escuchar las famosas "órdenes". Esto no significa que las masas populares sepan todavía lo que quie-

mo J. W. Cooke, e intelectuales cercanos al Partido Comunista. La diversidad de colaboradores de *El Popular* era notable, y cubría porciones considerables del espectro de opiniones del nacionalismo, fracciones no comunistas de la izquierda y el peronismo. I. Viñas, Ricardo M. Ortiz, G. Selser, José Nun, A. Silenzi de Stagni, E. Sábato, A. Jauretche, Fermín Chávez, Hernández Arregui, Carlos Barbé, J. J. Manauta, Jorge Del Río, R. Puiggrós, A. Castelpoggi, A. Roa Bastos, R. Ortega Peña, Enrique Ninín, Franco Moggi, J. L. Muñoz Azpiri, Elías Castelnuovo, Eduardo Astesano, entre otros, colaboraron o participaron en la conducción de la revista.

⁴⁴ Las 62 Organizaciones habían dado a conocer su decisión de votar en blanco. El Partido Socialista Argentino presentaba la candidatura de Alfredo Palacios y Arturo Jauretche la suya.

⁴⁵ *Voz Popular*, número del 27 de enero.

⁴⁶ *Ibid.*, número del 3 de febrero.

ren; pero ya saben lo que no quieren. No quieren nada que se parezca a la Argentina de antes de 1945, no quieren nada que sea inferior a la década siguiente; e intuyen vagamente que el peronismo ya no puede volver a ser lo que fue. Sospechan que Perón no está en condiciones de ofrecer ahora una salida política e ignoran si en el futuro todavía podrá darla.⁴⁷

Coincidían entonces, aunque difirieran sus opciones políticas inmediatas, con la izquierda socialista:

Se puso especial esmero en que los obreros experimentaran su sojuzgamiento en calidad de peronistas. La vitalidad revolucionaria de nuestra clase obrera debía quedar diluida en un largo éxtasis místico ante la lejana majestad del Conductor. Había que asegurar la inmovilidad obrera en una sumisa y humilde espera de mensajes, discos, órdenes y aviones negros. Y mientras tanto, se sacaba el necesario provecho de un Perón espantado de sus propias posibilidades revolucionarias...⁴⁸

En 1960 el control de Perón sobre su movimiento no podía seguir siendo ignorado. Sin embargo, la confusión de sus órdenes y el apoyo al voto en blanco por parte de unas 62 Organizaciones, sólo parcialmente discutidas en esos momentos por la izquierda, permitían a la intelectualidad politizada disputarle al líder exiliado la dirección de unas masas que 'todavía no saben qué quieren' y cuyos intereses debían ser descifrados; la irritación ante las reiteradas pruebas de fidelidad proporcionadas por esas masas tenía, por consiguiente, expresiones bastante consensuales. En esos años surge la paradoja que la juventud peronista será llevada a elaborar hacia 1974, cuando la historia argentina ponga en evidencia que Perón les arrebató, siempre, el lugar de vanguardia del pueblo: *Perón no representa al peronismo*. Para los intelectuales marxistas no peronistas, y eran en ese momento una mayoría casi absoluta, Perón no era lo mismo que Fidel Castro, pero el peronismo, y el país, sí estaban maduros para una jefatura revolucionaria que seguía, a sus ojos, vacante.

Tampoco en la Argentina la intelectualidad progresista ponía en cuestión que "el marxismo era la filosofía insuperable de nuestro tiempo":

Después del desengaño de 1958, la realidad enfrentándonos con una problemática ineludible nos había hecho marxistas a todos. La experiencia peronista para unos, la sucia historia del frondismo para otros, la ruptura de las formas legalistas burguesas después de 1962, junto con otros procesos internacionales como la revolución cubana y la argelina y la pluralidad de los socialismos...⁴⁹

Pero las que habían sido divergencias históricas entre campos ideológicos se reproducían ahora, potenciadas por la aceleración política y cultural, en el seno del discurso marxista. Análogamente, la Revolución Cubana fue la argamasa de lazos comunitarios pero tendió, a los pies de la intelectualidad, un tapiz sobre el cual los diferendos ideológicos encontraban nuevas aunque no menos enconadas maneras de expresión.

La lucha armada siguiendo el ejemplo de los hombres de Castro no estaba todavía en el centro de las reflexiones de los intelectuales ni era todavía alternativa real de intervención política pero ya la vía cubana daba materia para las polémicas sobre la vía argentina. ¿La Revolución Cubana había tenido necesidad de un programa? Ismael Viñas lo afirma incansablemente, frente al énfasis en el rol de un líder y en la emotividad de las masas. Abelardo Ramos se rebela contra quienes, siguiendo a Sartre ("excusemos al intelectual de viaje", dice) concluyen que "la revolución creará su ideología sobre la marcha". Las proposiciones de un programa ¿eran legítimas o se trataba de una aplicación acrítica de la experiencia cubana? En torno a la reforma agraria y la industria pesada, temas neurálgicos de la izquierda, entran en polémica, desde las columnas de *El Popular*, José Nun y Arturo Jauretche, debate que hablaba, naturalmente, del gobierno peronista, que no había realizado ni la una ni la otra y ponía nuevamente sobre el tapete la antigua oposición de izquierda al peronismo. Y la reforma agraria, una "zarandaja" según Jauretche, devino muy pronto eje buscado de disidencia en el interior de la publicación. La coincidencia en la oposición podía reunir fuerzas heterogéneas en un frente, pero, los nacionalistas, ¿estarían a favor de una reforma agraria que tocaría el principio de la propiedad?, quienes toman la defensa pragmática del peronismo, ¿están prontos a admitir que Perón no trató de dar ese paso estimado esencial para la independencia económica, erigir una industria pesada?

⁴⁷ Editorial, número del 5 de abril de 1961.

⁴⁸ *Situación*, núm. 1, 1960, p. 29.

⁴⁹ Sebreli, J. J., "Testimonios de una generación", en *Marcha*, 23 de abril de 1965.

La controversia no pierde en nada su significación si señalamos que estaba en debate, también, la legitimidad misma de la busca de un programa previo y, con ello, el lugar específico de los intelectuales,⁵⁰ puesto que todo programa se construye a partir de ideas y de discusiones sobre el futuro. ¿Eran necesarias las ideas y las discusiones? ¿eran necesarios los intelectuales? Renace entonces la antigua dicotomía entre intelectuales y pueblo, entre los principios teóricos y la voluntad de masas capaces por sí mismas de encontrar un dirigente para expresarlas. Otra vez más los intelectuales de izquierda son devueltos a su papel histórico y a su pecado original: analizar la Argentina siguiendo esquemas importados, con la voluntad de imponer políticas a una realidad nacional cuya naturaleza se les escaparía. Arturo Jauretche repite los llamados de atención contra las taras de los intelectuales; según Alicia Eguren "debemos contentarnos con el hecho de que descubran la Argentina a través de la revolución cubana"; Jorge E. Spilimbergo constata que "el fetichismo ante la revolución extranjera es una manera de rechazar la realidad (...) el 'fidelismo' significa eludir el sentido revolucionario del decenio peronista". Polémica mayor ésta, que se renovará sin cesar a lo largo de las décadas siguientes atravesando la casi totalidad de los controversias ideológicas.

Diferentes franjas de opinión se apoderan de la Revolución Cubana, insertándola en sus proyectos; en 1960 es ya patrimonio de todos: a través suyo los intelectuales debaten sobre la Argentina, ella funda un lugar posible para los intelectuales y, gracias a Cuba, se fue forjando una identidad política *sui generis*. Es que la identidad creada a través del lazo negativo con el pueblo no podía satisfacer completa ni durablemente las aspiraciones de los jóvenes y de los intelectuales movilizados. El voto en blanco expresaba la oposición al gobierno tanto como a las reglas del juego político de esos años, pero desentonaba en un mundo sacudido por levantamientos nacionalistas que invocaban un rumbo revolucionario. No puede afirmarse que esta situación fuera insostenible pero sí que creaba el deseo de una

salida positiva. Sobre la Revolución Cubana, esa otra 'divina sorpresa', se construyó una identidad donde parecían conciliarse pueblo e intelectuales, cerrando, en un mismo movimiento, las fisuras entre política y cultura.

La Revolución Cubana había logrado, casi mágicamente, realizar todos los principios que las diferentes corrientes de los intelectuales de oposición estaban prontas a rubricar. Se había producido en América Latina y no estaba cargada, por consiguiente, con los componentes más o menos exóticos o imprevisibles presentes en otros procesos revolucionarios. Por último, trazaba una nueva frontera ideológica, separando a la derecha liberal⁵¹ de un nuevo terreno, en el que podían dialogar un nacionalismo más popular con una izquierda más nacional. Pero su virtud mayor era, precisamente, no haber tenido lugar en la Argentina: la identidad en suspenso de la intelectualidad podía darse, entonces, una unidad y un signo positivo dispensados de la necesidad de dirimir las ambivalencias que eran su origen; se crea una identidad imaginaria, una suerte de 'partido cubano', el partido de un consenso sin contradicciones. A través suyo se incorporan en el 'campo de la revolución' toda la gama de partidos que proliferan desde 1960, y los intelectuales sin partido. Su publicación más importante, *Marcha*, tiene sede en el Uruguay, pero *Granma* será a veces la instancia última de apelación en polémicas argentinas, tal el caso del proyecto *Marginalidad*. Producirá principios de consagración en el campo de la cultura gracias a jurados reunidos en La Habana, y ésta se convertirá, como dijera Halperin Donghi, en la "Roma antillana".

Este partido, además, ganó una elección. En ocasión de la renovación parcial del parlamento de la Capital Federal, en febrero de 1961, el partido cubano, bajo la etiqueta del Partido Socialista Argentino, se atribuyó el cargo de senador para ubicar allí al Dr. Alfredo Palacios, primer diputado socialista en 1904, que había retornado de Cuba elogiando cuanto allí había visto. Los 320.000 votos del PSA superaron a los de la Unión Cívica Radical del Pueblo, a los de la UCR y, asimismo, a los votos en blanco.⁵² Estos resultados llevarán al semanario *Usted a*

⁵⁰ Nun (y también Ismael Viñas), desde las *Cartas de café con leche*: "... está bien discutir qué debemos hacer pero es importante explicar cómo se va a hacer...", Jauretche, en "Barajar y dar de nuevo": "Entender el cómo y el cuándo es difícil, y el problema de los 'inteligentes' es que por saber demasiado no vayan a agarrar para 'los tomates', como en otras ocasiones".

⁵¹ Lo muestra el revuelo producido en *Sur* por la participación de José Bianco en el jurado de Casa de las Américas.

⁵² Dos cargos estaban en juego, uno en el Senado, el otro en la Cámara de Diputados. Para este último la UCRP se coloca en primer lugar, con 317.000 votos frente a los 252.000 de la UCR y 231.000 en blanco.

cubrir su primera página con la leyenda: *Avalancha Roja en Buenos Aires*, agregando: "el boom soviético en Buenos Aires ha inquietado por igual a los círculos del ejército y de las finanzas".⁵³

La identidad cubana permitía establecer lazos más allá de los diferendos, y referencias comunes para anclar antiguas y nuevas discordias; la imagen de la Argentina a través de la retícula cubana prometía un porvenir que ponía en segundo plano la distancia cotidiana entre las masas y los intelectuales. En las zonas de 'frontera' ideológica, debe reconocerse sin embargo, no siempre fue ese el caso; Ernesto Sábato es un buen ejemplo. Sus actitudes políticas después de 1955, tanto como sus concordanancias más antiguas con portavoces del nuevo nacionalismo, no le impidieron proclamar una tenaz adhesión al general Perón. Cuando a esto le sumó su apoyo a la Revolución Cubana, tanto Jauretche como Abelardo Ramos se consideraron obligados a responderle críticamente. La polémica entre Abelardo Ramos y Ernesto Sábato fue sumada: "Si Sábato viviera en La Habana estaría en la oposición. Porque es evidente que si un intelectual realmente quiere ser independiente, debe transformarse en un político revolucionario". El título de la respuesta de Ramos resume correctamente tanto su análisis como el de Jauretche: "Sábato, o el drama del escritor en un país semicolonial".⁵⁴ El foso entre la intelectualidad y la clase obrera, en la Argentina, seguía intacto, pero había desaparecido en La Habana; había ahora un lenguaje común entre el flamante peronismo revolucionario y militantes de izquierda, y una Pasarela posible entre Perón y los intelectuales. Cuba logró establecer un terreno de reconocimiento mutuo en la esfera cultural, garantizando al mismo tiempo un lazo positivo entre cultura y política. Bastaba enunciar la solidaridad con Cuba para establecer afinidades y definir instantáneamente una inscripción nítida de la cultura en la política. *Hoy en la cultura* y *El grillo de Papel* borraban sus

⁵³ USTED, año II, núm. 17, febrero de 1961. Inquietud amenazadoramente reflejada en *La Nación*: "Parece necesario subrayar el papel que podrán desempeñar en el futuro los 'grupos de presión' y los 'factores de poder': amenazado desde dentro, el sistema democrático puede hallar protección en esos sectores no estrictamente políticos, capaces de aportar nuevos contrapesos que el Estado no contiene ya dentro de sus propios engranajes". 7 de febrero de 1961.

⁵⁴ *Política*, 22 de marzo de 1961.

discrepancias y enunciaban su color político de esa manera. Más de un matiz diferenciaba a los organizadores de *La Unión de Escritores*, en conflicto con la dirección de la SADE en julio de 1962,⁵⁵ pero, a la par de la "defensa de las libertades democráticas" y de la "defensa de las libertades de opinión y expresión", los unificaba la "solidaridad con la Revolución Cubana".

Se consolidó de tal suerte, bajo el signo de la Revolución Cubana, la unificación de la esfera ideológica y de la esfera cultural que la represión —política y cultural— había iniciado:

...los intelectuales, los artistas lúcidos que han tomado posición junto a la clase obrera, los estudiantes universitarios deben formar un BLOQUE CONSCIENTE. Máxime cuando —para los gendarmes de la sociedad capitalista— ese bloque YA EXISTE. El Ministerio del Interior, DIPA, la policía, el SIDE, son la prueba más irrefutable de que nuestra ambigua izquierda es vista por la derecha como un único ENEMIGO, adversario de sus instituciones conservadoras tal como son y tal como la burguesía quisiera perpetuarlas.⁵⁶

Para quienes se definen primordialmente como productores de cultura y para los que lo hacen con su pretensión de intervención política o ideológica, el sitio de intelectuales de oposición está ahora doblemente garantizado. Bajo el ala de la Revolución Cubana y asociados a la clase obrera por el voto en blanco —o, en 1962, por el voto a candidatos obreros peronistas—, poseen una base comunitaria y rumbos revolucionarios: la tarea de contribuir a la promoción del hombre nuevo o de efectuar una subversión propiamente cultural cuya importancia es confirmada gracias a la difusión de los escritos de Gramsci. Existen ahora ejes ideológicos positivos organizando el campo de la cultura de oposición, al tiempo que se impone la figura de un intelectual a quien no se le pide obra comprometida sino compromiso o militancia personal, "en todo caso, un problema de conciencia", como dice Orgambide en 1961 o, como

⁵⁵ La Comisión Directiva quedaba integrada así: presidente, Ernesto Sábato, secretarios: J. J. Manauta, P. Orgambide y D. Viñas; vocales, A. Roa Bastos, J. J. Sebreli y B. Verbitsky. En esos momentos las instituciones de la cultura atraviesan fuertes cambios; ASCUA se disuelve, concluyendo que "... resulta estéril todo esfuerzo serio y sincero para comprender racionalmente la realidad argentina".

⁵⁶ Castillo, Abelardo, "La nebulosa inicial", *El Escarabajo de Oro*, año I, núm. 2, 1961, p. 9.

dirá Cortázar diez años después, en su polémica con Oscar Collazos: "En definitiva, lo que cuenta es la responsabilidad personal del escritor".⁵⁷

La invocación de la Revolución Cubana y el uso del léxico marxista devuelven al espacio de la cultura progresista o de izquierda principios unitarios perdidos que no excluyen, al contrario, las más ásperas polémicas en torno a la primera o al segundo.⁵⁸ Vietnam, poco después, consolidará esa unificación; en 1966, por ejemplo, los artistas plásticos deciden organizar un salón de homenaje a Vietnam y se encuentran allí nombres que las opciones estéticas separaban. En *La Rosa Blindada* de septiembre de 1966 aparece una nota con los nombres de los participantes, y *Hoy en la Cultura* del mes de junio publica un artículo que muestra bien la ruptura de las previas barreras levantadas entre la izquierda y zonas importantes de la vanguardia estética:

La participación de Marta Minujín, Santantonin, Pablo Suárez Barilari y otros, rompe, y esperamos que definitivamente, con el prejuicio de que quienes estaban en este movimiento sólo se interesaban por la autopromoción y el sensacionalismo. Además el aporte de quienes, en este grupo, recogen el tema de Vietnam, ha sido de tanta repercusión en el público, que obligan a aquellos que creen en un arte político a reconsiderar sus tesis sobre el lenguaje y las formas apropiadas para este tipo de experiencias.⁵⁹

Este espacio, por otra parte, tiene ahora una visibilidad desconocida, abandonando la posición en todo subordinada a los centros de la cultura liberal que había sido la suya durante largo tiempo. El proceso es posible, esencialmente, merced a la fluidez de los principios que lo organizan, fluidez análoga a la que caracterizara durante años a la Reforma Universitaria. Y aquí también esa unidad ideológico-cultural tiene como precio la autonomiza-

⁵⁷ *Nuevos Aires*, núm. 6, diciembre '71-enero '72, p. 36.

⁵⁸ Se establecen puentes de diferente naturaleza. Strasser, quien fuera director de *El Popular*; critica a *Che* por una carta de Martínez Estrada desde *Política*; *Situación* imprime un artículo de Orgambide sobre Matkovski, rechazado por Timerman en el diario *El Mundo*, y notas de Rozenmacher sobre Cuba y de Laclau sobre la inmigración; *El Popular* publica la respuesta de Hernández Arregui a Abelardo Ramos, director de *Política*; Abelardo Ramos su polémica con Ernesto Sábato, etcétera.

⁵⁹ Santamaría, J., "Los artistas y Vietnam", citado por Rubiñich, L., *op. cit.*, p. 92.

ción de los proyectos intelectuales respecto de las opciones políticas contemporáneas. La literatura, clásico testimonio de las conflictivas relaciones entre cultura y política, es un ejemplo de apaciguamiento, a través del pasaje de la obra comprometida al compromiso personal del intelectual. Pero si se produce en esos años una unificación ideológica del *espacio cultural* que concedía una mayor autonomía a los productos culturales, no queda por ello resuelto el problema de la *intelectualidad* como mixto de cultura y política.

4. NACION Y CLASE

Existen sin duda disparidades notables en el cuerpo de ideas defendido por los nacionalistas herederos de FORJA y el que moviliza a la intelectualidad de izquierda, así como nuevos parentescos que Cuba, gracias a su doble condición de revolución marxista-leninista y antiimperialista, fue estableciendo. No nos detendremos aquí en las obvias discrepancias en el plano de los contenidos ideológicos sino en las diferencias en cuanto a la *gestión del papel de intelectuales* por unos y por otros.

Los autores nacionalistas que se inscriben en el espacio público a partir de 1955, en periódicos: *Qué* primero, *Mayoría*, *Soluciones* o *El Popular* después, o a través de nuevas editoriales —Coyoacán en particular—, son mayoritariamente quienes, marxistas o no, ven más benévolamente la experiencia peronista, expresando así su determinación de ligar la cuestión nacional a la redención popular. Con esta combinación abren la comunicación teórica o política con las corrientes de la izquierda. Conservan sin embargo, al mismo tiempo, la *modalidad de intervención intelectual tradicional* de los ideólogos nacionalistas: la defensa de valores derivados de un saber sobre la Patria por ellos detentado (aunque la naturaleza de esos valores diverja en unos y otros). El enunciado de los atributos de la Patria, estructurados en torno a un orden perdido, a la herencia hispánica, a la preeminencia del catolicismo o de la raza, permitía al nacionalismo ultramontano ofrecer un rumbo evidente para el país, discriminando aliados y enemigos. La tarea era menos simple, en cambio, para estos nacionalistas, y su discurso, organizado progresivamente alrededor de la imagen de una Argentina colonizada por las potencias imperialistas, buscó a través del revisionismo histórico dar valencia positiva a los valores nacionales

custodiados. La lucha historiográfica generaba un pasado que, aunque cercano, poseía, precisamente porque había sido ocultado, virtudes análogas a las de un origen mítico en otras formaciones ideológicas nacionalistas. No estamos afirmando, naturalmente, que se trataba de una lectura incorrecta de la historia; que lo haya sido o no es finalmente irrelevante para nuestro argumento: importa solamente el gesto de producción de un origen para la Nación y de una epopeya.

El revisionismo tuvo, entre sus múltiples funciones simbólicas, la de proporcionar carnadura a los valores del nacionalismo que cobra vigor en estos años. Rivadavia o Mitre formaban parte, axiomáticamente, del linaje antinacional, pero la elaboración del linaje alternativo tropezaba con figuras ambiguas: ¿el segundo Alberdi? ¿Moreno? ¿Roca? ¿Echeverría? ¿Rosas?, y así de seguido. Si la misión primera del revisionismo histórico fue la archisabida erección de una historia real contrapuesta a la 'fábula' del liberalismo, esa actividad polémica permitió simultáneamente postergar las discusiones doctrinarias a un segundo plano, reemplazándolas por variaciones en el diseño de las genealogías 'nacionales': cada figura representaba un matiz diferente en la interpretación del pasado y en los proyectos para el futuro.⁶⁰ En consecuencia, una más o menos fiel práctica historiográfica recortaba la doble misión asumida por estos intelectuales: forjar una historia que diera un punto de realidad a sus valores y construir su propio lugar en tanto lectores veraces de esa historia. Erigidos en portavoces de una entidad, la Patria (carente, como se sabe, de la posibilidad de expresarse), se concedían, a través de la mediación historiográfica, prerrogativas similares a las tomadas para sí por intelectuales nacionalistas reaccionarios. La verdad histórica por ellos descubierta ambicionaba una capacidad de legitimación análoga a la verdad

⁶⁰ Hernández Arregui escribía a J. M. Rosa: "Más importante que Don Juan Manuel de Rosas son para mí —y puedo estar equivocado— las figuras de Facundo Quiroga y José G. de Artigas"; la concepción histórica de Scalabrini Ortiz "... durante el peronismo (...) se profundiza también, pasando de aquella línea 'Moreno, Rosas, Yrigoyen' a esta otra: 'Moreno, Dorrego, los caudillos federales, algunos relámpagos de Juan Manuel de Rosas, Yrigoyen y Perón', en la cual limita la valoración positiva de Rosas (...)", Galasso, N., *op. cit.*, p. 62; la revista *Fichas* critica la reivindicación de Roca por Abelardo Ramos, ya que con ello estaría fundando el rol positivo de la burguesía nacional. Las referencias son innumerables.

patriótica —la defensa de valores tradicionales perdidos, o en perdición—, enunciada antaño por otros intelectuales. Si difería, y en mucho, la naturaleza de la esencia patriótica que se proponen descifrar —ni España, ni la Iglesia, ni el orden tradicional— su posición como portadores de una entidad sin representantes designados es análoga: combina la 'función crítica de la inteligencia' con la 'misión' de iluminar a quienes podrán encargarse de las transformaciones necesarias.⁶¹ Y esa misión es reconocida por buena parte de la nueva generación, de la cual Rodolfo Ortega Peña es representativo:

Son los mismos nombres, encarnación de clases sociales y de ciclos económicos, los que encontramos en nuestro contorno cultural. Pero frente a ellos hay un nuevo mundo. Es el nuevo estrato de lectores de este libro. Miles de jóvenes que han realizado la dolorosa experiencia relatada en la primera parte de este prólogo. A ellos se dirige la fecundidad del libro de Hernández Arregui. "Imperialismo y Cultura" será el instrumento imprescindible de su liberación intelectual. Una explosión de ideas en su conciencia argentina, que los llevará, por fin, junto al proletariado para escribir páginas de auténtica historia nacional.⁶²

Se dibuja de esta manera el perfil de intelectuales cuyas certezas no están sometidas ni a los vaivenes de la historia ni a la suerte de un actor social determinado, en contraste con la fracción de intelectuales de la izquierda marxista,⁶³ que enlazaban su destino al proletariado; a éstos el marxismo les prometía un lugar en la conducción de una clase cuya clave detentaban gracias a su saber del marxismo, y para ello multiplicaban partidos

⁶¹ El 'nacionalismo popular' no rehusó la posibilidad de una actuación pública, al contrario; desde 1958 estuvieron presentes en los medios de comunicación, cuyo eco se fue ampliando al ritmo de la expansión del espacio cultural durante los '60. Pero, del mismo modo que el nacionalismo ultramontano vio frustrado su proyecto en 1955 o en 1930, el de los "nacionales" fue relativamente marginal durante el peronismo y el paso de algunos de sus representantes por el frondismo resultó tan efímero como el de los intelectuales de la UCR.

⁶² Rodolfo Ortega Peña, prólogo a la edición de 1964 de *Imperialismo y cultura* de Hernández Arregui, p. 13.

⁶³ Los intelectuales con vocación "populista", según la categorización de Edward Shils, *The intellectuals and the powers, and other essays*. The University of Chicago Press, 1972.

y publicaciones. Seguían entonces girando alrededor del mismo interrogante, y alrededor de la misma respuesta formulados por Gramsci: “¿Puede la teoría moderna encontrarse en oposición con los sentimientos ‘espontáneos’ de las masas? (...) No puede estar en oposición: hay entre una y otros diferencias ‘cuantitativas’, de grado no de calidad: tiene que ser posible una ‘reducción’, por así decirlo, recíproca, un paso de lo uno a la otra y viceversa”.

La diferencia entre promover la conciencia del ser nacional y proclamar los intereses revolucionarios del proletariado es ostensible; esa diferencia en los contenidos ideológicos o políticos, si embargo, encierra discrepancias quizás menos evidentes que hacen a la posición del intelectual en uno y otro caso. La intelectualidad de los ‘60 ha unido, de manera diversa, Pueblo y Patria, Clase y Nación. Los nacionalistas daban el primado a la Nación, cuya realización estaba imbricada con la redención popular; la izquierda, a la Clase, capaz de llevar a cabo la revolución nacional antiimperialista. Gracias a la convicción sobre las virtudes revolucionarias de la clase obrera, a la certeza —suministrada por Lenin— de una inevitable distancia entre conciencia real y conciencia posible y a la posesión de los conocimientos necesarios para descifrar los intereses reales de esa clase, la Argentina futura no suscitaba inquietudes en la intelectualidad marxista. Pero su verdad sufría, en el corto plazo, en la coyuntura, con cada desviación de la Clase respecto de las conductas profetizadas por la teoría; las evidencias de los nacionalistas, en cambio, eran irrefutables por la Historia: la historia argentina ya había mostrado avances y retrocesos, y otros países probaban la viabilidad de sus proyectos. En los años ‘60, los hombres del nacionalismo popular comparten con las corrientes de izquierda un convencimiento fundamental: la historia les dará la razón y para ello es necesario despertar, en quienes por alguna razón carecen de ella, la conciencia de lo que son y lo que deben desear. (En 1955, Hernández Arregui le dice a Scalabrini Ortiz: “¡Este es un país de vendepatrias! Y el gran argentino, con la experiencia de la patria y la serena tristeza de los años, me contestó: —No, son entreguistas porque no lo saben”).⁶⁴ Unos y otros poseen la clave de esa conciencia y su misión es insuflarla a través de la exhor-

tación. Divergen, sin embargo, tanto en el origen de esa convicción como en el campo de batalla donde se sitúan. Los nacionalistas no la deducen de una teoría que asigne roles a categorías específicas de actores (clases, partidos o intelectuales); se colocan en la continuidad de esa línea patriótica establecida por ellos mismos. Desde esa posición, productora de su propia legitimidad, se proponen desmitificar, combatir las mentidas imágenes de la Argentina producidas por intereses oligárquicos y extranjerizantes. La conciencia nacional buscada debía emerger de su virtualidad cuando se arrancara el velo, tejido desde tiempos remotos, por los empresarios de la anti-Nación. Y ya no había solamente una versión de la historia a rehacer; debía ser criticado y suplantado el conjunto de la producción simbólica de la Argentina, aunque las fechas de la falsificación cometida variarían:

En esta época comienza a agonizar la “intelligentsia” argentina en el periodismo de la oligarquía o en las hojas democráticas populares sin perspectivas económicas. A pesar de todo esa generación creía en el país. (...) Esa generación tenía sus pies en la América Hispánica desgarrada, no renegaba de lo hispánico, y aunque revolucionarios, sus miembros veían en las tradiciones del país el mejor itinerario para la final consumación espiritual. A esta generación pertenece el primer ensayo coherente —frustración que le sucederá en 1930— de una literatura, una historia y una filosofía con raíces en el país y en Hispanoamérica. Todos estos intentos han sido negados o silenciados por la generación de 1930, que ha enaltecido de estos escritores —cuando lo han hecho—, lo falso y no lo verídico y nacional.⁶⁵

Se han colocado directamente en el plano de la cultura —historia o literatura—, con el objetivo siempre explícito de destruir la imagen de la Argentina forjada por las fuerzas económicas y políticas que modelaron un aparato cultural responsable de haber puesto obstáculos a una conciencia nacional. Militancia intelectual por excelencia, su misión consistía en reinterpretar la imagen de la sociedad sobre sí misma. Muy distintas eran, por lo tanto, su tarea y su posición en tanto intelectuales de las asumidas por quienes se han dado una clase a iluminar antes que un adversario a combatir.

La prédica incansable de valores cuya verdad era inalterable les aseguraba a los nacionalistas un sitio igualmente inaltera-

⁶⁴ Cit. por Galasso, N., J. J., *Hernández Arregui: del peronismo al socialismo*, Buenos Aires, Ed. del Pensamiento Nacional, 1986, p. 69.

⁶⁵ Hernández Arregui, J. J., *op. cit.*, p. 75.

ble; el esfuerzo pedagógico por develar sus verdaderos intereses a una clase —o, de manera apenas más matizada, la decisión de “interpretar a un pueblo hoy sin partido”—⁶⁶ (materializado en la irrefutable necesidad de constituir un *partido*, puente indispensable entre la conciencia posible y la conciencia real), transfería a las clases populares la verificación de la sustancia que fundaba la legitimidad de la intelectualidad de izquierda. Los primeros enfrentaban *problemas intelectuales*, los segundos el *problema del intelectual*.

A pesar de las enormes disparidades entre un Scalabrini y un Fermín Chávez, entre el marxismo de Hernández Arregui y el nacionalismo muy a secas de José María Rosa, coexisten, gracias quizás al común sentimiento de una marginalidad no exenta de humillación, los hombres de una generación, reverenciados por la naciente juventud nacionalista. Esa ‘izquierda nacional’, cuyo monopolio reclaman, confirmandose mutuamente, Hernández Arregui, Puiggrós o Abelardo Ramos (abarcando, sin mayor incomodidad, un puñado de escritores nacionalistas sin adjetivo), gana espacio público, y lo constatan en 1964: “privada de medios de expresión —salvo el libro— extiende día a día su influencia al movimiento sindical, a la clase media, al estudiantado, etc.”⁶⁷ Por una paradoja, en última instancia formal, quienes más vigorosa y tercamente rechazan el rótulo de intelectuales —Jauretche afirmando: “No admito ser definido como intelectual. Si, en cambio, me basta y estoy cumplido si alguien cree que soy un hombre con ideas nacionales. Entre intelectual y argentino, voto por lo segundo. Y con todo”—,⁶⁸ son los que asumen acabadamente la tarea de crítica de las ideas y de gestión de nuevas corrientes de pensamiento. Este rechazo, se ha dicho, proviene de la antigua simbiosis entre la intelectualidad y las corrientes liberales; Ramón Doll había observado mucho antes:

Siempre que un caudillo de masas, local o nacional, ha ocupado un puesto preeminente en el escenario social argentino, se ha podido constatar que casi la mayoría de esos grupos, elites, clases aúlicas, universitarios, escritores, políticos de gran estilo, todo eso que en un país se llama clase dirigente, ha estado en abierta disidencia con el

jefe o caudillo que encarna las aspiraciones de las masas. Y siempre que, al contrario, una oligarquía ilustrada, progresista, europeizante, ha copado la política nacional, siempre que escritores, universitarios, etc., han llegado a las directivas del país, las masas han estado fuera del gobierno.

Y Jauretche, después de citarlo, retoma la pregunta de Doll: ¿no ocurrirá esto en todas partes?

En todas partes las masas iletradas están distanciadas de los pensadores y los publicistas, pues no se puede pretender que un chofer o un cocinero estén al tanto del último artículo de Maurras o de Chesterton. Pero los letrados, los intelectuales, no están nunca cohesionados en contra de lo popular; hay intelectuales en todos los bandos, de modo que no puede señalarse la unanimidad de la “cultura” contra el pueblo. Lo que sucede es que, en esos otros países a que se refiere Doll, la inteligencia es inteligencia, expresa la inteligencia del país. Aquí es “*intelligentzia*” porque sólo forman parte de ella los que se han sometido al *establishment*.⁶⁹

De tal suerte, si no se autodesignaban ‘intelectuales’, se consideraban indiscutiblemente hombres de ideas, instalados en la lucha ideológica por el control simbólico de la cultura. En el período que nos ocupa, son ellos, los intelectuales de la nueva orientación nacionalista, quienes más resuelta y explícitamente se sitúan en el espacio cultural, definiendo a sus adversarios y a sus objetivos en ese plano. Scalabrini Ortiz, en vísperas de las elecciones de Constituyente en 1957, afirmaba: “Yo no soy político ni me interesa la política como actividad personal. Soy un escritor político preocupado por aclarar los problemas del pueblo, que es distinto”;⁷⁰ es la “docencia cívica, más que la política”, según Jauretche; análogamente —estimándose político pero “hombre que carece de partido”—, en estos términos hace Abelardo Ramos el balance de su semanario, cuando lo clausura:

El movimiento de ideas más rico y poderoso de la República. (...) Puede comprobarse por la renovación que aportó a la inteligencia marxista de la historia argentina, al examen del peronismo, del Ejér-

⁶⁶ *El Popular*, Editorial, año 1, núm. 5, octubre de 1960.

⁶⁷ *El Popular*, año 1, núm. 12.

⁶⁸ Goldar, E., *Jauretche*, Cuadernos de Crisis, núm. 17, Buenos Aires, 1975, p. 70.

⁶⁹ Cít. por Galasso, N., *Las polémicas de Jauretche*, Buenos Aires, Los Nacionales Editores, 1983, pp. 71-73.

⁷⁰ En Galasso, N., *Scalabrini Ortiz*, Cuadernos de Crisis, Buenos Aires, 1975, p. 29.

cito y de los principales problemas teóricos y políticos de nuestra revolución. (...) No sabemos en qué momento las ideas se transformarán en un movimiento político. Las experiencias de la clase obrera son las únicas que habrán de determinarlo.⁷¹

La magnitud del papel de las ideas y de los combates ideológicos no es menor para Hernández Arregui:

La izquierda nacional, antes que nada, es conciencia histórica que se proyecta críticamente como teoría revolucionaria (...) La izquierda nacional no es un partido. Adherir a sus posiciones críticas —y en los periodos prerrevolucionarios la artillería ideológica es política en grande— no excluye, en sus militantes, la afirmación del propio partidismo.⁷²

Estos pensadores no rechazan, al contrario, el estudio de la 'realidad' pero se trata de sacar a la luz los hechos y los mecanismos que las fuerzas de dominación han *mantenido ocultos* y no de bucear en busca de una realidad nacional escurridiza: "el esclarecimiento de los hechos argentinos, sacándolos del vago antiimperialismo de las izquierdas, experto en ocultar las raíces concretas del mal". Su ideal intelectual es análogo al de las ahora consolidadas ciencias sociales, pero los separa, de éstas y de las izquierdas, una pieza capital: su proyecto está cifrado en *batallas ideológicas contra otras lecturas* de lo social, que obedecerían a simétricos y opuestos proyectos ideológicos; mientras las ciencias sociales se proponen descubrir una verdad involuntariamente desconocida, los 'nacionales' bregan por hacer pública la suya, una verdad que *otros intelectuales* se han ocupado en ocultar. El revisionismo histórico, se sabe, no consistió en otra cosa. Pero Jauretche o Hernández Arregui no se proponen exclusivamente rectificar una versión considerada por ellos tanto errónea cuanto sometida a los intereses de la oligarquía y el colonialismo; se trata también de revisar el sistema todo de la cultura argentina, desde sus más celebrados escritores hasta los manuales escolares, desde la composición de las Academias

⁷¹ *Política*, año 1, núm. 8, 19 de abril de 1961. Abelardo Ramos, conviene aclararlo, se consagró a dirigir diferentes partidos. En el libro de Norberto Galasso *La izquierda nacional y el ERP*, Centro Editor, figura la más completa historia de esta corriente.

⁷² *El Popular*, año 1, núm. 12, diciembre de 1960.

hasta la gran prensa: el *establishment*.⁷³ "El *establishment* es el mecanismo que hace los personajes, los academiza, les da nombre, premios y hasta oraciones fúnebres. Es un aspecto de la colonización pedagógica", y agrega Jauretche:

La SADE es la auténtica expresión de la "intelligentzia" argentina; la representación oficial, en el campo literario, de la Argentina colonial perimida de hace rato en el pueblo, pero subsistente con las estructuras del viejo país que generó el sistema oligárquico de gobierno como garantía de la dependencia económica y cultural. Y lo más subsistente de este viejo país es la instrumentación publicitaria de la superestructura colonial correspondiente. La SADE no hace el prestigio del grupo que la maneja, ni distribuye los premios, ni determina quién es bueno ni quién es mal escritor. Eso lo hacen los grandes instrumentos de publicidad que producen las consagraciones, colocan los personajes en el cartel, los mantienen o los destruyen, en la medida que éstos se someten a los "tabúes" impuestos y obedecen las sugerencias archisabidas *sobre lo que deben pensar y decir*. Y esto no ocurre sólo con los escritores. Ocurre en la ciencia, en las demás artes y hasta en el deporte.⁷⁴

La dependencia cultural es, a sus ojos —como buenos nacionalistas anti-iluministas—,⁷⁵ un terreno tan estratégico como la tradicional dependencia económica: "Cuando un pueblo se plantea críticamente el problema de su literatura nacional, puede asegurarse que ha tomado conciencia de su destino histórico".⁷⁶ Por eso sus polémicas están constantemente combinadas con luchas en torno al poder cultural, en un campo que incesantemente recrean nombrando a sus antagonistas; para librar su combate se colocan verticalmente por encima del espacio intelectual, en

⁷³ Arturo Jauretche, quien emplea esta fórmula, está pensando en algo muy similar a la lucha de la Causa contra el Régimen de la Tradición Yrigoyenista.

⁷⁴ *Todo*, 21 de enero de 1965, cit. por Galasso, N., *Las polémicas...*, op. cit., p. 118.

⁷⁵ No es casual que Fermín Chávez coloque, como epígrafe a su libro *Historicismo e iluminismo en la cultura argentina*, un párrafo de Herder.

⁷⁶ Así comienza el capítulo II de *Imperialismo y cultura*, cuando Hernández Arregui inicia su análisis de la Argentina. Op. cit., p. 71. O bien, en *¿Qué es el ser nacional?*: "... vemos que el 'ser nacional' es el proceso de la interacción humana, surgido de un suelo y de un devenir histórico, con sus creaciones espirituales propias —lingüísticas, técnicas, jurídicas, religiosas, artísticas—, o sea, el 'ser nacional' viene a decir cultura nacional". Ed. Plus Ultra, edición de 1973, p. 18.

esa posición donde un acabado saber (libresco o no) de la calidad cultural autoriza a discriminar, a clasificar, y a llevar a cabo una operación principalísima: *dar legitimidad a juicios ideológicos a través de la demostración de su capital cultural*.

Arturo Jauretche y Hernández Arregui fueron dos figuras centrales en el movimiento de reorganización del campo intelectual que proporcionó a la izquierda nacional y, con ella, a la nueva generación, otras maneras de relacionar política y cultura. Mientras el espacio intelectual de la izquierda lograba, no sin dificultad, una unidad basada en posiciones políticas —tan simples como abarcadoras—, otorgando autonomía a las opciones culturales, hombres de la izquierda nacional (o del nacionalismo popular) efectuaban, de alguna manera, el camino inverso: a partir del reconocimiento del valor intrínseco de las opciones culturales, denunciaban el mal uso de esos valores en nombre de otros, los de la Nación. Cuando numerosos portavoces de la cultura de izquierda habían construido un espacio alternativo, emergieron a la palestra intelectuales que, siguiendo a Raymond Williams, se pueden considerar “plenamente opositores”: “comienzan característicamente con ataques a las formas artísticas predominantes y a las instituciones culturales, y a menudo con ataques ulteriores a las condiciones generales que en su opinión las sustentan”.⁷⁷ Ahora bien, la crítica a una cultura por su sumisión a los modelos metropolitanos está obligada, a veces, a subrayar que la defensa de lo nacional no es una reacción contra la Cultura, sino contra cierta cultura. Para ello se requiere demostrar previamente la posesión de esa Cultura, condición para fundar una posición de enunciación legítima. Algunos ejemplos permiten aplicar esta afirmación al caso de estos intelectuales nacionalistas.

No faltaban, por supuesto, los denuestos militantes contra las figuras consagradas de la literatura. Pero si un Muñoz Azpiri, entre tantos otros, se lanza decididamente contra Borges (“un escritor franquista”), amalgamando literatura y política, Jauretche distingue una de otra:

Aquí no se trata de discutir sus consagradas e indiscutidas dotes de escritor sino la posesión de los medios elementales para conocer un pueblo, sus modos, su estilo y su sensibilidad.⁷⁸

⁷⁷ *Op. cit.*, p. 66.

⁷⁸ *La Gaceta de Tucumán*, 20 de septiembre de 1970, cit por N. Galasso, *Las polémicas de Jauretche*, *op. cit.*, p. 58.

La señorita Jurado pertenece al “popolo minuto” del establishment. En la comparsa, toca apenas los platillos, donde Borges —no diría que es bombo (¡horror!)— es el instrumentista mayor. Todos han sido alimentados con la cucharita de oro y saben qué hay que hacer para seguir llevándola a la boca.

Separando la paja del trigo en el plano de la creación dan la prueba de su poder intelectual y, a partir de ese poder, proceden a jerarquizar cultura y política. Se entristece Jauretche viendo en Borges “un pinga que puede ganar clásicos y fundar una sangre, corriendo en cuadreras”, o bien,

Cuando se habla de “medio pelo”, es evidente que Beatriz Guido está en su salsa. (...) Pero socialmente sería un disparate considerar de medio pelo a Victoria Ocampo, que desde ese punto de vista tiene pelo de invierno y del mejor. Además, nunca incurriría en la “gaffe” de poner en la misma línea a una marginal de la literatura como la señora Guido, lamentable “subproducto de la alfabetización” con la señora Ocampo, que está en la pomada, aunque no sea de la nuestra, y por derecho propio.

La calidad es reconocida, separando al escritor y a su actuación pública. Lo mismo en su juicio, posterior, sobre Cortázar:

Si seguimos pensando en Cortázar, no como escritor sino como él mismo parece proponerse, un hombre que hace política respaldado por su prestigio de escritor...

O, más precisamente:

Tal vez sería interesante averiguar por qué siendo un gran literato insiste en mostrar su cara política, que no está a la misma altura.

En cuanto a Borges, se trata de un

...intelectual químicamente puro, artífice o artesano de la belleza en las letras, quien, tal vez para eludir la deshumanización que se le imputa, ha descendido de su torre de marfil para decir sus palabras en el debate que agita a los hombres del común.

Por la voz de Jauretche, si se lamenta la pérdida de grandes escritores para el pensamiento nacional, no por ello se disminuye en un ápice su valor cultural. El punto de vista de Hernández Arregui es, en este aspecto específico, diferente, y así lo anuncia en el prefacio a la primera edición de *Imperialismo y cultura*:

En este trabajo la crítica estética cede a la historia crítica de las ideas. El punto de partida es la consideración de la actividad cultural como ideología, y en especial, con relación a la literatura en tanto personificación encubierta de un ciclo económico (...) La finalidad es probar cómo esa generación (N: la de 1930) fue instrumento del imperialismo que se valió de ella para reforzar la conciencia falsa de lo propio y desarmar las fuerzas espirituales defensivas que luchan por la liberación nacional en los países dependientes. (...) Este tratamiento puede sorprender a aquéllos habituados a concebir el Arte como una forma autónoma y exquisita del espíritu. Pero al margen de sus problemas específicos, el Arte no está en el trasmundo sino en la cabeza histórica de los hombres.⁷⁹

Hernández Arregui asienta el juego de comparaciones y distinciones en otro nivel, el del reconocimiento de la calidad de escritores extranjeros en tanto se han ganado ese derecho como escritores nacionales —en sus países—,⁸⁰ del mismo modo en que (y en esto coincide Arturo Jauretche) discrimina, dentro de las posiciones imperialistas, cuánto hay en ellas de defensa de la grandeza nacional de las metrópolis:

Con el pretexto de la Cultura sin fronteras imitan a Faulkner, a Greene, a Kafka, a Henry James. No reparan que éstos son escritores nacionales, y con referencia a Kafka, la impersonalidad del tema (N: la soledad) es el rasgo del judaísmo internacional como sustituto encubridor del nacionalismo sin territorio. Toda literatura dependiente se asienta en falsos internacionalismos del espíritu que reflejan la disolución de los rasgos comunitarios nacionales. A pesar de

⁷⁹ La opinión de Hernández Arregui, que resuelve, y muy rápidamente, el problema del primer Borges, el de *Fervor de Buenos Aires* y del radicalismo, es diferente: "Jorge Luis Borges, el escritor más representativo del grupo *Sur*, proclamó en 1928 su adhesión a la candidatura de Hipólito Yrigoyen. Cuando Yrigoyen fue derrocado se convirtió al arte puro. Desde entonces ha pasado a ser un escritor canónico. A pesar de sus valores innegables, Jorge Luis Borges no sobrevivirá, pues todo un período de renuncia argentina yace en su castidad poética".

⁸⁰ La "intelligentzia", dice Hernández Arregui, "vuelta a Europa —ahora en gran medida hacia Estados Unidos—, está desconectada de la cultura colectiva. Cultura colectiva que al revés de lo que pasa aquí, es en Europa, materia y espíritu de la vida de una nación, puesto que previamente se ha universalizado a sí misma como cultura nacional, y puede, por tanto, darse el lujo de ser cosmopolita". *¿Qué es el ser nacional?*, op. cit., p. 160.

esa universalidad tales literaturas carecen de resonancia universal, justamente, por su inautenticidad local. En Europa, el arte decadente posterior a 1914 poseyó fuego. Frío, desolador, lo que se quiera. Pero fue un arte".⁸¹

Jauretche no solamente reconoce la legitimidad del arte por el arte, del escritor o del músico valioso en su quehacer, sino que aplica constantemente por lo menos dos metros heterogéneos: el de la calidad artística, calidad en sí vinculada al mismo tiempo a la belleza y al trabajo bien hecho, y el de la aplicación de esa calidad al pensamiento nacional y la apertura a ámbitos de lectura más amplios, populares. En la raíz de esos dos metros está la separación entre el intelectual en su disciplina y su compromiso ciudadano con valores colectivos; aun tratándose de Sarmiento, su *bête noire*, dira: "Sarmiento es para mí uno de nuestros más grandes —si no el mejor— prosistas. (...) Hay que separar a Sarmiento del sarmientismo". Los ejemplos de esta capacidad para juzgar al arte por sí mismo son numerosos; en noviembre de 1955 retorna Juan José Castro y dirige a la Orquesta Sinfónica del Estado en un acontecimiento que el gobierno asocia a su gestión y dice entonces Jauretche en *El 45*:

Sí, maestro, han pasado muchas cosas desde que usted se fue. Entre ellas el gobierno estableció la obligación de que en todo concierto se incluya una obra de autor argentino. Y entonces, usted, maestro, no habría cometido el error de omitir, aunque sea como gentileza, esa nota de buen argentino. Porque usted no es un político. Usted es, nada más y nada menos que un músico. En este país donde se mezclan con tanta frecuencia las vocaciones, los pescadores del río revuelto quieren que un biólogo con premio Nobel o un músico ilustre sean puestos a la altura de un Ghioldi o de un Santander... ¡Y qué quiere, maestro! Nosotros que somos vocacionalmente políticos, no podemos considerarlo a usted nuestro adversario! Por eso esta salutación: ¡Salve, maestro, los que van a deleitarse, os saludan! ⁸²

⁸¹ *Imperialismo y cultura*, op. cit., pp. 147-148. En la misma línea, opondrá, por ejemplo, la duplicidad en el uso del sexo por Beatriz Guido o Silvina Bullrich, un erotismo falseado, al "sexo —la vida profunda— que agita los territorios nocturnos del alma de un Dostoievski, un Joyce, un Hermann Hesse, un Joyce Cary, un O'Neill. El otro es sexo de confitería. En suma, hipocresía".

⁸² Galasso, N., *Las polémicas...*, op. cit.

Jaureche, hablando de escritores argentinos, Hernández Arregui, de una plétora de escritores extranjeros pero 'nacionales', ambos ejecutan discriminaciones análogas, que denotan la capacidad de reconocimiento en uno y otro plano. Jaureche se autoriza, entonces, a lamentar el desperdicio:

...porque un posible Alighieri puede quedar en Góngora y esto es en lo que me duele Borges como frustración colectiva nuestra, esta derrota de las posibilidades de un Alighieri cada vez que triunfa en "gongorita" y se pierde el magnífico destino de ser un derrotado por ahora.

Esta 'esperanza' es formalmente similar a la exigencia de la obra comprometida de izquierda (adecuación de valores culturales a valores sociales) o a la reacción romántica (expresión cultural de los valores específicos de un pueblo).⁸³ Es privativo del nacionalismo cultural de esos años, y no solamente en la Argentina, *fusionar valores nacionales y valores sociales en la lucha dentro de un espacio cultural* cuyos valores y criterios de consagración son asociados a intereses de grupos o clases interesados en impedir la emergencia de una Nación:

Esta inteligencia fue en el orden de la cultura la sucursal poética de la renta territorial. Y así se puso también ella de espaldas al país. Con lenguaje ultraísta o surrealista, esta generación, vanguardista en literatura, es la sirva de la Argentina señorial.⁸⁴

⁸³ No se puede dejar sin subrayar, sin embargo, este aspecto, presente como estilo de expresión en Jaureche y postulado por Hernández Arregui: la resonancia del discurso romántico es demasiado evidente: "Después de 1930 el imperialismo movilizó todas sus fuerzas. En el frente cultural aparecen los intelectuales que progresan a su vera. La oposición a todo pensamiento nacional es uno de los rasgos de esta política bajo la forma de un negativismo que se disfraza de declaraciones universalistas sobre la cultura". Y también: "En lugar de buscar en la gran herencia indígena el trasfondo vital que reasimilado por nuestra cultura europea nos propone un timbre de originalidad, tales círculos prefieren la categoría subalterna de imitadores (...) ignorantes de que las manifestaciones más grandes de la cultura europea han bebido en el 'humus ancestral' del folklore, que es impulso inconsciente, inagotable y creador de toda cultura nacional". *Imperialismo y cultura*, op. cit., p. 134.

⁸⁴ Hernández Arregui, J. J., loc. cit., p. 125.

No prima la *defensa* reivindicadora de una tradición, una lengua o una raza frente a ofensivas cosmopolitas destructoras de las diferencias, sino una *ofensiva cultural* contra los cánones vigentes. Articulando paradigmáticamente cultura y política, estos intelectuales definieron *negativamente* sus proyectos, sindicando a sus enemigos entre quienes, a causa de su vocación universalista, estimaban adversarios de la Nación.

Por proyecto negativo entendemos aquí un movimiento nutrido por las críticas al adversario más que por la defensa de atributos, filiales sustantivamente, provenientes de una comunidad despojada. Esa negatividad, entroncada a una materia inmanente e indecible,⁸⁵ se manifiesta en las sucesivas remisiones de un plano al otro: contra una literatura cuyo carácter antinacional se comprueba en las posiciones políticas reaccionarias de sus autores,⁸⁶ contra una política antinacional verificable en las decisiones económicas proimperialistas tomadas, contra decisiones económicas antinacionales distinguibles por sus antecedentes históricos liberales, contra una historiografía antinacional visible en sus opciones sociales antipopulares, contra políticas sociales antinacionales⁸⁷ verificadas en sus expresiones literarias elitistas. La preocupación de estos intelectuales consistió, precisamente, en ofrecer pruebas de las interrelaciones circulares que dan vida a la *anti-nación*, interrelaciones nutridas por intereses económicos, por posiciones de poder y por la "traición de los letrados", sometidos tanto a la presión de los aparatos culturales argentinos cuanto a la fascinación por las culturas extranjeras.

Esas mismas oligarquías que pregonan una literatura apócrifa, como históricamente corresponde al estadio colonial que representan, y que

⁸⁵ Como asevera Hernández Arregui, "en la base, pues, del 'ser nacional' se encuentran las clases sociales, y dado que la actividad del hombre en comunidad es un proceso que se anuda en las tempestades de la vida colectiva, el 'ser nacional' manifiesta su diversidad, en la lucha política de una nación, ya que la política es la actividad práctica del hombre histórico, del hombre vivo, a través de las clases sociales contrapuestas entre sí. (...) En síntesis, el 'ser nacional' no es uno sino múltiple". *¿Qué es el ser nacional?*, op. cit., p. 19.

⁸⁶ "No adornamos a las masas. Si la clase obrera es depositaria de ese ideal histórico ese carece de compromisos con el pasado y con el imperialismo". *Ibid.* p. 30.

⁸⁷ *Imperialismo...*, op. cit., p. 134.

no pueden abreviar en las fuentes de la cultura colectiva, ni mirar hacia adentro, pues tal hecho marcaría al mismo tiempo la declinación de su poderío político consustanciado a su función antinacional.⁸⁸

(Después de 1966, y con suertes varias, la sociología nacional y la ciencia politizada emprenderán sendas análogas.)

Los protagonistas de este impulso nacionalista eran, en conclusión, doblemente exteriores al espacio político-intelectual marxista: insertados plenamente en las querellas culturales, su batalla estaba centrada en la simbiosis entre cultura y política, cuando la izquierda había logrado, mal o bien, una unidad política a través de la figura del intelectual comprometido, independizando la producción cultural. Por otra parte, la asunción de la defensa de lo nacional les otorga, en tanto intelectuales, una sólida plataforma a ser juzgada por sus antecedentes políticos o intelectuales, carente de pecado original. Muy lejos están, por lo tanto, de la intelectualidad de izquierda que mantiene trabajosamente su lazo negativo con la clase obrera gracias a la represión, al voto en blanco o al voto por candidatos obreros/peronistas, y más lejos todavía de quienes promueven incansablemente una miríada de Partidos de la Clase Obrera. Se ha mencionado a menudo el carácter unificador del tema nacional, capaz de borrar las distancias marcadas por otros lazos sociales; cabe también señalar, aquí, sus efectos sobre los intelectuales que lo propulsan: primordialmente, permitir la construcción de una posición de enunciación política que nada tiene que hacerse perdonar. Burgueses o pequeño-burgueses, socios del Jockey Club o profesores universitarios, los intereses de la Nación no hacen distinción cuando las ideas favorecen la conciencia colectiva. Se organizan en consecuencia los cimientos de una palabra intelectual libre de trabas y contradicciones internas fuera de las del discurso intelectual mismo, y un espacio de intervención ideológica sin el gravamen del origen de clase que tanto pesaba sobre quienes no podían dejar de verse como pequeño-burgueses. Las ideas eran, en el marxismo, el fundamento de una eventual vanguardia que permitiría la salvación de una imborrable extracción de clase; en la perspectiva del nacionalismo, en cambio, las ideas abrían esferas públicas de acción, de manera instantánea y con iguales derechos, sin réprobos ni elegidos. El destino de

otros intelectuales de izquierda en el mundo no estaba necesariamente, en esos años, tan dolorosamente entrampado como lo estuvo el de los argentinos; muchos tenían, aunque más no fuera, un partido obrero capaz de funcionar como escena de negociación, de división de funciones o, aun, como figuración del obstáculo; en otros casos la inexistencia de un tal partido abría anchas perspectivas a la comunicación entre intelectuales y clases populares. Hubo, sin duda, otras combinaciones pero probablemente no peores que las ofrecidas por la Argentina a sus marxistas: una clase obrera fiel a una identidad política sin partido. Dos caminos principales, ya se sabe, quedaron abiertos en consecuencia: el respeto hacia la ley marxista o la adopción de la identidad política obrera.

La cuestión nacional, articulada por enfrentamientos eminentemente culturales, contribuyó, a partir de su doble combate contra el *establishment* y contra la "intelligentzia cipaya", a fundar la modalidad argentina particular del "mito nacional-revolucionario" al que se refiere Touraine, "según el cual la integración nacional debe formarse a través de la lucha anticapitalista":

El término *mito* es adecuado en el sentido en que clase y nación no aparecen más que como las dos caras del mismo actor en las luchas por la liberación. Pero es precisamente porque esta fusión no es realizada prácticamente que ella es proclamada ideológicamente o, mejor dicho, míticamente. Este mito nacional-revolucionario es tanto más fuerte en la medida en que es sustentado sobre todo por intelectuales en ascenso social y que hablan en nombre de categorías populares que están masivamente excluidas o reprimidas.⁸⁹

⁸⁸ Touraine, A., *La parole et le sang*, op. cit., pp. 141-142. (Traducción nuestra.)

⁸⁹ Touraine, A., *La parole et le sang*, op. cit., pp. 141-142. (Traducción nuestra.)

V. Las opciones

Hemos hablado hasta aquí, en resumen, de una busca de la realidad nacional reforzada por el carácter polémico de esa verdad, que venía a combatir con la historiografía convencional y el sentido común creado a partir de la escuela. Para descifrarla, la pertenencia a una u otra clase social no generaba obstáculos ni duda desgarradora; a diferencia de la izquierda, los nuevos nacionalistas no veían en su origen social impedimento alguno a la fusión con la clase obrera: integrantes del pueblo por su vocación nacional, nada les impedía tomar la palabra para destruir otras verdades allí donde la izquierda se decía portadora de la verdad de otros.

El marxismo garantizaba la verdad de la izquierda, pero introducía simultáneamente la clásica sospecha¹ —ya expresada por *Contorno*— en quienes ocupaban el lugar de una clase que no era la suya para hablar en su nombre, los intelectuales que, al fin de cuentas, se reconocían a través de la misma misión tutelar asumida por los socialistas desde principios de siglo, y cuya forma más acabada era el Partido. No sorprende, por lo tanto, que Hernández Arregui responda a la, para él, 'mejor pluma política del país', afirmando sin ambages:

Jorge A. Ramos piensa que hay que superar a Perón por medio de un partido socialista nacional. Y yo sostengo que si Perón no estuviera

¹ Esta sospecha, si es novedosa entre los intelectuales argentinos, no los distingue de ningún modo en el clima intelectual de la izquierda en occidente. Los argentinos poseían, en cambio, el dudoso privilegio de contar con una prueba nada metafísica del problema: allí estaba su propio antiperonismo para recordárselo.

a la altura de la revolución nacional y de sus objetivos posibles, las masas lo habrían abandonado. Esta posición del proletariado argentino aclara, por otra parte, lo que Ramos encuentra inexplicable. Mi condición de peronista y de marxista. Que significa una adecuación objetiva de mi pensamiento al grado de desarrollo de la conciencia política del proletariado nacional. De la cual Perón es el símbolo.²

La novedad de la izquierda nacional, o de cualquier combinación de esos términos, residía en que, por primera vez en la Argentina, se producía la simbiosis entre nación y pueblo, en un sentido muy parecido al que animaba a los narodniki socialistas rusos de la década de 1870. El hiato entre la conciencia posible y la conciencia real de la clase obrera quedaba anulado en tanto problema político, aunque subsistiera como interrogante ideológico, desapareciendo con ello el soporte legitimador de las izquierdas y sus partidos. No lo entendían así éstas, cuya *raison d'être* era encarnar la conciencia real, nacional, socialista y revolucionaria, haciéndose puente con la conciencia posible, peronista. Pero el tiempo, dimensión crucial en un proceso teóricamente unidireccional, jugaba en la Argentina un rol ambivalente: la unidad política de la clase obrera se mantenía intacta, como lo aseguraba su tenacidad tanto electoral cuanto sindical, pero su signo, peronista, auguraba una escena de intervención de más en más cerrada para la izquierda.

La intelectualidad progresista había dado una respuesta a la cuestión obrera y otra a la cuestión peronista pero ninguna a la de los obreros peronistas, y esto era la fuente de una ambigüedad que colocaba su identidad en suspenso. La unidad provista por lo que hemos llamado el lazo negativo y por la Revolución Cubana fue integrando y otorgando autonomía al espacio cultural gracias a esos puntos de sutura ideológicos. Confirmados en su tarea por la posesión de instrumentos teóricos infalibles, quienes estaban abocados a la interpretación de la coyuntura política persistían, con una firmeza tanto mayor cuanto más terca se mostraba la lealtad obrera al peronismo, en la elaboración de esquemas cuya autonomía nada tenía que envidiar a la que habían adquiridos los productos culturales. Esgrimiendo una lógica que contrastaba con aquélla, extremadamente simple, de Hernández Arregui, el Partido Socialista justificaba la participación en el sufragio:

² En *El Popular*, núm. 12, 9 de diciembre de 1960, p. 13.

Es la esencia misma del partido, su raíz proletaria, lo que le señala el camino. (...) Es que las proscripciones no son para el Partido Socialista hechos que le son ajenos. Advertido de la razón social, de la razón de clase que las determinara, rescata a través de su "legalidad" las "ilegalidades" decretadas por la burguesía argentina. (...) La proscripción del peronismo era para el peronista un acto parcial, que sólo lo afectaba a él, aunque en el fondo hubiere una razón burguesa en su ilegalidad. Respondía a tal proscripción como peronista y si se lanzaba a la insurrección no lo era por toda la clase, sino en el interés político del peronismo. La legalidad del Partido Socialista al unir en sí las ilegalidades, rescata la parcialidad de las proscripciones y da una única respuesta, que ya no es ni peronista ni comunista ni tampoco partidariamente socialista, sino total y exclusivamente proletaria. Con su legalidad así ofrecida, el socialismo rompe la estructura política creada por la burguesía.³

Con todo, no faltan, en el mismo partido, voces sensatas, tal la relativamente solitaria de Torcuato Di Tella, alertando contra "el peligro de ser el único grupo legalmente reconocido y adoptar el antipático papel de vehículo legalizado, y oficialmente tolerado, de expresión de la clase obrera, sin que ésta se lo haya pedido".⁴

El primer paso, autocrítico, fue dado en 1960. La oposición total al régimen peronista había sido un error. Ahora bien: habiendo expulsado discursivamente a Perón del juego político y considerando al régimen peronista como un período concluido de la historia argentina, un hecho seguía presente, confirmado por cada elección y por cada episodio sindical: las clases populares seguían siendo peronistas. ¿Cuál podía ser el sentido de este fenómeno? ¿Cuáles eran sus causas? Estos interrogantes comenzaban a trabajar, insistentemente, la reflexión de quienes no estimaban que la adhesión al peronismo era la verdadera expresión de los intereses de la clase obrera. Y a través de esta

³ Enrique Hidalgo, *Situación*, núm. 8, junio de 1961, pp. 5-6.

⁴ En "¿Una izquierda política o una izquierda de lógica?", *Situación*, núm. 6-7, diciembre de 1960, p. 13. Di Tella, fiel a sus convicciones, se interesa en el papel de los intelectuales dentro de un partido obrero y, con esa sensatez que es la suya apunta: "...evidentemente es muy difícil la situación de un socialista en una sociedad que aún no está madura para el socialismo" y que ".....el simple hecho de que si la clase obrera no ve claramente esos objetivos, o no los aprecia, entonces no hay fuerza en el mundo capaz de imponerlos". *Ibid.*, p. 16.

reflexión sobre la identidad popular los intelectuales están planteando, en verdad, la cuestión de su propia identidad.

Sin embargo, después de haber disociado al peronismo de su líder, la respuesta no puede ser encontrada directamente y se la busca efectuando un rodeo que la desplaza hacia el pasado: ¿cuáles fueron las razones de la adhesión originaria de las clases populares al peronismo? La alienación, la propaganda totalitaria o la demagogia no eran más explicaciones aceptables. Una respuesta se generalizó, con diferentes matices, afirmando por lo menos dos cosas, simultáneamente: que ante la inepticia de los partidos de izquierda, las masas habían adherido a quien respondía a las demandas de la nueva clase obrera creada por la industrialización y a las aspiraciones nacionales y populares, y que esa adhesión constituyó un momento decisivo en la historia de las clases populares. Para las fracciones marxistas, la clase obrera, aunque controlada por el gobierno y parcialmente desencaminada, pudo convertirse en actor político colectivo, empujando a Perón en una dirección más avanzada de lo que él mismo hubiera deseado; para las corrientes del nacionalismo popular, el peronismo fue un nuevo avatar en la historia de los movimientos de masa que encarnaban los intereses de la Nación. Unas y otras compartían una idea: el peronismo había sido una etapa irreversible y su repetición no era deseada en la medida en que el régimen terminó finalmente dominado por sus componentes antinacionales o antipopulares. Una nueva versión debía, necesariamente, ir más lejos.

Los interrogantes sobre la adhesión obrera al peronismo retornan, durante más de una década, formulados en los diferentes lenguajes que, sucesivamente, dominaron el espacio ideológico-teórico de la intelectualidad argentina, del trotskismo a la teología de la liberación, del nacionalismo al poulantzismo. Porque, como afirmara a mediados de 1960 Hernández Arregui en *El Popular*:

¿Qué es, entonces, lo que debe unir a la izquierda nacional? En lo esencial, un hecho: la comprensión histórica del contenido nacional, antiimperialista y revolucionario del peronismo como movimiento de masas. Tal es la piedra de toque de la izquierda nacional, que sin comprometer su independencia, debe marchar paralela a la acción anticolonialista de las masas latinoamericanas y de sus símbolos concretos, se llamen Perón o Fidel Castro.

En la sociología esos interrogantes fueron casi obsesivos; este debate, naturalmente a golpes de cifras, fue probable-

mente el único verdadero debate en el seno de la nueva disciplina, y tenía lugar, en el fondo, alrededor de los mismos temas que agitaban las reflexiones políticas de los intelectuales. ¿Se trataba de un comportamiento coyuntural, transitorio y con fuertes componentes no racionales? En ese sentido podía ser interpretada la tesis de Gino Germani, según la cual la adhesión a Perón provenía, principalmente, del mantenimiento de las modalidades de liderazgo tradicional imperantes en las zonas rurales, conjuntamente con la crisis de normas experimentada por los migrantes a su llegada a las grandes ciudades. Si de eso se trataba, el fenómeno estaba condenado a desaparecer en tanto tal, a corto o largo plazo, una vez que las condiciones tan singulares que marcaron su nacimiento desaparecieran para dejar lugar a una clase obrera integrada en el medio industrial y urbano. Pero si, en lugar de ello, las razones eran menos contingentes, si el peronismo pasado no había sido el resultado de un proceso irrepetible, el peronismo de hoy no solamente tenía una naturaleza diferente sino que su futuro no era tan previsible. Debía por lo tanto verificarse, y a ello se dedicaron quienes publicarán sus trabajos años más tarde,⁵ si los votos o el apoyo a Perón provenían de migrantes de zonas rurales o de centros urbanizados, si era mayor en grandes ciudades que en regiones tradicionales, o, sobre todo, si existía o no continuidad entre las nuevas orientaciones y aquellas que habían presidido las luchas obreras precedentes, la capacidad de incorporación de las estructuras sindicales preexistentes y el rol de la "antigua clase obrera", portadora de los viejos valores de clase, y el de la "nueva clase obrera" (que podía ser considerada más obrera que nueva o más nueva que obrera) fueron extensamente discutidos gracias al terreno común legítimo ofrecido por el manejo de datos estadísticos. La cuestión residía en saber, en fin, si la adhesión originaria al peronismo debía considerarse algo inusitado, y de allí eventualmente perecedero, o si, en cambio, respondía a razones que nada o poco debían a problemas de orden psicosocial o a los desfases en el proceso de moderniza-

⁵ La revista *Desarrollo Económico* incluye, entre 1972 y 1975, una serie de artículos de autores que polemizan entre ellos; citemos a Peter Snow, Gino Germani, Eldon Kenworthy, Tulio Halperin Donghi y Darío Cantón.

ción del país. Murmis y Portantiero escribieron, en disidencia con las tesis de Germani, que el apoyo al peronismo había sido al fin de cuentas una respuesta lógica y normal de la clase obrera; ésta había encontrado en 1945 los medios para satisfacer reivindicaciones estrictamente obreras de larga data y no era por lo tanto pertinente subrayar el corte entre una "antigua" y una "nueva" clase obrera. La exitosa obra de Murmis y Portantiero tuvo, entre otros, el mérito de legitimar científicamente, en 1971, una respuesta que las corrientes de intelectuales de izquierda habían dado en 1960.

En efecto, una vez reconocido el papel histórico positivo que había tenido la opción obrera en 1945 (el régimen peronista le había permitido adquirir conciencia de su unidad y de su importancia), una franja de la izquierda tomó una franca decisión para interpretar la persistencia del peronismo y, a la vez, encontrar un lugar posible de fusión entre obreros e intelectuales. A la operación de disociación discursiva de Perón y el peronismo le sucede ahora una segunda: *la disociación entre peronismo y clase obrera* a través de una devaluación de las lealtades políticas populares, dejando en su lugar solamente su *realidad de clase*.

La ideología política debe dar respuesta a las necesidades reales de esa lucha y por ello deja de tener vigencia la "política peronista" para tener valor la acción proletaria. (...) Hoy y aquí hay un proceso, que es nuestro si sabemos integrarnos en la *historia* encarnándonos en la clase obrera, *importándonos poco que individualmente sus miembros hayan sentido o pensado y aún hoy sientan y piensen en Perón como solución ideal*.⁶

Ya se había llegado, en 1957, a conclusiones análogas: tan "el partido de la clase obrera" como el Partido Socialista, el Partido Comunista no está afirmando cosas muy diferentes, y, desde la intelectualidad comprometida con la corriente nacional popular, se lee, al día siguiente del 17 de octubre de 1960:

Incluso, hilando fino, puede separarse el 17 de octubre del proceso subsiguiente. La jornada no sería así, simplemente, el preanuncio y la introducción a la dictadura nacional de Perón, sino, por sobre todo, el instante preciso en que la clase obrera argentina, por primera

vez, decide con su peso la solución de una situación política dada. (...) Enderezar la significación del 17 de octubre en la dirección del hecho únicamente peronista equivale a minimizar una gesta que trasciende los marcos anecdóticos y partidario.⁷

La *separación entre clase obrera y peronismo* no sorprende, por tres razones al menos; porque era congruente con el estatus ambiguo de los intelectuales de la izquierda no peronista, porque se adecuaba a las nuevas lecturas de lo social que emergían en la atmósfera ideológica de la época y porque encontraba más de una justificación en la coyuntura argentina.

Era congruente porque, no siendo los intelectuales ni peronistas ni antiperonistas, podían así imaginar una fusión con la clase obrera anulando discursivamente el problema político: puesto que no se refieren sino a *proletarios* —peronistas o no—, están construyendo una entidad homóloga a la intelectualidad: una clase obrera ni peronista ni antiperonista. Estos intelectuales, cuya identidad estaba en suspenso, proceden ahora, en su discurso, a *poner en suspenso la de las clases populares peronistas*. La ventaja es por demás evidente. En un plano homogéneo, donde sólo son significativas las luchas de clase, el foso entre obreros e intelectuales desaparecería, situados ambos en una escena donde las distancias heredadas se habrían desvanecido; los intereses de la clase obrera no pueden diferir del mandato revolucionario de los intelectuales, que son precisamente quienes los han descifrado. No quedaba entonces sino imaginar las articulaciones entre intereses e ideas para poner en marcha una unidad *in nuce*. Esta perspectiva, que pretendía cortar el nudo gordiano de la ambivalencia de los intelectuales, implicaba, como se ve, una decisión ideológica radical: considerar que lo único real es la lucha de clases antiimperialista, *transforma a la política en secundaria, irreal o poco pertinente*:

Nosotros no nos hemos equivocado porque hayamos encaminado mal nuestra opción entre los bandos superestructurales del conflicto que vivió, y aún vive el país, sino porque nos hemos embanderado en los términos superestructurales del conflicto, precisamente.⁸

⁷ Strasser, C., "A propósito del 17 de octubre", *El Popular*, 20 de octubre de 1960.

⁸ Giussani, P., *loc cit.*

⁶ *Situación*, núm. 6-7, diciembre de 1960, pp. 7-8. (Subrayado nuestro.)

Y, enunciado en una frase, "No existe hoy, en Argentina, una división en partidos políticos. Existe, positivamente, una división en clases".⁹

El lazo con el pueblo que las corrientes de la izquierda nacional habían encontrado, negativamente, en la política del voto en blanco, estos intelectuales y militantes marxistas lo buscan positivamente fuera de la política. La visión según la cual las instituciones políticas pierden sustancia, vaciándose de realidad, no desentonaba con el desapego a una democracia tachada de burguesa que sentaba sus reales en las corrientes de pensamiento de izquierda en el mundo occidental, y que la sucesión de 'movimientos de liberación' del Tercer Mundo parecía confirmar.¹⁰

No puede olvidarse, por último, que los acontecimientos en la Argentina justificaban, en más de un aspecto, esta flexión ideológica. La fragilidad del sistema de los partidos y la ilegitimidad de las convocatorias electorales estaban allí para testimoniarlo, mientras la visibilidad del movimiento obrero organizado, por su parte, iba en aumento. La proscripción del peronismo y la ilegalidad en la que se había encontrado rápidamente el Partido Comunista ponían en cuestión muy directamente el sistema de partidos, al tiempo que la presencia de las fuerzas armadas en las decisiones políticas no hizo sino crecer después de 1958, limitando en extremo la capacidad de maniobra de Frondizi; el golpe de Estado devino un componente cotidiano de la vida política.¹¹ Un gobierno que había renegado de su programa, partidos fuera de la ley, medidas de represión, una dirección política

⁹ Situación, editorial, abril de 1960.

¹⁰ Analizando la postura "realista" de la intelectualidad brasileña, Daniel Pécaut señala: "...de ella se sigue que el intelectual no puede tener sino una percepción ambivalente de lo político. Por una parte, el movimiento immanente de lo real no deja subsistir un verdadero espacio político. Si éste existe, sin embargo, parece a menudo ser 'artificial', 'flotante', 'cortado de las realidades'. El intelectual no es el único que toma partido contra la política y sus instituciones, reclamando sea una organización a-política de la sociedad, sea un desarrollo económico que sería susceptible, por sí mismo, de engendrar las estructuras políticas necesarias, sea, aun, un proceso de acumulación respecto al cual las instancias políticas no serían más que la manifestación y el instrumento. Resurge así, en permanencia, la tentación de una negación radical de lo político". *Entre le Peuple et la Nation*, op. cit., p. vii. (Traducción nuestra.)

¹¹ Fueron más de cuarenta los movimientos de presión militares durante los cuatro años de administración frondizista, que resultaban sea

desprovista de control sobre sus decisiones, el reemplazo progresivo de los partidos políticos por los 'factores de poder': la coyuntura argentina proporcionaba argumentos contundentes para decidir que no era en la política donde se encontraba la clave de la transformación de la sociedad. *Era posible, entonces, oponer al peso creciente de los 'factores de poder' la potencia virtual de las clases: ambos hacían abstracción de un sistema político ilegítimo y de un Estado a la deriva.*

La evolución del mundo obrero ofrecía argumentos para apoyar las diferentes posiciones de los intelectuales de oposición. A la movilización posterior a 1955 —el período conocido bajo el nombre de resistencia peronista—, le había sucedido la creciente capacidad de negociación autónoma de la dirección sindical vis à vis del líder exiliado. La nueva generación de dirigentes supo sacar partido de su doble condición de líderes obreros y de peronistas a fin de negociar las coyunturas. Para la intelectualidad de oposición esto materializaba su propia ambigüedad, pero ofrecía, también, la posibilidad de una doble lectura.

En efecto, por una parte le proporcionaba la posibilidad de permanecer en su posición ambivalente, ya que no estaban obligados a definirse respecto al peronismo en tanto opción política; bastaba colocarse, de manera genérica, dentro del campo popular. El voto en blanco o el voto por sindicalistas peronistas era un camino; el apoyo sistemático a huelgas, otro, y no se excluían; gracias a ellos quedaban dispensados de otras decisiones, al tiempo que la represión gubernamental reconfortaba su unidad y coherencia. La evolución del movimiento obrero autorizaba también, por otra parte, una alternativa a quienes estimaban que el peronismo no era el grado de conciencia proletaria deseada. Asistían al proceso de reorganización sindical: la CGT fue devuelta en marzo de 1961 a una comisión de sindicatos, y en enero de 1963 pudo elegir su secretario general. Observaban, además, el incremento de los conflictos de trabajo, respuesta al deterioro de la situación obrera; habiendo alcanzado su punto culminante en 1959 y duramente reprimidos, fueron reemplazados por un encadenamiento de huelgas generales a partir de 1960. No era seguramente fácil adivinar en ellas el comienzo de una estrategia

del enfrentamiento entre las tres armas o en el interior de una de ellas, sea contra las autoridades militares designadas por el Poder Ejecutivo. Pero, sobre todo, respondieron al objetivo de imponer modificaciones a una dirección política debilitada.

sindical de presión directa sobre el Estado y fueron saludadas, en cambio, como el preámbulo de un proceso revolucionario. La alegoría cubana (que se duplica con Sartre cuando *Che* pone en primera página *Huracán sobre el azúcar tucumano*)¹² está presente en la nota sobre el paro de 72 horas de la CGT: *Ya no puede haber huelgas lampiñas*.¹³ En el mismo número y bajo el título "Huelga y Política" se afirma:

Muchas son las consideraciones que pueden tejerse alrededor de la huelga general de 72 horas. Ellas pueden referirse, si así se desea, al terreno gremial, de manera exclusiva. Pero no sería posible hacerlo. (...) Al amparo de la huelga ferroviaria y su consecuencia, el paro general, la línea divisoria en el país se ha precisado. La lucha de los obreros por la independencia económica y la justicia social se ha transformado en piedra de toque para definir posiciones, para deslindar campos (...) obligan a que la gente se plantee como conflicto total lo que el gobierno quiere que sea considerado como un conflicto parcial. Obligan, al cabo, a la "ingerencia" de la política, porque ubican todos los problemas dentro de las alternativas de lucha por el poder.¹⁴

La fisonomía electoral de la clase obrera conservaba su vigor; después de las elecciones parciales de 1960 el voto en blanco vuelve, aproximadamente, a su nivel de 1957, pero todas las dudas sobre su sentido político estaban permitidas gracias a la confusión que reinaba en el seno del movimiento peronista. Su fisonomía sindical mostraba una vitalidad y una capacidad de lucha que la ofensiva gubernamental no conseguía desarmar. En consecuencia, como lo anunciara la opción proletaria del Partido Socialista Argentino y como lo harán, luego, quienes decidan que la hegemonía vandonista era un ejemplo acabado de aburguesamiento sindical, se hacía posible disociar al peronismo de la clase obrera; pero era posible también apreciar su doble solidez, política y sindical, y mantener la referencia al bloque 'obreros-peronistas'. El problema del lugar de los intelectuales se planteaba en uno y en otro caso. La preeminencia de los intereses proletarios sobre sus orientaciones políticas otorgaba, co-

mo dijimos, una identidad política a quienes consideraban poseer la teoría que permitía interpretarlos, a partir de la cual podían organizar los partidos llamados a iluminar a las clases populares. Los intelectuales enrolados en la tarea de crear un movimiento nacional, popular y revolucionario estaban en una posición menos cómoda. Si el triunfo del voto en blanco confirmaba la justeza de su opción, la precisión de un programa para ese movimiento los enfrentaba con los límites que la diversidad de corrientes involucradas suscitaba. El empeño por establecer algún programa era, en verdad, una contrapartida razonable de la unidad negativa forjada a través del voto en blanco. Pero ella dibujaba, sobre todo, un lugar virtual para los intelectuales. El equivalente del papel que unos se atribuían en tanto intérpretes de los intereses de la clase obrera, otros lo plantean en tanto productores del programa de un frente nacional y popular. En uno y otro caso se reivindicaba, a partir de la posesión de un conocimiento sobre lo social, una inserción capaz de orientar procesos que, sin ella, quedarían cegados por sus contradicciones.

La coyuntura de 1962 había dado materia para la extrapolación de la vía cubana en la Argentina. El sindicalismo parecía tomar una orientación contestataria, que el Programa de Huelta Grande —rápidamente olvidado— parecía materializar, tanto como el peso de los dirigentes sindicales 'duros'. Las elecciones sin proscripciones de 1962 habían concedido victorias importantes al peronismo sindical organizado alrededor de la Unión Popular —que había arrancado el visto bueno de Perón—, gracias a la convergencia de la casi totalidad de los votos de oposición, entre los cuales se contaban los de importantes franjas de intelectuales y de clases medias movilizadas. El apoyo inesperado del peronismo a los candidatos socialistas en una localidad del norte del país, que los llevara a afirmar, con fervor, que "Añatuya es el primer territorio libre de la Argentina", o las alianzas del Partido Comunista y el peronismo en provincias habían dado argumentos a la esperanza de una conversión del peronismo. Pero la situación cambió a partir de 1963 o 1964, y se hacía más difícil diagnosticar como lo habían hecho en 1960 algunos socialistas:

Creemos que las condiciones subjetivas del desarrollo de la lucha de clases ha llegado a un punto tal de madurez que, si tomamos como ejemplo ya sea los plenarios de las '62', ya sea los plenarios de las

¹² Año 1, núm. 16, 16 de junio de 1961.

¹³ Nota de Julia Constenla, *Che*, año 2, núm. 27, 17 de noviembre de 1961.

¹⁴ *Loc. cit.*, "Panorama", p. 4.

delegaciones regionales de la CGT, nos atreveríamos a afirmar que viene latiendo en su seno la programática del FRENTE OBRERO NACIONAL.¹⁵

O elaborar, como lo hacía, también desde las columnas de *Situación*, Horacio Sormani, los rasgos del "Contra Plan".

Los intelectuales no podían saber que Córdoba iba a rebelarse pocos años más tarde y se encontraban, al contrario, frente a una realidad decepcionante. El desempeño de los parlamentarios peronistas o neoperonistas elegidos en 1965 les confirmaba —no sin razón— la convicción de que la dirección política del peronismo estaba bajo el control de una burocracia mediocre, de una "burguesía peronista". Por otra parte, y esto era más grave, el poderoso aparato sindical, que comenzara su curva ascendente en 1963, negociaba y defendía el ingreso obrero gracias a su capacidad de presión sobre una escena política fragmentada y frente a un gobierno debilitado. En ese sindicalismo los intelectuales vieron más que otra cosa un aburguesamiento de dirigentes y, muy rápidamente, concluyeron que sus movimientos traducían la naturaleza burocrática de sus estructuras. Las esperanzas de una reorientación de las luchas hacia posiciones contestatarias o hacia un enfrentamiento anticapitalista se desvanecían. Las listas peronistas de la Unión Popular habían arrastrado a buena parte de la intelectualidad de oposición en un voto que mucho tenía de sanción electoral a Frondizi; el triunfo de la Unión Popular en casi todas las provincias y especialmente el de Framini (de la lista de los duros del sindicato textil), para el estratégico cargo de gobernador de la provincia de Buenos Aires, soliviantó a las fuerzas armadas y, a pesar de la intervención decidida por el Poder Ejecutivo, el presidente fue transportado a la isla Martín García. Le siguió el interregno de Guido, la anulación de las elecciones y la disolución del Congreso. Después de un enfrentamiento entre fracciones del Ejército, la presidencia de Arturo Illia¹⁶ transcurrió, al principio, en un clima de relativa calma, y el presidente cumplió su promesa de anular los contratos petroleros y de llamar a elecciones sin proscripciones en 1965. El Dr. Illia carecía, indudablemente, del glamour indispensable para suscitar las pasiones

¹⁵ Aramburu, O., *Situación*, núm. 5, 1960, p. 4.

¹⁶ Illia, con dos millones y medio de votantes, no tenía la mayoría necesaria, pero la solución fue encontrada en el Colegio Electoral.

que otros presidentes habían provocado, y fue necesario el 'milagro Fracchia' para demostrar más tarde que, lejos del estancamiento y la inacción que *Primera Plana* —entre otros— se ocupaba en divulgar, el país estaba bastante correctamente administrado y crecía a un ritmo perfectamente aceptable.

Aquí y allá emergen balances que morigeran el entusiasmo de los años anteriores, pero no son, de ninguna manera, la expresión unánime de los intelectuales de oposición:

Los diversos grupos políticos que se reclaman marxistas y postulan el carácter ontológicamente revolucionario de la clase obrera universal (...) han creído descubrir la vanguardia obrera ora en los activistas sindicales, ora en los delegados de sección, ora en las comisiones internas de fábrica, ora en las oposiciones sindicales o en las listas opositoras que compiten con la dirección sindical establecida. (...) La nula cosecha obtenida por los grupos marxistas confirma las características quietistas y conservadoras de la clase obrera argentina. (...) Para los revolucionarios marxistas que consideran a la clase obrera como agente de cambio histórico, el conservadurismo y quietismo actuales de la clase obrera argentina no ofrece motivo alguno de entusiasmo.¹⁷

Entre quienes "han creído descubrirla en los comités de fábrica" tampoco reina, sin embargo, el optimismo. El grupo *Pasado y Presente*, observando el conservatismo derivado de las relaciones capitalistas de trabajo, reitera la escisión entre condición proletaria y adhesión política popular. La necesidad de elegir entre ideología y situación de clase o, en otros términos, entre peronistas y obreros, persiste. Hay, sin embargo, un deslizamiento en la definición de los términos. En efecto, Aricó, en buen marxista, va más allá de la crítica a la burocracia sindical, *bête noire* de la izquierda, y rastrea, en el plano de las relaciones de trabajo, a la vez la fuente del conservatismo y las verdaderas contradicciones de clase. Los movimientos de revuelta obrera en el eje de referencia de *Pasado y Presente*, que unía Córdoba con Turín, no fueron ajenos a su opción por la fábrica:

Si no se puede dirigir al proletariado hacia objetivos de transformación revolucionaria permaneciendo fuera de la fábrica (ésta es la tra-

¹⁷ Polit, G., en "El legado del bonapartismo: conservadurismo y quietismo en la clase obrera argentina", *Fichas de investigación económica y social*, año 1, núm. 3, septiembre de 1964, p. 72.

gedia de la izquierda argentina), si la acción política no puede comenzar allí donde terminan las relaciones de producción, so pena de escindirse completamente de la clase, una conclusión se nos impone con fuerza de indiscutible verdad: la necesidad de revalorizar el lugar de producción, la fábrica.¹⁸

Pero, diferencia capital para nuestros intelectuales, se encuentra allí a la vanguardia política, ese lugar privilegiado que aspiraron ocupar el Partido Comunista, los fervorosos militantes que habían transformado al viejo Partido Socialista, y cuantos proseguían, guiados por hondas convicciones, animando la reproducción de unidades político-ideológicas. Puesto que el partido revolucionario era, ante todo, una alternativa de inserción para intelectuales movilizados en busca de su "misión social", abandonarlo los devuelve a su posición originaria, "la tragedia de la izquierda argentina", conduciéndolos a reiterar, puntualmente, el interrogante que había inaugurado *Contorno*: ¿qué puede hacer una generación de jóvenes intelectuales de clase media?

¿Cómo se plantea en el momento actual la creación por parte del proletariado de una capa de intelectuales que contribuya a otorgarles una plena autonomía ideológica, política y organizativa? El hecho de que este problema siga sin resolución ¿no significa la quiebra de una forma de concebir la unidad intelectuales-clase obrera, clásica en la izquierda argentina? (...) Cerrado el camino de un partido de izquierda como única y concreta vía de aproximación a la clase trabajadora ¿cuál es la posibilidad que se le ofrece al joven intelectual proveniente de las capas medias de fundirse con la clase obrera?¹⁹

Y Sebreli, desde *Marcha*, resume el dilema del intelectual de izquierda de su generación: considerar como "única forma de lucha eficaz la adhesión al Partido revolucionario", pero reconocer que "ese partido no existe en Argentina".

Esta es la lamentable situación del intelectual argentino de izquierda de nuestra generación: vivir en un presente vago, agitado y caótico, entre las ruinas de un pasado semiderruido y un porvenir que sólo se entrevé por momentos, un mundo poblado por espectros que,

¹⁸ Aricó, J., *op. cit.*, p. 55.

¹⁹ *Ibid.*

como los de Musset, son "mitad momias y mitad fetos" (...) nos condena a una existencia estéril y solitaria, desde la que asistimos impotentes a un juego de fuerzas extrañas: las luchas a veces grotescas, a veces sangrientas entre las distintas fracciones de la derecha, sin poder tomar posición.²⁰

Esa "lamentable situación" podrá achacarse a un incorrecto análisis de Sebreli, y no faltaron por supuesto quienes se lo señalaran, pero en ningún caso a una eventual marginalidad en el espacio intelectual de la época: en 1964 había publicado uno de los libros de mayor venta en la Argentina, *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*,²¹ provocando las iras de más de un intelectual (viendo en él el libro que "cualquiera hubiera podido escribir, combinando conceptos teóricos y frases periodísticas") y abriendo un debate, en *Marcha*, con Eliseo Verón y Oscar Masotta. Ya en ese momento las críticas provinieron no solamente de la élite intelectual marxista y modernizada sino también de la nueva generación nacionalista:

Los intelectuales argentinos sólo conocen una cultura y ésta es vaga, abstracta, antinacional. En nombre de ella se han opuesto al peronismo y después de diez años de resistencia del pueblo frente al poder de las minorías cipayas, siguen sin comprender nada de lo que pasa a su alrededor. Entonces, en su crisis, lo niegan todo. (...) Esta filosofía de la desesperación, que hipoteca el porvenir de la intelectualidad, sólo puede ser quebrada si el compromiso del intelectual coincide con las etapas y los fines que se proponen las masas en la vida nacional. Desde esta dimensión, si sus verdades encarnan en las exigencias concretas del avance revolucionario, los intelectuales podrán ser también los constructores de la liberación argentina.²²

Las sucesivas verificaciones del hiato entre intelectuales y pueblo, y de la persistente ausencia del Partido Revolucionario, no llevó solamente a elaboraciones teóricas de la condición obrera o a ese porvenir previsto, irónica pero certeramente, por

²⁰ "Testimonios de una generación", *Marcha*, Montevideo, 23 de abril de 1965, p. 10.

²¹ Y, poco después, *Eva Perón ¿aventurera o militante?*, que tampoco pasó desapercibido.

²² Flury, V., en "Los intelectuales y el movimiento de masas", *La Unión Americana-Centro de Estudios Felipe Varela*, año 1, núm. 3, julio-agosto de 1965, p. 22.

Sebreli: "visitar muchos países socialistas, conocer muchos grandes hombres o leer y escribir muchos libros".

El espacio ideológico que había tomado cuerpo después de 1955 entraba ahora en su fase de madurez: mes a mes se creaban y recreaban unidades con vocación política sustentadas en un trabajo cada vez más barroco sobre lo ideológico. Hasta quienes compartían las observaciones de Aricó —*et pour cause*—, extraían muy distintas perspectivas de intervención:

Las potencialidades del proletariado sólo se conservan en el seno de la empresa, lugar donde el sistema muestra toda su explotación, y donde, por lo tanto, la izquierda revolucionaria encuentra los datos de la contradicción fundamental que con su lucha quiere superar. (...) el nudo que determina las relaciones entre la clase y su destacamento de vanguardia está fijado en la capacidad de éste para realizar un análisis correcto, histórico, de la estructura económico-social de un país, de las correlaciones entre las clases y de las contradicciones fundamentales y derivadas que emergen de la sociedad nacional. (...) La causa fundamental de la incomunicación entre la izquierda y la clase obrera argentina es que los lazos entre ambas siempre intentaron ser anudados a nivel político, en relación con las contradicciones secundarias de la sociedad argentina y no con la contradicción fundamental.²³

Por uno u otro camino, con partido o sin él, buena parte de la intelectualidad marxista, exhausta frente al desafío involuntario de la clase obrera peronista, estaba consolidando el camino que recorrerán las diferentes respuestas políticas durante la década siguiente, y hasta inventando la manera de recorrerlo: que "nuestros pies se hagan ligeros y nuestros cerebros veloces, con lo que estamos seguros de la victoria".²⁴ Ese camino descansaba sobre la separación, forjada durante los años precedentes, entre *clase* y *partido*, entre combates sociales y combates políticos. Porque en el mismo momento, y a partir de observaciones análogas, otros intelectuales, marxistas también, llegarán a la conclusión opuesta. Irán a buscar en el plano político lo que Aricó persigue en el plano del trabajo: los medios para poner en movimiento la potencialidad popular que se supo-

²³ Portantiero, J.C., "Crisis en la izquierda argentina", *Táctica*, Ediciones V.R., núm. 1, enero-febrero de 1964.

²⁴ Así exhortaba Vanguardia Revolucionaria en 1964 a los militantes revolucionarios, citando a Mao.

nía aplastada por aparatos burocráticos. Y, recurriendo al único "término de unidad", adoptaron la consigna "Luche y vuelve. Perón". Novedoso como lema político, sus hipotéticas implicaciones habían sido pensadas:

Si en la Argentina la clase obrera desplegara una alta combatividad en procura de un objetivo puramente conservador como sería la legalidad electoral para Perón, es probable que la clase se viera enfrentada a todo el sistema social imperante y, llevada por la marcha de la lucha, se convirtiera en agente de cambio histórico.²⁵

Ahora bien, de manera imperceptible, este slogan dejará de cumplir la función de *medio* que le habían atribuido revolucionarios impacientes para convertirse en un *fin en sí*, y, si no logró forjar la unidad revolucionaria de la clase obrera, contribuyó en cambio a despertar y dar un sentido a la identidad política de una vasta juventud movilizada. Pocos años más tarde millares de jóvenes responderán afirmativamente a la pregunta que los comunistas, fastidiados, habían planteado en 1960:

La idealización del obrerismo de Perón parece ser el común denominador del conglomerado de la neozquierda (...) El peronismo —escribe el trotskista Nahuel Moreno después de compartir plenamente la tesis bonapartista de Ramos— "unificó políticamente a toda la clase obrera del país". Y si nada queda fuera de este *toda la clase obrera* ¿qué puede hacer un partido obrero y qué otra ideología que la del peronismo puede adoptar?²⁶

²⁵ Polit, G., *loc. cit.*

²⁶ *Cuadernos de Cultura*, op. cit., p. 33.

Epílogo

La vaga pero potente unidad forjada en torno a Cuba¹ generó un espacio cultural dotado de una autonomía basada en un número limitado y polisémico de acuerdos ideológicos, y abierto, en consecuencia, al torbellino de la expansión cultural de los *sixties* que tenía lugar en el exterior, pero también en una Argentina que multiplicaba y diversificaba sus creaciones o inquisiciones. A medida que avanzaba la década, sin embargo, el contexto político argentino, bajo la benigna presidencia radical, mostraba un peronismo dominado por sus versiones menos intransigentes y por un sindicalismo abroquelado en la defensa de los intereses obreros a través de la negociación política. Las fracciones del peronismo revolucionario o eran inconsecuentes o permanecían en los márgenes del movimiento; si la cgr de los Argentinos se abrió, como nunca lo había hecho una organización sindical, a grupos intelectuales, no podía hacer olvidar la demasiado evidente relación de sus fogosas actitudes con su escasísimo peso en el movimiento obrero y con la defensa de sectores en crisis.

¹ En el recuerdo de Beatriz Sarlo: "Vanguardia y revolución: durante algunos años, los intelectuales argentinos de izquierda creímos que tensiones jamás resueltas (que habían marcado el destino de artistas como Meyerhold o Maiacovski) habían encontrado sus vías de síntesis. (...) Cuba no solamente traducía la revolución al castellano, sino que se convertía en un espacio gigantesco de mediación: allí se encontraban los intelectuales y los artistas, los políticos y los milicianos revivían allí, casi byronianamente, una versión romántica del compromiso". En "El campo intelectual: un espacio doblemente fracturado", Reunión sobre *"Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino"*, Universidad de Maryland, diciembre de 1984.

La *Revolución Argentina* del General Onganía, en 1966, tuvo al menos el mérito de devolver a lo político atractivos perdidos. Culturalmente retrógrada y económicamente modernizante, daba por terminada, además, una política indudablemente poco heroica, colocando a todos —o casi todos— en un pie de igualdad. La intervención de la universidad y la suspensión de los partidos políticos cerraba institucionalmente esa escena de la cual la intelectualidad —nacionalista popular o marxista— estaba excluida. Y, una vez más, un gobierno, que por añadidura consagró el país al Corazón de María, se ofrecía como adversario de todos: de la vanguardia estética, de los contestatarios marxistas, del nacionalismo, de las disidencias sindicales. El Cordobazo, en 1969, reuniendo a obreros y estudiantes en las calles, vino a ofrecer la prueba de que un camino se había abierto; no previsto ni en los cálculos del poder ni en los de la oposición, e indescifrable, se convirtió en la señal de que algo diferente y nuevo era posible en la Argentina, aunque se ignorase la manera de repetirlo o ampliarlo. De ese mismo misterio derivó su fuerza simbólica y su capacidad de servir a muy diferentes proyectos de acción.

La anulación por decreto gubernamental de la actividad partidaria coincidía, por otra parte, con la denegación discursiva de la esfera política institucional efectuada por los intelectuales, embarcados ya en la construcción de una compleja red de distinciones culturales, con sus debates sobre el conflicto sino-soviético o las polémicas acerca de las contradicciones principales y secundarias. Esa red de posiciones otorgaba una identidad imaginaria a un campo donde resulta tan difícil como inútil intentar separar convicciones de estrategias de diferenciación. En la Universidad, la unidad en torno de la Reforma había estallado, reemplazada por divisiones en el seno de una izquierda exacerbada por divisiones ideológicas; a pesar de las denominaciones de los agrupamientos estudiantiles sería erróneo concluir, de la fragmentación de las antiguas lealtades, que se había producido una penetración del sistema político en el territorio universitario. Se trataba, más bien, de la transformación de éste en un campus político separado, puesto que esos 'partidos' reclutaban casi exclusivamente universitarios y profesionales.

Comenzamos este libro observando que la fragilidad del campo cultural argentino debía más a las distinciones ideológicas fabricadas por los intelectuales, que a una interferencia eficaz del campo político en las reglas de juego culturales. (Tales interfe-

rencias no estuvieron, sin embargo, ausentes: sea desde la política definida por *La Nación* y buena parte del aparato cultural, sea desde la intervención —utilizando recursos económicos e institucionales— del Partido Comunista o de La Habana; su función fue análoga a la producida por las intervenciones gubernamentales en las universidades, en la medida en que las elaboraciones culturales estaban articuladas por agentes insertados en la esfera política propiamente dicha.) Hemos mencionado dos momentos en la evolución del campo cultural "progresista" durante los años '60 y es indudable que la fase que se abre a fines de la década y domina durante el primer lustro de los '70 presenta rasgos específicos y claramente diferenciables. En sus versiones más rigurosas —por así decirlo— este tercer momento fue caracterizado por una exigencia de fusión entre autor y obra, y por la disolución de la entidad del intelectual, de la distancia entre pensamiento y comportamiento. Se trata de los años que implantan, también en la Argentina, una idea dominante —'todo es política'—, que reemplaza esa autonomía que describimos como la combinación entre compromiso personal y libertad cultural. Ahora bien, ¿en qué medida la decisión de eliminar cualquier otro tipo de referencia, estableciendo el reinado exclusivo de "lo político", acarrea una pérdida de identidad intelectual y una sumisión de la esfera cultural a la esfera política?

Afirmar que la cámara es un fusil es muy diferente, por cierto, de querer blindar una rosa: los intelectuales que lo afirman no exigen ya obra comprometida en el sentido clásico del término ni se permiten tampoco la combinación de un intelectual comprometido y una obra culturalmente abierta. Pero sería apresurado concluir, de la decisión de supeditar las prácticas culturales a los objetivos políticos, que la cultura o, mejor dicho, los artistas y los intelectuales vean disuelta su entidad en la esfera de la política y hayan perdido su autonomía cultural como cuerpo. Al contrario. En las condiciones de la sociedad argentina a fines de los '60 y comienzos de los '70 la decisión de dar el primado a lo político fue expresión de la más absoluta y vertiginosa autonomía de los intelectuales.

Conviene demorarse en un ejemplo, cuyo interés deriva del área cultural en cuestión: las ciencias exactas. Oscar Varasovsky, escribiendo después del Cordobazo, hace una crítica radical de los mecanismos de la profesión y de la sujeción de los científicos al mercado propio a la disciplina, dominado por las metrópolis. Más allá de esto, el matemático propone un nuevo

camino para los "científicos cuya sensibilidad política los lleva a rechazar el sistema social reinante en nuestro país y en toda Latinoamérica":

A estos científicos rebeldes o revolucionarios se les presenta un dilema clásico: seguir funcionando como engranajes del sistema o abandonar su oficio y dedicarse a preparar el cambio del sistema social como cualquier militante político. (...) Este dilema tiene una respuesta, mencionada muchas veces pero a nivel de slogan: usar la ciencia para ayudar al cambio de sistema.

¿Cuál es la proposición de Varsavsky? Después de mostrar que la ciencia ortodoxa sostiene, objetivamente, la reproducción del sistema y la dependencia del país, pide que se abandonen los criterios del campo científico propiamente dicho, de manera de dedicarse exclusivamente a emprender lo que pueda ser útil para el cambio revolucionario de la sociedad. La decisión, subraya, no es fácil, ya que exige "un esfuerzo de adaptación muy grande, tal vez mayor que abandonar la ciencia por completo: es más difícil soportar la etiqueta de pseudo científico que de ex científico". Deberá aceptarse una ciencia "pobre", sacrificar las especialidades que no demuestren su utilidad (el estudio de las partículas elementales, por ejemplo) y enfrentar el desprecio de la comunidad científica ya que "Adiós revolución si tiene que esperar el visto bueno de los 'sabios'".

Ahora bien, ¿se trata verdaderamente de un sacrificio individual y de una pérdida de autonomía intelectual? El despliegue del proyecto prescripto por Varsavsky no proporciona pruebas en ese sentido. Su objetivo, "... el gran proyecto: la investigación del proceso de toma del poder y construcción de un nuevo sistema social", no es modesto. Y el rol reservado a los intelectuales no lo es tampoco ya que, en el imaginario de esta ciencia politizada, los científicos habrán adquirido una autonomía exorbitante. Una autonomía proporcional a la eficacia atribuida al aporte de la ciencia:

Tomemos como primer ejemplo la campaña del Che en Bolivia. A pesar de la enorme facilidad para prepararla que significa tener un país interesado en su éxito —Cuba—, parece que faltó información y análisis de los datos disponibles. No se conocía bien la topografía de la zona, ni su ecología ni su antropología. (...) Discutir cómo se superan estos defectos dará una idea clara del papel que puede tener la experiencia científica en estas cuestiones.

Cuáles son las medidas provisorias que se deben adoptar de inmediato, qué nueva información hay que conseguir, qué estudios parciales hay que realizar a corto plazo, éstas y otras similares son "las preguntas típicas de un Estado Mayor. El papel del científico no es reemplazar, sino integrarse a ese Estado Mayor revolucionario, cuando exista". Porque el problema reside, precisamente, en que ese "Estado Mayor" no existe en la Argentina, lo cual lleva a Varsavsky a concluir, con toda naturalidad:

No hay tampoco un movimiento revolucionario con líderes reconocidos que tengan autoridad política para designar a los responsables de esta organización científica para el cambio. Los científicos rebeldes tendrán que organizarse en equipos de manera espontánea al comienzo, elegir sus problemas y reorganizarse sobre la marcha.

Los intelectuales revolucionarios no habrán salido perdidos en la empresa. El sacrificio del reconocimiento académico es reemplazado por la consagración de su saber profesional, tan indispensable para la Revolución como parecían cruciales los datos del proyecto 'Marginalidad' a quienes lo criticaban, en el mismo momento en que Varsavsky escribe su libro. Los intelectuales se atribuían no solamente una extraordinaria autonomía sino también un saber que los argentinos no tenían la costumbre de reconocerles. A través de operaciones de este tipo, los intelectuales radicalizados que declaraban renunciar a la Academia y someter sus prácticas a lo político se colocaban, de hecho, e imaginariamente, en los puestos de comando de la política. No era muy diferente la estrategia de la "sociología nacional". Si Varsavsky enunciaba su plan en nombre de la Revolución, la sociología nacional se otorgaba, ella también, un garante de cuantía: el Pueblo. "Como toda ciencia, sobre todo si es social, que pretende estar al servicio del pueblo y contribuir a su liberación, la Sociología Nacional está inscrita en el proyecto político de liberación de nuestra patria: El Peronismo". En el umbral de los '70 una u otra opción podía otorgar a los intelectuales esa extravagante autonomía, *a condición de mantenerse dentro de un imaginario protegido de la política, en una revolución sin líderes o con un líder sin partido.*

La manera como se explicitaba en la época la nueva tarea del intelectual no lleva, entonces, a concluir que la autonomía del campo cultural haya sido liquidada y que la figura del intelectual haya desaparecido, puesta al servicio de la política. Al menos en la Argentina de esos años, *la voluntad de someter lo*

cultural a lo político constituyó un ejemplo extremo de capacidad de elaboración cultural autónoma, erigiendo e imponiendo criterios políticos forjados por los agentes culturales mismos. La proliferación de los partidos o proyectos políticos de la intelectualidad recortaba un campo ideológico que era, en verdad, tan autónomo de la política como lo era el campo cultural. Afirmar que la unidad de ese espacio ideológico estaba dada por una identidad imaginaria no implica que ésta fuera falsa o aparente, lo cual carecería totalmente de sentido. Se trata, en cambio, de subrayar que se desenvolvía en un terreno sin límites ni sujeciones externas; que gozaba de una extraordinaria impunidad política dada por la inexistencia de una verificación cualquiera de sus decisiones. La unificación del espacio vital de las unidades ideológicas provenía no de la política sino de la representación de lo político forjada por los intelectuales y la juventud movilizada. La incesante creación de distinciones, bajo la forma de conflictos, era el alimento mismo de una autonomía en aumento; esta intelectualidad se instalaba, muy rápidamente, en esa "ilusión de lo político" en la cual todo cambio social es imputable a fuerzas conocidas, transformando al universo objetivo en un conjunto de voluntades subjetivas.²

Es probablemente correcto, pero insuficiente, encontrar en ese proceso la respuesta de la intelectualidad a una realidad inmediata rebelde a sus proyectos. La relación es más compleja y debe incluir las reinterpretaciones de la relación entre intelectuales y clase obrera o entre intelectuales y nación que, siguiendo los pasos sucesivos ya descriptos, culminaron en la separación radical entre Clase y Nación, por una parte, y Política por la otra, estableciendo en consecuencia el primado de lo ideológico y, con él, el lugar central de los intelectuales. Esta centralidad fue adquirida al precio de una marginalidad vivida con plenitud de sentido; pero este hecho no hubiera tenido consecuencias mayores si no fuera porque el dato sobre el que estaba basado, la separación entre Sociedad y Política, contribuyó a una lectura de lo social que legitimaba la acción directa de minorías actuantes en el plano del poder, sin mediaciones. A partir de una denegación radical de la política, confirmada luego

por los decretos del general Onganía, los grupos radicalizados —originariamente católicos en su mayor parte— opusieron, a la redefinición gubernamental autoritaria de lo político, la suya: la intervención directa sobre los mecanismos del orden.

Los agentes del "mito nacional revolucionario" no constituyeron en la Argentina, como se sabe, una unidad. Una vez más se reprodujo, bajo formas muy diferentes, la tan antigua separación entre la vertiente progresista y la vertiente nacionalista-católica. Frente a la pertinaz distancia entre Clase y Política, y legitimados por la eliminación de la institucionalidad política efectuada por la Revolución Argentina, los agentes de ambas vertientes aceptaron la nueva definición gubernamental de lo político, que eliminaba la representación para colocar en su lugar la negociación corporativa, estableciendo un Poder autolegitimado. No puede afirmarse, naturalmente, que hubiera allí una consecuencia ineluctable, pero sí que la nueva situación facilitaba la instauración de una lógica de poder sin mediaciones. Dentro de esa lógica, tanto unos como otros tomaron el partido del Logos. Pero mientras los primeros, ahora marxistas, se colocaron en la posición de enunciación directa de la Ley marxista, los segundos, apoyados en la serenidad procurada por la pertenencia al Uno-Nación, se internaron en la tortuosa senda de la enunciación segunda de la Ley peronista. Y ésta, claro está, ya es otra historia.

² Estamos citando aquí la interpretación de François Furet de la expresión de Marx sobre la Revolución Francesa. En *Penser la Révolution française*, París, Ed. Gallimard, 1979, p. 43.

Bibliografía citada

- Agosti, H.P., *Nación y cultura*, Buenos Aires, Centro Editor, 1982.
- Altamirano, C., y Sarlo, B., *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Centro Editor, 1983.
- Altamirano, C., y Sarlo, B., *Literatura y sociedad*, Buenos Aires, Hachette, 1983.
- Arrosa Soares, M.S.(coord.), *Os Intelectuais nos processos políticos da America Latina*, Porto Alegre, CNPq, 1985.
- Babini, N., *Frondizi, de la oposición al gobierno*, Buenos Aires, Ed. Celta, 1984.
- Barbero, M.I., y Devoto, F., *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Centro Editor, 1983.
- Bourdieu, P., *Campo del poder y campo intelectual*, Buenos Aires, Folios Ediciones, 1983.
- Bourdieu, P., *Questions de Sociologie*, París, Les Editions de Minuit, 1984.
- Bourdieu, P., *Le Marché des biens symboliques*, mimeo, s/d, Maison des Sciences de l'Homme.
- Bourricaud, F., *Le Bricolage idéologique. Essai sur les intellectuels et les passions démocratiques*, París, PUF, 1980.
- Brunner, J.J. y Flisfisch, A., *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*, Santiago de Chile, FLACSO, 1983.
- Buchrucker, C., *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1987.
- Cavarozzi, M., *Sindicatos y política en Argentina. 1955-1958*, Estudios CEDES, 1979.
- Ciría, A., *Partidos y poder en la Argentina moderna. 1930-1946*, Buenos Aires, Ed. Jorge Alvarez, 1964.
- Ciría, A., *Política y cultura popular: la Argentina peronista. 1946-1955*, Buenos Aires, Ed. de la Flor, 1983.
- Ciría, A., y Sanguinetti, H., *Los reformistas*, Ed. Jorge Alvarez, 1968.
- Cooke, J. W., *Peronismo y revolución*, Buenos Aires, Granica Editor, 1973.
- Chávez, F., *Historicismo e iluminismo en la cultura argentina*, Buenos Aires, "Capítulo", Centro Editor, 1982.
- Delich, F., *Crítica y autocrítica de la razón extraviada*, Caracas, El Cid Editor, 1977.
- Debray, R., *Le Pouvoir intellectuel en France*, París, Ed. Ramsay, 1979.
- Debray, R., *Le Scribe. Genèse du Politique*, París, Grasset, 1980.
- Deutsch, K.W., *Nationalism and social communication*, Nueva York, Wiley, 1965.
- Ensayos sobre la Universidad Latinoamericana*, vol. col., San José de Costa Rica, Ed. Universitaria Centroamericana, EDUCA, 1981.
- Friedmann, J., "Intellectuals in Developing Countries", *Kyklos*, vol XIII, 1960.
- Galasso, N., *J. J. Hernández Arregui: del peronismo al socialismo*, Buenos Aires, Ed. del Pensamiento Nacional, 1986.

Galasso, N., *Scalabrini Ortiz*, Cuadernos de Crisis, núm. 22, Buenos Aires, 1975.

Galasso, N., (org.), *Las polémicas de Jauretche*, Buenos Aires, Los Nacionales Editores, 1983.

Galasso, N., *Jauretche. Libros y alpargatas, "civilizados o bárbaros"*.

Galasso, N., *Barajar y dar de nuevo*, Buenos Aires, Los Nacionales Editores, 1983 y 1984.

Galasso, N., *La izquierda nacional y el FIP*, Buenos Aires, Centro Editor, 1983.

Galasso, N., *J. J. Hernández Arregui: del peronismo al socialismo*, Buenos Aires, Ed. del Pensamiento Nacional, 1986.

García Canclini, N., *Las culturas populares en el capitalismo*, México, Ed. Nueva Imagen, 1982.

Gellner, E., *Cultura, identidad y política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*, Barcelona, Gedisa Editorial, 1989.

Germani, G., *Sociología de la modernización*, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1969.

Gillespie, R., *Soldados de Perón, Los montoneros*, Buenos Aires, Ed. Grigalbo, 1987.

Goldar, E., *El Peronismo en la literatura argentina*, Buenos Aires, Ed. Freeland, 1973.

Goldar, E., *Jauretche*, Cuadernos de Crisis, núm. 17, Buenos Aires, 1975.

Goldar, E., *Vida cotidiana en la década del 50*, Buenos Aires, Ed. Plus Ultra, 1980.

Goldar, E., *El Peronismo*, vol. col., Buenos Aires, Ed. CEPE, 1973.

Halperin Donghi, T., *Argentina en el callejón*, Arca/Montevideo, 1964.

Halperin Donghi, T., *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1987.

Halperin Donghi, T., *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, EUDEBA, 1962.

Halperin Donghi, T., *Una nación para el desierto argentino*, "Capítulo". Buenos Aires, Centro Editor, 1982.

Hernández Arregui, J. J., *¿Qué es el ser nacional?*, Buenos Aires, Ed. Plus Ultra, 1973.

Hernández Arregui, J. J., *Nacionalismo y liberación*, Buenos Aires, Ed. Hachea, 1969.

Hernández Arregui, J. J., *Imperialismo y cultura*, Buenos Aires, Ed. Hachea, 1964.

Jauretche, A., *El Medio Pelo en la sociedad argentina*, Buenos Aires, Peña Lillo editor, 1982.

Jauretche, A., *Política nacional y revisionismo histórico*, Buenos Aires, Peña Lillo Ed., 1959.

Kleiner, B., *20 años de movimiento estudiantil reformista*, Buenos Aires, Ed. Platina, 1983.

Lacoue-Labarthe, P., y Nancy, J.-L., *Le retrait du Politique*, París, Galilée, 1983.

Lévy, Bernard-Henri, *Eloge des intellectuels*, París, Grasset, 1987.

Mangone, C., y Warley, J.A., *Universidad y peronismo (1946-1955)*, Buenos Aires, Centro Editor, 1984.

Marias, J., "La Universidad, realidad problemática", en *La Universidad en el siglo XX*, Lima, Universidad Mayor de San Marcos, 1951.

Marsal, J. F., *La Sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Fabril Editora, 1963.

Martins, L., *La genèse d'une intelligentsia (Les intellectuels et le politique au Brésil, 1920-1940)*, París, EHESS, 1986.

Morse, R., *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del nuevo mundo*, México, Siglo XXI, 1982.

Nosiglia, J., *El desarrollismo*, Buenos Aires, Centro Editor.

Orvieto Pinto, D., *Sociology as a cultural phenomenon in France and Italy: 1950-1972*, Massachussets, Harvard University Press, 1977.

Pécaut, D., *Entre le Peuple et la Nation. Les intellectuels et la politique au Brésil*, París, Ed. de la Maison des Sciences de l'Homme, 1989.

Pérez Lindo, A., *Universidad, política y sociedad*, Buenos Aires, EUDEBA, 1985.

Perón-Cooke, *Correspondencia*, Buenos Aires, Ed. Cultural Argentina, 1972.

Prieto, R., *El Pacto*, Buenos Aires, Ed. En Marcha, 1963.

Quatrocchi-Woisson, D., *Combats historiographiques et idée nationale*, tesis no publicada, París, 1989.

¿Qué es la izquierda?, vol. col., Buenos Aires, Ed. Documentos, 1960.

Ramos, A., *Revolución y contrarrevolución en la Argentina, nueva historia de los argentinos*, Buenos Aires, Ed. La Reja, 1961.

Ramos, A., *De octubre a setiembre. Los ensayos políticos de Víctor Almagro*, Buenos Aires, Peña Lillo Editor, 1959.

Real, J. J., *Treinta años de historia argentina*, Buenos Aires, Ed. Crisol, 1976.

Rey, E., *¿Es Frondizi un nuevo Perón?*, Buenos Aires, 1957.

Ribeiro, D., *La Universidad Latinoamericana*, Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1971.

Rivera, J., *El auge de la industria cultural (1930-1955)*, Buenos Aires, Centro Editor, 1981.

Rivera, J., *Apogeo y crisis de la industria del libro: 1955-1970*, Buenos Aires, Centro Editor, 1981.

Rodríguez Monegal, E., *El juicio de los parricidas. La generación argentina y sus maestros*, Buenos Aires, Ed. Deucalión, 1956.

Rodríguez Bustamante, "La sociologie dans l'Amérique latine contemporaine: l'expérience de l'Argentine", en *Rev. Int. Sc. Soc.*, vol. XXXI, núm. 1, 1979.

Rosa, J.M., *El Revisionismo responde*, Buenos Aires, Ed. Pampa y Cielo, 1964.

Rubinich, L., "Gaceta Literaria: el ocaso del frente nacionalista" y "Relaciones entre el campo literario y el campo político", CEDES (mimeo).

Sábato, J.F., *La clase dominante en la Argentina moderna*, Buenos

Aires, CISEA, Grupo Editor Latinoamericano, 1988.

Sarlo, B., "Los dos ojos de *Contorno*", en *Revista Iberoamericana*, núm. 125, 1983.

Shils, E., *The intellectual and the power and other essays*, The University of Chicago Press, 1972.

Slemenson, M., y col. *Emigración de científicos: organización de un éxodo a América Latina*, Buenos Aires, Ed. Instituto Di Tella, 1969.

Strasser, C., *Las izquierdas en el proceso político argentino*, Buenos Aires, Ed. Palestra, 1959.

Szusterman, C., *The ideology of developmentism*, Tesis, Oxford, 1985.

Terán, O., "Imago Mundi. De la Universidad de las sombras a la Universidad del relevo", *Punto de Vista*, año xi, núm. 33, septiembre-diciembre de 1988.

Terán, O., *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Ed. Catálogo, 1986.

Toer, M. (coord.), *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*. 2 vol., Buenos Aires, Centro Editor, 1988.

Touraine, A., *La Parole et le Sang*, París, Ed. Odile Jacob, 1988.

Touraine, A., *Las sociedades dependientes*, México, Siglo xxi, 1978. París-Gembloux, Ed. Duculot, 1976.

Touraine, A., "América Latina y sus intelectuales", en *Crítica y Utopía*, núm. 13, Buenos Aires, 1985.

Varsavsky, O., *Ciencia, política y cientificismo*, Buenos Aires, Centro Editor, Ed. de la Feria, 1975.

Vazeilles, J., *Los socialistas*, Buenos Aires, Ed. Jorge Alvarez, 1968.

Verón, E., "Sociología, ideología y subdesarrollo", *Cuestiones de Filosofía*, año i, núm. 2-3, Buenos Aires, 1962.

Verón, E., *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento. 25 años de sociología en la Argentina*, Buenos Aires, Ed. Tiempo Contemporáneo, 1974.

Viñas, I., *Orden y progreso (La era del frondizismo). Claves de la política argentina*, Buenos Aires, Ed. Palestra, 1960.

Waldmann, P., "Anomia social y violencia". en Rouquié, A., *Argentina, hoy*, México, Siglo xxi, 1982.

Walter, R., *Student Politics in Argentine*, Nueva York/Londres, Basic Books, 1968.

Wieviorka, M., *Sociétés et Terrorisme*, París, Fayard, 1988.

Zuleta Alvarez, E., *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Ed. La Bastilla, 1975.

-*Cuestiones de Filosofía*
 -*Che*
 -*Debates* (1985)
 -*El Descamisado*
 -*El Escarabajo de Oro*
 -*El Grillo de Papel*
 -*El Popular*
 -*Fichas*
 -*Gaceta Literaria*
 -*Hoy en la Cultura*
 -*Qué*
 -*Literatura y Sociedad*
 -*Marcha*
 -*Mar Dulce*
 -*No Transar*
 -*Nueva Expresión*
 -*Pasado y Presente*
 -*Política*
 -*Propósitos*
 -*Situación*
 -*Soluciones*
 -*Voz Popular*

Otras publicaciones

-Boletín del Instituto de Sociología, Universidad de Buenos Aires.
 -Boletín de Informaciones de la Universidad Nacional de Buenos Aires.
 -Informes del CONICET
 -IDES, Actas y Publicaciones
 -Instituto Di Tella, Memorias y Balances.

Revistas y periódicos citados: 1955-1966

-*Antropología del Tercer Mundo* (1972)
 -*Centro*
 -*Contorno*
 -*Cuadernos de Cultura*